gaston castella

HISTORIA DE LOS PAPAS

I



espasa - calpe s.a.

GASTON CASTELLA
PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE FRIBURGO

HISTORIA DE LOS PAPAS

TOMO I

DESDE SAN PEDRO HASTA LA REFORMA CATÓLICA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
POR
VICTORIO PERAL DOMÍNGUEZ, Pbro.

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID
1970

Título de la obra original:
HISTOIRE DES PAPES
publicada en idioma francés por Stauffacher-Verlag A. G.

Printed in Spain

Depósito legal: M. 10.369—1970

Nihil obstat.
D. Vicente Serrano
Madrid, 10 de diciembre de 1969

Imprímase.
Dr. Ricardo Blanco
Vicario General

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A. Ríos Rosas, 26. Madrid

PREFACIO

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos, y cuanto atares en la Tierra será atado en los Cielos, y cuanto desatares en la Tierra será desatado en los Cielos. (Evangelio según San Mateo, XVI, 18-19.)

Estas palabras de Cristo al Apóstol Pedro deben colocarse en el encabezamiento de toda historia de los Papas, porque revelan inmediatamente el carácter único y singular de esta aparición histórica: el Papado.

No lo olvidemos nunca: entre las sociedades, la Iglesia; entre las instituciones, el Papado, poseen un carácter excepcional. Humanas por sus miembros, son sobrenaturales por sus orígenes, su fin y los medios puestos a su disposición para alcanzarlo. Tal objeto sólo puede conocerse plenamente en función de e incluso con ayuda de la fe. Pero una exposición en la que sólo intervienen los datos de la fe únicamente sería admitida por los creyentes. En consecuencia, por regla general, en el estudio del pasado de la Iglesia, como del Papado, uno se atiene al método estrictamente histórico, es decir, de orden racional. Lo cual no quiere decir, como ha pretendido cierta escuela, que la Historia deba dar de lado en su investigación a cuanto pueda tener un carácter sobrenatural, ya que éste, de por sí, sea incognoscible. Al contrario, su deber es no despreciar ningún hecho, sea de la índole que fuere, aunque éste parezca que transciende el orden natural de las cosas. Y esta sencilla observación, que debe hacer el historiador cristiano, indica que la historia del Papado, así como la historia más general de la Iglesia, tiene sus límites. Es el caso de repetir aquí, sobre todo, que no existe equivalencia entre Historia y realidad. Así, la Historia sólo afirma de la vida del Papado lo que puede discernir por sus medios propios, sin que por ello se niegue lo que se le oculta de su naturaleza y actividad. Esta obra se ha inspirado en tales principios. No hemos pretendido exponer toda la realidad divina y humana del pretérito del Papado y, conscientes de los límites de nuestra humilde ciencia, nos hemos

contentado con exponer las grandes líneas de ese pasado al que se puede llegar con método histórico.

Los orígenes y primeros siglos del Papado se sitúan en la edad creadora por excelencia de la civilización europea, edad a la que se debe, no tal o cual manifestación de la cultura, sino la misma cultura, raíz y base de los progresos siguientes. Período vasto y difícil de comprender, pero cuyo estudio pone de manifiesto uno de los grandes méritos de la Historia: hacernos salir de nosotros mismos, apartarnos de las verdades ya fabricadas, descubrirnos una realidad que sin ella permanecería desconocida y ser el mejor correctivo para la estrechez de miras, uno de los mayores defectos de nuestra sociedad moderna. Europa debe su existencia política al Imperio Romano, su unidad espiritual a la Iglesia Católica, su cultura intelectual a la tradición clásica (1). Éstos son los tres elementos fundamentales de la unidad europea que habrá que verificar un día en un espíritu de justicia para todos y de libre colaboración, si se quiere evitar la ruina de la misma civilización. Esta unidad europea en la Edad Media, especialmente en el siglo XIII, estuvo a punto de realizarse más que en cualquier otro momento y se lo debió a la Iglesia bajo el gobierno y magisterio de la Santa Sede.

Este libro no se dirige a los especialistas sino al gran público deseoso de iniciarse en la historia de los Papas. El Papado está por encima de las contingencias puramente humanas y políticas. Hoy menos que nunca, en un mundo sacudido hasta en sus cimientos, nadie piensa en negar el prestigio incomparable de la Santa Sede, sea cual fuere la actitud que se adopte frente a la enseñanza del sucesor del Apóstol Pedro. La verdadera historia se hace en el mundo del espíritu; aquí únicamente se producen los conflictos que cuentan y se ganan las victorias eternas; si hay una verdad que se desprenda de la historia del Papado, es ésa.

La existencia del Papado, hecho único y singular en los anales de la humanidad, las vicisitudes que ha padecido desde hace diecinueve siglos y medio, constituyen su historia.

G. Castella.

---

(1) Nadie lo ha puesto tanto de relieve como el historiador inglés Christopher Dawson en su magistral libro *The making of Europe. An introduction to the history of the European unity*, Londres, 1932 *(La creación de Europa. Introducción a la historia de la unidad europea)*.



El Apóstol Simón Pedro, primer Papa. Mosaico del mausoleo de Gala Placidia. Ravena.
Primera mitad del siglo v

CAPÍTULO I

SAN PEDRO Y SUS PRIMEROS SUCESORES

SAN PEDRO

Cristo es el único Jefe, la única piedra fundamental de la Iglesia, y cuando, al recordar las palabras de Jesús en el encabezamiento de esta obra, dijimos que «la Iglesia se apoya en Pedro y que éste es su jefe, no ignoramos que Pedro sólo tiene los poderes que ha recibido de Cristo» (1). El mismo historiador explica así su pensamiento: «Jesús da a Simón el nombre de *Cefa* (Kêpha), palabra aramea que significa *piedra, roca,* y, al repetir dos veces exactamente el mismo término, dice: "Tú eres *piedra* y sobre esta *piedra* edificaré mi Iglesia... Tú eres *Cefa* y sobre esta *Cefa*... Tú eres *roca* y sobre esta *roca...*" Precisamente porque el Apóstol es la roca en la que será edificada la Iglesia es por lo que Jesús le llama roca. Supongamos un edificio construido sobre la piedra: la existencia de este edificio es imposible sin la piedra que le sostiene. Del mismo modo la Iglesia, tal como Jesús la concibió, es imposible sin el Apóstol sobre el cual ha sido fundada. Tú eres Pedro, y sobre esta piedra, es decir, sobre ti, que eres esta piedra, edificaré yo mi Iglesia. ¿Necesitamos aún hacer notar que Jesús es quien edifica la Iglesia, pero que la edifica sobre Pedro?... Las puertas del Infierno, que no prevalecerán contra esta Iglesia, pueden ser la muerte o el demonio. En el primer caso, el texto viene a decir: jamás las puertas del Infierno —*seol, hades*— se cerrarán para la Iglesia como se cierran para los muertos: la Iglesia no ha de perecer. En el segundo caso, la metáfora significa que nunca podrán los poderes del mal triunfar sobre la Iglesia: es indefectible. Las llaves del Reino de los Cielos

---

(1) Monseñor Besson, *Saint Pierre et les origines de la primauté romaine,* Ginebra, 1929, páginas 1 y 38-39. Sobre este pasaje de San Mateo cf. el erudito estudio de R. P. Braun, Profesor de la Universidad de Friburgo: *Tu es Petrus,* en «Nova et Vetera», abril-junio 1941, páginas 143-154.

designan también la autoridad: el que posee las llaves de la casa es el amo.. La expresión hebrea "atar y desatar" añade al poder de las llaves algo: no sólo Pedro tiene derecho de abrir y de cerrar la casa, de dejar entrar a los que quiera, sino que les dicta las leyes que deben observar, ejerciendo un poder cuyas decisiones quedan ratificadas en el Cielo.»

La doctrina católica, fundada en la Sagrada Escritura y en la tradición, ve en ello la prueba de la primacía de San Pedro y como la carta fundacional de la Iglesia. Compara las palabras del mismo Jesús al propio Simón Pedro que repiten idéntico mandato: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas», que San Juan pone en el capítulo final de su Evangelio (cf. Jn. 21, 15-17). El Buen Pastor, que después de la Ascensión ya no será visible, escoge en la persona del antiguo pescador de Galilea un representante, quien será el pastor visible del rebaño. Así, Pedro, por voluntad de Jesús, es el fundamento sobre el que descansa la Iglesia; tiene las llaves del Reino de los Cielos; debe apacentar los corderos y las ovejas. Estas tres atribuciones —como atestiguan las Sagradas Escrituras— son características de Cristo. «Él es —sigue escribiendo el mismo historiador— el fundamento fuera del que no se podría edificar otro; porta la llave de David y nadie sin él puede abrir y cerrar; se presenta a sí mismo como el Buen Pastor» (1). Paralelismo tan impresionante al que no se podría negar valor de prueba.

Los Hechos de los Apóstoles aducen otros testimonios sobre el primado de San Pedro. ¿No es él acaso el que preside la elección del Apóstol Matías como testigo de la Resurrección (Hech. 1, 15-26)? ¿No es él quien en Pentecostés, en nombre de los Once, atestigua en favor de Cristo Resucitado y exhorta a la muchedumbre a que se bautice y reciba el Espíritu Santo (Hechos 2, 14-36)?

Cuando Jesús alistó a Pedro en su equipo sagrado, éste trabajaba para vivir al día, sacando de los lagos de Galilea lo poco que necesitaba. Ignoraba profundamente lo que la refinada civilización de la época llamaba las «artes liberales» por oposición a los humildes trabajos manuales. Confiando en la promesa de los Profetas, esperaba al Mesías, y esta espera le preparaba, sin que se diese cuenta, para ser el artífice de una gran obra. La inquietud, la vulnerabilidad al desaliento, la debilidad de voluntad eran los rasgos fundamentales de su carácter. San Pedro, a quien Cristo confió su Iglesia, fue el Apóstol que le negó tres veces durante la Pasión. Pero Jesús supo darle una segunda naturaleza y prestarle importancia. Como siempre había sido generoso, se hizo ardido, con ímpetu y decisión, y su influencia se dejó sentir muy pronto en los Apóstoles. Fue su jefe, pues Cristo había hecho de él su instrumento, elevándole a la altura de su obra divina, el centro en torno al cual se reunían todos en los momentos decisivos. Encargó a Pedro que presidiese en su Iglesia y dirigiera sus progresos a través de la sociedad romana, que el Apóstol ignoraba. Pedro tenía la fe demasiado viva para asombrarse de

---

(1) O. c., pág. 43.

esta misión; se improvisó teólogo, predicador, hombre de gobierno; hizo lo que pudo, y la fuerza misteriosa que le conducía puso lo demás. Naturaleza práctica, como nos revelan sus epístolas y discursos, que narran los Hechos, encuentra ideas fuertes y metáforas en las que la antítesis da a la demostración un vigoroso relieve. Un amor ardiente por Jesús, una profunda humildad, un celo devorador por la Iglesia ennoblecen también su carácter. Primer Obispo de la Ciudad Eterna, la glorificaría con su sangre.

El primado de San Pedro no era sólo un privilegio personal. El Nuevo Testamento contiene todos los elementos de una Iglesia, de un magisterio, de una jerarquía; las epístolas pastorales de San Pablo, escritas al final de su carrera, atestiguan el hecho, y un historiador, que no es desde luego un apologista de la fe romana, se expresa en estos términos: «Esta sociedad que comprende los adictos al Evangelio de Jesús no estaba formada por espíritus puros, que no habrían tenido otro vínculo entre ellos sino la comunidad de un sentimiento. No era numerosa, pero cuanto más se la reduzca, más distinta aparecerá del mundo circundante... Grupo circunscrito, perfectamente reconocible, al mismo tiempo muy centralizado e incluso jerarquizado en la más completa fraternidad. Jesús es el centro y la cabeza, la autoridad indiscutible. Los discípulos no están en derredor suyo como una masa confusa; entre ellos el Salvador distinguió a los Doce y los asoció directa y efectivamente a su ministerio. Incluso entre los Doce había uno que era el primero, no sólo por la prioridad de su conversión o por el ardor de su celo, sino por una especie de designación del Maestro, aceptada, y cuyas consecuencias se dejan sentir todavía en la historia de la comunidad apostólica... La Iglesia nació y perduró con el desarrollo de una organización cuyas líneas estaban perfiladas en el Evangelio» (1).

La Iglesia expresaba, en el ocaso del mundo antiguo, la necesidad de una inspiración religiosa más profunda que la de los cultos oficiales de la ciudad que trabajaba el Imperio Romano, pese al carácter oficial y materialista de su civilización. Fustel de Coulanges demostró antes en el gran libro que es *La cité antique (La ciudad antigua)* cómo en la Antigüedad pagana la religión estaba vinculada a la ciudad en íntima dependencia. El culto tributado a los dioses de la ciudad en la misma era una de las manifestaciones del patriotismo local; la divinidad pertenecía al Estado más que estaba sobre el Estado. La victoria del cristianismo fue un desquite de la libertad humana sobre ese proteccionismo religioso. Desde ese momento la religión no pertenecía ni a una casta ni a una sociedad; el cristianismo, desde sus comienzos, llamaba a toda la humanidad; Jesús había dicho a sus discípulos: «Id y enseñad a todas las gentes.» Al mismo tiempo, la religión se había espiritualizado; la oración ya no era una fórmula mágica, sino un acto de fe, petición y amor.

Entre las religiones orientales que al principio de nuestra Era habían invadido el Imperio Romano, la de Cristo se distinguía todavía por otros

---

(1) A. Loisy, *L'Évangile et l'Église*, París, 1902, pág. 89.

caracteres fecundos. Su orientalismo no era el de ese mundo cosmopolita del sincretismo religioso, donde el pensamiento helenístico se mezclaba con los cultos y tradiciones del antiguo Oriente. El cristianismo, por su misma naturaleza, rompía también con el nacionalismo exclusivista del judaísmo y asumía una misión de alcance universal. Pero al propio tiempo reivindicaba la herencia de Israel, la pura tradición hebrea representada por la Ley y por los Profetas, y se consideraba como el segundo Israel, heredero del Reino prometido al Pueblo de Dios. No pretendía yuxtaponerse a las creencias existentes, sino reemplazarlas por completo. Estaba organizado y hallaba en su misma organización la vitalidad necesaria para afirmar y desarrollar sus dogmas, imponer su moral y afirmar su derecho a la dominación exclusiva de las almas. El cristianismo sólo incluía esta noción de la Iglesia, y el Papado debía ser, a través de los siglos, la monarquía espiritual de esta Iglesia, que quiere contar con tantos fieles como miembros tiene la humanidad.

Lo que distinguió a la Iglesia cristiana de las religiones de misterios y de los demás cultos orientales de la época fue, igualmente, el sentido de la continuidad histórica y de la solidaridad social. Estos caracteres hicieron de ella, desde su aparición, la única verdadera rival y la única sustituta posible de la religión oficial del Imperio. Sin embargo, no trataba de suplantar al Imperio en cuanto organización política. Era una sociedad de orden sobrenatural, pero reconocía los derechos del Estado sobre el mundo terreno. ¿Acaso Cristo no había declarado: «Dad al César lo que es del César»? Por otra parte, no podía aceptar el ideal antiguo o cooperar en la vida social del Imperio: la idea de ciudad-Estado, fundamento de la civilización grecorromana, fue trasladada al plano espiritual. El gran doctor de la Iglesia San Agustín (354-430) debía escribir *La ciudad de Dios*. Los cristianos se consideraban frente a la sociedad temporal como «extranjeros» (*peregrini*, de esta palabra hemos formado «peregrinos»), e incluso en este mundo las relaciones que tenían entre ellos, en la Iglesia, prevalecían sobre las que mantenían con sus conciudadanos en la ciudad o en el Imperio.

Así, la Iglesia era desde sus orígenes una sociedad autónoma y completa; poseía su organización y jerarquía propias, su sistema de gobierno, sus leyes, sus normas de iniciación, su disciplina. Se dirigía a cuantos no habían podido hallar satisfacción en el orden existente, a los pobres y a los oprimidos, a las clases no privilegiadas y, sobre todo, a los que en cualesquiera medios, desde los más humildes a los más encumbrados, se rebelaban contra el vacío espiritual y la corrupción de la civilización pagana, a quienes sentían la necesidad de una vida y de un orden espirituales más elevados y de una concepción religiosa de la vida. Por ello atrajo hacia sí todas las fuerzas que protestaban, más que contra la injusticia de las condiciones materiales, contra el ideal espiritual del mundo antiguo y de su ética social.

El cristianismo sobrevivió porque poseía un sistema de organización eclesiástico y un principio de autoridad que le distinguían de las otras religiones orientales. La Iglesia era una teocracia inspirada y gobernada por el Espíritu

Santo y, sus jefes, los Apóstoles, eran los representantes, no de la comunidad, sino de Cristo, que los había escogido y les había transmitido su autoridad divina. La idea de que la autoridad de los Apóstoles tiene origen divino es tan antigua como la misma Iglesia; los mayores exegetas la pusieron de relieve, entre los que descuella Harnack, célebre historiador protestante. Tal concepción de una autoridad apostólica divina fue para siempre el fundamento del orden eclesiástico. Los Obispos (*episcopoi* o vigilantes) y los ancianos (*presbyteroi,* de donde se deriva a través del latín la palabra «presbítero»), los cuales gobernaban las iglesias locales, eran considerados sucesores de los Apóstoles. Las iglesias que por sus orígenes se relacionaban directamente con los Apóstoles gozaban de una autoridad y prestigio particulares.

Éste fue el caso especialísimo de la Iglesia de Roma. Dado que San Pedro tuvo entre los Doce una situación única, esta Iglesia, cuyos orígenes se remontan a él, poseía entre las demás una situación excepcional. Ya examinaremos más tarde la prueba de la intervención imperativa de Roma en los asuntos de otras iglesias, ya en el siglo I, incluso antes de terminar el período apostólico.

Los orígenes de la comunidad cristiana de Roma se relacionan con la colonia judía de la capital del Imperio. Los judíos eran numerosos en los primeros años de nuestra Era, y el Emperador Claudio (41-54) incluso promulgó un edicto en su favor. Pero diez años más tarde —hacia el 51 o el 52— fueron expulsados, a causa de un cierto Cresto —escribe el historiador romano Suetonio— en el que se conviene en ver a Cristo, *Christus,* por cuyo motivo se habían producido disturbios. La aserción de Suetonio la confirman los Hechos de los Apóstoles (18, 2): habiéndose retirado San Pablo de Atenas, fue a Corinto. Allí encontró a un judío llamado Aquila, recientemente llegado de Italia con su mujer, Priscila, «a causa del decreto de Claudio, que ordenaba salir de Roma a todos los judíos». Estos textos hacen suponer, por tanto, que había surgido un cisma en la colonia judía de Roma, y el hecho de haber restablecido Claudio el orden con la expulsión de los judíos de Roma, demuestra que la policía imperial aún no distinguía a los cristianos de los judíos o no quería conocer lo que los separaba. Por las cartas de San Pablo son conocidos los nombres de varios cristianos de Roma. Se reclutaban, no sólo entre los pobres, sino también entre la gente de la alta sociedad, y, cuando San Pablo escribe a los romanos, su Iglesia es fuerte y floreciente y, a sus ojos, tiene una particular importancia. La antigua tradición cristiana atribuye a San Pedro la fundación de la Iglesia de Roma, aunque nadie pretenda que San Pedro haya sido el primero en hablar de Cristo en la capital de los césares.

Aproximadamente diez años después del edicto de Claudio, que expulsó a los judíos, se había consumado la separación de los judíos de los cristianos. Los trágicos acontecimientos del año 64, en efecto, demuestran que esta confusión había desaparecido. San Pedro había vuelto a Roma, sin duda durante la ausencia de San Pablo, cuando el 19 de julio del 64 estalló un incendio en las tiendas que rodeaban al Gran Circo. El fuego se propagó rápidamente

por los barrios limítrofes y durante seis días y siete noches asoló a media ciudad, devorando poco después los barrios intactos al otro extremo de Roma. Fue una calamidad enorme, y el pueblo enloquecido acusó al Emperador Nerón de haber prendido fuego a la capital para reconstruirla más hermosa. La popularidad del César megalómano, mantenida hasta entonces con prodigalidades y extravagancias, estaba amenazada.

El Emperador —según testimonio del historiador Tácito (*Anales*, XV, 44)— hizo recaer la acusación sobre los cristianos. Sobre éstos circulaban calumnias infamantes que los hacían impopulares, y no es inverosímil que Nerón se mostrase cruel con ellos por instigación de los judíos. Sea lo que fuere, los discípulos de Cristo sufrieron la pena por un crimen que no habían cometido; fueron detenidos en masa y condenados a suplicios atroces. Tácito señala que resultaron menos convictos de haber quemado Roma que de ser los enemigos del género humano. Esta acusación se reiterará con el correr de los tiempos. El histrión imperial calmaría al pueblo divirtiéndole con esos espectáculos repugnantes que le enloquecían. «Las burlas —escribe el mismo historiador— se añadieron a los tormentos; cubiertos con pieles de animales murieron despedazados por los perros o crucificados; otros serían quemados y, al caer el día, semejarían antorchas en la oscuridad. Nerón había ofrecido sus jardines para tal espectáculo y celebraba carreras mezclado entre la muchedumbre, disfrazado de auriga o montado en un carro.» Los suplicios fueron tan crueles, que la plebe romana, si bien insensible al sufrimiento humano, se compadeció ante tantos sacrificados, continúa Tácito.

Entre las primeras víctimas contamos a San Pedro y a San Pablo. De las dos cartas que poseemos de San Pedro, la primera fue enviada desde *Babilonia*, es decir, desde Roma (llamada así por sus torpezas), a punto de estallar una persecución que incluso amenazaba a las cristiandades «del Ponto, Capadocia, Asia y Bitinia», a las que va dirigida; puede ser anterior al 64. En la segunda carta el Apóstol alude a su muerte cercana (1, 13, 14); si se pueden señalar los años 64-67 como fecha probable de la composición de esta carta, nada permite precisar más. Por lo menos, es cierto que San Pedro sufrió el martirio en Roma, bajo Nerón; las tradiciones refieren que fue crucificado.

«En cuanto a San Pablo, tras su viaje a Asia, regresó a la capital del Imperio, donde tuvo que soportar una nueva cautividad, que terminó con su muerte; por su calidad de ciudadano romano fue decapitado a espada. Los dos grandes Apóstoles tuvieron que dejar este mundo hacia el año 67, pero no es muy seguro que fuese el mismo año y, sobre todo, el mismo día. La conmemoración de su memoria en una sola fiesta, establecida el 29 de junio, evoca, probablemente, una común translación de sus reliquias en época de Constantino» (1).

El martirio de San Pedro en Roma ha sido discutido a consecuencia de prejuicios de diversas procedencias. Pero las objeciones a la antigua tradición

---

(1) A. M. Jacquin, O. P., *Histoire de l'Église*, t. I, pág. 60, París, 1928.

se consideran hoy, con razón, carentes de fundamento. Del examen de vestigios arqueológicos y memorias litúrgicas, así como de las más antiguas fuentes, resulta que entre 170 y 200 las principales iglesias del mundo cristiano eran unánimes en afirmar que San Pedro había ido a Roma y en ella sufrido el martirio. Semejante conformidad de afirmaciones, que podemos con verdad considerar independientes entre sí, no puede explicarse sino por la realidad objetiva del hecho. Es tanto más impresionante que ninguna iglesia reclame para sí tal honor; cuando los Obispos de Roma se dicen sucesores de San Pedro y se prevalen de esta cualidad, no se pone en duda. La cuestión ha quedado dilucidada y nadie puede llamarse a engaño sobre su importancia para fundamentar las prerrogativas de la sede episcopal de Roma.

LOS PRIMEROS SUCESORES DE SAN PEDRO

El martirio de los Santos Pedro y Pablo y de numerosos cristianos desarticuló, sin duda, la Iglesia de Roma. Pero el suicidio de Nerón, declarado enemigo público por el Senado (68), y la calma que reinó bajo los dos primeros Emperadores flavios: Vespasiano (69-70) y Tito (79-81) permitieron proseguir la obra de organización de la Iglesia y la difusión del cristianismo. Listas episcopales, que datan del siglo II, hacen remontar a San Pedro la serie de los Obispos de Roma, y designan a sus sucesores en el gobierno de la comunidad cristiana. *San Lino* (67-76 ?), luego *San Cleto* o *Anacleto* (76-78 ?) le sucedieron, pero no sabemos nada de estos dos Papas.

San Clemente (88-97 ?) fue el cuarto Papa. Su primera carta a los corintios, hacia el 96, expresa con la mayor claridad el ideal de un orden jerárquico, principio de la sociedad cristiana. Al ser perturbada la comunidad de Corinto por graves disensiones, la Iglesia de Roma intervino al punto. San Clemente escribió, en nombre de Roma, a la iglesia de Corinto una larga carta cuya autenticidad nadie discute, en la que reitera las exhortaciones al orden, la concordia y la obediencia. El orden —afirma— es la ley del universo; principio de la sociedad visible, también lo es de la sociedad cristiana. El fiel debe observar la misma disciplina, la misma subordinación, conforme a su rango, que caracterizaba al ejército romano. Así como Cristo viene de Dios, así los Apóstoles vienen de Cristo, y los Apóstoles, por su parte, «destinaron —son sus palabras— los primeros hombres que habían convertido, después de haber probado su fe, a desempeñar el papel de Obispos y Diáconos de los futuros fieles; y, sabiendo que disputarían por la dignidad episcopal, añadieron a continuación, a título de codicilo, que, si su celo se enfriase, otros hombres dignos de estima los sucederían en el ministerio». Y hacia el final se da este pasaje, en el que habla como superior: «Nos causaréis una gran alegría si, *obedientes* a lo que os hemos escrito en el Espíritu Santo, termináis con vuestra injusta cólera, como os hemos exhortado a hacerlo, recomendándoos por esta carta la paz y la concordia. Os hemos enviado hombres fieles y prudentes



Grafitos en las paredes de las catacumbas, debajo de la iglesia de San Sebastián, Roma, hacen suponer una doble inhumación de los restos de Pedro y Pablo, Príncipes de los Apóstoles. Arriba: parte de la bóveda. A la derecha: entrada

en la carta a los romanos en la que había manifestado su deseo de morir como confesor de la fe. A Sixto sucedió *Telesforo* (125-136 ?) quien, según San Ireneo, sufrió «un glorioso martirio», sin duda bajo el reinado de Adriano. *Higinio* le sucedió (136-140 ?) y fue sustituido por *Pío I* (140-155 ?). Autores eclesiásticos dignos de fe sitúan bajo su Pontificado la composición de una extraña y preciosa obra, serie de visiones sobrenaturales, preceptos y símiles. Es *El pastor*, en el que dos personajes alegóricos —una mujer que personifica la Iglesia y un pastor, el Ángel de la penitencia— son intérpretes del autor. Se llamaba Hermas y, al parecer, fue hermano de Pío. Su propósito era exhortar a sus coetáneos a la penitencia, que algunos se atrevían a pretender era inútil, pues el bautismo podía por sí solo perdonar los pecados. Este escrito es precioso para conocer el estado de la Iglesia Romana hacia mediados del siglo II, que acababa de pasar por una gran crisis bajo el reinado de Adriano. Mientras los mejores cristianos afrontaban el martirio, otros se dejaban llevar por la tibieza, y algunos, además, traicionaban a sus hermanos; el mismo clero no estaba indemne. *El pastor* refiere la existencia de herejes —sin duda los primeros gnósticos— «que querían saberlo todo y no sabían absolutamente nada»; que «pervertían a los servidores de Dios» y que, al tratar de conquistar la Iglesia de Roma, sin saberlo, honraban su primacía.

EL PAPADO EN EL SIGLO II

San Ireneo lo afirma de modo especial en este siglo II, en el libro que escribió *Contra las herejías (Contra haereses)*, es decir, contra todos los errores religiosos de su tiempo. Su testimonio es tan explícito como posible: «Demostraremos —dice— que la tradición que la Iglesia Romana tiene de los Apóstoles y de la Ley que anunció ha llegado a nosotros por sucesiones regulares de Obispos, y será la confusión de todos los que, del modo que sea, por complacencia en sí mismos, vanagloria, ceguera, error recogen lecciones donde no se deben buscar. Pues con la Iglesia Romana, en razón de su preeminencia suprema, debe estar de acuerdo toda la Iglesia, es decir, todos los fieles que están esparcidos por el universo y, en ella, todos esos fieles conservaron la tradición apostólica» (1). A continuación enumera los sucesores de San Pedro, desde Lino a Pío, ya nombrados, luego *Aniceto* (155-166 ?), *Sotero* (166-175 ?), *Eleuterio* (175-189), duodécimo desde los Apóstoles. En Roma, en el siglo II, se constituyó el canon del Nuevo Testamento y se halla la más antigua lista episcopal conservada.

Bajo el Pontificado de Aniceto, San Policarpo, el viejo Obispo de Esmirna, discípulo de San Juan, se dirigió a Roma para consultar con el Papa cuestiones que dividían a las comunidades cristianas. La principal era la de la fiesta de Pascua, que más tarde zanjaría el Papa Víctor. Aniceto, para honrar a su

(1) Mons. Besson, o. c., pág. 100.

venerable visitante, le cedió el sitio para celebrar la Eucaristía. Sotero, que sucedió a Aniceto, fue bendecido por su caridad. Socorrió a las iglesias pobres y alivió la miseria de los confesores de la fe condenados a trabajos forzados en las minas. Se le atribuye un tratado contra la herejía rigorista de los montanistas que pretendían volver la Iglesia a sus orígenes, restituirle un espíritu que habría perdido y anunciaban la *parusía,* la ruina próxima del mundo. Bajo Eleuterio, sucesor de Sotero, continuó la lucha contra la misma herejía y contra el gnosticismo, del que trataremos más tarde.

San Ireneo, que llegó a Roma en 177, reconoce, por tanto, la suprema autoridad doctrinal del Obispo de Roma, del Papa, una de las prerrogativas del primado. Ahora bien, San Ireneo personificaba, en el siglo II, tanto a la Iglesia de Asia, de la que era una de sus glorias, como a la Iglesia de las Galias, que le venera como a un gran Obispo. Cuando la Iglesia de Lyón fue diezmada, en 177, por una terrible persecución, en la que perecieron su Obispo San Potino, la Virgen Blandina, el Diácono Sanctus, Atalo, Maturo y tantos otros intrépidos testigos de Cristo, San Ireneo fue escogido para gobernar la Iglesia diezmada y recibido en Roma por el Papa San Eleuterio; la dirigió durante unos veinte años. Cuando, bajo el Pontificado de *San Víctor* (190-198), sucesor de Eleuterio, la controversia sobre la Pascua amenazó con degenerar en cisma, la intervención de San Ireneo conjuró la crisis. Los asiáticos celebraban esta fiesta el 14 de Nisán, el día decimocuarto de la luna de marzo; los cristianos de Occidente, al otro domingo. Para terminar con tal disidencia, Víctor convocó los concilios regionales en diversos lugares y, apoyado por ellos, intimó a los Obispos de Asia, presididos por San Polícrates de Éfeso, a que se conformaran con el uso común bajo pena de excomunión. Polícrates resistía; Víctor levantó la voz y la controversia se agravaba, cuando intervino San Ireneo. Sostuvo que el misterio de la Resurrección debe celebrarse un domingo, pero advirtió respetuosamente al Papa que no excomulgase a las Iglesias fieles a la vieja tradición oriental; se había evitado el cisma.

Pero su gloria más preclara fue vencer la *herejía gnóstica,* que ejercía una poderosa seducción en muchas almas. La *Gnosis* (del griego *gnosis,* que significa propiamente *conocimiento*) era una doctrina filosófica y religiosa, compleja y secreta, que intentaba conformar a la sabiduría helénica la sabiduría judía o cristiana. En todas sus variantes, aunque en proporciones muy diferentes, presenta una mezcla de elementos judíos o cristianos, teorías filosóficas griegas, creencias y prácticas tomadas de la religión helénica, de la magia y de los cultos orientales. Todas estas variantes mantenían algo de la predilección que siempre tuvieron los griegos por la especulación pura. Impregnadas de un espíritu sinceramente religioso, sentían profundamente la grandeza transcendente de Dios, la miseria infinita del hombre y la necesidad que tiene de Dios. Religaban al hombre caído con el Dios inaccesible y todopoderoso, abismo insondable y fuente de toda perfección, por intermediarios, seres o ideas, llamados *eones,* y atribuían la creación de nuestro mundo al *demiurgo,* uno de los intermediarios, entre los que colocaban a Jehová o Yavé y a Jesucristo.

Los gnósticos adoraban en Jesucristo al Revelador que da a conocer al Dios transcendente e inefable que salva a los hombres por el conocimiento que les da; inventaban maravillosos poemas metafísicos en los que expresaban su amor y su fe, pero ignoraban al continuador de los Profetas, al Mesías, al Verbo Encarnado; desconocían, por consiguiente, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, la Resurrección del Salvador y la de los hombres. En una palabra: la verdad cristiana.

De un gnosticismo primitivo, anterior al cristianismo y muy mal conocido, se derivó un gnosticismo judeocristiano, y al mismo tiempo que el cristianismo salía del judaísmo, luego una gnosis cristiana. Desde Filón, judío de Alejandría, totalmente imbuido de ciencia griega, contemporáneo de Jesús, hasta Simón el Mago, contemporáneo de los Santos Pedro y Pablo, que quiso comprar a San Pedro el poder de hacer milagros y se había presentado como el Dios supremo, hasta Basílides de Alejandría, a Valentín de Roma y a Marción de Sínope (hacia el 150), imbuidos totalmente de filosofía platónica, pretendían refutar, utilizándolos, tanto a los Evangelistas como a San Pablo.

La Iglesia replicaría, para salvar la doctrina apostólica, con «la tradición de la bendita didascalia de los Apóstoles». Opuso a los innovadores las memorias de los viejos presbíteros «que vieron a los Apóstoles». Hombres de buena voluntad redactaron tradiciones que se relacionaban con ellos: Papías, Obispo de Hierápolis († 160), Hegesipo el palestino († hacia el 190) y, más tarde todavía, San Justino. Pero el gnosticismo seguía desarrollándose con terrible fuerza cuando San Ireneo emprendió la refutación sistemática y completa en su gran obra, escrita hacia 180-190, *La falsa gnosis desenmascarada y refutada.* Al exponer a la luz del día las doctrinas misteriosas del gnosticismo, al refutar su dualismo y su teoría de la emanación, Ireneo lo hería de muerte y ponía las bases de la teología cristiana. Insistiendo enérgicamente en la tradición de la Iglesia, afirmaba la preeminencia de la sede de San Pedro «con la que toda la Iglesia debe conformarse a causa de su primacía suprema». «La verdadera gnosis —continúa— es la enseñanza de los Apóstoles y la primitiva constitución de la Iglesia.» «Asoció —escribe uno de los mejores conocedores de esta historia— íntimamente su síntesis especulativa al símbolo que enseñaba la Iglesia y rezaban los humildes; con ello quedó establecida para siempre la unidad de la fe y de la vida cristiana..., con ello quedó descartado en el futuro todo peligro de incoherencia en el desarrollo doctrinal» (1). El gnosticismo, que había alcanzado su apogeo en los siglos II y III, desapareció paulatinamente hacia fines del siglo IV.

---

(1) A. Dufourcq, *Saint Irénée,* París, 1905, págs. 31-32.

LOS PAPAS DEL SIGLO III

La primera mitad de este siglo fue un período relativamente tranquilo para la Iglesia, a excepción de dos persecuciones bajo Septimio Severo (de 201 a 211) y de Maximino (de 235 a 238), durante los tres años que duró su reinado; el primero de estos Emperadores había abolido la prohibición dada por Trajano de buscar a los cristianos. Pero quizá sea indicado recordar brevemente aquí los caracteres y trayectoria de las persecuciones.

A partir de Nerón, la Iglesia estuvo continuamente bajo un régimen persecutorio. Hacía falta, para ser cristiano y seguir siéndolo, algo más que valor, pues la muerte solía ser el precio de la fe y de la pertenencia a la proscrita nueva religión. Con todo, Roma era tolerante con los cultos asiáticos que habían invadido el Imperio. Tal actitud se explica porque sus fieles no pensaban en liberarse de sus deberes con Júpiter, adorado en el Capitolio, la diosa Roma o el dios Augusto. Se toleraba a los judíos y se autorizaba su religión *(religio licita)*, pues formaban una nación que podía, como cualquier otra, honrar a su dios protector. Mientras el cristianismo fue tenido por una simple secta judía se benefició de la tolerancia concedida a las sinagogas. Empero el odio que le tenían los judíos, su proselitismo y sus rápidos éxitos revelaron su verdadera naturaleza. No era una religión nacional, se dirigía a todos los hombres y rechazaba cualquiera otra divinidad, condenando los demás cultos como una impiedad.

El romano, que juntaba la religión y el Estado, se convertiría en su enemigo si no aceptaba la fe de los cristianos. A sus ojos, por el desprecio a la religión oficial, se situaban fuera de la ley, se hacían ateos y rebeldes. Además, su vida retirada y austera, el apartamiento voluntario de los juegos sangrientos, del circo y de los espectáculos con harta frecuencia groseros y licenciosos, tan del gusto de la plebe, los hacían sospechosos. Se les achacaban gratuitamente crímenes abominables, de los que serían culpables en sus reuniones nocturnas y clandestinas. Eran considerados capaces de todas las fechorías y dignos de los últimos suplicios. Nerón, hábilmente, supo sacar partido de tal estado de ánimo, como se ha visto, después del incendio de Roma. Todo induce a creer que determinó por una ley la actitud de la autoridad frente a los cristianos; se reducía a estas palabras esenciales: *Non licet esse christianos*, no está permitido ser cristiano. Desde ese momento la persecución amenazaba a todo el Imperio. Podía ser intermitente, esporádica, unas veces simulada, otras lenta, siguiendo las órdenes recibidas del poder central o las disposiciones personales de los gobernadores de las provincias, pero la ley seguía siendo amenazadora. Si ciertos Emperadores, como los Antoninos, no dictaron leyes contra los cristianos, no por ello dejaron de aplicar las existentes; su espíritu de justicia los indujo únicamente a regular, a veces, su ejecución.

Éste fue el caso de Trajano (98-117). Un rescripto dirigido en 112 a Plinio el Joven, legado de Bitinia, señaló la jurisprudencia a seguir. Este último había sometido sus dudas al Emperador y expuesto la conducta que había seguido con los cristianos citados ante su tribunal. «Los interrogué —escribía el legado— sobre si eran cristianos. A los que lo confesaron volví a interrogarlos por segunda y tercera vez y los amenacé con el suplicio. Si persistían los enviaba al suplicio. Pues cualquiera que fuese la naturaleza de su confesión, pensé que no podía por menos de castigar en ellos su desobediencia y obstinación invencible. Hay otros obsesionados con la misma locura, que he reservado para enviarlos a Roma por ser ciudadanos romanos.» Trajano aprobó la conducta de su legado: «No hay que buscarlos; si son acusados y convictos, deben ser castigados.» Se mantenía, por tanto, la antigua legislación, pero el Emperador la suavizaba prohibiendo la búsqueda y las denuncias anónimas.

En 125, un rescripto de Adriano dirigido a Minucio Fundano, Procónsul de Asia, recalcaba todavía estas disposiciones equitativas; cincuenta años después Marco Aurelio, con motivo de los mártires de Lyón, se atenía a la jurisprudencia establecida: condenar a los que confesaban y persistían, absolver a los apóstatas. Mas las leyes cedieron a menudo ante la presión de las masas paganas que, al haber visto correr la sangre en el circo, exigían nuevas víctimas; entonces los magistrados sacrificaban a los designados por el furor popular.

En el año 202, Septimio Severo abolió la prohibición de buscar a los cristianos; Decio, en el 251, ordenó sacrificar a los que se convertían al cristianismo, y en el 257, Valeriano quitó a las comunidades cristianas el derecho de reunión, los lugares de sepultura y sus oratorios. A la abolición de este edicto por Galieno siguió una calma relativa hasta el año 303, cuando comenzó la persecución más violenta bajo Diocleciano y Galerio. Hasta el día en que Constantino, diez años después, dio la paz a la Iglesia, se persiguió a los cristianos para afianzar sobre la base del paganismo la unidad del Imperio contra la invasión de los bárbaros. Por este motivo se quería exterminar al cristianismo; el objetivo principal era no matar, sino obligar a la apostasía para llevar a cabo la unidad religiosa.

Mas desde el siglo II los cristianos no permitían se los condenase sin exigir una justicia mejor. Apologistas, versados en filosofía y derecho y formados en el arte de escribir, se esforzaron en remover y convencer a la opinión. Tertuliano, el más célebre de todos, demostraba con la dialéctica implacable del jurista la ilegalidad de los procedimientos judiciales, irregulares, y la ley, contraria a la razón y al derecho natural. «Los cristianos —escribía— son los únicos a quienes no se les permite hablar para demostrar su inocencia... Culpables, los únicos según vosotros, de todos los crímenes, enemigos de los dioses, de los Emperadores, de las leyes, de las costumbres, de toda la naturaleza, los obligáis a negar para poder absolverlos.» Y concluía: «Vosotros nos condenáis y Dios nos absuelve.»

Los últimos años del siglo II estuvieron marcados por el fin trágico del Emperador Cómodo (190), déspota lunático y sanguinario que, sin embargo, no había demostrado especial animosidad contra los cristianos. Debieron, sin duda, el perdón a Marcia —favorita, luego esposa del Emperador—, que profesaba una viva simpatía por los cristianos. Fue ella la que mandó llamar un día al Papa Víctor, le pidió la lista de los confesores de la fe deportados a las minas de Cerdeña y obtuvo su perdón del Emperador. Entre los que fueron libertados se encontraba el futuro Papa Calixto. El Papa Víctor terminó su Pontificado en una tranquilidad relativa a comienzos del reinado de Septimio Severo.

Fue sustituido por *Ceferino*, que gobernó la Iglesia hasta 217. Romano sin mucha instrucción —a decir de los contemporáneos—, hombre sencillo, Ceferino tuvo al menos el mérito de escoger un auxiliar, *Calixto*, que le sucedería y fue Papa hasta el año 222. Calixto que, según una tradición dudosa, habría sido esclavo de cierto Carpóforo, «de la familia del César», había administrado por cuenta de su amo negocios financieros que se torcieron. Condenado por primera vez, recuperó el favor de Carpóforo, luego discutió por pelillos con judíos que le denunciaron como cristiano; enviado a las minas de Cerdeña, fue liberado por el decreto de Cómodo. El Papa Víctor, con todo, le mantuvo al margen; en cambio Ceferino le elevó a la categoría de primer Diácono, le hizo su consejero y le confió la administración del cementerio que llevó su nombre: «cementerio de Calixto». Casi todos los Papas fueron inhumados allí durante el siglo III, pues el Emperador Severo había facilitado la formación de colegios funerarios; la Iglesia se aprovechó probablemente para organizarse en una asociación funeraria y obtener de esta forma el derecho de propiedad.

Ceferino y Calixto tuvieron que luchar contra diversas herejías relativas a la Santísima Trinidad —adopcionistas y sabelianos— y contra San Hipólito. Este sabio, de una cultura enciclopédica, reprochaba a ambos Papas que introducían el relajamiento en la Iglesia por su demasiada condescendencia con los pecadores admitidos a la reconciliación y con los clérigos prevaricadores. Mantuvo su oposición bajo los Pontificados de *Urbano* (223-230) y *Pontiano* (230-235).

La tradición ha atribuido a Calixto el título de mártir. Si bien no se conoce persecución bajo el reinado de Alejandro Severo, es posible que este Papa haya sido víctima de los odios populares. El Pontificado de Urbano no conoció vicisitudes. En cambio, Pontiano sufrió la contrapartida de las agitaciones del Imperio. Alejandro Severo fue asesinado en la Germania (235), y el nuevo Emperador, Maximino Tracio, brutal y cruel, persiguió a los cristianos. Pontiano fue detenido, así como el antipapa Hipólito, y ambos fueron deportados a las minas de Cerdeña. Pontiano renunció a sus funciones y murió víctima de los malos tratos que tuvo que sufrir. *Anteros* o *Anterio*, que le sucedió en 236, sólo tuvo un breve Pontificado de cuarenta días; murió probablemente mártir y fue reemplazado por *Fabián* (236-250), que gozó de

mucha tranquilidad, pues el Emperador Maximino sucumbió ante una nueva revuelta militar.

El Papa aprovechó la calma para organizar la Iglesia. Dividió Roma en siete regiones, cada una de las cuales confió a un Diácono, asistido por un Subdiácono. Trajo de Cerdeña el cuerpo de Pontiano y mandó sepultarle en el cementerio de Calixto. Hipólito, muerto también en las minas de Cerdeña, después de haberse reconciliado con el Pontífice legítimo, fue inhumado por los desvelos del mismo Papa en el cementerio que hoy lleva su nombre. Cuando la persecución de Decio, Fabián fue uno de los primeros en ser detenido y sufrió el martirio el 20 de enero del año 250; sus restos fueron depositados en la cripta de los Papas, en el cementerio de Calixto. La sede pontificia estuvo vacante dieciocho meses a causa de las calamidades que sufría la Iglesia. Pero cuando Decio, en 251, tuvo que acudir a las fronteras para defender el Imperio amenazado por los godos, el cuerpo presbiteral se aprovechó para dar un sucesor a Fabián; *Cornelio,* sacerdote de mucha virtud y conocido por su bondad, fue elegido y gobernó la Iglesia desde el 251 hasta el 253.

Su elección disgustó a los adversarios de San Cipriano, Obispo de Cartago, dirigidos por el sacerdote Novato. Este último había intentado elegir un Pontífice, que habría condenado a Cipriano. Otro sacerdote, llamado Novaciano, también pretendiente al episcopado romano, apoyó a los descontentos. Originó un cisma y los *novacianos,* que se motejaban de *puros,* condenaron la pretendida falta de firmeza, el laxismo de la Iglesia. Cornelio les respondió convocando en Roma, a fines del año 251, un concilio de sesenta Obispos, que excomulgaron a los novacianos, ya condenados en la primavera del mismo año por un concilio convocado en Cartago por San Cipriano.

La jerarquía eclesiástica, que no había dejado de desarrollarse durante el siglo III, progresó de nuevo bajo el Pontificado de Cornelio. En una carta a Fabián, Obispo de Antioquía, Cornelio señala —año 251— 46 sacerdotes, 7 Diáconos, 7 Subdiáconos, 42 acólitos y 52 exorcistas, lectores y ostiarios de la Iglesia de Roma.

Cornelio no debía tardar en ser víctima de la nueva persecución que ordenó, desde 252, el Emperador Galo, sucesor de Decio. La peste y el hambre asolaban el Imperio; al negarse los cristianos a participar en los sacrificios expiatorios ordenados para conjurar la cólera de los dioses, desencadenaron la ira del pueblo y los rigores de las autoridades. El Papa fue detenido en los primeros momentos y desterrado a Centumcelae (Centocela, cerca de Cività Vecchia), donde murió en el año 253. *Lucio* le sucedió, en julio de 253, pero pronto fue sentenciado al destierro. El advenimiento de Valeriano, sucesor de Galo, trajo una calma momentánea; Lucio volvió a Roma, donde falleció en el mes de marzo del 254. *Esteban* fue Papa.

Su Pontificado señalóse por la controversia surgida entre él y San Cipriano respecto al bautismo conferido por los herejes. La muerte de Esteban, en 257, produjo un respiro, pues su sucesor *Sixto II,* sin dejar de mantener la doc-

trina romana, se mostró más benigno con San Cipriano. La persecución de Valeriano acercó las Iglesias de Roma y Cartago. El Papa resultó una de las primeras víctimas. Detenido mientras celebraba los santos misterios, fue decapitado en el mismo lugar de su detención; el cementerio de San Pretextato (258). Al primer Diácono, Lorenzo, se le intimó a que entregase el tesoro de la Iglesia, que había distribuido entre los pobres, previendo su confiscación; murió en las parrillas, quemado a fuego lento, y muchos mártires perecieron durante el mismo año.

La sede pontificia estuvo vacante durante un año. La derrota de Valeriano, vencido y prisionero de Sapor, rey de los persas, puso fin por algún tiempo a las tribulaciones de la Iglesia. En 259 fue elegido Papa *Dionisio,* y aprovechó el advenimiento de Galiano, que había restituido a los cristianos los bienes confiscados, para reorganizar la Iglesia Romana. Creó veinticinco títulos presbiterales en la capital, abrió de nuevo los cementerios y estableció otros. Su inagotable caridad se extendió a todos los desgraciados a quien pudo llegar; en Capadocia rescató muchos cristianos prisioneros de los godos. También se le debe una exposición del dogma de la Trinidad, que había precisado en un concilio celebrado en Roma, hacia los años 260-262. Se extinguió el 25 de diciembre del 268.

Treinta años relativamente tranquilos, con intervalos de breves persecuciones, fueron testigos de la sucesión de los Pontífices *Félix* (269-274), *Eutiquio* (275-283), *Gayo* (o *Cayo*) (283-296) y *Marcelino* (296-304). Pero nada se sabe de su actividad hasta la gran persecución de Diocleciano.

Este Emperador, de origen dálmata, que reinó de 284 a 305, se preocupaba entonces de reorganizar el Imperio. El Estado romano había perdido gradualmente, en el transcurso del siglo III, su carácter de sociedad de ciudades para convertirse en un puro despotismo militar. Durante cincuenta años (235-285) sobre todo, las legiones crearon y derrocaron a su antojo Emperadores y el mundo civilizado anduvo desgarrado por la guerra civil y por las invasiones bárbaras. Muchos Emperadores fueron a la sazón soldados de origen humilde y sin mucha instrucción. Para satisfacer las exigencias de las legiones y las necesidades de la guerra, aumentaron enormemente los impuestos y provocaron la inflación monetaria, que perturbó seriamente la estabilidad económica y hundió en la miseria a las poblaciones sometidas. De aquí resultó una grave crisis social, con la que terminó la reforma de Diocleciano. Los fundamentos sobre los que Augusto, dos siglos y medio antes, había levantado el Imperio se resquebrajaban. Sólo subsistían el ejército imperial y el Gobierno imperial; la restauración recibiría su impulso de arriba y sólo podía llevarse a cabo gracias a la organización burocrática de un régimen absolutista y unitario, fundado en el principio del servicio universal; en suma, un verdadero Estado *totalitario.*

Convencido de la imposibilidad en que se encontraba el Emperador de mandar por doquier, Diocleciano, para evitar rivales, se asoció auxiliares. En 285 escogió a Maximiano, a quien se confió el Occidente y residió en Milán;

Anacleto I (79-90), tercer Papa de la Cristiandad. Fresco de Domenico Ghirlandaio, siglo xv. Vaticano. Capilla Sixtina. Roma

Clemente I (90-99), conocido por su carta a la iglesia de Corinto. Fresco de Domenico Ghirlandaio, siglo xv. Vaticano. Capilla Sixtina. Roma



Eleuterio (174-189). Fresco de fra Diamante, siglo XV. Vaticano.



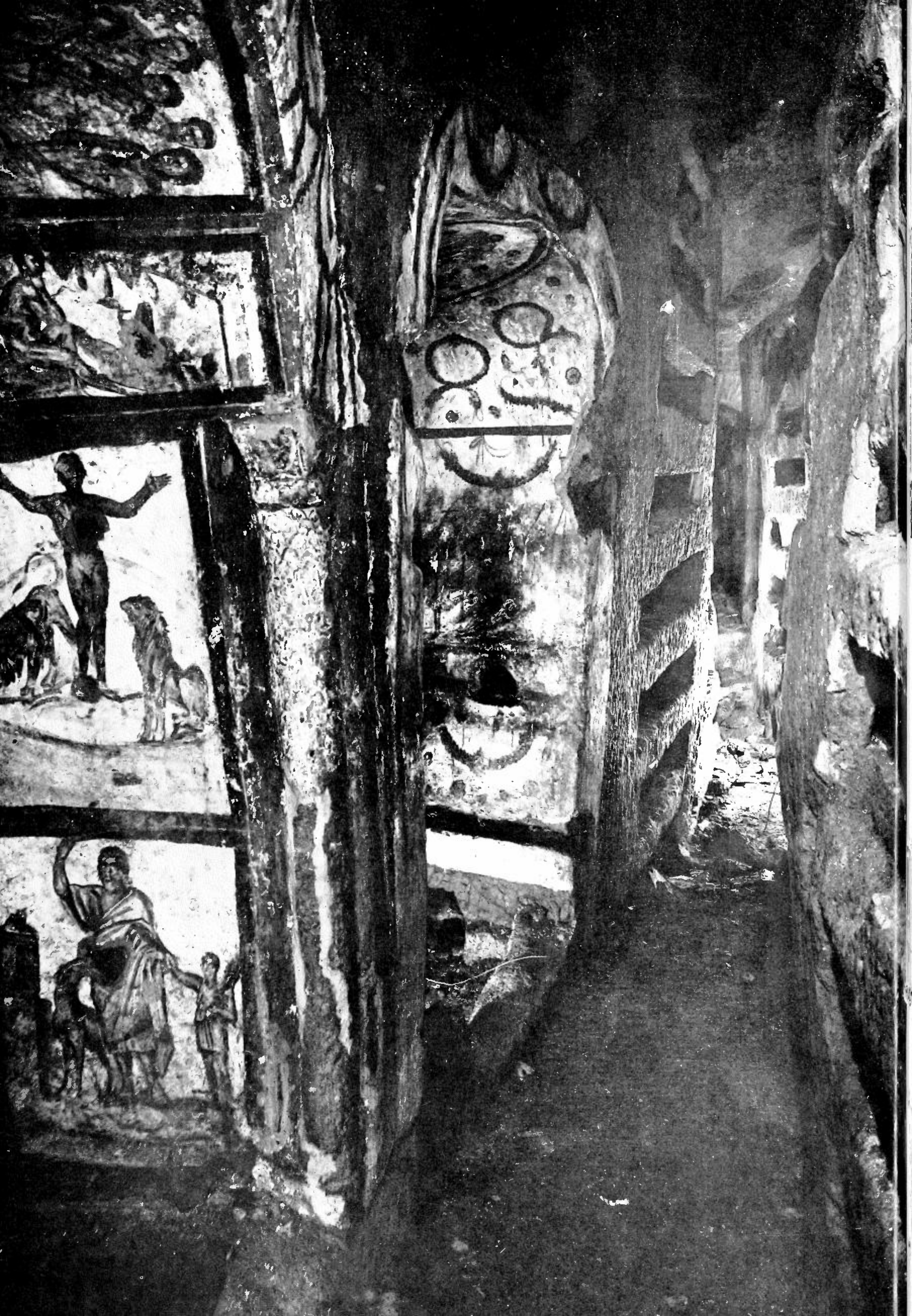
Víctor I (189-198). Fresco de Domenico Ghirlandaio, siglo xv. Vaticano.

A la izquierda: Ceferino (198-217). Fresco de la escuela de Botticelli, siglo XV. Vaticano. Capilla Sixtina. Roma. A la derecha: Marcelino (296-304). Fresco de Domenico Ghirlandaio, siglo XV. Vaticano. Capilla Sixtina. Roma

Cristo y Urbano I (222-230). Fresco de la cripta de Santa Cecilia, siglo VII. Roma



Calixto I (217-222), muerto en un motín popular, tras un agitado pontificado. Fresco de Domenico Ghirlandaio, siglo XV. Vaticano. Capilla Sixtina. Roma



Lápida mortuoria del Papa Pontiano (230-235). Catacumbas de Calixto. Roma

◀ Paredes con nichos funerarios en las catacumbas de Giordani, adornadas con escenas bíblicas. Roma

Lápida mortuoria del Papa Antero (235-236). Catacumbas de Calixto. Roma

Lápida mortuoria del Papa Fabián (236-250). Catacumbas de Calixto. Roma

Losa del sepulcro del Papa Cornelio (251-253). Catacumbas de Calixto. Roma

Epitafio del Papa Luciano I (253-254). Catacumbas de Calixto. Roma

Lápida funeraria del Papa Eutiquio (275-283). Catacumbas de Calixto. Roma



Sixto II entrega a San Lorenzo los tesoros de la Iglesia (258).
Fresco de Fra Angélico (1387-1455). Capilla de Nicolás V. Vaticano

Diocleciano se estableció en Nicomedia, centro estratégico del Imperio. Luego, los dos *augustos* nombraron dos *césares:* Galerio, que se asentó en Sirmio, al oeste de Belgrado, y Constancio Cloro, en Tréveris; se había constituido la *tetrarquía* (292).

Por fidelidad a la tradición romana y para reforzar la unidad moral del Imperio, fue por lo que Diocleciano declaró la guerra al cristianismo. Galerio, fanático y cruel, le incitaba a ello con todas sus fuerzas; Diocleciano, al principio, sólo accedía con repugnancia. Diversos incidentes le lanzaron por el camino de la persecución, y durante el año 303 se sucedieron los edictos. En primer lugar se prohibieron las asambleas; las iglesias serían destruidas y los libros sagrados quemados; las personas de noble condición que perseverasen en la fe perderían sus privilegios, las de condición media serían reducidas a esclavitud y los esclavos nunca podrían ser libres. Después terminaron por encarcelar a los jefes de las iglesias y los calabozos se llenaron de Obispos, sacerdotes, Diáconos y otros miembros de la jerarquía eclesiástica, a juicio del historiador Eusebio de Cesarea; los detenidos obstinados en confesar a Cristo fueron castigados con las torturas más atroces.

Algunos años después Diocleciano cayó enfermo en Nicomedia y, al menguar sus facultades, Galerio le convenció para que abdicara al mismo tiempo que Maximiano. Galerio y Constancio Cloro fueron *augustos* y designaron como *césares* a Severo para Occidente y a Maximino Daya para Oriente (305). El Imperio —escribe el historiador cristiano Eusebio— estaba dividido en dos por la persecución: el Occidente estaba en paz, mientras el Oriente era víctima de las peores tribulaciones bajo Galerio y Maximino. El primero murió en 311, presa de horribles sufrimientos, en medio de los cuales se volvió hacia el Dios de los cristianos, poco ha execrado, y publicó un edicto de tolerancia; el segundo continuó la sangrienta represión. Pero ya Constantino y Licinio preparaban el camino de la paz religiosa; Maximino, derrotado por sus ejércitos, se suicidó a fines del 313: desde el año anterior, por política o por temor, también él había ordenado medidas de tolerancia con los cristianos.

Los Papas pagaron un oneroso tributo a la persecución. *Marcelino,* que tal vez había flaqueado un momento, fue muerto en 304. La sede pontificia estuvo vacante durante cuatro años. En 308, durante una breve calma, le sucedió el sacerdote *Marcelo.* Su actividad se vio dificultada pronto por las perturbaciones suscitadas por apóstatas. Al pretender entrar en la Iglesia sin hacer penitencia, el Papa, fiel a los principios establecidos en el momento de la persecución de Decio, se opuso a ello. Habiendo estallado motines, por instigación de esas gentes, las autoridades hicieron recaer la responsabilidad en el Jefe de la Iglesia. Fue desterrado y murió en el 309. *Eusebio,* el sustituto, luchó con las mismas dificultades, agravadas además por la elección de un oponente, Heraclio. Tras cuatro meses de Pontificado, Eusebio, relegado a Sicilia, falleció en ella en el 310.

Sólo el 2 de julio del 311 tuvo sucesor en la persona de *Milciades* (311-314). El Gobierno imperial daba a la sazón claras pruebas de sus buenas disposi-

ciones. Majencio, hijo de Maximiano, que había logrado ser elegido Emperador en el 306 por el pueblo y por los pretorianos de Roma, publicó un rescripto que devolvía a la Iglesia todos «los lugares eclesiásticos» confiscados. Se acercaba la paz y Milciades vivió lo suficiente para verla irradiar por toda la Iglesia, después de la victoria, decisiva en todos los aspectos, de Constantino.

CONFIRMACIONES REITERADAS DEL PRIMADO ROMANO

Las terribles vicisitudes de la Iglesia durante los tres primeros siglos de su existencia, las persecuciones y herejías, lejos de debilitarla habían afianzado su magisterio y consolidado sus posiciones. El martirio —como se ha repetido a menudo— había sido la semilla de nuevas cristiandades, y Tertuliano escribirá pronto que los cristianos eran de ayer y lo llenaban todo en el vasto Imperio. Por eso, el primado de Roma se afirma siempre con mayor precisión y sin discusión.

En el siglo II —como hemos visto— San Ireneo ya había recordado «la sucesión regular» de los Obispos de Roma y declarado enérgicamente que con la Iglesia Romana, en razón de su preeminencia suprema, debe conformarse toda la Iglesia; en ella todos los fieles conservaron la tradición apostólica. Varios hechos importantes corroboran la doctrina del gran doctor. En Roma es donde se halla el más antiguo texto del Símbolo de los Apóstoles, la lista más antigua de los libros canónicos y el más antiguo catálogo de Obispos. La Iglesia de Roma es incuestionablemente, en el siglo II, un centro de atracción única, y los mismos herejes quieren justificarse tratando de conquistarla.

En el siglo III los testimonios se vuelven más explícitos todavía. Ante todo el de San Cipriano, Obispo de Cartago, espíritu independiente como pocos. Su independencia realza el valor de su testimonio cuando afirma que el Obispo de Roma ocupa una posición única. Pone en evidencia vigorosamente sus cualidades de «heredero de la Sede de Pedro, de fundamento permanente de la Iglesia, de centro y fuente de la unidad, de pastor universal y primado, depositario del poder de las llaves». La expresión *primatus Petri,* primado de San Pedro, ya clásica, no fue creada por el clero de Roma, sino por el clero de África, y los escritos de San Cipriano son la prueba de que este término no deja lugar a equívocos.

Hacia la mitad del siglo III la controversia entre la Iglesia de Roma y la de Alejandría aporta una nueva confirmación. Orígenes, el gran doctor alejandrino, es llamado al orden por el Papa Fabián. Su discípulo San Dionisio, Obispo de Alejandría, recibió a su vez una amonestación del Papa San Dionisio, fallecido en 268; los alejandrinos reconocieron sus errores y no se perturbaron las buenas relaciones entre las dos comunidades.

No es, pues, temerario concluir con un historiador cuya imparcialidad y sentido crítico son indiscutibles, Monseñor Duchesne: «Las Iglesias de todo el mundo, desde Arabia, Osroena, Capadocia hasta los confines de Occidente

sentían en todo, en la fe, la disciplina, el gobierno, el ritual, las obras de caridad, la incesante acción de la Iglesia Romana. Por doquier era conocida —como dice San Ireneo—, por doquier presente, respetada, seguida en su dirección. Frente a ella ninguna competencia, ninguna rivalidad. A nadie se le ocurre situarse en el mismo plano de igualdad. Más tarde habrá patriarcados y otras primacías locales; en el transcurso del siglo III apenas se perfilan los primeros rasgos más o menos vagos. Por encima de estos organismos, como por encima del conjunto de las Iglesias aisladas, se levanta la Iglesia Romana en su soberana majestad, representada por sus Obispos, cuya larga serie se vincula a los dos corifeos del colegio apostólico que se siente, se llama, se considera por todos como el centro y el órgano de la unidad» (1). Y un historiador racionalista es quien afirma que «la Iglesia de Roma nunca reivindicó su posición en el mundo, pero sí siempre el fundamento evangélico de la primacía» (2). Las prerrogativas del primado no se derivaban del hecho de que los Papas tenían su sede en Roma, sino del hecho de reivindicar el fundamento evangélico de este primado. El desarrollo que adquirirá en el siglo posterior, tras el traslado de la capital del Imperio de Roma a Constantinopla, será una nueva prueba de ello.

---

(1) L. Duchesne, *Églises séparées*, París, pág. 155.
(2) E. Von Dobschütz, *Das Decretum gelasianum*, 1912, pág. 252.

CAPÍTULO II

TRIUNFO DE LA IGLESIA

CONVERSIÓN DE CONSTANTINO

La tetrarquía estaba muy resquebrajada cuando Diocleciano y Maximiano se despojaron de la púrpura en el año 305. La nueva distribución de las funciones había llevado al Poder a Constancio Cloro y a Galerio, *augustos;* a Severo y Maximino Daya, *césares.* Pero Constantino, hijo de Constancio, y Majencio, hijo de Maximiano, fueron descartados. No tardarían en desempeñar los primeros papeles. Galerio, temeroso de Constantino como rival, había intentado repetidas veces desembarazarse de él comprometiéndole en expediciones peligrosas. Constantino siempre salió del paso con honra, y su prestigio crecía en el ejército. Al llamarle su padre junto a sí pudo, finalmente, unirse con él en Bretaña; Constancio falleció poco después en York, en el 306. Las tropas aclamaron a Constantino como Emperador. La nueva tetrarquía incluyó entonces a dos *augustos:* Galerio y Severo, y a dos *césares:* Maximino y Constantino. Pero, en Roma, Majencio se sublevó, contentándose en principio con el título de *princeps,* y Severo fue muerto en el transcurso de la guerra al año siguiente. Galerio no podía resignarse a una derrota que ponía en peligro su autoridad. Trató en vano de forzar el cerco de Roma. Maximiano, con el consentimiento de Majencio, se unió a Constantino y le dio su hija Fausta en matrimonio, mas procuró conservar la realidad del Poder. En 310 estalló un conflicto entre Constantino, que no había renunciado al título de *augusto,* y su suegro; Maximiano cayó prisionero y fue asesinado. Majencio, que acababa de despojar a su padre del Poder, ahora se constituía en vengador de su memoria. Se proponía ser el único amo de Occidente y Constantino tenía idéntica ambición; la guerra era inevitable.

Estalló en 312. Constantino, en el mes de septiembre, condujo sus tropas del Rin a los Alpes, y en poco tiempo fue dueño de la Alta Italia. Se unió con Licinio, compañero de armas de Galerio, muerto en el intervalo, y marchó

sobre Roma. Sólo tenía treinta mil hombres frente a los cien mil soldados que defendían la capital fuertemente fortificada. Pero en ese momento ya confiaba en la protección del Dios de los cristianos, y con su ayuda estaba seguro de la victoria. Hasta ese momento, a ejemplo de su padre, había tratado bien e incluso protegido a los cristianos; no por ello dejaba de venerar a Apolo, identificado con el Sol, y le había erigido altares en la Galia y en Bretaña. Con todo, parece ser que ya se había operado en él un cambio. Un acontecimiento, que le sirvió de argumento después, le habría impresionado. Los Príncipes —su padre y él— favorables a los cristianos, vieron sus empresas coronadas por el éxito, mientras los perseguidores de éstos habían fracasado miserablemente. Tampoco habría que olvidar que se había operado un cambio en las disposiciones del Poder imperial, a partir de Septimio Severo; que los cristianos con su lealtad y los Papas con su doctrina política habían contribuido a tal cambio pidiendo sólo derecho a vivir; que una religión nueva, finalmente, se abría camino entre el paganismo romano bajo la influencia de las filosofías y religiones orientales y los progresos del cristianismo. «Mas esta evolución (de Constantino) —escribe un historiador ya mencionado— la aceleró un acontecimiento cuya realidad es indiscutible, incluso si algunas circunstancias son inciertas» (1). «Una tarde —cuenta Eusebio de Cesarea en la *Vida de Constantino*—, hacia el ocaso, se le apareció una cruz resplandeciente sobre el Sol, rodeada de esta inscripción: *Con este signo vencerás.*» Constantino habría quedado perplejo, pero durante la noche Cristo se le apareció con el mismo signo y le ordenó lo pusiese en un estandarte, que le protegería en el combate. Éste sería el origen del lábaro de Constantino.

Era, pues, cristiano en la intención cuando atacó y desafió a Majencio el 28 de octubre del 312, en el puente Milvio, sobre el Tíber. Al otro día entraba en Roma como triunfador; el Senado le concedió los títulos de «libertador de la ciudad», «creador de la tranquilidad», «restaurador de la República», y mandó erigir un arco de triunfo. Constantino proclamó solemnemente su confianza en la cruz salvadora. Eusebio, en su *Historia eclesiástica,* lo refiere en estos términos: «Ordenó inmediatamente erigir el trofeo de la Pasión saludable en la mano de su propia estatua, y mandó a los que colocaban su propia estatua en el sitio de Roma más frecuentado, que llevaba en su diestra el signo salvador, pusiesen en la lengua de los romanos la siguiente inscripción con estas palabras: «Por este signo de salvación, esta verdadera *prueba* de valor, vuestra ciudad ha sido salvada y librada por mí del yugo del tirano y, además, el Senado y el pueblo romano fueron librados y restablecidos por mí en su antigua claridad y esplendor.»

Que Constantino haya obedecido o no a razones políticas es discutible, pero la convicción manifestada poco después en su carta a las provincias de «que tenía una misión personal confiada a él por el Dios de los cristianos» —en expresión de un historiador inglés— era, sin duda, sincera. ¿Se puede

(1) Jacquin, *Histoire de l'Église,* t. I, pág. 281.

añadir con el mismo autor que «se identificaba por completo con la cristiandad, la Iglesia cristiana y la fe cristiana»? (1).

La *conversión* de Constantino, sobre la que se ha discutido mucho, le separó racionalmente del politeísmo, le acercó al *summus deus*, en expresión del historiador Lactancio, contemporáneo suyo, pero no le hizo todavía positivamente cristiano. Para Lactancio, escritor cristiano, aunque de origen pagano, el *summus deus* es el Dios de los cristianos. Mas la expresión era corriente a la sazón entre los paganos ilustrados, que admitían la existencia de un Dios transcendente, sin dejar por ello de ser fieles al culto a los ídolos; sus diversos nombres designarían —según ellos— las virtudes de ese dios sin nombre, difusas en el mundo, obra suya. En 312-313 Constantino hace justicia al cristianismo, mas por mucho que se haya inclinado hacia él, por grandes que fuesen los privilegios que le otorga, reserva su libertad personal. Posee una idea tan elevada de la dignidad imperial, completamente diferente a la de los Emperadores ilirios, que se considera el árbitro de los dones divinos sobre la Tierra y el fundamento del poder de la *summa divinitas*, con la que trata directamente. Constantino, que era profundamente un hombre cumplidor de su deber, ¿no subordinó siempre sus deberes para con la Iglesia a sus deberes para con el Imperio? «Esta reserva —afirma un escritor católico— es la clave del enigma de la conversión de Constantino» (2).

Se explica por el hecho de que seguía siendo el jefe de un Imperio completamente pagano aún en sus instituciones. La antigua religión estaba tan íntimamente unida al Estado, que era difícil separarlos sin una transformación profunda; de realizarla demasiado pronto habría quebrantado un Poder ha poco establecido. No es menos cierto que la prosperidad del Imperio estaba vinculada, en su espíritu, a la unidad de la Iglesia Católica; el culto divino, el verdadero culto, es para éste el que practica el catolicismo. El *Edicto de Milán*, en el año 313, dio la prueba de esta convicción e inauguró una nueva Era en la historia del mundo. «La conversión de Constantino —escribe un historiador racionalista— es el hecho más importante de la historia del mundo mediterráneo entre la constitución de la hegemonía romana y el establecimiento del Islam. A él se debe el triunfo del cristianismo que, al trastornar la psicología de los hombres, abrió un abismo entre la Antigüedad y nosotros. Desde la adopción del cristianismo vivimos en otro plano» (3).

EL EDICTO DE MILÁN: 313

Primer jefe del Imperio por el hecho de sus victorias y en virtud del título de *Maximus* conferido por el Senado, Constantino, desde el momento en que abrazaba el cristianismo, podía y debía tomar la iniciativa de las medidas que

(1) Norman H. Baynes, *Constantine the Great and the Christian Church*, Londres, 1931.
(2) P. Battifol, *La paix constantinienne et l'Église*, París, 1914, págs. 255-259.
(3) F. Lot, *La fin du monde antique et le début du moyen âge*, París, 1927, pág. 44.

fundamentarían la libertad religiosa. A principios del año 313 llegó a Milán, donde encontró a Licinio, que se casó con Constancia, hermana del Emperador. De sus deliberaciones salió el célebre edicto, que conocemos por las cartas dirigidas a los gobernadores de las provincias, cuyo texto han conservado Eusebio y Lactancio, y que fue publicado en Nicomedia por Licinio el 13 de junio del 313. Se reduce a dos artículos, el primero de los cuales se refiere a la libertad religiosa y el segundo a la propiedad eclesiástica. Toda religión podía, en lo sucesivo, reclutar libremente sus adeptos y practicar su culto en el Imperio; se señalaba especialmente a los cristianos como poseedores de este derecho. Los bienes confiscados en las últimas persecuciones deberían ser restituidos, incluso en el caso de haber sido enajenados; el tesoro del Estado indemnizaría, de haber lugar a ello, a los poseedores actuales. La Iglesia podía heredar y recibir donaciones; se convertía en persona civil. La impasibilidad jurídica del Edicto de Milán no debe llamarnos a engaño: la simpatía calurosa de Constantino hacia los cristianos es un hecho y no reconoce más cristianos que los católicos.

Era una revolución en el *status* legal de los cristianos. El Edicto los reincorporaba a la vida social y política. Desde ese momento podían aceptar funciones públicas, puesto que les era posible rehuir las obligaciones religiosas que incluían. El apostolado quedaba facilitado y las almas timoratas tranquilizadas; se multiplicaron las conversiones, si bien las hubo dictadas por el interés. El culto pudo celebrarse a la luz del día y con magnificencia. Surgieron iglesias entre las ruinas y se edificaron otras nuevas en gran número. Constantino ya había donado el palacio imperial de Letrán al Papa Milciades; pronto se edificaría una basílica junto a él. Más tarde mandó construir las iglesias de San Pedro, San Pablo y San Lorenzo. La munificencia de su madre, Santa Helena, de su hermana Anastasia, de su hija Constantina erigieron otras más.

Muchas leyes inspiradas en el espíritu del Evangelio favorecieron luego a la familia, aliviaron a las viudas y huérfanos, protegieron a los esclavos e hicieron respetar la dignidad humana incluso entre los criminales; se prohibió el suplicio de la cruz, ya que éste se había convertido en el símbolo de la Redención y del triunfo de Cristo.

El cristianismo de Constantino se afirmó más claramente todavía durante y después de la guerra contra Licinio. Su colega para el Oriente, que en un principio siguió la política religiosa de Constantino, pronto se apartó de ella. El primero pretendía favorecer al cristianismo mientras el segundo se limitaba a una tolerancia general que se extendía a todos los cultos; el dios supremo *(summus deus)* de Licinio no era el de Constantino; y ambos *augustos* pretendían el primer puesto. La guerra tomó pronto un aspecto religioso tanto como político; Licinio fue derrotado y luego ajusticiado en el 323; Constantino era el único amo del Imperio. Sus nuevos edictos manifestaron a las claras sus preferencias por el cristianismo; sin proscribir aún el paganismo, lo colocaba en una situación de inferioridad. Tras haber pacificado el Oriente,

hizo de Constantinopla —ciudad de Constantino— el centro del nuevo Imperio Cristiano. La reconstruyó en gran parte, la dotó de palacios y magníficas iglesias: la de Santa Sofía, dedicada a la divina Sabiduría, fue la más hermosa. El 11 de mayo del 330 se celebró la solemne inauguración de la nueva capital, en un paraje admirable y en una situación estratégica excelente, que afianzaba las bases de la obra constantiniana, origen de la civilización cristiana, pero que preparaba también la ruptura entre Oriente y Occidente.

A Constantino le gustaba proclamarse «Obispo de fuera», y su reino señaló el comienzo de un período en el que la política empezó a usurpar el terreno a lo espiritual en los asuntos internos de la Iglesia. La protección de los Príncipes siempre ha dado a la Iglesia inestimables ventajas, pero asimismo ha tenido alguna contraprestación: la injerencia del Estado en los asuntos espirituales o, en parte, cierta subordinación de la Iglesia al poder civil que, rara vez desinteresado, exige una contrapartida a su protección. El contratiempo, en la obra de Constantino, fue no reconocer el primado de la Sede Pontificia o, al menos, obrar como si no existiese tal primado. Las peligrosas consecuencias del *cesaropapismo* ya se manifestaban a la luz del día.

Constantino estaba poco al corriente de las doctrinas del cristianismo. A su actitud frente al arrianismo —Arrio negaba la divinidad de Cristo— le faltó firmeza y perseverancia. Se reveló como defensor de las decisiones del Concilio de Nicea (325), en el que se condenó el arrianismo, pero pronto perdonó a Arrio y se dejó adoctrinar por una camarilla de Obispos y doctores arrianos que no tardó, gracias a su apoyo, en regentar el catolicismo. Su actitud, igualmente vacilante, aprovechó asimismo al cisma donatista, cuyos partidarios reclutados en la Iglesia de África se proclamaban los *santos*, los *puros*, únicos custodios del espíritu evangélico frente a los Papas, más misericordiosos, motejados de relajados y prevaricadores. La última intervención de Constantino fue su negativa a hacer justicia a San Atanasio, Obispo de Alejandría, defensor intrépido de la ortodoxia; el Emperador, al obrar de tal modo, daba seguridades al arrianismo reaccionario contra las decisiones de Nicea. El libertador de la Iglesia había inaugurado así, al final de su vida, el bizantinismo teológico: abierto el camino a su hijo Constancio, quien no retrocedería ante el empleo de la persecución.

Constantino cayó enfermo en el año 337, después de las fiestas de Pascua, que había celebrado con gran devoción. Se le trasladó a una de sus villas, cerca de Nicomedia, y allí se preparó para el bautismo, pues aún sólo era catecúmeno. El Obispo arriano Eusebio de Nicomedia le administró el sacramento, que recibió con piedad edificante. Es un rasgo que consuma su teoría de las relaciones del Príncipe con la Iglesia, sin que podamos decidir si el gran Emperador se reservó así hasta la última hora por un escrúpulo de creyente o por una segunda intención de omnipotencia. Falleció el 22 de mayo del 337, en la fiesta de Pentecostés, a la edad de cincuenta y siete años, tras un reinado de treinta años; los solemnes funerales se celebraron en Constantinopla, donde había mandado disponer su sepulcro en la iglesia de los Santos Apóstoles.



El Emperador Constantino I en la batalla del Puente Milvio (312).
Fresco de Julio Romano (1492-1546). Roma



El Emperador Constantino I (306-337) contempla el signo de la cruz en el cielo, la víspera de su batalla victoriosa contra su corregente y rival, Majencio (312). Estatua ecuestre de Bernini, siglo XVII. Vaticano. Roma



El Concilio de Nicea, en 325. El Emperador Constantino I (306-337) estuvo presente en las tareas, en un trono de honor. Defendió las conclusiones del Concilio contra la herejía del sacerdote Arrio, muerto en 336. Fresco del siglo XVI. San Martín de los Montes. Roma



El Emperador Teodosio Magno (379-395) recibe del doctor de la Iglesia, San Ambrosio (333-397), la absolución por la matanza de Salónica. Pintura de P. Subleyras, siglo XVIII. Galería Nacional. Perusa

DEL CONCILIO DE NICEA (325) HASTA LA MUERTE DE JULIANO EL APÓSTATA (363)

El favor del Gobierno contribuyó no tanto a exaltar la dignidad del Obispo de Roma cuanto a la resistencia que éste no temió oponer a veces a la omnipotencia del Estado, empleando solamente las armas de la doctrina, del derecho y de la moral. Al mismo tiempo, el traslado efectuado por Constantino de la capital del Imperio a Constantinopla dejó las manos más libres en Roma a la acción del Papado. Los Emperadores se convirtieron con harta frecuencia en los servidores de la herejía arriana; el culto, a veces servil, de los pueblos a los Emperadores, venerados como dioses, no fue obstáculo para que los Papas se rebelasen en incansable oposición contra ellos. Esos tiempos agitados, que hacen pensar irremediablemente en la tempestad que sacudió la barca de Pedro en el lago de Genezaret, símbolo de las luchas de la Iglesia, fueron testigos de que las iglesias particulares se volvieran con mayor confianza hacia la roca de Pedro para buscar en ella protección. La necesidad de un punto de apoyo inconmovible y común a todos halló su expresión en las ardientes protestas de los escritores en favor de la Sede Apostólica de Roma. Las medidas tomadas por los Papas, siempre conscientes, pese a las debilidades humanas, de su alta responsabilidad crearon, gracias al éxito providencial que las acompañaron, una corriente de abnegación y entusiasmo con los sucesores de los Apóstoles tanto en Oriente como en Occidente. Los acontecimientos que se desarrollaron en los siglos IV y V lo demuestran, pese a las apariencias tan frecuentemente adversas.

La condenación de Arrio no había detenido los progresos de su doctrina, cuando Constantino convocó el primer Concilio Ecuménico en Nicea (Bitinia). Aproximadamente trescientos Obispos de toda la Cristiandad, en su inmensa mayoría de Oriente, respondieron a su llamada. El Papa *Silvestre* (314-335), sucesor de Milciades, quien «en razón de su mucha edad» no había podido dirigirse al concilio, estaba representado en él por dos sacerdotes: Vito y Vicente. Se reservó un sitio de honor al Emperador; el Obispo Osio de Córdoba, que tenía la confianza del Papa y del Emperador, asumió la presidencia. El concilio condenó el arrianismo declarando que el Hijo era *consubstancial* al Padre, señalando así la identidad de naturaleza y la distinción de personas; el «Símbolo de Nicea» fijó los términos de la doctrina católica. Con la adopción de veinte *cánones,* que regulaban cuestiones disciplinarias impuestas por las circunstancias, quedaba completa la obra del concilio.

Gran número de arrianos no se sometieron a éste, y el gran defensor de la ortodoxia, San Atanasio, Obispo de Alejandría, arrojado de su ciudad episcopal, corrió a refugiarse a Roma. El Papa *Julio I* (337-352), sucesor de Silvestre, tras el breve Pontificado de *Marcos* (335-336), y romano como él, tuvo que defender una vez más la unidad. Convocó un nuevo concilio en

Roma (341). La carta que el Papa escribió en esta ocasión a los Obispos del partido contrario, es un documento de primer orden para la historia del primado romano. Los censura por haber depuesto Obispos sin haber apelado previamente al Obispo de Roma; incluso en el caso de ser culpables, «la costumbre exigía que no se llevase a cabo sin escribir al Obispo de Roma, para que éste pudiese tomar al respecto una decisión conforme a la justicia». Dos orientales —Teodoreto, Obispo de Cir, en Siria; Sócrates, de Constantinopla— aprobaron explícitamente la conducta del Papa. Este último, censurando la convocatoria de un concilio en Antioquía por los arrianos, escribió que «la regla eclesiástica prohíbe tomar ninguna decisión en la Iglesia sin el consentimiento del Romano Pontífice».

Dos años después del Concilio de Roma, Julio I recibió una nueva satisfacción en el Concilio de Sardica (hoy Sofía), convocado, a petición suya, por los hijos de Constantino: Constancio y Constante. Efectivamente, sabido es que Constantino había confiado el gobierno del Imperio a sus tres hijos: Constante, Constancio y Constantino II. Este concilio, cuyas decisiones se pusieron en el mismo plano que las de Nicea, tenía por finalidad intentar una reconciliación entre católicos y arrianos. Un centenar de Obispos acudieron a él. Una vez más Osio, Obispo de Córdoba, ocupó la presidencia en nombre del Papa, acompañado de dos sacerdotes romanos: Arquídamo y Filoxeno, y un Diácono. En los primeros contactos fue evidente que no se llegaría al entendimiento deseado; los disidentes celebraron un concilio suyo. Pero los Padres de Sardica reconocieron solemnemente el derecho de apelación a la Sede Apostólica, a la que se reservaba la facultad de tomar una decisión. Atanasio pudo ocupar otra vez su sede episcopal y el Papa tuvo de nuevo el consuelo de ver varios Obispos arrianos volver a la ortodoxia. Estos últimos le dieron las gracias por haber querido, «con amor y mansedumbre, declararse dispuesto a perdonar su extravío».

El sucesor de Julio I también fue romano: *Liberio* (352-366). Nuevas transformaciones se produjeron en el Imperio. Constantino II ya había perecido en 340, en el transcurso de una guerra contra Constante; en 350, a consecuencia de una rebelión militar, este último fue asesinado; Constancio, tras vencer al usurpador, fue el único amo del Imperio (353); su éxito aseguraría la victoria del arrianismo. Inmediatamente puso cuanto estuvo de su parte para hacer de tal doctrina una institución del Estado, aceptado por todos los Obispos. Mientras algunos Obispos orientales y egipcios denunciaban otra vez la conducta de Atanasio, Liberio negociaba con el Emperador para reanudar la obra de la unión iniciada en Sardica y proponía la reunión de un concilio en Aquilea. El Emperador, en connivencia con los legados pontificios que defraudaron la confianza que el Papa había puesto en ellos, admitió la idea de un concilio, pero en Arles, bajo su alta dirección. Consiguió lo que quería. Pero Liberio escribió al Emperador para conseguir la convocatoria de un nuevo concilio; el Emperador designó Milán como lugar de reunión para el año 355. Trescientos Obispos acudieron a él y los debates habrían favore-

cido, probablemente, a la ortodoxia si Constancio no hubiera intervenido en persona declarando: «Mi voluntad es un canon.» Los recalcitrantes cedieron bajo la amenaza de destierro y el Jefe del Estado quiso entonces reducir al Papa como a los otros Obispos. «Deseaba ardientemente —escribe el historiador Amiano Marcelino— obtener la confirmación de su obra con la autoridad que hace tan poderosos a los Obispos de la Ciudad Eterna.» Pero ni los ruegos, ni los presentes, ni las amenazas pudieron doblegar al sucesor de San Pedro.

Para terminar de una vez, el prefecto de Roma recibió la orden de apoderarse de Liberio, quien fue conducido a Milán, donde residía el Emperador. El escritor eclesiástico Teodoreto nos ha dejado un relato de la entrevista: «Sólo se te pide una cosa —dijo Constancio—: firma y volverás a Roma.» «Ya me he despedido de mis hermanos de Roma —respondió el Pontífice—. Antes es la ley eclesiástica que la estancia en Roma.» «Tienes tres días para reflexionar —replicó el Emperador—; o firmas, y puedes volver a Roma, o decide qué lugar de destierro prefieres.» Liberio se mantuvo firme y fue desterrado a Berea, en la Tracia.

El Obispo de Ancira, Basilio, propuso entonces una fórmula de transacción. Liberio, que pedía autorización para regresar a Roma, consintió en firmarla; aunque condenando el abuso del término *consubstancial*, no le pareció contrario a la ortodoxia, especialmente si se añadía la afirmación de la perfecta semejanza del Padre y del Hijo. Lo que se ha llamado la *caída* de Liberio era más bien una victoria, al menos relativa, de los ortodoxos sobre el arrianismo, que se veía obligado a abandonar la intransigencia manifestada poco ha. Liberio regresó a Roma el 2 de agosto del 358 y pronto se negó a compartir el Poder con el antipapa Félix, entronizado antes por el Emperador. El pueblo, muy adicto a Liberio, se sublevó al grito de: «¡No hay más que un Cristo y un Pastor!», y Félix tuvo que abandonar la ciudad. A continuación Liberio resistió a las tentativas del arrianismo. Muchos Obispos, que habían tolerado por temor, en silencio, la herejía condenada, suspiraban por el momento en que podrían reprobarla. Anuló las actas del concilio disidente de Rímini (359) y, en una carta conservada por San Hilario de Poitiers, se rebeló, en cambio, contra los extremistas que condenaban a la Sede Apostólica por su indulgencia. El Papa se honraba de haber pronunciado con moderación, como conviene al que lo tiene todo en cuenta. Esta carta da la impresión de una autoridad personal intangible y aceptada (1).

La muerte de Constancio, enfermo durante una expedición contra los persas, quien recibió el bautismo antes de morir (361), privó al arrianismo de su mejor apoyo. Le sucedió en el trono imperial Juliano, mas Liberio aún tuvo el dolor, antes de bajar también él al sepulcro (366), de ver al Emperador intentar restaurar el paganismo.

---

(1) Battifol, *Le Siège apostolique* (359-451), París, 1924, pág. 8.

Es una extraña figura este sobrino constantiniano. Educado en el cristianismo y bautizado, probablemente, Juliano vio en torno suyo a la religión de Jesús representada por los asesinos de su familia y por los Obispos arrianos, ergotizantes y ambiciosos, que difícilmente penetraba el espíritu de Cristo. Alma mística, temperamento de artista, admirador entusiasta de la Antigüedad clásica que le habían revelado famosos maestros, Juliano halló en el neoplatonismo de Yámblico, combinación de teurgia y ocultismo, una filosofía sincretista que le permitió superar el politeísmo, explicándole. Los viejos mitos no eran más que símbolos que velaban verdades profundas; las múltiples divinidades, manifestaciones inferiores del dios supremo. Su dios es el Rey Sol, pues el astro no era más que el símbolo del sol de las inteligencias, el neoplatonismo se mezclaba con el mito griego de Apolo. Su conversión al paganismo databa de varios años antes de subir al trono. Sería injusto ver en las reformas del que se ha llamado Juliano el Apóstata el advenimiento del racionalismo político o del despotismo ilustrado. «Juliano no era ni el escéptico ni el librepensador que imaginaron ciertos historiadores filósofos. Este hombre instruido, de severas costumbres, casi austeras, siempre se mostró creyente sincero, un místico en busca de sensaciones religiosas, un defensor celoso y entusiasta y fanático de los dioses a los que servía. Empero sus ideas se perdían en la quimera y en el ensueño; no supo comprender que la fuerza del paganismo estribaba en la fidelidad a las antiguas tradiciones; resquebrajarlas so pretexto de introducir en ellas elementos nuevos era precipitar una decadencia ya iniciada» (1).

Puso trabas al cristianismo, se hizo polemista; fracasó porque la superioridad del cristianismo era evidente y las clases altas de la sociedad aficionadas a la tolerancia no querían reformas. Falleció el 25 de junio del 363 en una campaña contra los persas. Teodoreto, ya citado, refiere que, recogiendo en su mano la sangre que corría de su herida, la habría arrojado hacia el cielo diciendo: «¡Venciste, Galileo!» Este relato, probablemente, no es más que una leyenda, pero expresa de modo impresionante la idea que se forjaban la mayoría de sus contemporáneos de la obra emprendida por Juliano el Apóstata.

Así, pues, el Imperio retornó a un cristiano, Joviano (363-364); se prohibió el culto pagano y el cristianismo recuperó su condición privilegiada, pero Joviano se negó a participar en la controversia. Su sucesor, Valentiniano, católico como él, adicto a la doctrina de Nicea, asoció a su hermano Valente y le confió el Oriente, reservándose de modo personal el Occidente, donde la defensa del Imperio sobre el Rin y el Danubio era cada vez más difícil. Esta nueva división tuvo como consecuencia instituir dos regímenes diferentes para el catolicismo. Valentiniano (364-375) resultó favorable a la ortodoxia, pero, como Joviano, se negó a importunar a los arrianos y a inmiscuirse en los asuntos eclesiásticos. Su sucesor en Occidente, Graciano (375-383), fue católico

(1) Jacquin, o. c., pág. 362.

de más abierto modo todavía. Valente (364-378), por el contrario, cayó bajo la influencia de las mismas intrigas que caracterizaron los reinados de los sucesores de Constantino. La opresión de los católicos se hizo intolerable. Con todo, la autoridad del Papa Liberio no era ignorada en Oriente. Las negociaciones que llevó a cabo con los orientales demuestran que Roma exigía el reconocimiento del Símbolo de Nicea para admitirlos en su comunión, y no vacilaba en pronunciarse sobre causas que le sometía el Oriente. Pero el defensor acreditado del arrianismo oficial, Eudoxio, Obispo de Constantinopla, sostenido por Valente, desbarató los planes de los que intentaban acercarse a Roma.

DÁMASO I (366-384) Y SAN AMBROSIO

Cuando murió Liberio, el 24 de septiembre del 366, la gran mayoría del clero y del pueblo eligió para sucederle al diácono *Dámaso,* nacido hacia el 305, hispano de origen, pero que había vivido en Roma. Algunos disidentes dieron sus votos al Diácono Ursino. La autoridad civil reconoció a Dámaso, consagrado el 1 de octubre. Pero las facciones llegaron a las manos y los partidarios de Dámaso terminaron por forzar, tras un sangriento combate, la basílica fundada por Liberio, donde se habían refugiado sus adversarios. Ursino, vuelto a Roma poco después, fue expulsado por el prefecto de la capital. Estas rivalidades en la obtención del Sumo Pontificado no iban destinadas a aumentar el prestigio de la Iglesia a los ojos de los paganos. Uno de los historiadores, el honrado Amiano Marcelino, le hace objeto de críticas que, por exageradas que sean, al menos demuestran que los Pontífices romanos poseían en esta época una elevada situación.

Estallaron nuevos disturbios en Roma, y los donatistas trataron de establecerse en ella. En Milán, el Obispo Auxencio defendía el arrianismo, protegido por la moderación de Valentiniano, pese a las enérgicas insistencias de Atanasio, que exigía su destitución. Se celebró un concilio en Roma hacia el año 369-370, y se subrayó la importancia del Obispo de Roma. En él se recordó que este último no estaba en el Concilio de Rímini y que su presencia hubiera sido necesaria, antes de la de cualquier otro Obispo, para que las decisiones conciliares fuesen válidas. San Ambrosio, elegido Obispo de Milán en 374, a la muerte de Auxencio, anatematizado, afirmaría la doctrina romana con toda la fuerza de su genio.

Ambrosio, romano de origen y de educación, había nacido en Tréveris, donde su padre era Prefecto del Pretorio de las Galias, pero a Roma fue donde volvió después de la muerte de su padre, con su madre y su hermana Marcelina. Aquí hizo los estudios antes de ser agregado como abogado, con su hermano Sátiro, a la prefectura del Pretorio de Italia, en Milán. Profesaba una gran admiración por el Papa Liberio. El día de Navidad del año 353, Marcelina recibió el velo de manos del Papa en la basílica de San Pedro, y Ambrosio reprodujo después el texto de este sermón en su tratado *Sobre las*

vírgenes (De virginibus). Evidentemente, Liberio había tenido empeño en honrar a la familia de Ambrosio, una de las más consideradas de Roma. Si Liberio hubiese tenido la reputación que le daban sus adversarios, a Ambrosio no le hubiera gustado recordar con su hermana los preceptos del Pontífice. Sobre todo no habría escrito que estos preceptos eran «tanto más persuasivos cuanto más santo era su autor». Dámaso, que sucedió a Liberio, no tuvo ninguna participación en la elección de Ambrosio para la sede episcopal de Milán, en 374. Pero pronto se dieron cuenta de que entre Milán y Roma reinaba un íntimo acuerdo.

La elección de Ambrosio fue laboriosa, porque arrianos y católicos proponían su propio candidato. La asamblea estaba agitada, pero la presencia y la palabra de Ambrosio bastaron por sí solas para restablecer la calma. Mientras hablaba, una voz infantil gritó: «¡Ambrosio, Obispo!» Quiso huir, pues nunca había pensado en un cargo eclesiástico; ni siquiera estaba aún bautizado, y la ley de la Iglesia prohibía elegir un catecúmeno. Tuvo que ceder ante las insistencias del Emperador, recibió el bautismo el 30 de noviembre del 374 y el 7 de diciembre recibió la consagración episcopal de manos de los Obispos ortodoxos, como había exigido. Educado en un ambiente cristiano, practicaba las virtudes; instruido en las letras y en el derecho, demostró en su administración civil una equidad y una prudencia que le hicieron digno del episcopado.

Inmediatamente renunció a toda su fortuna, que entregó a los pobres y a la Iglesia, y se dio con ardor al estudio de los Libros Santos y de los doctores de la Iglesia. Pronto se convirtió en maestro y produjo obras doctrinales en las que se manifestó su genio romano aplicado a las realidades concretas más que a las especulaciones filosóficas. Moralista al mismo tiempo que poeta, que sabía modelar pensamientos nuevos en el molde antiguo, es autor de hermosos himnos: *Deus creator omnium*, *Aeterne rerum conditor* o *Veni Redemptor gentium*, que están en la memoria de todos. Ambrosio era digno de los elogios que le tributaron en su advenimiento los más ilustres Obispos, como San Basilio de Cesarea, y dispuesto a defender la ortodoxia contra el arrianismo declinante. La muerte del Emperador Valentiniano (375) le proporcionaría la oportunidad y los medios para ello. El joven Graciano le sucedió, y pronto manifestó su voluntad de separar el Estado del paganismo. Así fue como negó las insignias, reservadas al Emperador, de Pontífice Sumo de la religión romana y mandó retirar el altar de la Victoria de la sala del Senado. Ambrosio era su consejero, y el Emperador le pidió una exposición de la fe católica contra los arrianos. Éste fue el tratado *Sobre la fe (De Fide)*. Hacia la misma época, en la oración fúnebre de su hermano Sátiro, afirmaba con rotunda claridad que la Iglesia Romana es la Iglesia con la que hay que estar en comunión para pertenecer a la Iglesia Católica. Por consiguiente, Graciano fue un firme apoyo del Papa Dámaso; ampliando los términos mismos del Concilio de Roma (378), quiso que la competencia del Papa en materia de apelaciones se extendiese a todo el Imperio de Occidente. Las ideas políticas de San Ambrosio sobre las relaciones de la Iglesia y del Estado pueden considerarse como las premisas

del Derecho público de la Edad Media que procurará el acuerdo armonioso de ambos poderes, preservando la independencia propia de cada uno.

El reinado de Graciano resultó de corta duración; fue asesinado a traición en 383 durante una rebelión militar provocada por Máximo, jefe de las legiones de Bretaña, proclamado Emperador. Ambrosio deploró la muerte de un Soberano al que amaba, quien había dado tantas pruebas de su adhesión a la Iglesia.

Dámaso le sobrevivió poco tiempo; el 11 de diciembre del 384 terminaba su Pontificado. Junto a Ambrosio, gran figura, hombre de gobierno, Dámaso casi está eclipsado. Sus gustos le inclinaban hacia las letras, los libros, la historia y la arqueología. Por lo menos supo preservar de la ruina los cementerios cristianos de Roma, librar del olvido a ilustres mártires y restaurar las catacumbas abandonadas desde su clausura por Diocleciano. Poemas breves escritos de su puño y letra y grabados en placas de mármol evocaron la memoria de los confesores de la fe sepultados en las criptas subterráneas. Así conservó preciosas tradiciones para la historia eclesiástica romana.

Supo utilizar también los servicios del sabio exegeta San Jerónimo. Cuando éste, dálmata de origen, llegó a Roma tras haber estudiado junto a maestros como San Gregorio Nacianceno, en Constantinopla, Dámaso le asoció como secretario. Pronto le pidió una traducción de la Biblia de mejor calidad que las que circulaban por Occidente; con razón se hizo célebre.

En resumen, Dámaso es el Papa más importante del siglo IV. En parte, bajo su Pontificado el período de los Padres de la Iglesia alcanza todo su apogeo, caracterizado por las grandes luchas ideológicas. San Juan Crisóstomo y San Basilio en Oriente, San Jerónimo, San Ambrosio y San Agustín en Occidente son testigos de un acuerdo admirable en la afirmación del primado romano. Proclaman unánimemente que Pedro continúa reinando en Roma como representante de Cristo. «Donde está Pedro —dice San Ambrosio— está la Iglesia»: *Ubi Petrus, ibi Ecclesia.* Ya se trate del primado romano, del rango de supremacía de las diferentes iglesias, del arrianismo o de otras herejías, esos grandes doctores y otros más no hablan de diferente manera que Dámaso. Cuando se reunió el Concilio de Constantinopla en el año 381, a invitación del Emperador Teodosio, ya se encontró con que la cuestión fundamental que se le había sometido —la divinidad del Espíritu Santo— había sido zanjada por una decisión de la Sede de Roma con una fórmula de Dámaso. La Iglesia debe también a este Papa dos actas importantes, «que caracterizan el dogma y la disciplina eclesiástica» (1).

La primera es el más antiguo reglamento que da la lista completa de los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento y que, por lo mismo, es muy importante para la historia del canon bíblico. En ella se descubren las huellas de los trabajos de San Jerónimo. La segunda se refiere a los patriarcados orientales y al primado de Roma. El Romano Pontífice se goza por el honor de los

---

(1) H. Grisar, S. J., *Histoire de Rome et des Papes au moyen âge,* París, 1906, t. I, pág 276.

Patriarcas de Alejandría y Antioquía, los únicos que nombra, pues Constantinopla no era a sus ojos más que un obispado. El prestigio de la *cathedra Petri* se afirmó más que nunca bajo el Pontificado de Dámaso.

La muerte del Emperador Valentiniano, fulminado por la apoplejía en 375; el trágico fin de Valente, derrotado por los godos en 378, y la de Graciano en 383, habían dado el poder a Teodosio (379-395) y a Valentiniano II (375-392). El acceso de Teodosio al Imperio reforzó las fronteras sacudidas por los bárbaros, consolidó la fe de Nicea y venció las últimas resistencias del arrianismo. El nuevo amo del Oriente era un cristiano sincero, de fe sólida, cuya inteligencia clara y sentido práctico se oponían a las sutilezas y subterfugios de la herejía. En una ruda campaña de invierno contra los godos (379-380), al poner su vida en peligro, pidió se le administrase el bautismo de manos de un ortodoxo. Ascolio, Obispo de Tesalónica, le administró el sacramento y le puso al corriente de la situación religiosa del Oriente. Inmediatamente después —refiere Sozomeno en su *Historia eclesiástica*— el Emperador dictó un decreto que obligaba a todos sus súbditos a seguir la religión que Pedro, Príncipe de los Apóstoles, había enseñado desde el principio a los romanos y que mantenían en la época actual Dámaso, Obispo de Roma, y Pedro de Alejandría. Solamente recibirían el nombre de católicas las Iglesias que honrasen por igual a la Trinidad; el que pensase de otra forma sería declarado hereje, infamado, y debería esperar el castigo.

San Gregorio Nacianceno fue en Constantinopla el más celoso defensor de la ortodoxia. Teodosio protegió a la Iglesia, pero no la esclavizó; de todos los Príncipes cristianos que hasta entonces habían gobernado el Imperio, ninguno prestó mejores servicios a la Iglesia. El Emperador demostró una gran deferencia con San Ambrosio, el gran Obispo de Milán. Sólo una vez desatendió sus consejos de clemencia. Fue con ocasión de la sangrienta represión, ordenada por el Emperador, de la rebelión de Tesalónica. Ambrosio le escribió al punto para invitarle a hacer penitencia y Teodosio terminó por someterse (390).

Dos años más tarde, Valentiniano II fue asesinado por orden de un General galo, Arbogasto, que quería dominar al joven Emperador (392). San Ambrosio le lloró como a un hijo y pronunció su oración fúnebre. No tardaría en predicar la de Teodosio. En 395 éste, único amo del Imperio, sintió próximo su fin. Se dispuso para él como hombre y como cristiano, determinando la sucesión: su hijo mayor, Arcadio, fue designado como Emperador de Oriente, mientras el segundo, Honorio, recibía el Occidente. Teodosio falleció en Milán el 17 de enero del 395, a los cincuenta años. Ambrosio evocó las eminentes cualidades del Soberano, quien «siendo humilde en el ejercicio del poder..., prefería los reproches a las adulaciones». En su honor se celebraron en Constantinopla solemnes honras fúnebres. El gran Obispo, a su vez, bajó al sepulcro dos años después del gran Emperador, el 4 de abril del año 397, Sábado Santo. «Su desaparición en esas horas de agitación dejaba un gran vacío, pero ya el nuevo retórico, al que Ambrosio había ayudado en su

conversión, Agustín, acaba de subir a la sede episcopal de Hipona, y con él la Iglesia de Occidente contaba con el más ilustre de sus doctores» (1).

El joven Honorio no era lo bastante fuerte como para resistir a los bárbaros que amenazaban el Imperio. El Ministro Estilicón, de origen vándalo, que Teodosio había puesto al lado de su hijo, fue de hecho el amo de Occidente. La rivalidad existente entre él y los ministros de Arcadio hizo el juego a los godos, ayer aliados del Imperio y hoy sus enemigos. A las órdenes de Alarico, pronto amenazaron Roma; Estilicón los rechazó en 402. Pero otros bárbaros —vándalos, suevos, alanos— atravesaron el Rin, invadieron la Galia (407) y fueron rechazados hacia España. Alarico reanudó la ofensiva, bloqueó Roma, creó un Emperador, al que depuso poco después, y volvió por tercera vez a poner cerco a las murallas de la Ciudad Eterna. El 24 de agosto del 410 Roma, ciudad de César y de Augusto, reina del mundo, caía en poder de los godos y durante tres días seguidos padeció los horrores del saqueo. Alarico quiso pasar al África, mas perdió su flota y murió en Calabria mientras subía hacia el Norte. En Galia, los pretendientes al Imperio luchaban entre sí y con los bárbaros; un ejército romano sometió todos a Honorio. Empero, en ese momento, los francos y burgundos en el Norte, y los visigodos en el Sur, se habían establecido sólidamente en el Imperio. Para la Iglesia comenzaban nuevos destinos, lo mismo que para el Estado romano de Occidente, que apenas si tenía algo más de medio siglo de vida.

LOS SUCESORES DEL PAPA DÁMASO

Dámaso había fallecido consciente de que el arrianismo y la tiranía que le apoyaba estaban heridos de muerte. Por consiguiente, sus sucesores tuvieron otro cometido: conjurar las consecuencias de la herejía y de la esclavitud. En cambio, la situación política del Imperio, en el que ya el Occidente y el Oriente seguían caminos divergentes, y el establecimiento de los bárbaros creaban situaciones cada vez más angustiosas, los obligaba a laborar incesantemente para que fuese reconocido el primado de la Sede Apostólica por toda la Catolicidad. Si estos Papas no pueden compararse por su talento con los grandes doctores de la Iglesia que llevaban los nombres de Ambrosio, Juan Crisóstomo, Jerónimo o Agustín, sin embargo, todos estuvieron dotados en alto grado del sentido de la primacía que habían heredado del Príncipe de los Apóstoles. Su actividad pontificia, por otra parte, aún había de manifestarse bajo otras formas. Mas las fuentes históricas, llegadas hasta nosotros en escaso número, sólo nos proporcionan pocos datos de su papel y acontecimientos en que se vieron implicados.

El primer sucesor de Dámaso fue *Siricio,* romano, elegido en diciembre del 384 o enero del 385. Esta elección puso fin al cisma provocado por Ursino

(1) Jacquin, o. c., pág. 452.

bajo el anterior Pontificado; los partidarios de Ursino se adhirieron al nuevo Pontífice. Aunque San Jerónimo dé a entender que Siricio no haya sido lo bastante firme con los secuaces de Orígenes, no por ello deja de ser verdad que hizo cuanto pudo para hacer obligatorias las decisiones de la Sede romana. Dirigió a diversos países decretos generales *(Epistolae decretales)* en materia de disciplina y liturgia. También emanaron de él encíclicas de gran elevación moral sobre la necesidad de la pureza y santidad en los superiores eclesiásticos. Corrobora sus amonestaciones y reprensiones en el principio de que «la solicitud por todas las iglesias» se ha confiado al Obispo de Roma, y a él se aplican las palabras del Profeta: «Levanta tu voz como una trompeta para convertir a los indignos y santificar la casa de Dios.» Mandó a los Obispos de África cumplir las decisiones de un sínodo celebrado en Roma y habría creado el vicariato de Tesalónica como delegación de la autoridad romana. Se esforzó por lograr se tratase con justicia y moderación a los secuaces de Prisciliano, condenados en 380 por el Concilio de Zaragoza. Siricio reconstruyó la basílica de San Pablo en la vía Ostiense, y se ha conservado una inscripción relativa a su dedicatoria: *Siricius episcopus tota mente devotus*, «el Obispo Siricio con toda devoción». Falleció el 26 de noviembre del año 399.

Anastasio le sucedió y no reinó hasta 401. San Jerónimo y San Paulino de Nola ensalzaron la piedad de este Papa, que combatió la herejía donatista en África del Norte y dirigió a todas las Iglesias la condenación de los errores contenidos en las traducciones latinas de las obras de Orígenes.

Inocencio I tomó, después de él, las riendas del gobierno de la Iglesia, y lo ejerció hasta el año 417. En aquellos agitados tiempos, que además ensombrecían las invasiones bárbaras, la obra de este gran Papa es como un preludio de la que realizaría León I. Intervino con la más resuelta energía en favor de San Juan Crisóstomo, Arzobispo perseguido de Constantinopla, e hizo saber a las Iglesias de Oriente que debían terminar cualquier hostilidad contra el gran doctor si querían seguir en comunión con Roma. Lo mismo hizo en Antioquía defendiendo el derecho de la Sede Apostólica a zanjar las causas episcopales importantes. El Papa se hallaba en Ravena cuando se enteró de la terrorífica noticia de la toma de Roma por Alarico. Al retirarse los godos dedicó todos sus desvelos a mitigar los males que habían causado. Su constante preocupación fue mantener por doquier, con prudencia pero con firmeza, el papel único del Sumo Pontífice; condenó a Pelagio y a otros herejes «en nombre de la autoridad apostólica».

Falleció el 12 de marzo del 417. *Zósimo*, de origen griego, elegido el 18 del mismo mes, sólo tuvo un breve Pontificado, que duró hasta fines del año 418. Defendió los derechos de la Santa Sede con la misma energía, si bien con menos prudencia, que su predecesor. Tuvo que luchar igualmente contra el pelagianismo y, tras haber admitido por un momento el recurso de los condenados, confirmó la sentencia de Inocencio. Su corto ministerio, en definitiva, fue una nueva victoria del primado romano.

La lucha contra la herejía de Pelagio y la de Nestorio aún ocuparía los Pontificados de los tres Papas que le sucedieron: *Bonifacio I* (418-422), *Celestino* (422-432) y *Sixto III* (432-440). San Agustín, alma del movimiento antipelagiano, fue el gran doctor de la Iglesia en el siglo V, «y tal vez de todos los tiempos». «Terminó por ser, durante esas luchas, una especie de heraldo escuchado por todos los que, en el caos del Imperio de Occidente, conservaban todavía alguna curiosidad por las cosas del espíritu. Él es la fuente en la que beberán en los siglos posteriores el pensamiento y la reflexión cristianos» (1).

Agustín había nacido en el año 354, en Numidia. Su padre, Patricio, todavía pagano, fue uno de los decuriones de la ciudad —función análoga a la de concejal—, y su madre, Mónica, era cristiana. Su juventud ardorosa soñaba con la gloria y con el amor, y su corazón sediento de afecto «quería amar». Él mismo lo ha referido en sus *Confesiones,* uno de esos grandes libros sinceros y profundos en el que se complacerán siempre las almas que gustan ver claro en sí mismas. Hizo brillantes estudios al lado de los más famosos retóricos de Cartago y Madaura y conservó, incluso en medio de su desordenada juventud, algo de la dignidad que debía a la educación cristiana recibida de su madre. Con la lectura del *Hortensius,* de Cicerón, sintió —afirma— «en su corazón un amor increíble por la sabiduría inmortal». Creyó descubrirla en el maniqueísmo; durante nueve años fue adicto a la secta, luego perdió poco a poco sus ilusiones y la confianza que había depositado en ella. Abrió una escuela de retóricos en su ciudad natal, después obtuvo una cátedra de elocuencia en Milán (384). Creía alcanzar los honores, pero había encontrado el camino de su conversión. Los sermones de Ambrosio, que le acogió con benevolencia, hicieron mella en sus antiguas convicciones: retornaba a la Iglesia. «Me decidí —escribe en sus *Confesiones*— a ser catecúmeno en la Iglesia Católica, la Iglesia de mis padres, hasta que una luz segura vino a dirigir mis pasos.» Los sermones de Ambrosio, la filosofía neoplatónica, la lectura de San Pablo, el ejemplo de los ascetas terminaron por convencerle. Un día, mientras meditaba, una voz de niño o de joven repetía cantando en una casa vecina: «¡Toma y lee!» Fue como un aviso del Cielo. Abrió el libro por la carta a los romanos y leyó: «Revestíos de Jesucristo y no os deis a la carne para satisfacer sus concupiscencias.» La gracia había realizado su obra y eliminado las últimas vacilaciones (386). Dejó su cátedra de profesor, se retiró con su madre e hijo Adeodato a Cassiciacum, cerca de Milán, y se preparó para el bautismo, que recibió de manos de San Ambrosio en la noche del 24 al 25 de abril del 387. Mónica falleció unos meses más tarde.

Tras una breve estancia en Roma volvió a Cartago, luego regresó a Tagaste para proseguir la vida en común con su hijo y con algunos amigos. En el año 391 hizo un viaje a Hipona para buscar emplazamiento a un monasterio

---

(1) G. Schnürer, *L'Église et la civilisation chrétienne au moyen âge,* París, 1933, t. I, página 81. Aquí se podrán leer las hermosas páginas que el autor ha consagrado al puesto de San Agustín en la civilización cristiana.

en el que establecerse con los suyos. Valerio, viejo Obispo de la ciudad, buscaba un predicador. El pueblo designó a Agustín, a quien Valerio ordenó sacerdote. Su hijo había muerto; Agustín se entregó totalmente al servicio de Dios. Su genio dio en seguida sus frutos y su predicación despertó el entusiasmo de sus numerosos oyentes, incansables en oírle exponer en una lengua admirable las más abstractas verdades. En 396 sucedía a Valerio como Obispo de Hipona, y como jefe de una modesta iglesia desempeñaría el papel de primer plano que le garantizaba su genio.

No sería posible exponer aquí las fases múltiples de sus apasionadas controversias contra el maniqueísmo y el donatismo. Sólo tuvo una preocupación: Dios mejor conocido y mejor servido, y se mantuvo resueltamente al lado de la Sede Apostólica. En su basílica de Cartago fue donde pronunció el sermón cuya sustancia se ha conservado en estas palabras tan repetidas con frecuencia: *Roma locuta est, causa finita est,* «Roma ha hablado, la causa ha terminado».

Teólogo genial, metafísico de ideas profundas, escribió, además de sus numerosas obras polémicas, un libro que es la base de una filosofía cristiana de la Historia: *La ciudad de Dios.* En ella se admira todavía —a distancia de quince siglos— la actitud ajena a un vano pesimismo y la confianza en la Providencia divina de un pensador cristiano frente a los grandes problemas de la civilización, que siempre acaban en los inmutables principios de la moral. La época en que vivió San Agustín era la final de un mundo; el Imperio Romano sucumbía por doquier a los golpes de los bárbaros. Sin disimular la angustia que le producía la próxima caída del Estado antiguo, Agustín le proponía un ideal más elevado insertándole en el gran plan divino del mundo.

El 28 de agosto del 430, a la edad de setenta y cinco años, en la ciudad de Hipona, sitiada por los vándalos, Agustín exhaló su último suspiro, «conservando hasta el fin la intrepidez que había enseñado a los demás». La Iglesia le ha asignado un puesto aparte entre los doctores, y los Papas han proclamado —según expresión de Juan II (534)— que «la Iglesia Romana sigue y conserva su doctrina».

Hemos tenido la prueba, en cierto modo, ya en vida de él. Cuando en 418 el Papa Zósimo hubo condenado la herejía de Pelagio, Agustín respondió a un Obispo obstinado en defenderla: «El juez competente ha condenado la secta y de una forma suficiente.» En este mismo año la elección del sucesor de Zósimo provocó un nuevo cisma. Mientras unos elegían a Eulalio y le consagraban el 28 de diciembre del 418, otros sufragios apoyaban al sacerdote *Bonifacio.* La autoridad civil reconoció en un principio al primero, hasta que un concilio, celebrado en Roma en la primavera del 419, hubo decidido en favor del segundo; el Emperador Honorio reconoció entonces a Bonifacio y mandó expulsar a su rival. El Sumo Pontífice pidió en seguida al sabio Obispo de Hipona una refutación del pelagianismo. La preocupación por la paz orientó a Bonifacio en sus relaciones con las demás Iglesias. No por ello dejó de reivindicar firmemente su derecho de supremacía sobre el vicariato de Tesalónica. Al poner Iliria el Emperador Teodosio II, mediante un decreto, bajo la jurisdicción

de Constantinopla, el Papa obtuvo sentencia favorable gracias a la protección de Honorio. Falleció poco después, el 4 de septiembre del 422.

El Diácono *Celestino* fue elegido unos días más tarde; gobernó la Iglesia hasta el 24 de julio del 432. Celestino I se mantuvo con energía en el camino de su predecesor. Cuando la herejía, bajo capa de doctrina más moderada en apariencia —el semipelagianismo—, se esforzó por reconquistar el terreno perdido en Occidente y, sobre todo, en la Galia meridional, el Papa hizo que la combatiera Próspero de Aquitania. Al tratar sus adversarios de refutar las obras de San Agustín, la Santa Sede salió en su defensa. «Agustín —escribió Celestino a los Obispos galos—, de santa memoria, siempre siguió en comunión con Nos y jamás la mancilló ni la más leve sospecha. Su ciencia era tan eminente que muchos de mis predecesores le contaban ya entre los mejores doctores.» Así, fue la Sede Apostólica la que otorgó la garantía de seguridad a esta fuente para el conocimiento de la fe; sin su autoridad en materia doctrinal, la de los más eminentes Padres de la Iglesia difícilmente se habría afianzado. Celestino fue también el que envió a Bretaña a Germano, Obispo de Auxerre, para combatir la herejía y convertir a las poblaciones paganas (429). Después de esta misión, envió a Irlanda a Patricio, Apóstol de esta isla, que daría tan gran número de santos misioneros. El año anterior a su muerte, Celestino aún tuvo el consuelo de ver el Concilio Ecuménico de Éfeso (431) que rechazó un nuevo asalto del pelagianismo y condenó la herejía de Nestorio.

Sixto, a quien San Agustín había escrito hacía poco a propósito de las mismas doctrinas, sucedió a Celestino y tomó el nombre de *Sixto* (o *Xisto*) *III* (432-440). Elegido «en la paz de un consentimiento unánime», se mantuvo al margen de las controversias. No obstante, bajo su Pontificado apareció una colección de las decisiones tomadas en esas materias por la Santa Sede y los concilios de África. Probablemente fue obra del Diácono León, el futuro gran Papa, su colaborador. En ella se exponía la doctrina romana sobre el problema de la predestinación, que tantas controversias suscitaría en los siglos siguientes. «Esta actitud de reserva adoptada frente al problema de la predestinación y de la enseñanza de San Agustín en este punto, es significativa. Se tendía cada vez más a precisar esta doctrina y a suavizar algunas de las fórmulas demasiado rigurosas que la manifestaban» (1).

LOS PAPAS Y EL NESTORIANISMO

Mientras «las controversias pelagianas agitaban el Occidente, el Oriente engendraba una nueva herejía que combatir: la de los nestorianos. Nueva y pesada carga para el primado de Roma, pues esas luchas fueron ocasión de discusiones casi interminables sobre la cristología, de relaciones tensas entre las dos Iglesias griega y latina, de medidas rigurosas de la Sede de Pedro con-

(1) Jacquin, o. c., pág. 356.

tra el Patriarca de Oriente... Arrio atacó la divinidad de Cristo, Nestorio la unión esencial de las dos naturalezas humana y divina en el Redentor; Pelagio, con su racionalismo, envilecía toda la vida cristiana, destruyendo la fe en Cristo Hombre-Dios; Nestorio destruía el fundamento mismo de la religión» (1). La Sede Apostólica sólo tomó parte en la lucha cuando Nestorio y su principal adversario, Cirilo, Patriarca de Alejandría, se dirigieron al Jefe de la Iglesia para obtener una respuesta decisiva. Se la dieron los Papas Celestino I y Sixto III; fue clara, transparente e inapelable, pero también testimonia una caridad paterna en la que el brillo temporal del primado cedía el paso al deber del pastor de almas.

La victoria lograda sobre el nestorianismo tuvo como resultado un magnífico impulso a la veneración que la Iglesia manifestaba a la Santísima Virgen María, Madre de Jesús. La Santa Sede no había esperado esta consagración para honrarla. El Papa Silvestre ya había erigido en Roma la más antigua iglesia conocida a la Virgen: Santa María Antigua, hoy Santa María Libertadora. Poco tiempo después del Concilio Ecuménico de Éfeso, Sixto III reconstruyó la basílica edificada en Roma por el Papa Liberio, la dedicó a María y la decoró con magníficos mosaicos, cuyos temas estaban tomados de la vida de Cristo y de la de su Madre: Santa María la Mayor, que representa una de las más importantes manifestaciones del arte del mosaico en el siglo v.

CONDICIÓN DE LOS PAPAS

El prestigio y la consideración de los Papas aumentaban cada vez más. La elección pontificia era el acto por el cual la Iglesia de Roma escogía a su Obispo; era natural, por tanto, que la mayoría de ellos perteneciesen a la ciudad o a sus alrededores. A la dignidad espiritual correspondía una situación temporal cada vez más importante. Como Obispo de Roma, el Papa se veía implicado en los asuntos civiles y políticos. La protección de los desgraciados le incumbía; juzgaba las causas eclesiásticas, e incluso las diferencias entre clérigos y laicos, que querían someterle. El brazo secular estaba a su disposición para ejecutar sus sentencias. Sin embargo, se abstenía de tomar parte en juicios que implicaban la pena de muerte. Los Papas participaban en la administración de la ciudad, y el Estado, en esta época de decadencia, solía tener más confianza en los hombres del Papa que en sus propios funcionarios. El Jefe de la Iglesia se beneficiaba, naturalmente, del prestigio vinculado a la Ciudad Eterna. Ricas donaciones le proporcionaron paulatinamente considerables recursos materiales, que empleaba en obras de beneficencia; se encargó de toda la organización de la limosna, que ayer correspondía al Estado. Los Papas estaban obligados a dar cierto esplendor externo a su dignidad y a las ceremonias religiosas, así como a las manifestaciones en que debían tomar

(1) Grisar, o. c., págs. 304-305.

parte. El pueblo romano, habituado a la pompa externa, consideraba natural que los Pontífices diesen a las solemnidades el brillo que convenía a su eminente situación.

Pero hay otra manifestación, todavía mucho más importante, de la actividad de los Papas, atestiguada por su extensa correspondencia. Estas innumerables cartas, de las que se han conservado largas series, demuestran a qué labor se entregaron por el bien de la Iglesia universal. No demuestran —como creían ayer espíritus precavidos contra la Iglesia— la ambición de los Romanos Pontífices, sino el sentido de una grave responsabilidad: el dolor causado por los males de la sociedad cristiana, una constante preocupación por estar siempre y por doquier a la altura de la inmensa tarea. Es consolador ver que la autoridad decisiva de la palabra del Papa no dependía del talento de su persona, sino del carácter de poseedor de la cátedra de San Pedro. Los más ilustres Doctores de la Iglesia combaten y refutan el error con su genio, pero la Sede Apostólica es la que les confiere una autoridad que los supera, robustece los ánimos vacilantes y les da una garantía que les asegura su comunión con el sucesor del Apóstol.

El Pontificado del sucesor de Sixto III demostró hasta qué altura se había elevado el primado del Papa cuando se distinguía por las cualidades de un genio múltiple y diverso como el de León Magno.

CAPÍTULO III

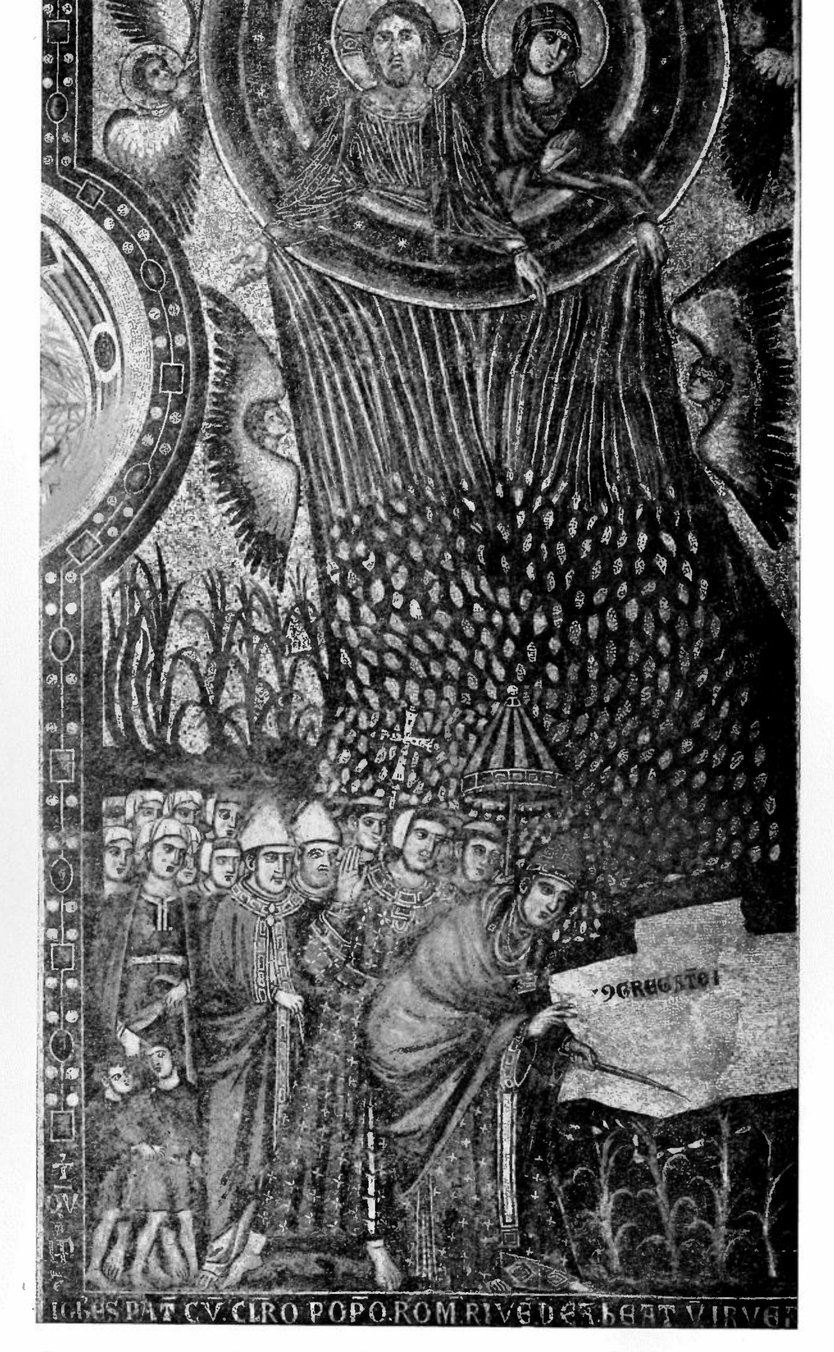
LOS PAPAS, SALVADORES DE LA CIVILIZACIÓN EN EL SIGLO V

EL CAOS DEL IMPERIO

El Pontificado de León I Magno, que sucedió el 19 de agosto del 440 a Sixto III, es uno de los más importantes de la Historia. Ningún Papa antes que él y ninguno después de él, hasta Gregorio Magno, ejerció una acción tan decisiva en los asuntos de la Iglesia y del Imperio. En una época en que el orden político y social de Roma se desarticulaba en Occidente y en que las herejías ponían en peligro a la Iglesia de Oriente, León mantendrá la unidad de la Iglesia, y el Papado se convertirá en el único centro espiritual de Occidente, pues las agitaciones que sacudían al Estado no podían dejar de tener una repercusión en la Iglesia y asignar a ésta nuevos cometidos. Tuvo la fortuna de que la presidiesen Papas entre los que algunos fueron los hombres más grandes de su época: León I es el más eminente.

El Imperio Romano había estado a punto de perecer en la crisis anterior a la reforma de Diocleciano. Por último, los bárbaros fueron rechazados y el Imperio reorganizado. Pero se había convertido en una máquina demasiado vasta y complicada y el mundo mediterráneo, en estado de regresión económica desde el siglo III a causa de un fisco implacable, ya no podía aguantar la carga. Se escindió en dos partes: occidental y oriental; la subdivisión y luego el desmembramiento aumentarán cada vez más durante varios siglos. Así, bajo una apariencia todavía majestuosa, el Imperio Romano, a fines del siglo IV, era incapaz de resistir una gran sacudida. Un nuevo asalto de los bárbaros hizo saltar en añicos el Occidente, mientras el Oriente resistió aún diez siglos.

La unidad política de Occidente bajo la ley de Roma había prestado inestimables servicios a la difusión y al afianzamiento de la fe cristiana. El poeta cristiano Prudencio escribía a principios del siglo V: «¿Cuál es el secreto del



Leyenda de la fundación de la basílica de Santa María la Mayor en Roma. En pleno verano la Virgen María, Madre de Dios, hizo aparecer la nieve en el lugar donde el Papa Liberio (352-366) construía la basílica. Mosaico mural de F. Rusatti, 1308. Basílica de Santa María la Mayor. Roma



El Papa español Dámaso I (366-384) manda a San Jerónimo traducir la Biblia. Se le considera el mayor Papa del siglo IV. Fresco de Rafael, siglos XV y XVI. Logias de Rafael. Vaticano. Roma

Exterior de la iglesia de Santa Sabina, construida en 405, restaurada recientemente. Roma

Interior de la iglesia concebido en función del servicio divino


CONC
CHALCED
LEONE MAGNO PP ET MARCIA
IN CHRISTO POST INCARNAT



Sesión del Concilio de Calcedonia (451) en presencia del Emperador Marciano (450-457). El Papa León I Magno (440-461) estaba representado por legados. Fresco de César Nebbia y Juan Guerra, siglo XVI. Biblioteca Vaticana. Roma



La ciudad de Dios, escrita por San Agustín, representa la Historia universal como la lucha entre Dios y el diablo. Miniatura de Juan Fouquet, siglo xv. Biblioteca Nacional. París



León I Magno (440-461). Fresco de Rafael, siglos XV y XVI. Logias de Rafael. Vaticano. Roma



La Virgen en su trono con los Padres de la Iglesia: Jerónimo, Ambrosio, Agustín y el Papa Gregorio I (590-604). Pintura de Bonvicino, siglos XV y XVI. Francfort del Main


LEO·PP·X·ANN

Encuentro de León I (440-461) con Atila, Rey de los hunos, cerca de Mantua (452).
Fresco de Rafael (1483-1520). Vaticano

destino histórico de Roma? Es que Dios quiere la unidad del género humano, puesto que la religión de Cristo exige un fundamento social de paz y de amistad internacionales.» La unidad política zarandeada, luego desequilibrada, es reemplazada por una nueva unidad: la de los pueblos de una sola fe, bajo un solo Jefe espiritual, el Papa, que reside en Roma, objeto de la veneración universal. La nueva Roma cristiana, cuyo advenimiento saludaba el poeta, estaba destinada a heredar las mejores tradiciones romanas y a mantener en un mundo transformado por la afluencia de las migraciones bárbaras el viejo ideal de unidad romana. En Roma fue donde los pueblos nuevos comprendieron la misma idea, trasplantada y revigorizada por la Iglesia, de que era posible una civilización común. Por tanto, a través del caos de la sombría época subsiguiente a la caída del Imperio de Occidente, los hombres siguieron aferrados al recuerdo de la paz universal, del orden y de la civilización que el Imperio Romano había proporcionado. En este sentido se ha podido decir, con una amplitud de miras admirable, que Europa debe su existencia política al Imperio Romano, su unidad espiritual a la Iglesia Católica y su cultura intelectual a la tradición clásica, tercer elemento fundamental de la unidad europea. Tales tradiciones moldearon los materiales de nuestra civilización; materiales que provenían del mundo bárbaro, pues fueron los bárbaros los que proporcionaron el material humano del que se hizo Europa, y entre ellos fueron los germanos los que, a la larga, se constituyeron en herederos del Imperio de Occidente (1).

En esta obra de síntesis, el Papado desempeñó un eminente papel decisivo e hizo de la Iglesia la salvadora de la civilización en el siglo V.

SAN LEÓN MAGNO

Era de origen toscano, pero sin duda fue a Roma muy pronto, puesto que la llama su *patria.* Hacia el 430 era Archidiácono de la Iglesia de Roma, personaje prominente tanto por sus méritos como por sus funciones, «ornato de la Iglesia Romana y del divino ministerio», en opinión del historiador Casiano. Ya se preocupaba de las cuestiones doctrinales que agitaban el Oriente y —ya hemos visto— había advertido a Sixto III de los manejos de los heresiarcas. León estaba en las Galias con una misión diplomática, cuando el 19 de agosto del 440 los sufragios del clero le designaron como Jefe de la Iglesia; fue consagrado el 29 de septiembre. Era verdaderamente el hombre providencial frente al débil Valentiniano III en Occidente y a Teodosio II en Oriente, protector de la herejía. Poseía clara conciencia —dan fe de ello sus admirables sermones— de los derechos que tenía a la sucesión apostólica. En su gran humildad, que no excluía la firmeza, tuvo desde el primer momento el senti-

(1) Christopher Dawson, *Los orígenes de Europa y de la civilización europea,* París, 1934, caps. I-IV.

miento de su responsabilidad y de las múltiples cargas inexcusables. Se esforzará por cumplir una doble misión: proteger la integridad de la fe y mantener la unidad de la Iglesia. A sus méritos añadirá otro más: detener a los bárbaros.

Sus primeros esfuerzos los dirigió contra las herejías orientales: la de Eutiques, después de la de Nestorio, defendiendo con firmeza y precisión doctrinales admirables la doctrina tradicional concerniente a la persona de Cristo. Invitado por el Emperador Teodosio II, engañado por los heresiarcas, al Concilio de Éfeso, León mandó como representantes a tres legados. Les confió cartas en las que exponía el dualismo y la distinción de las naturalezas en la unidad de la persona del Verbo (agosto del 449). Los adversarios de la ortodoxia promovieron entonces sangrientos motines —«el latrocinio de Éfeso»—, en los que perecieron muchos Obispos hostiles al error de Eutiques. El Papa convocó un nuevo concilio en Roma, en octubre del 449, con el fin de provocar una manifestación del Occidente en favor de la verdad. No tuvo ningún éxito la gestión intentada ante Teodosio para lograr que impidiese nuevas violencias. En el mes de enero del 450, los Soberanos de Occidente Valentiniano III, con su madre y su esposa, Eudoxia, llegaron a Roma y el Papa les rogó interviniesen en Constantinopla; así lo hicieron, pero en vano. Teodosio murió en el intervalo y la sucesión pasó a su hermana Pulqueria, quien escogió marido en la persona de un oficial superior, Marciano, conocido por su bravura, su piedad y su prudencia. El Concilio Ecuménico de Calcedonia, en la solemne sesión del 25 de octubre del 451, proclamó la definición doctrinal: «Un único e idéntico Hijo, Jesucristo Nuestro Señor, completo en su divinidad y completo en su humanidad, verdadero Dios y verdadero hombre, compuesto de un alma racional y de un cuerpo, consustancial al Padre por su divinidad, consustancial con nosotros por su humanidad, semejante a nosotros en todo, excepto en el pecado... Confesamos no un Hijo partido o dividido en dos personas, sino un solo y mismo Hijo, Unigénito, Dios, el Verbo, Señor Jesucristo» (1). El Emperador Marciano, que asistía a la ceremonia con la Emperatriz, declaró «que en lo sucesivo nadie tenga la osadía de discutir el nacimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo de forma distinta a como la tradición apostólica y la sentencia de trescientos dieciocho Padres, conforme a ella, la han enseñado a la posteridad; de forma distinta a como lo atestiguan las cartas enviadas a Flaviano, Obispo de Constantinopla, de santa memoria, por San León, Papa de la Ciudad de Roma, que gobierna la Sede Apostólica...». «Pedro ha hablado por boca de León»: éste es el clamor que los Obispos hicieron resonar en la basílica de la mártir Eufemia ante el sepulcro de la cual se celebraba la asamblea.

El Concilio de Calcedonia señaló un triunfo del Papado en Oriente, pero efímero, pues la ambición de los Patriarcas de Constantinopla no se detuvo. Tras la muerte de Marciano, en 457, su sucesor León I olvidaría sus deberes con

---

(1) Jacquin, o. c., t. I, 574.

la Iglesia; sin embargo, su ilustre homónimo le vencería por su energía y por su bondad.

El Papa mereció también otros títulos de gratitud. Descartó victoriosamente el pelagianismo de la provincia de Aquilea, el maniqueísmo de África, el priscilianismo de España. Estableció en Constantinopla un encargado de negocios a quien se facultó para que negociase con la corte y con los altos dignatarios eclesiásticos del Oriente y que le transmitiese informes sucesivos sobre los asuntos de la Iglesia Oriental. Fue el origen de los legados pontificios en Constantinopla, que dieron origen a las nunciaturas.

El estilo de la cancillería de León Magno fue después uno de los principales modelos de secretarios pontificios. Es el *cursus leoninus,* elegante y noble cadencia de finales de frase, en el que el Papa utilizaba felizmente las cláusulas métricas de la prosodia clásica.

El alma grande de San León se transparenta plenamente en sus sermones y cartas. Posee un sentimiento muy claro, muy seguro de la suprema autoridad que recibe de la tradición apostólica, y al mismo tiempo da pruebas de una conmovedora humildad personal. Como dijo en un sermón, saborea no tanto «la alegría de mandar como la de servir». La humilde denominación de *servus servorum Dei,* que escogerá Gregorio Magno en el siglo siguiente, ya está en la mente de San León. No vaciló en proclamar, a la faz del universo, el primado de la Sede Apostólica: «Roma —decía—, por la sagrada sede del bienaventurado Pedro, te has convertido en la cabeza del universo; la divina religión te ha otorgado un poder mucho mayor que el que había alcanzado la dominación terrena.» «Era consciente, y sus contemporáneos no estaban lejos de compartir esta opinión, a saber: de que en medio de la decadencia general, frente a la debilidad e inercia imperiales, el Papado seguía siendo en Occidente la única institución verdaderamente estable en la que las poblaciones enloquecidas aún podían hallar un apoyo y una ayuda» (1).

SAN LEÓN Y LOS BÁRBAROS

Daría la brillante prueba de ello con su intervención ante Atila. En el 452 el Rey de los hunos había conducido sus hordas a Italia y devastado la región de Aquilea y aquélla donde más tarde se levantaría Venecia. El Emperador Valentiniano III había abandonado Ravena, refugiándose en Roma; todos los caminos estaban abiertos a la invasión victoriosa. El Emperador se resignó a tratar con el feroz vencedor. Por lo tanto, salió al encuentro de Atila una embajada imperial; San León la acompañaba. La entrevista se celebró en Mantua; la promesa de un rico tributo decidió al bárbaro a atravesar de nuevo los Alpes. Era la segunda detención que experimentaba la invasión de los hunos. Había sido vencida el año anterior en el *Campus Mauriacus,* cerca de

(1) Jacquin, o. c., t. II, pág. 40.

Troyes, por un ejército romano al mando de Aecio, reforzado por visigodos, burgundos y francos (batalla de los Campos Cataláunicos). La primera vez la fuerza de las armas, la segunda una embajada dirigida por un sacerdote inerme, habían preservado la civilización de una derrota que, probablemente, hubiera sido irremediable.

La leyenda se apropió el suceso providencial que fue el encuentro de Mantua, y añadió un elemento sobrenatural: mientras el Santo Pontífice parlamentaba con Atila, éste habría visto junto a su interlocutor a un personaje con ornamentos sacerdotales, San Pedro, quien espada en mano, acompañado de San Pablo, le amenazaba de muerte. El pincel de Rafael representó esta escena dramática en las estancias del Vaticano. Hay otra leyenda que atribuye a San León una estatua famosa de San Pedro que habría sido hecha con el bronce de una estatua de Júpiter capitolino; es una obra de arte de fecha posterior. Recordaremos más bien las palabras del cronista contemporáneo Próspero de Aquitania, a saber: que sucedió «lo que León había esperado de su confianza en el Cielo, que jamás abandona a los piadosos en sus empresas».

Los acontecimientos no tardarían en brindar a San León la oportunidad de una nueva intervención, más decisiva todavía. En 455 Genserico y los vándalos se habían apoderado de Roma; la desmoralización llegaba a su paroxismo; Valentiniano había perecido asesinado y su cobarde sucesor, Petronio Máximo, se disponía a huir cuando el pueblo, indignado, le despedazó y le arrojó al Tíber. Sólo el Papa podía contener a los vencedores. Los esperó a la entrada, y con súplicas consiguió que la ciudad no fuese incendiada y sus habitantes asesinados o atormentados, para obligarlos a entregar el dinero y las joyas. Pero durante dos semanas Roma fue entregada a un pillaje sistemático e implacable. Las riquezas encerradas en los palacios, casas particulares e iglesias tuvieron que ser entregadas a los bárbaros. La codicia de Genserico era tanto más celosa cuanto que pensaba fundar un Estado civilizado en su Imperio africano; quería adornar Cartago con cuantas obras de arte pudiera arrebatar a Roma. Los navíos cargados de botín y de cautivos bajaron por el Tíber y se adentraron en el mar para llegar a África. Sólo fueron perdonadas las dos basílicas consagradas a los Santos Pedro y Pablo, como en la época de la invasión de los godos. Estas calamidades acabaron —según parece— el 29 de junio, festividad de los dos Apóstoles; en memoria de la liberación, se celebró en lo sucesivo una fiesta de acción de gracias el día de la octava de la solemnidad de los Santos Apóstoles.

Los últimos años del Pontificado de León Magno aún estuvieron ensombrecidos por nuevas revueltas provocadas por los herejes de Oriente. No obstante tuvo el consuelo de ver depuesto de su sede en el 460 al Obispo intruso de Alejandría.

El gran Papa falleció al año siguiente, el 10 de noviembre del 461, e inhumado en el umbral de la basílica de San Pedro. Dos siglos más tarde, en 688, el Papa Sergio le dedicó un hermoso epitafio que evoca los méritos del

centinela vigilante que fue en vida: «Desde el fondo de su sepulcro nos advierte que cumplamos el oficio que ejerció durante su Pontificado y velemos para que el lobo no destroce al rebaño de Dios... Rugió y las fieras sintieron que su corazón se helaba de espanto y las ovejas escuchan la voz de su pastor.» Inmediatamente después de su muerte se inició su culto litúrgico: tan profunda había sido la impresión que había dejado su santidad; el martirologio jeronimiano, ya terminado, se enriqueció con su nombre en los siglos V y VI.

Hombre de gobierno, maestro de la doctrina, humilde, firme y misericordioso, San León Magno había cumplido la misión que le había asignado la Providencia. San Ambrosio fue el primero en formular en Occidente el ideal de un Estado cristiano; San León, en el siglo V, acabó de desarrollar esta idea. «Unía las convicciones ambrosianas sobre la misión providencial del Imperio Romano a la doctrina tradicional del primado de la Sede Apostólica; mientras, a principios del mismo siglo, San Agustín había completado la teología occidental y dotado a la Iglesia de un sistema que constituiría el capital intelectual de la cristiandad durante más de mil años» (1). San León se inspiró, asimismo, en la doctrina agustiniana, y en el siglo siguiente otro gran Papa, San Gregorio Magno, haría de la misma doctrina, bajo una forma simplificada, el patrimonio espiritual de la Iglesia del medievo. La adaptación magistral que Roma había sabido hacer del helenismo a las necesidades intelectuales y a las formas de lenguaje de Occidente había sido el mayor servicio prestado al mundo. La reconciliación de cristianismo y clasicismo en los siglos IV y V ejerció, a su vez, influencia decisiva en la formación de la mentalidad europea: Europa le debe su eminente riqueza intelectual. Por esto, cuando el Imperio de Occidente, a fines del siglo V, sucumbió ante los bárbaros, la Iglesia no pereció en el desastre. Formando un todo autónomo que poseía su principio de unidad —que debía al Papado— y su organización propia, estaba en condiciones de ser la heredera de la vieja civilización romana al mismo tiempo que la maestra y guía de los nuevos Estados bárbaros.

LOS PRIMEROS SUCESORES DE LEÓN MAGNO

El 19 de noviembre del año 461 León Magno tuvo un sucesor en la persona de *Hilario* (461-468). Originario de Cerdeña, el nuevo Papa desempeñaba desde hacía tiempo el oficio de Archidiácono, y como legado pontificio había asistido al conciliábulo de Éfeso, tristemente célebre por el *latrocinio* que estuvo a punto de costarle la vida. Había tenido que escapar para volver a Roma.

Siguió el camino trazado por su predecesor y supo mantener intacta la autoridad de la Sede Apostólica. Intervino enérgicamente en las Galias y en España contra el arrianismo, que había conquistado a los bárbaros. No temió

---

(1) Dawson, o. c., págs. 60-61.

hacer frente al Emperador Antemio y logró de él que detuviese la propaganda de los secuaces de Eutiques. Pero chocó con el jefe bárbaro Ricimero, arriano, verdadero amo de Italia, que había fundado en Roma una iglesia: Santa Águeda de los Godos. Hilario falleció el 29 de febrero del 468 y fue inhumado junto al Papa Sixto III en la cripta de San Lorenzo.

Simplicio, romano de Tibur (Tívoli), le sucedió el 3 de marzo y ocupó el trono pontificio hasta el 10 de marzo del 483. Los asuntos de Oriente retuvieron su atención sobre todo, y mantuvo la lucha contra el monofisismo, protegido por los Emperadores de Bizancio. Consiguió descartar a los herejes que trataban de apoderarse de las principales sedes episcopales. Bajo su Pontificado se extingue la dignidad imperial de Occidente (476).

FIN DEL IMPERIO DE OCCIDENTE

Desde principios del siglo V los bárbaros habían penetrado en el Imperio y lo tenían a su merced. Su establecimiento no fue la consecuencia de un empuje bélico irresistible que tendía a la destrucción del Estado romano. En general no trataban de hundirle, sino de explotar las riquezas al mismo tiempo que conservaban los cuadros de su administración. Los propios Emperadores habían preparado la infiltración extranjera. La transformación del ejército imperial exigida por la escasa natalidad había introducido el sistema de las tropas auxiliares, formadas por bárbaros al principio, por prisioneros reclutados a la fuerza, luego por *federados,* que llegaron a formar, en el siglo IV, el elemento preponderante en el ejército. Los campamentos de estos bárbaros, en los que vivían con sus familias, a veces aquende las fronteras cuya custodia les competía, aceleraron más la invasión; los mejores generales del Imperio eran bárbaros.

El repentino empuje de los hunos hizo replegarse a los pueblos asentados en la orilla izquierda del Danubio; visigodos y vándalos, por su parte, empujaron a burgundos, alamanes y francos, instalados en las orillas del Rin. La consecuencia, de transcendental importancia, fue que a mediados del siglo V la dominación romana ya no se ejercía de modo efectivo en África, Hispania, Bretaña y las Galias. En la misma Italia, tras el saqueo de Roma en 455, Ricimero, jefe suevo (o alamán) del ejército, dispondría de la Corona imperial, crearía y depondría a capricho Emperadores que sólo eran fantoches inconsistentes. Después de su muerte, en 472, su sobrino Gondebaudo, hijo del Rey de los burgundos y lugarteniente suyo, hizo otro tanto; luego, de igual modo, Orestes, comandante del ejército de Ravena. Orestes, romano, habría podido apropiarse de la Corona imperial. Pero habiendo servido a Atila, tal vez temiera surgiese un rival si nombraba a otro generalísimo. Entregó, pues, la Corona a un niño, Rómulo, que Oriente se negó a reconocer, y le nombró en son de burla *augústulo,* el pequeño Augusto. Una rebelión

militar, dirigida por Odoacro, bárbaro de origen esciro, derrotó a Orestes, que fue ejecutado.

Odoacro, proclamado Rey por sus tropas, deseosas de ver en Italia una situación análoga a la que tenían en otra parte los visigodos y los burgundos, suprimió la dignidad imperial. Conservando para sí el título de *patricio,* expidió a Constantinopla los ornamentos imperiales y gobernó Italia teóricamente en nombre de Bizancio, pero en realidad en provecho propio (476). Era el fin del Imperio de Occidente. Mas su descomposición había progresado tanto desde hacía medio siglo, que los contemporáneos apenas si se dieron cuenta de que ya no existía. Por otra parte, se simulaba creer que seguía viviendo en el Monarca de Constantinopla, como ya hemos visto. Los mismos bárbaros, dueños de hecho de los territorios que ocupaban, consentían de grado en ser los mandatarios, libres en sus movimientos, de un Poder aureolado con la memoria de su grandeza extinta, pero del que ya no tenían nada que temer. En los otros territorios, que ayer constituyeron este Imperio, los reinos bárbaros —visigodos, vándalos, burgundos y francos— se aprovecharon naturalmente del nuevo estado de cosas para aumentar y consolidar sus posesiones.

El Emperador de Oriente, único Jefe que subsistía en principio, había perdido toda autoridad efectiva sobre el Occidente; la fuerza de los bárbaros y de las revoluciones internas le impedían ejercerla en absoluto. No obstante, los ostrogodos aumentaban su poder y amenazaban a Constantinopla. El Emperador Zenón, para descartar el peligro, ofreció a su jefe, Teodorico, reconquistar Italia, que estaba bajo el mandato de Odoacro. Teodorico aceptó la dura tarea que le llevaría a la gloria: en 493, tras cinco años de luchas, había vencido y dado muerte a Odoacro y era dueño de Italia.

Los bárbaros convertidos al cristianismo, en su mayoría se habían adherido al arrianismo. No por ello la Iglesia Católica se desinteresó de su suerte. Desde fines del siglo IV hasta principios del siglo VI su actividad adquirió una triple forma: «Mantener contra la propaganda arriana las posiciones conquistadas, conquistar otras nuevas a la herejía, llegar hasta los pueblos para los que el cristianismo era todavía desconocido» (1). Los trabajos de los misioneros, el establecimiento de los bárbaros en ambientes católicos y las conquistas de los francos, convertidos al catolicismo bajo el Rey Clodoveo el año 496, durante el Pontificado de Anastasio II, prepararon la vuelta de los arrianos a la ortodoxia y llevaron a la fe a los pueblos que habían permanecido en el paganismo. Las victorias de los francos tuvieron importancia capital para la difusión del catolicismo; la conversión de Clodoveo le aseguró el apoyo de la Iglesia y consolidó el Poder de la dinastía merovingia; las consecuencias fueron decisivas para el destino de Europa.

---

(1) J. Zeiller, *Les origines chrétiennes dans les provinces danubiennes de l'Empire Romain,* París, 1918, pág. 43.

FÉLIX III: 483-492

En tanto el Occidente cambiaba de dueño, los electores pontificios, tres días después del fallecimiento de Simplicio, le daban un sucesor. Se habían reunido en la basílica de San Pedro, cuando el Prefecto del Pretorio se presentó en nombre de Odoacro para velar porque la elección se efectuase sin disturbios. El magistrado pretendía que su intervención era a petición del Papa difunto, quien habría deseado que el sucesor fuese elegido con el consentimiento del Poder civil. Es muy dudoso que Simplicio motivase esta injerencia, contraria a los cánones de la Iglesia; sin duda, lo que había deseado era sencillamente que se mantuviese el orden exterior. El Prefecto del Pretorio decidió que los Papas no podrían, en lo sucesivo, enajenar los bienes eclesiásticos, fuesen de la índole que fuesen. Con todo, no hubo dificultad en la elección. Félix III, noble romano, había sido casado; uno de sus sucesores, San Gregorio Magno, recordaría su descendencia de él.

Su Pontificado se caracterizó por la lucha contra el Patriarca de Constantinopla, Acacio, a quien tuvo que excomulgar; esta sentencia acarreó el cisma que lleva el nombre de su autor. Félix, en cambio, obtuvo del Emperador Zenón que interviniese en África ante el rey arriano de los vándalos, Hunerico, hijo de Genserico, para que concediese la libertad a los católicos. Tras la muerte del bárbaro, el Papa ayudó a la Iglesia de África a levantarse de sus ruinas.

En Italia, Odoacro, aunque arriano, respetó los derechos de los católicos; se preocupó sobre todo de defender sus Estados contra los otros bárbaros, pero terminó por sucumbir —como vimos— bajo los golpes de Teodorico, incitado por el Emperador. Félix le precedió al sepulcro el 1 de marzo del 492. Sus restos fueron inhumados en la basílica de San Pedro.

Como León Magno, Hilario y Simplicio, Félix mandó construir o restaurar muchas iglesias en Roma y las enriqueció con vasos sagrados. Los considerables dispendios que acarreaban estas liberalidades los cubrían las rentas del Patrimonio de San Pedro. La fortuna de la Iglesia, ya constituida en la época de las persecuciones y acrecentada especialmente después del Edicto de Milán, por las donaciones de los Emperadores y grandes familias convertidas al cristianismo, permitía remediar las necesidades del culto y de las obras de asistencia pública.

La riqueza consistía entonces en propiedades territoriales. Aumentó el prestigio del Papado y le valió, en una sociedad en que se perfilaba el sistema feudal, los derechos señoriales que preparaban la formación de un Estado pontificio. En un mundo en transformación frente a un Emperador lejano y sin poder real, a una administración desequilibrada, a una magistratura despojada de sus prerrogativas, el prestigio del Papado crecía cada vez más entre los bárbaros.

El primado de la Sede Apostólica se imponía, asimismo, más que nunca. Inocencio y León Magno le habían elevado muy alto, sus sucesores le mantuvieron sin decaimientos. Respetuosos con la autoridad imperial, sabían mostrarse firmes y dignos cuando estaba en juego la causa de la fe, de la disciplina y de la caridad. En Occidente el primado se afirmaba con mayor claridad todavía. El Obispo de Roma, Jefe de la Iglesia universal, era considerado como el Patriarca venerado de todo el Occidente latino; encarnaba, más que en otra parte, la Cristiandad. Por eso es por lo que todos sus esfuerzos tendieron a mantener la unión lo más estrecha posible entre Roma y las múltiples diócesis occidentales. El Obispo de Cartago era primado de la Iglesia de África y desempeñaba el papel de intermediario. La creación de vicariatos en Iliria, en Arles, respondió a la misma necesidad: los vicarios representaban al Papa y estrechaban los lazos con la cátedra de San Pedro. En Italia la creación de las provincias eclesiásticas de Milán, Aquilea y Ravena liberó al Obispo de Roma de las obligaciones inherentes a su calidad de metropolita y le permitió dedicar sus desvelos a las tareas más importantes. Respecto a los Obispos, por doquier aparecían cada vez más como los protectores de sus ovejas, defensores del orden social e intermediarios entre los nuevos Reyes bárbaros y sus súbditos católicos. Su inmensa y bienhechora misión era digna de aquel de quien recibían el Poder.

Si en Roma se pudo temer que el ejercicio de los Poderes eclesiásticos se viese dificultado por los ostrogodos, dueños de Italia, pronto se dieron cuenta de que Teodorico, aunque arriano, dejaba a la Iglesia la libertad de que gozaba. El historiador Casiodoro le atribuye estas palabras: «No podemos imponer la religión, pues nadie puede ser obligado a creer contra su voluntad.» Pero, posteriormente, se enfrentaría con el Papado.

CAPÍTULO IV

EL PAPADO EN TIEMPOS DE TEODORICO Y JUSTINIANO

TEODORICO (493-526) Y LA IGLESIA

La fundación del reino ostrogodo en Italia fue obra de la política sutil del Emperador Zenón tanto como de la energía de Teodorico. El vencedor de Odoacro, dueño efectivo de Italia, se asentó como gobernador del Imperio. Como la idea de un Imperio Romano indiviso se había mantenido, tenía la administración de Italia sólo en nombre del Emperador de Bizancio y la de los países asimilados a ella; con todo, sus funciones no se concebían como atributo personal de Teodorico, sino como asociadas de modo permanente al principado godo. El Príncipe godo era, de hecho, el amo del territorio italiano, pero no fue el fundador de un nuevo Estado germanoitaliano. A pesar del ejercicio de la fuerza, en el romanismo todo se vinculaba a las constantes del pasado otorgadas por la ley, creación de Roma. Aquí estriba el secreto del prestigio y de la perennidad del Imperio, el cual en sus renacimientos ulteriores siempre será *romano.*

La Iglesia Católica se aprovechó de los sentimientos de equidad de Teodorico. A Félix III, al morir el 1 de marzo del 492, le sucedió al punto *Gelasio I,* sin dificultad. El *Liber pontificalis* le atribuye origen africano; fue, probablemente, el consejero de su predecesor en asuntos griegos; en todo caso siguió la misma política que él. Félix, en una carta ya célebre, dirigida al Emperador Zenón, había recordado los deberes del Imperio con el Sacerdocio en materia de fe; Gelasio se inspiró en estos principios en sus relaciones con el Emperador Anastasio. Las relaciones entre ambos Poderes demostraron cuán profundamente consciente de sus derechos era el Papa. No admitió, lo mismo que su predecesor, que el amo de Bizancio favoreciese el cisma de Acacio o tratase, como había intentado Zenón, de efectuar una unión equívoca entre

católicos y monofisitas. «Existen, Emperador augusto —escribió a Anastasio—, dos Poderes principales que rigen el mundo: la sagrada autoridad de los Pontífices y el poder real. De los dos, el de los sacerdotes es tanto más importante cuanto que deben, en el juicio divino, dar cuenta al Señor de los mismos reyes.» ¿No son acaso estas palabras como el prefacio de la doctrina que profesarán seis siglos después sus sucesores en la Sede de San Pedro?

Empero, pese al conflicto, Gelasio expresaba también sin rodeos que la Roma antigua y la Roma nueva estaban unidas por su carácter romano. «En calidad de ciudadano romano, amo al Emperador romano, le venero y reconozco; en calidad de cristiano, deseo tener con el que está animado del celo divino el mismo celo en el conocimiento de la verdad.» Tales palabras, en tales momentos, dan la medida del sentimiento de unidad subsistente. Se tendría la prueba de ello cuando en el 519 se recuperó la paz; la actitud del Papado y de los romanos frente a Teodorico cambiaría en seguida.

Con una energía algo ruda, Gelasio defendió por doquier los derechos del Papado y mantuvo firmemente la disciplina eclesiástica relajada por las agitaciones de la sociedad y del Estado. Poseemos de él cartas y tratados dogmáticos y disciplinarios. La confesión de fe de la Santa Sede «no podría —escribe— ser mancillada por ninguna falsa doctrina y contagiada por ningún error». La memoria de Gelasio goza de una estima tan alta que se le reservó un puesto de honor entre los Papas del siglo v, junto a León Magno. El escritor eclesiástico contemporáneo Dionisio el Pequeño le llama «grande entre los Santos». Falleció el 19 de noviembre del 496 y fue sepultado en la basílica de San Pedro.

Anastasio II, romano de origen, le sucedió y fue consagrado el 24 de noviembre. Desde los comienzos de su Pontificado dio prueba de condescendencia con Bizancio para intentar reconciliar las Iglesias de Occidente y de Oriente. El envío de una embajada a Constantinopla no fue aprobada unánimemente y originó la creación de un partido contrario. Los reproches lanzados contra Anastasio eran claramente exagerados; no por ello dejaron de pesar sobre su memoria. Pero no sufrió las consecuencias, pues falleció el 19 de noviembre del 498.

La elección de su sucesor originó un cisma en la Iglesia de Roma.

El 22 de noviembre unos designaron al Diácono *Símmaco*, de origen sardo, otros al Archidiácono Lorenzo. La disensión se convirtió en motín y corrió la sangre. Por último, los partidos convinieron en informar a Teodorico, aunque éste era arriano. El Rey declaró que el Pontificado pertenecería a quien fuese consagrado el primero; así, pues, Símmaco tomó las riendas del gobierno de la Iglesia; Lorenzo y sus partidarios terminaron por someterse. Pero antes, durante algunos años, la situación había estado tensa entre el Papado y el Emperador. «Porque eres Emperador —escribía Símmaco—, ¿crees que podrás alzarte contra el Poder de Pedro?» Hacía falta una fuerza de alma poco común para hablar así en un momento en que los partidarios de Lorenzo aún no estaban inermes.

En realidad, se trataba de un conflicto que hundía sus raíces en el pasado. Los Emperadores de Oriente tenían la pretensión de legislar cada dos por tres sobre fórmulas dogmáticas, mientras los Papas luchaban por la independencia y el primado de Roma. Los sentimientos que tenían los italianos de la necesidad de tal independencia corrían parejas con la aversión que les inspiraban los Emperadores de Constantinopla. La política religiosa de los Soberanos de Bizancio se oponía a su política temporal. Se tuvo la prueba de ello en el cisma de Acacio, provocado por un decreto del Emperador Zenón. Este último, deseoso de poner fin a las controversias monofisitas, había promulgado una ley, llamada *henótica,* que contenía todos los puntos comunes de las fórmulas religiosas usuales entre las partes en conflicto (482). Acacio, colaborador en esta ley, se había convertido en el centro de la disputa, siendo excomulgado. En el fondo era un conflicto entre Constantinopla y Roma a propósito de la primacía en materia de dogma. Precedió al cisma que duró del 484 al 519 y al que puso fin el Papa Hormisdas. Lo mismo ocurrió con el cisma lorenciano, así llamado por el nombre del candidato contrario a Símmaco y favorable a Bizancio, contra el cual sólo pudo mantenerse aquél gracias al apoyo de Teodorico (1).

Símmaco unió a su firmeza una gran munificencia. Alivió a las víctimas de la guerra y de las persecuciones vándalas e hizo construir o restaurar varias basílicas; a él se debe la construcción de la basílica de los Santos Silvestre y Martín. Falleció el 19 de julio del 514 y fue inhumado en la basílica de San Pedro.

Su sucesor fue elegido al día siguiente, en la persona de *Hormisdas,* originario de Frosinona, en Campania. Su primera preocupación fue apagar las últimas chispas del cisma lorenciano y atraer hacia sí a sus últimos partidarios. También frente al Oriente sus intenciones eran pacíficas. Se vieron coronadas por el éxito con exaltación de Justino, sucesor del Emperador Anastasio, muerto en el 518. El nuevo Soberano notificó al Papa su elevación y le rogó viniese personalmente a Constantinopla. Hormisdas contestó enviándole varios legados portadores de una fórmula de conciliación que consagró el triunfo de la unidad religiosa. El 28 de marzo del 519, el Patriarca Juan de Constantinopla, en una solemne asamblea, suscribió la «fórmula Hormisdae», que pronto aceptó todo el Oriente; recordaba que «la Sede Apostólica siempre conservó sin mancilla la religión católica».

Antes de dejar este mundo aún tuvo el Papa la alegría de saber que la última persecución de los vándalos había concluido con la muerte de su Rey Trasamondo. Hormisdas terminó sus días, lleno de méritos, el 6 de agosto del 523; su cuerpo fue sepultado en la basílica de San Pedro.

Siete días más tarde, el 13 de agosto, *Juan I,* de Toscana, fue consagrado Papa. Ceñía la Tiara en época muy crítica; efectivamente, las relaciones entre

(1) Schnürer, o. c., I, págs. 453 y sigs.

el Papado y Teodorico no tardarían en tomar un nuevo giro, desfavorable a la Iglesia.

La reconciliación de Roma con el Oriente había despertado la desconfianza del Rey de los ostrogodos; sospechaba de una alianza secreta entre el clero y la nobleza de Roma con el Emperador contra su propia dominación en Italia. Pese a su inteligencia, no comprendió que el arrianismo abría un abismo entre su pueblo y el mundo romano, que se oponía a toda fusión. El agradecimiento de los romanos al Emperador Justino le hacía recelar, y vislumbraba una amenaza para el futuro de su reino, que sólo contaba como heredero a un niño, su nieto Atalarico. Un incidente le encolerizó: Boecio, personaje prominente de la sociedad romana, literato de noble carácter, había defendido a un amigo suyo ante el Rey, acusado de haber mantenido correspondencia comprometedora con el Emperador. Teodorico mandó meterle en la cárcel, donde vegetó hasta ser ajusticiado; antes de morir, Boecio escribió *La consolación de la filosofía,* honda meditación que inmortalizaría su memoria. Su suegro Símmaco fue ejecutado del mismo modo dos años después, en 525.

El mismo año, el Papa Juan I recibió de Teodosio una invitación, que equivalía a una orden, de acudir a Ravena junto al Rey; se puso en camino, enfermo y lleno de sombríos presentimientos. Recibió la misión de intervenir personalmente en Constantinopla para conseguir la revocación de las medidas tomadas contra los arrianos. Al Papa se le dispensó un grandioso recibimiento, y Justino quiso ser coronado por el Papa. Teodorico consideró insuficientes las atenuaciones a la condición de los arrianos; le mandó encarcelar con los otros miembros de la embajada. El Papa, minado por la enfermedad y las fatigas del viaje, sólo sobrevivió unos días a la inicua y brutal conducta; falleció en el calabozo el 18 de mayo del 526. Sus restos mortales de Pontífice mártir, traídos de Ravena a Roma, fueron sepultados en la basílica de San Pedro.

LOS PAPAS DESPUÉS DE LA MUERTE DE TEODORICO

La elección pontificia, que se celebró el 12 de julio del mismo año, se llevó a cabo bajo la presión del Rey de los ostrogodos: *Félix IV* asumió la pesada tarea de gobernar la Iglesia.

Teodorico sólo sobrevivió al Papa unas semanas; se extinguió el 30 de agosto del 526, el domingo en que debía cumplirse su decreto de cesión a los arrianos de la iglesia católica de Ravena. Su nieto, Atalarico, de ocho años, le sucedió bajo la regencia de su madre, Amalasonta, la que había recibido una educación romana y estaba totalmente dispuesta a mantener buenas relaciones entre los dos pueblos que se codeaban en Italia. En su primera carta al Emperador, el joven Rey decía: «Creeremos que todo marcha bien en nuestro reino si poseemos vuestro favor... ¡Queden los odios en el sepulcro con los muertos!» Felicitó a los romanos por haber elegido al nuevo

Papa sometiéndose a los deseos de Teodorico y por haber evitado así divisiones.

El breve Pontificado de Félix IV no padeció perturbaciones; mantuvo buenas relaciones con el Emperador y el Rey de los godos quien, por otra parte, se mostró benévolo. Félix murió el 22 de septiembre del 530 y fue sepultado, como sus últimos predecesores, en la basílica de San Pedro.

La rivalidad en la influencia entre los godos y Bizancio se manifestó otra vez al día siguiente de este fallecimiento. En los últimos meses de su vida, Félix IV, que presentía cercano su fin, había tomado una medida hasta entonces inaudita para evitar el amenazador cisma: designó a su sucesor en la persona de su fiel Archidiácono Bonifacio, romano de nacimiento, pero de origen germánico, quien fue elegido el mismo día de la muerte de Félix. Pero el partido del Emperador, para protestar contra la elección de Bonifacio, contraria a los cánones, designó al mismo tiempo a Dióscoro, que falleció cuatro semanas más tarde. Sus electores tuvieron la cordura de adherirse a *Bonifacio II.* El nuevo Papa podía contar con la benevolencia de la regente y obligó a los partidarios de Dióscoro a retractarse. A imitación de su predecesor, designó sucesor suyo en la persona del Diácono Vigil. Sin embargo no tardó en cambiar de idea y, reconociendo que había obrado contra los cánones, quemó el decreto que instituía a Vigil. Su Pontificado fue muy corto; se extinguió el 17 de octubre del 532, y fue sepultado asimismo en la basílica de San Pedro.

Los partidos que dividían el cuerpo electoral se enfrentaron de nuevo, y sólo el 2 de enero del 533 fue cuando la Iglesia tuvo un nuevo Pontífice, Mercurio, sacerdote de la basílica de San Clemente, que tomó el nombre de *Juan II.* El Emperador Justiniano (527-565) aprovechó la oportunidad para afirmar su política de acercamiento a Roma. Aseguró al Papa su apoyo para someterle el clero oriental y se mostró en favor del primado de la Iglesia de Roma, «cabeza de todas las demás». Juan se lo agradeció alabando su piedad y celo; pero la muerte se le llevó el 8 de mayo del 535.

Desde el 13 de mayo había un sucesor: *Agapito I,* perteneciente a la misma familia de la nobleza romana que Félix III. Se puede presumir que era proclive al partido bizantino, pues uno de sus primeros actos fue rehabilitar a Dióscoro, sin duda para reprobar la práctica de permitir al Papa reinante que designase sucesor. Agapito se preocupó, de acuerdo con Casiodoro, Prefecto del Pretorio, en fomentar el estudio de las letras sagradas; en la casa familiar del Pontífice se fundó una biblioteca.

FIN DE LA DOMINACIÓN GODA EN ITALIA

Habían estallado graves disturbios, en el intervalo, en la corte de Amalasonta. Bajo la influencia de Casiodoro, hubiera querido dar a su hijo una educación latina para acelerar la unión entre italianos y godos. Sus íntimos, estimando degradante la educación romana, se oponían y la regente tuvo

que ceder. Trató de reforzar su autoridad vacilante condenando a morir a sus adversarios. La muerte del joven Atalarico, su hijo, minado por un desenfreno prematuro, agravó otra vez la situación en el año 534.

El Emperador Justiniano, que desde hacía mucho tiempo soñaba con reconquistar Italia, y cuyo General Belisario acababa de arrebatar África a los vándalos, intervino al punto con decisión. Se declaró vengador de Amalasonta, que antes se había puesto bajo su protección, y dio órdenes a Belisario para que penetrase en Italia. Teodato impuso entonces al Papa Agapito que se dirigiese a Constantinopla para rogar al Emperador que abandonase Italia «a su Rey»; los gastos de la embajada corrían por cuenta de la Santa Sede, que tuvo que empeñar los vasos sagrados de la basílica de San Pedro para procurarse los fondos necesarios.

El Papa partió a principios del año 536. Fue recibido solícitamente por Justiniano, pero pronto estuvo a punto de indisponerse con él por negarse a reconocer al Patriarca hereje de Constantinopla, protegido por la Emperatriz Teodora. Terminó por deponerle y le sustituyó por un católico. Pero el 22 de abril del 536 Agapito sucumbió a la enfermedad; su cuerpo, devuelto a Roma, fue sepultado en la Basílica de San Pedro.

Teodato trató pronto de que se eligiese un Papa a su gusto. Impuso, por tanto, al Subdiácono *Silverio*, de la familia del Papa Hormisdas.

Al mismo tiempo Teodora procuraba se eligiese a su candidato, el Diácono Vigil, y daba órdenes a Belisario para que le impusiese a los romanos. Mas al llegar Vigil a Italia, Silverio ya había tomado posesión de la Sede Pontificia.

Pese a ello, los ejércitos de Justiniano invadieron Italia. Teodato se defendió tan mal, que los godos le sustituyeron por Vitiges. El 9 de diciembre del año 536 hizo Belisario su entrada en Roma, mientras la guarnición goda se retiraba sin combatir; pero se necesitaron veinte años más de luchas para terminar la reconquista de Italia.

«La Iglesia casi no tuvo que felicitarse por este cambio de régimen. La venganza de Teodora persiguió al Papa Silverio, culpable de haber desbaratado los planes de la astuta Emperatriz. Pagó su elección con la vida, y el que consintió en ocupar su puesto, todavía en vida, se vio a veces en la necesidad de soportar las violencias despóticas de un Emperador, para no traicionar la fe que tenía el honor y el cargo de conservar intacta» (1).

EL EMPERADOR JUSTINIANO

El reinado de Justiniano (527-565) interrumpió durante un tiempo la evolución que arrastraba a Bizancio hacia el Oriente y parecía casi terminada. La potente figura de este Emperador domina toda su época; quiso ser un Emperador romano y, en efecto, fue el último de los grandes Emperadores

(1) Jacquin, o. c., II, págs. 74-75.

de Roma. Sobrino del Emperador Justino y, como él, del agro macedónico, Justiniano fue el representante de dos grandes ideas: la idea imperial y la idea cristiana, y por ello su nombre perdurará en la Historia. Sus éxitos militares, debidos a sus generales Narsés y Belisario, aseguraron a su reinado un relieve extraordinario, pero este prestigio aumentó con la elaboración de un monumento jurídico imperecedero: el *Corpus Iuris Civilis,* obra de una comisión de jurisconsultos presidida por Triboniano. Había tomado una parte considerable en los asuntos bajo el reinado de su tío, que le había dado la educación refinada de los jóvenes de la aristocracia bizantina y conservado un gusto muy acentuado por la teología y por las discusiones dogmáticas. Llevaba una vida muy sencilla, casi ascética, y su mayor placer consistía en pasar las veladas en la biblioteca del palacio rodeado de Obispos y monjes, con los que conversaba sobre teología.

Justiniano soñó con recomponer la unidad romana, con restaurar los derechos imprescriptibles que Bizancio, heredera de Roma, conservaba sobre los reinos bárbaros de Occidente. Recuperó África, Italia y una parte de España. Quiso realzar su grandeza imperial con todas las magnificencias. Santa Sofía, que reconstruyó con maravilloso esplendor, fue el monumento incomparable de su gloria. Y los deslumbrantes mosaicos de San Vidal, de Ravena, todavía hoy evocan la fastuosa pompa de que se rodeaban los dueños del Palacio Sagrado de Bizancio.

Justiniano soñó más. Se impuso la tarea de ser el campeón de la ortodoxia en el mundo y de propagar la verdadera fe. Pero quizá en esos sueños grandiosos tuvo grandeza más aparente que real. Teodora, su esposa, que antes había llevado una vida llena de aventuras, era un alma flexible y firme, de una tenaz energía. Si sólo considerásemos las realidades puramente humanas, tal vez veía con más acierto que el Emperador cuando quería concentrar sus esfuerzos sobre el Oriente, reunir las nacionalidades disidentes y, aun a costa de una ruptura con Roma, reconstituir la unidad de la monarquía oriental (1). No podía por menos de parecer a los contemporáneos, después de tan brillantes servicios, que la civilización bizantina estaba destinada a atraer a su órbita a todo el Occidente. Pero si se quería asegurarse el dominio del Mediterráneo y hacer otra vez de él un mar imperial, *Mare Nostrum,* había que combatir contra el reino franco, el único Estado independiente que lindaba con sus orillas, un enemigo temible distinto a los precedentes. Ni Justiniano ni sus sucesores pudieron pensar en ello. Estos últimos chocaron pronto con los lombardos, otro pueblo germánico, que se apoderaron del norte de Italia. Al siglo siguiente, por fin, la invasión musulmana, la más profunda y más inesperada conmoción que haya sufrido Europa, arrebataría la hegemonía a Bizancio (2).

---

(1) Ch. Diehl, *Byzance,* París, 1920, págs. 6 y sigs. (Hay edición española: *Grandeza y servidumbre de Bizancio.*)

(2) Sobre el curso de estos acontecimientos, véase el libro magistral de H. Pirenne, *Histoire de l'Europe des invasions au XVIe siècle,* París y Bruselas, 1936, que es como la síntesis de los conocimientos del gran historiador belga.

JUSTINIANO Y EL PAPADO

Cuando Justiniano llegó al Poder, a los cuarenta y cinco años, el Papado y la Iglesia tenían toda la razón al fiarse de él. Se creía directamente responsable ante Dios y consideraba su deber esencial hacer que reinase el orden por la fuerza de las leyes, no sólo en el Estado, sino en la Iglesia. Estaba en la línea de la tradición de Constantino, pero intervino en el gobierno de la Iglesia de manera más sistemática y más absoluta que sus predecesores; verdaderamente encarnó en su persona el cesaropapismo. Por eso, se le vio promulgar, desde su advenimiento, una profesión de fe católica que debía servir de regla a todos sus súbditos y preveía severísimas sanciones contra los herejes. Mas Teodora le urgía para que emplease medios pacíficos con los monofisitas, secuaces de Eutiques, condenado en el siglo anterior. La influencia de la Emperatriz era tanto más fuerte cuanto que ella acababa de salvar a Justiniano y al trono imperial, amenazados por una seria insurrección (sedición de Nika, en el 532). Una nueva intervención de Teodora designó como Patriarca de Constantinopla a Antimo, adversario de los cánones aceptados en el Concilio de Calcedonia.

El Papa Agapito había fallecido —como vimos— el 22 de abril del 536, antes de poder tomar las medidas que proyectaba para restablecer la paz. Teodora no cejaba. Un Papa había vencido al monofisismo en Bizancio, otro lo restablecería: tal era el proyecto forjado por la astuta soberana. Creyó haber hallado el instrumento de su venganza en el Diácono Vigil, pero ya recordamos que, al llegar a Roma, había encontrado ocupada la Sede Pontificia por Silverio. El General Belisario intentó obligar a Silverio a renunciar a su cargo. Éste se negó, y para comprometerle se confeccionaron cartas en las que se suponía prometer a Vitigés, Rey de los godos, entregarle Roma. Belisario mandó entonces detener al Papa y le desterró a Patara, Licia.

Inmediatamente el General bizantino ordenó, aunque a regañadientes, se eligiese otro Pontífice, y *Vigil* fue escogido y consagrado el 29 de marzo del año 537. Mas una vez entronizado, el nuevo Papa se reveló ortodoxo y no hizo nada en favor del monofisismo. Meses más tarde Silverio fue traído a Roma, de donde Vigil le hizo deportar a la isla de Ponza, sita en el mar Tirreno, donde murió en la indigencia el 2 de diciembre del 537.

Vigil ya se encontraba solo en posesión del Pontificado; el clero romano le reconoció, supliendo así la falta de elección, y su correspondencia demuestra que lo mismo ocurrió con la Cristiandad. El Papa reparó su anterior actitud con sus esfuerzos en la defensa de la fe. Una de sus cartas a Justiniano sobre las herejías de Oriente debió de hacer reflexionar a Teodora. En ella defendía vigorosamente los Concilios de Éfeso y Calcedonia, las decisiones de León I y de Agapito. Durante dicho tiempo continuaba la guerra en Italia entre los godos y el ejército bizantino, mientras las querellas religiosas pertur-

baban de nuevo el Oriente. Justiniano, por propia iniciativa, se constituyó juez en materia de fe, mandó condenar el origenismo y, para obligar al Papa a dar su aprobación al edicto imperial promulgado en 543, se apoderó de él por la fuerza. El 22 de noviembre del 545, día de la festividad de Santa Cecilia, mártir romana, al terminar Vigil de celebrar la misa en la iglesia de este nombre, un enviado del Emperador le ordenó le siguiese y le empujó hacia el Tíber, donde le esperaba un navío. El pueblo presenció el embarque; mientras unos denostaban al Pontífice, otros le suplicaban no cediese ante las exigencias imperiales; ya no volvería vivo.

Las tribulaciones del Pontífice aún durarían diez años. El Emperador, deseoso de poner fin a la herejía monofisita, había publicado una profesión de fe que condenaba las doctrinas del Concilio de Calcedonia. Justiniano y sus teólogos afirmaban: «Debemos destruir los *Tres capítulos*, porque al amparo de ellos se ocultan los herejes.» Los latinos, por el contrario, se oponían a que el Emperador publicase edictos eclesiásticos (1). Justiniano empleó la seducción y la violencia. Separado de sus compañeros, espiado como un prisionero, Vigil declaró: «Podéis tenerme cautivo, pero no tendréis cautivo al Apóstol Pedro.» Sin embargo terminó cediendo a la presión que se había ejercido constantemente sobre él, por ser de carácter débil y porque la unanimidad de los Obispos griegos le hacía temer un cisma. Tras haber intentado evadirse huyendo furtivamente de Constantinopla para llegar Calcedonia, entró en la capital y se adhirió finalmente a las decisiones del Concilio que había consentido en convocar allí (553-554). Justiniano había salido ganando. Publicó entonces una *Pragmática Sanción*, el 13 de agosto del 554, que reorganizaba Italia de conformidad con los deseos del Papa y pretendía restablecer la vieja organización romana.

Vigil, enfermo desde hacía mucho tiempo, abandonó por fin Constantinopla en la primavera del 555; murió al llegar a Siracusa el 7 de junio del mismo año; su cuerpo fue sepultado en la basílica de San Marcelo. Había expiado con largo calvario su condescendencia con los Soberanos de Bizancio.

El Imperio pagaría caro, tras la muerte de Justiniano en 565, las ambiciones del gran Soberano, pero antes aniquiló definitivamente el Poder de los ostrogodos en Italia. Su Rey Totila logró en un principio resonantes éxitos durante la cautividad de Vigil en Constantinopla. Incluso había tomado Roma en 546 y se disponía a continuar sus conquistas cuando una contraofensiva de Bizancio terminó con su ambición; Totila fue vencido y muerto en la batalla de Tadina (Gualdo Tadino en los Apeninos) por Narsés en 552. Italia fue reconquistada y el Poder godo aniquilado. Otro peligro, la invasión de los francos, que se habían imaginado se aprovecharían de la muerte de Totila

---

(1) Los *Tres capítulos* eran las obras del teólogo Teodoro de Mopsueste, algunos escritos del teólogo e historiador Teodoreto de Ciro y una carta de Ibas, Obispo de Edesa, al teólogo Maris, discutidos en el Concilio de Calcedonia. Justiniano publicó, a más tardar en 544, un edicto contra esas doctrinas. Roma se opuso a ello, pues veía un ataque contra el Concilio de Calcedonia. (Jacquin, o. c., II, pág. 150.)

para establecerse en Italia, quedó conjurada por algún tiempo con una nueva victoria de Narsés en 554.

No ocurrió lo mismo con los lombardos procedentes de las orillas del Oder, el último gran pueblo que se estableciera en el antiguo Imperio Romano. Justiniano los había utilizado para reforzar sus ejércitos, y con el consentimiento del Emperador fue como, aliados con los ávaros, parientes y sucesores de los hunos, destruyeron el reino de Gepides en 567. Pero en el 568 el Rey lombardo Auduino, con ayuda de otros bárbaros, descendió hacia la cuenca del Adriático. Veinte años después, bajo uno de sus sucesores, Autaris, se había afianzado el asentamiento de los lombardos en Italia. Se mantendrían aquí, compartiendo la dominación de la península con Bizancio hasta el siglo VIII, cuando los Papas llamaron a los francos para quebrantar su poderío. Durante los primeros tiempos de la conquista lombarda tuvieron que asistir impotentes al desastre.

La muerte de Vigil ocurrió en circunstancias críticas. Si la influencia goda ya no era de temer, en cambio se podía temer que la influencia del Emperador se dejase sentir sobre los electores pontificios. Los romanos tenían un candidato, el sacerdote Mareas, quien en ausencia de Vigil y del Diácono Pelagio había gobernado la Iglesia, pero falleció antes de ser consagrado. Justiniano se dedicó celosamente a encauzar a Pelagio hacia el Pontificado. El Diácono estaba detenido en Constantinopla; el Emperador consiguió de él que consintiese en la condenación de los *Tres capítulos;* luego, al devolverle a Italia, dio orden a Narsés que se le eligiera. No se podía resistir al Emperador: *Pelagio I* fue consagrado el día de Pascua, 16 de abril del 556. En la profesión de fe, perfectamente ortodoxa, que pronunció inmediatamente después no se hablaba ni de Vigil ni del concilio del 553. Su situación nada tenía de envidiable frente a un Emperador entusiasmado por la teología y de fieles que no podían olvidar sus propias oscilaciones doctrinales.

Logró, no sin dificultad, vencer la desconfianza que se había manifestado tanto en las Galias como en Italia. Sus grandes cualidades de administrador, su caridad inagotable, su horror a la simonía desvanecieron el mal recuerdo de su entronización. Pelagio I fue el primero en beneficiarse de la nueva situación creada por la Pragmática Sanción del 554. Al Poder espiritual del Obispo de Roma se añadían prerrogativas de orden administrativo que se transformarían en privilegios de orden político por la fuerza de las circunstancias; preparaban con anticipación el establecimiento del Estado pontificio. Pero estos favores consignados en la ley no estaban exentos de peligro, pues proporcionaban al Emperador nuevas oportunidades para inmiscuirse en las elecciones episcopales; el cesaropapismo siempre consideró a los ministros del culto, sea cual fuere su rango, como a funcionarios. Pelagio no dejó de sacar partido, con infatigable energía, de la nueva legislación justinianea para el mayor bien de la Iglesia y de Italia. Al morir, el 4 de marzo del 561, fue llorado por su pueblo, y la posteridad no olvidó los méritos de este Papa que «hacía suyo el dolor ajeno», según reza su epitafio en el atrio de San Pedro.

DE PELAGIO A GREGORIO MAGNO

Los tres sucesores de Pelagio I, que gobernaron la Iglesia hasta el Pontificado de Gregorio Magno, vivieron en una época ensombrecida por las calamidades, pese a las victorias imperiales y a las esperanzas que despertaron. El primero, *Juan III* (561-574) pertenecía a una familia de la nobleza romana; tuvo que esperar a que confirmase su elección el Emperador, y fue consagrado el 17 de julio del 561. Sus trabajos de restauración de las catacumbas, de la basílica juliana dedicada a los Apóstoles San Felipe y Santiago, de la organización del culto a los mártires fueron perturbados por la invasión devastadora de los lombardos. Justiniano había fallecido en el 565; sólo bajo el Emperador Mauricio (582-602) fue cuando se conjuró temporalmente el peligro y se estableció un Exarca permanente en Ravena. Juan III falleció el 13 de julio del 574.

Su sucesor fue *Benedicto I* (575-579), quien sólo pudo ser consagrado el 2 de junio del 575 tras un interregno de diez meses, debido a los retrasos imputables a la corte de Bizancio, que hizo esperar su aprobación. Su breve Pontificado estuvo ensombrecido por la preocupación de conjurar las consecuencias de la invasión lombarda. El Emperador era incapaz, por el momento, de oponerse a ella, y el Papa no pudo hacer nada para detener la marcha de los bárbaros. Falleció el 30 de julio del 579 mientras asediaban Roma. El *Liber pontificalis* menciona estas sencillas palabras reveladoras del horror de la época: «Benedicto dejó este mundo consumido por las penas y por la tristeza.»

Pelagio II, hijo del godo Winigildo, fue elevado después al Supremo Pontificado; le coronaron el 26 de noviembre del 579.

El cerco de Roma por los lombardos cortaba las comunicaciones con Bizancio y Ravena, por lo que se prescindió de la autorización imperial para entronizar al Papa. Logró, gracias a su ascendiente y al dinero de la Iglesia que les entregó, alejar a los terribles bárbaros. Pero ya pensaba en pedir a los francos que la protegiesen. «Creemos —les escribe— que no sin motivo ni sin especial designio de la divina Providencia vuestros Reyes profesan la misma fe ortodoxa que el Imperio Romano; ella ha querido dar a la ciudad de Roma, cuna de esta misma fe, y a toda Italia, vecinos que sean sus protectores.» Estas palabras, «que se diría formuladas por los Papas del siglo VIII», «explican y preparan las gestiones efectuadas por estos últimos ante Pipino». «Había llegado el tiempo en que la ayuda solicitada se pondría al servicio del Papado, aunque éste se acostumbraba a buscarla por este lado» (1).

Las inundaciones y el hambre —su secuela—, luego la peste, agravaron todavía más la desolación de Italia. La epidemia se llevó a Pelagio el mes de enero del 590, tras un Pontificado de diez años lleno de preocupaciones y de

(1) Jacquin, o. c., II, pág. 180.

angustias. En esta calamidad el pueblo, clero y autoridades se volvieron hacia el más idóneo para aliviar los males; había comenzado el Pontificado de *Gregorio Magno.*

De San Pedro a San Gregorio Magno transcurrieron casi seis siglos, durante los cuales el Papado se asentó, desarrolló y fortaleció. Cristo es el único Jefe de la Iglesia y Pedro sólo tiene los poderes que recibe de Cristo. Desde los primeros siglos el primado de la Iglesia de Roma es indiscutible. No se originaba en la supremacía política de Roma, sino en la memoria que dejó en ella San Pedro y en la elección por él de esta ciudad para predicar y morir. «Por tus Apóstoles, oh Roma, brilló en ti la luz del Evangelio. La sagrada sede del bienaventurado Pedro hizo de ti la cabeza del mundo, y los límites de tu autoridad religiosa superan a los de la dominación terrena.» Así hablaba en el siglo V el Papa San León Magno. El Papado se desarrolló como un organismo, fruto de una evolución progresiva, no de una ampliación artificial de las palabras de Jesús: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.»

De la carta de San Clemente, obra de un hombre de gobierno, a los cánones de los grandes concilios ecuménicos, presididos por el Papa o por sus legados, en época de las herejías y discusiones dogmáticas, no hay solución de continuidad. Roma define el dogma, pero el genio latino, preciso y práctico, que inspira y ha hecho suyo cristianizándole, le preserva de las sutilidades del espíritu helénico nunca satisfecho, que soslaya las soluciones con nuevas propuestas.

Cuando el Imperio vacila y se derrumba, el Papado se adapta a la nueva situación. Convierte a los bárbaros, se dispone a asimilarlos y salva la civilización occidental en el siglo V. Cuando Bizancio, heredera del pensamiento de Constantino, fundador del Imperio Cristiano, toma la sucesión de la Roma de los Césares, el Papado se acomoda a los nuevos tiempos manteniendo el primado y la fe. En el siglo VI, en las calamidades que caen sobre Italia, San Gregorio Magno se expresará en la misma forma, seguirá la misma línea que San León ciento cincuenta años antes. Si la fortuna de la Iglesia parece vacilar, surgirán nuevos acontecimientos que, por alianza de los Papas con la monarquía franca, fundamentarán su Poder sobre el mundo medieval, dando un esplendor incomparable a la civilización cristiana.

CAPÍTULO V

SAN GREGORIO MAGNO: 590-604

MISIÓN DEL PAPADO EN LA FUNDACIÓN DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

«El Pontífice que el clero y el pueblo de Roma designaron por unanimidad —escribe un historiador de los Papas— para ocupar el puesto del Papa Pelagio, bastaría por sí solo a dar un esplendor inigualable a la institución cuyo representante fue, si ésta no hubiese poseído todos los títulos de gloria que tiene por otros conceptos» (1).

San Gregorio Magno era romano, nacido hacia el 540, de la vieja familia de los Anicii, la *gens Anicia,* que ya había dado dos Papas a la Iglesia: Félix III y Agapito. Hijo del senador Gordiano, muy rico, hallaba en su familia las más raras virtudes: a dos hermanas de su padre, que entraron en la religión el mismo día, se las tiene por Santas, así como a su madre, Silvia. Su homónimo, el Obispo cronista Gregorio de Tours, refiere que el nuevo Papa había sido «tan bien instruido en las letras, la gramática, la dialéctica y retórica, que en la Ciudad Eterna nadie le aventajaba». Gregorio había comenzado por los honores laicos; de senador se hizo Prefecto de la ciudad en el 574 y se distinguió por sus talentos. Después de la muerte de su padre, su madre se retiró a un claustro y le hizo partícipe de sus sentimientos. Gregorio enajenó sus bienes, fundó siete monasterios según la regla de San Benito y se retiró al séptimo, en el monte Celio. El Papa Pelagio II vino allí a buscarle para hacerle su apocrisiario (nuncio) en Constantinopla ante el Emperador Tiberio II, luego Mauricio. Allí continuó en la medida de lo posible llevando una vida de comunidad con algunos monjes traídos de Roma, sin dejar por ello de ser estimado como diplomático.

---

(1) F. Hayward, *Histoire des papes,* París, 1929, pág. 112.

La muerte de Pelagio II le abrió una nueva carrera. Elegido Papa por aclamación, primero se opuso a dejar la vida monástica e hizo cuanto pudo para impedir que el Emperador otorgase su confirmación. Cuando la noticia llegó a Roma, Gregorio sintió miedo frente a las responsabilidades que le esperaban, e intentó eludirlas emprendiendo la huida. Se lo impidieron y lo condujeron casi a la fuerza a San Pedro, donde fue consagrado el 3 de septiembre del 590. El que sería uno de los mayores Papas estaba desconsolado por haber perdido la tranquilidad del alma y verse sumergido en las preocupaciones del gobierno de la Iglesia.

Pero no era un hombre a quien abrumase la pesadumbre. Se entregó al trabajo y comenzó organizando una gran procesión para recabar del Cielo el fin de la peste; el azote terminó. Fijó el ceremonial con ese talento de liturgista del que daría otras pruebas. Fue él quien creó una escuela de canto, el *gregoriano,* que se impuso a todo el Occidente por su noble y grave belleza; también fue él quien compuso un nuevo sacramentario y reguló el uso del martirologio en el culto. Gregorio es, asimismo, un gran doctor, Padre de la Iglesia. Su *Pastoral,* que se inspira en la regla de San Benito, ha sido el libro de la educación profesional de los eclesiásticos del medievo. Sus homilías, sus comentarios a los Libros Santos, sus *Diálogos* estuvieron en todas las bibliotecas. Su obra se resiente, sin duda, de la decadencia de los estudios que se había precipitado desde el siglo v, y no tiene el relieve de un San Ambrosio o de un San Agustín; no conocía el griego, pero no por ello deja de ser el hombre más notable de su tiempo. Su correspondencia es uno de los más admirables testimonios de la actividad de un hombre. Gregorio, hombre de acción, pese a sus preferencias por la meditación, se aplicaría a resolver todos los problemas que planteaba el gobierno de la Iglesia en un viraje de su historia.

Este patricio, uno de los últimos representantes de la gran aristocracia romana, cree que el Imperio termina, y espera el fin del mundo. Comenta las profecías que indican los síntomas, recuerda la de San Benito; en las catástrofes de la guerra de los lombardos ve los signos de la cólera divina. Pero está en pie, frente al peligro, resuelto, y desde el comienzo de su Pontificado en dos ocasiones (592 y 593) salva a Roma del asalto de los lombardos, comprometiéndose en nombre de los romanos a pagar un enorme tributo. Este dinero no lo pide al Imperio, sino a la Iglesia. Dispone de recursos inmensos del Patrimonio de San Pedro, que hace de él el más rico propietario de Italia, y los emplea en remediar las miserias, en alimentar a los romanos, a quienes dos flotas abastecían todos los años de trigo. La necesidad de los tiempos le obliga a desempeñar las funciones civiles y militares, a negociar con los lombardos, a falta de autoridad imperial. Por la misión eminente y bienhechora que cumplió en Roma, Gregorio Magno, sostenido por su fe en la promesa divina, es el primer fundador del Poder temporal del Papado.

Sin duda es súbdito fiel del Imperio, hasta tal punto estaban imbuidos de la idea imperial los espíritus de la época, pero en él se encarna con mayor

fuerza que en sus predecesores el ideal de un Poder soberano e independiente. Era el programa que San Agustín había trazado en la *Ciudad de Dios* y que realizará el Papado medieval: la ciudad celestial y la ciudad terrena. El Estado, en cuanto cristiano, sirve a los intereses de la ciudad celestial, pero no es más que un orden inferior; la supremacía pertenece a la sociedad espiritual. La decadencia del Imperio en Occidente acrecentó, de modo natural, el prestigio ya secular del Papado, como ya vimos bajo el Pontificado de San León. El Papa juzga, con todo, que la causa del Imperio es inseparable de la religión cristiana. Al haber desaparecido desde la invasión de los lombardos la autoridad imperial y al no residir el Emperador en Roma desde Constantino, al Papa, convertido en el personaje principal, incumbe velar por la defensa de Roma y subvenir a su vida material. Roma continúa al mismo tiempo sirviendo de intermediaria entre el Oriente civilizado y el Occidente bárbaro. Esta situación fue muy favorable al ejercicio de la autoridad pontificia en los reinos bárbaros de Occidente, pues el Papado pudo gozar del prestigio de su unión con el Imperio de Oriente sin correr el riesgo de ser considerado como un instrumento de la política imperial.

Gregorio Magno vio que el campo de acción del Papado, hasta entonces orientado hacia Bizancio, era el Occidente. Mientras mantiene por el lado del Oriente los derechos del primado de San Pedro y niega al Patriarca de Constantinopla el título de Obispo ecuménico, multiplica sus relaciones con los Obispos, Reyes y Reinas de Occidente. La piadosa y encantadora Teodolinda, esposa de Autaris, luego Agilulfo, Rey de los lombardos, es la que consigue que el heredero del trono sea educado en el catolicismo, aunque sus súbditos fuesen arrianos. El Papa logra por mediación de su amigo Leandro, Arzobispo de Sevilla, la conversión de Recaredo, Rey de los visigodos en España en 586-601. Gregorio escribe a los Reyes francos para que repriman los abusos que padecía la Iglesia de su reino y, sobre todo, les recomienda a los monjes que envía a Inglaterra para convertir a los anglosajones.

GREGORIO Y LOS MONJES DE OCCIDENTE

Para obrar sobre los pueblos, Gregorio contaba con los monjes más que con los Reyes. Le estaba reservado a este Papa genial utilizar tan gran fuerza y ponerla al servicio de la Iglesia.

Hubo monjes desde los primeros tiempos de la Iglesia, es decir, hombres que creyeron que no podían poner en práctica la enseñanza de Cristo sino renunciando al mundo. San Pacomio, muerto en el 346, impuso una regla a estos solitarios —*monachos* viene del griego *monos:* solitario— para organizarlos en comunidad. A esta institución cenobítica —*koinobion* significa comunidad— se vinculan los monasterios occidentales, de los que el más célebre fue fundado en el 528, en Montecasino, alrededores de Nápoles, por *San Benito* —480-543—, nacido en Nursia, Umbria. Autor de una regla que lleva su nom-



San Benito de Nursia (hacia el 480 hasta el 542), fundador de la Orden Benedictina.
Fresco de las catacumbas de Hermes. Roma

pronto se convirtió en libertino. Repudió a Berta de Saboya, y se necesitó toda la energía de Pedro Damián, legado del Papa, para que cohabitasen de nuevo. El Soberano sólo quería obrar a su antojo; por ello soliviantó pronto a todos contra sí mismo: a los grandes, al pueblo, incluso a sus hijos.

En 1073, muy afectado por una revuelta de los sajones, parece que hizo una retractación pública e imploró la misericordia del Papa. Gregorio VII le escribió en esta ocasión una carta bondadosa para proponerle el arreglo amistoso de la cuestión de las investiduras. Enrique IV, que pensaba ser coronado Emperador, fingió que estaba de acuerdo con el Pontífice y encargó a su madre, a su tía Beatriz y a su prima Matilde que negociasen con el Papa. En realidad Enrique estaba, no sólo resuelto a no decidir nada, sino que esperaba agitar en su favor el sentimiento nacional y el amor propio de sus súbditos para hacer fracasar los proyectos de reforma de la Santa Sede.

A pesar de la prohibición pontificia Enrique nombró, por propia iniciativa, un Obispo en Espira, Lieja y Milán; al mismo tiempo Guiberto de Ravena se separaba públicamente del Papa. Durante la noche de Navidad de 1075, mientras el Papa celebraba la misa en Santa María la Mayor, una banda de malhechores se arrojó sobre él y se le llevaron, ensangrentado, a encerrarle en una torre, propiedad de los Censios. Uno de ellos, conocido por sus relaciones con Guiberto y Enrique IV, iba a la cabeza de la expedición. Al día siguiente, al disponerse a soltar al Pontífice el pueblo fiel, el bandido tuvo miedo. Imploró el perdón de Gregorio y salvar la vida, a lo que accedió el Papa; éste se dirigió, aclamado por el pueblo, a la iglesia de donde le habían sacado, para concluir los oficios interrumpidos.

Días después, a principios de enero de 1076, enviados pontificios fueron a conminar al Rey para que fuese a Roma, el 22 de febrero, a fin de justificarse; sería excomulgado si no comparecía. La réplica del Rey fue inmediata. Convocó para el 24 de enero un concilio nacional en Worms, en el que presidían Obispos simoniacos y excomulgados. El conciliábulo declaró a Gregorio indigno del Pontificado, y le depuso. Enrique IV notificó la sentencia al Papa con estas injuriosas palabras: «Enrique, Rey, no por usurpación, sino por voluntad de Dios, a Hildebrando, desde ahora monje falso y no Papa. Condenado por el juicio de nuestros Obispos, baja, deja el puesto que has usurpado. Ocupe otro la sede de San Pedro. Yo, Enrique, Rey por la gracia de Dios, te digo con todos nuestros Obispos: ¡Baja, baja!»

El Papa presidía un sínodo en San Juan de Letrán cuando el mensajero real le entregó la carta de Enrique IV. Entonces Gregorio se levantó e, invocando al Príncipe de los Apóstoles, dijo: «¡Bienaventurado Pedro: Como representante tuyo he recibido de Dios el poder de atar y desatar en el Cielo y en la Tierra. Por el honor y defensa de tu Iglesia, en el nombre del Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, por tu Poder y autoridad, prohíbo al Rey Enrique, que se ha rebelado con inaudito orgullo contra tu Iglesia, que gobierne Alemania e Italia. Libro a todos los cristianos del juramento de fidelidad que le otorguen y otorgaren; prohíbo que le sirva nadie como se



El Emperador Enrique IV, en Canosa, se inclina ante Gregorio VII (1077).
Fresco de F. y T. Zuccari, siglo XVI. Roma

sirve a un Rey. Le cubro de anatemas para que los pueblos sepan, oh Príncipe de los Apóstoles, que tú eres Pedro, y que sobre esta piedra viva el Hijo de Dios vivo que ha edificado su Iglesia, y las puertas del Infierno nunca prevalecerán contra ella.» El portador de la carta real, Rolando, clérigo de Parma, había añadido, durante la sesión, otros insultos. Le habrían asesinado los seglares presentes en la asamblea si el Papa no le hubiese protegido.

Así, en el doble escenario de Worms y de San Juan de Letrán chocaban violentamente las pretensiones rivales del Papa y del Emperador por la supremacía. La cuestión de las investiduras pasaba a segundo plano. Se trataba de saber quién vencería: el Emperador que se arrogaba el derecho de destituir al Jefe de la Iglesia o el Papa que se arrogaba el derecho a destituir al Jefe del Imperio.

CANOSA

Fue el Papa el vencedor. Enrique IV se hallaba en Utrecht, cuyo Obispo era uno de sus fervientes partidarios, cuando le llegó la noticia de la excomunión. El Obispo declaró inválido el anatema del Papa y le excomulgó también. Toda Alemania había temblado a la voz de Gregorio y se formó un partido de oposición, que aumentaba día a día, a cuya cabeza se encontraba Rodolfo de Rheinfelden, Duque de Suabia. Una asamblea convocada por el Rey en Maguncia reveló las inquietudes de las conciencias: los Obispos quisieron declarar nula la excomunión del Rey, por vicio de forma, pero se negaron a nombrar un sucesor de Gregorio VII en junio de 1076.

El Papa intentó que el Soberano diese muestras de arrepentimiento, mientras en octubre los adversarios del Rey convocaban una dieta en Tribur. Enrique le hizo saber que estaba dispuesto a someterse con las siguientes condiciones: concesión de un plazo y dejar el asunto en manos del Papa, quien acudiría el 2 de febrero a la dieta de Augsburgo, al igual que el Rey; éste le satisfaría por escrito y revocando el pseudoconcilio de Worms. Los Príncipes exigieron, además, que Enrique fuese despojado de cualquier derecho sobre el Imperio si en el plazo de un año no se le levantaba la excomunión; el Rey, humillado, tuvo que acceder.

Ahora veía su causa perdida; por eso, hizo cuanto pudo para alcanzar el perdón antes de la dieta de Augsburgo. Se descartó la propuesta de ir a Roma, y el Papa tomó el camino de Alemania. El 8 de enero estaba en Mantua, cuando supo que el Rey, puesto en camino, se hallaba en Lombardía. Muy perplejo, el Pontífice aceptó el ofrecimiento de la Condesa Matilde para retirarse a su alcázar de Canosa en espera de acontecimientos. Dicha fortaleza se alzaba en lo alto de una de las estribaciones de los Apeninos sobre la llanura del Po. Pronto vio llegar a un grupo de Obispos y seglares alemanes que venían a implorar del Papa la absolución excomulgatoria. Tras algunos días de penitencia se les concedió, mas luego supo el Papa que este grupo

precedía al Rey en persona, acompañado de la Condesa Matilde y del Abad Hugo de Cluny.

En la mañana del 25 de enero de 1077 llamó el Rey a la puerta de la fortaleza. Estaba descalzo sobre la nieve, con el hábito de lana de los penitentes. Durante tres días solicitó el perdón con lágrimas; la tarde del tercer día Gregorio se ablandó y prometió que le admitiría a la mañana siguiente a recibir la comunión, pero con dos condiciones: que Enrique comparecería ante la Dieta para responder de las acusaciones lanzadas contra él; que no tomaría ninguna participación en el Gobierno hasta el momento en que se entendiese en su causa.

Enrique tardó poco en romper sus promesas. No acudió a Augsburgo, no se celebró la Dieta y se dejó arrastrar por sus partidarios alemanes e italianos. Los Príncipes adversarios suyos se reunieron entonces en Forchheim, cerca de Bamberg, y eligieron como Rey a Rodolfo de Suabia, el 15 de marzo de 1077. Estalló la guerra, a pesar de un intento de mediación del Papa, que terminó excomulgando a Enrique por segunda vez el 7 de marzo del año 1080. Éste reunió un pseudoconcilio en Brixen —la Bressanone italiana de hoy—, que eligió en 1080 un antipapa: Guiberto de Ravena (Clemente III). El mismo año moría Rodolfo en la batalla de Elster (15 de octubre de 1080).

Aunque el Papa no hubiese tomado parte en el conflicto que enfrentaba a ambos rivales, Enrique se puso en camino hacia Italia para combatir a Gregorio VII. Entonces éste firmó una alianza con los normandos de la Baja Italia. En el mes de marzo de 1081 penetró Enrique en Italia y se coronó Rey de los lombardos en Milán, disponiéndose a marchar sobre Roma. Se apoderó de ella en el mes de junio, excepto del castillo de Santángelo, donde se había refugiado Gregorio VII. Guiberto fue entronizado antipapa con el nombre de Clemente III, quien coronó Emperador a Enrique, mientras un conciliábulo depuso a Gregorio VII.

Una segunda expedición alemana a Italia proporcionó nuevos éxitos al Rey en Roma, cuando los normandos le obligaron a retirarse, los cuales hicieron pagar cruelmente a la población romana su traición a Gregorio. Entonces el Papa lanzó un emocionante llamamiento a la Cristiandad.

Incluso en la desgracia, Gregorio VII no olvidaba sus deberes para con la Iglesia universal. Restableció las relaciones con los reinos de Escandinavia, intervino en Polonia, Rusia, Hungría, Bohemia, España, Armenia, África del Norte y Bizancio. En ese momento los turcos amenazaban los Santos Lugares. Gregorio pensó inmediatamente en organizar una Cruzada contra los infieles, y el Emperador de Constantinopla le hizo propuestas para reunir de nuevo Oriente con la Santa Sede. La lucha de las investiduras, el cambio de opinión de Bizancio, la inconstancia de los normandos le impidieron llevar a cabo tal proyecto, que continuaría, veinte años más tarde, uno de sus sucesores.

Mal defendido por los normandos, acosado por las tropas alemanas, Gregorio se decidió a seguir a Guiscard a Italia meridional. El Duque normando había concebido la quimera de apoderarse de Bizancio y salvar después a la

Iglesia. Murió en 1085 en el curso de una expedición y su ejército, desorganizado, regresó a Italia.

El 25 de mayo del mismo año, Gregorio VII fallecía en Salerno. Al acercarse su fin, pronunció estas palabras a guisa de testamento trágico de su vida heroica: «Amé la justicia y aborrecí la iniquidad, por eso muero en el destierro.» Expiró, tras haber dado la absolución a todos los que había excomulgado, excepto a Enrique IV y al antipapa.

Acaba de desaparecer un hombre extraordinario. Como sucede con la mayoría de las grandes figuras de la Historia, su actuación ha sido objeto de las críticas más encontradas. Para unos fue un teócrata intransigente; para otros —por ejemplo, Quinet—, un «precursor de la Revolución francesa», que se apoyó en los pueblos para pulverizar el despotismo de los Reyes. Ante todo fue un Jefe que poseyó en el más alto grado el sentido de su responsabilidad ante Dios y ante la Cristiandad. Si cotejamos sus actos con sus rígidos principios, hay que convenir que fueron moderados, puesto que estaba dotado de un sentido político muy agudo. Hoy podemos juzgar la política de Gregorio VII con entera libertad. Uno de sus sucesores en la Sede Apostólica, León XIII, también gran Papa, declaró en su encíclica *Inmortale Dei* —1 de noviembre de 1885— que el Poder temporal y el espiritual son soberanos en su esfera y circunscritos a límites perfectamente definidos.

Gregorio fue canonizado por Paulo V en 1606, pero al principio sólo le veneraron contados fieles. Su fiesta, fijada en el 25 de mayo, no fue introducida sino en el Pontificado de Benedicto XIII (1724-1730). La inserción en el Breviario del segundo nocturno con la breve biografía del Pontífice agitó profundamente la opinión pública, e incluso las cátedras; se creyó que esta parte del Oficio se proponía reavivar las pretensiones del Papado manifestadas en la Edad Media. Se leían estas palabras: *acerrimus Ecclesiae defensor*, intrépido campeón de la Iglesia. Era lo suficiente para remover a los partidarios del «despotismo ilustrado». Mas si encajamos —como conviene— al hombre en su época, aprobaremos el juicio que hace el historiador protestante alemán Voigt: «Para apartar a los ministros de la Iglesia de la supremacía temporal, había que poner a la Iglesia por encima del Estado.»

CAPÍTULO XV

LA LUCHA DE LAS INVESTIDURAS DESDE LA MUERTE DE GREGORIO VII AL CONCORDATO DE WORMS: 1085-1122

PAPAS Y ANTIPAPAS

«Cuando los conservadores no tienen talento —escribe un gran medievalista— se imaginan que basta con restaurar el pasado sin tener en cuenta el presente. Deponer a un Papa por algunos Obispos alemanes, después de un Nicolás II y un Alejandro II, demostraba una completa ignorancia del espíritu de la época. Nada podía favorecer más la causa de Gregorio que esa pretensión del Rey alemán a disponer como dueño absoluto del Jefe de la Catolicidad» (1). El reinado de Gregorio lo había demostrado, los acontecimientos posteriores lo confirmarían. Si la organización de la Cristiandad concebida por Gregorio VII se la hubiese inspirado una apetencia de dominación personal, habría debido desaparecer después de su muerte. Pues bien, no ocurrió nada de eso. No sólo los Papas, sus sucesores, siguieron el mismo camino, sino que también lograron una aprobación cada vez mayor: se pusieron de su parte todos los idealistas en Occidente, grandes monjes místicos o caballeros de la Cruzada.

Clemente III ocupó el palacio de Letrán. Pero ¿qué importaba al mundo este intruso a quien solamente reconocían, por obediencia a Enrique IV, algunos Obispos alemanes? Para la Iglesia y para la Cristiandad, Roma estaba donde se hallaba el verdadero Papa, elegido por los Cardenales, sucesor de Gregorio. Éste había designado como más dignos para la Sede Apostólica a Didier, Abad de Montecasino, al Cardenal Odón de Ostia, Hugo, Arzobispo

(1) H. Pirenne, *Histoire de l'Europe des Invasions au XVI*e *siècle*, París y Bruselas, 1936, pág. 134.

de Lyón, y a Anselmo de Luca. Pese a las intrigas de Enrique IV, las simpatías del clero y del pueblo se inclinaron por Didier. Tuvo mucha dificultad en decidirse a aceptar el Pontificado y se volvió a su abadía; le suplicaron que retornara, y el 23 de mayo de 1086, día de Pentecostés, era elegido, con el nombre de *Víctor III*, siendo consagrado un año después, el 9 de mayo de 1087. Se había retrasado la consagración por oponerse los normandos y el antipapa; el ejército de la Condesa Matilde echó de Roma al intruso. Víctor, del noble linaje de los Duques de Benevento, siguió las huellas de su predecesor. Reiteró la excomunión contra Enrique IV. Derrotado por su rival Hermann de Luxemburgo, los Príncipes conminaron a Enrique a que fuese absuelto de la excomunión; éste respondió con amenazas. Víctor organizó una expedición contra los sarracenos al África del Norte, y sus tropas alcanzaron una brillante victoria. Cuando la noticia llegó a Italia, el Papa había muerto el 16 de septiembre de 1087; la Iglesia le ha honrado con el título de *beato.*

Sucesor suyo fue el Cardenal Odón de Ostia, elegido el 12 de marzo de 1088; recibió el nombre de *Urbano II* (1088-1099). Este gran Pontífice, francés de la Champaña, poseía sobre el gobierno de la Iglesia ideas idénticas a las de Gregorio VII. «Resuelto a caminar por las huellas de mi bienaventurado padre, el Papa Gregorio, rechazo todo lo que él rechazó, condeno todo lo que él condenó, amo todo lo que amó y me uno en todo a sus pensamientos y acciones.» Los siguió con energía y prudencia.

Su nombre está asociado a la Primera Cruzada, cuyo promotor fue (1). La idea general de su Pontificado fue la defensa de Europa y la instauración de la unidad cristiana efectuada en gran parte gracias a la Cruzada. A la Europa desmembrada por el feudalismo la Cruzada infundirá un pensamiento común. Había que afianzar antes la obra iniciada por Gregorio VII: aminorar la amenaza del antipapa, resolver el problema de las investiduras y ser rigurosos con la simonía y la mala vida. Desde 1089, en un carta a Gebhard, Obispo de Constanza, uno de los pocos prelados alemanes fieles a la Santa Sede, Urbano estableció la legislación eclesiástica relativa a la excomunión. Al mismo tiempo favoreció en Alemania los primeros pasos de las Órdenes Terceras religiosas que se organizarían, definitivamente, en el siglo XIII.

El antipapa, con todo, excomulgó a Urbano, y Enrique IV intervino por tercera vez en Italia en 1090. Una vez más la Condesa Matilde decidió su suerte; vencido en 1092, Enrique abandonó Italia en 1097; ya no la vería más. Su hijo Conrado, a quien mandó coronar Rey de los romanos, así como la Emperatriz Práxedes, se declararon contra él. El Papa volvió a Roma en Navidad de 1093 y, tras una nueva lucha contra Guiberto —Clemente III—, tomó de nuevo posesión de su palacio de Letrán.

Desde ese momento Urbano II pudo dedicarse más activamente a la reforma de la Iglesia. Dirigiéndose hacia su madre patria, se propuso apartar al Rey Felipe I de sus prácticas simoniacas y traerle al buen camino. Felipe

(1) Las *Cruzadas* merecerán un capítulo aparte.

había repudiado a su mujer Berta para vivir con Bertrada de Anjou. Ante su resistencia, Urbano II le excomulgó; sólo en 1104 el Rey y su esposa adúltera se sometieron a las Leyes de la Iglesia en presencia de un legado del Papa Pascual II, sucesor de Urbano. En Inglaterra el Papa tuvo que ser riguroso con Guillermo II el Pelirrojo, cuyas exacciones sobre los bienes de la Iglesia eran incontables. San Anselmo fue consagrado, por mediación del Papa, Arzobispo de Canterbury, y su valerosa actitud frente al Rey preservó a Inglaterra de un cisma. Su mansedumbre y grandeza de alma en el Concilio de Bari (1098) evitaron al Soberano la pena de la excomunión.

El Papado se propuso también reconquistar España a los musulmanes. Se conquistó Toledo en 1085 por el Rey de Castilla y León, Alfonso VI. La Iglesia española fue reorganizada y el Arzobispo de Toledo proclamado Primado de España. En esta lucha épica de la Reconquista (1) aparece la figura legendaria del *Cid,* Rodrigo Díaz de Vivar (2). También se conquistó Sicilia, y el rito latino reemplazó al rito griego entre las poblaciones helénicas de la gran isla. El Papa otorgó al Conde normando Rogerio y a sus sucesores privilegios extraordinarios, para premiarlos por los servicios prestados a la causa de la Iglesia: ningún legado pontificio sería instituido en Sicilia contra la voluntad e intenciones del Conde, vasallo de la Santa Sede. Las expediciones a España y a Sicilia fueron como los preliminares de la Gran Cruzada.

Esta extraordinaria actividad no impidió a Urbano estimular y seguir con la más atenta benevolencia el movimiento intelectual, tan brillante bajo su Pontificado. Nació y se organizó con San Anselmo la teología escolástica, y el Derecho canónico con Ivo de Chartres. Sabido es que se llama *Escolástica* al movimiento intelectual que en la Edad Media procuró la armonía de la doctrina de la fe con las ideas de la filosofía clásica, especialmente aristotélica. Tuvo precursores —como vimos— desde hacía varios siglos, pero en el siglo XI es cuando se comienza a elaborar la síntesis incomparable que realizarían en el XIII San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino.

La extinción del cisma de Guiberto —Clemente III— y la fundación de dos abadías, destinadas a representar un eminente papel en la vida religiosa del medievo, fueron las últimas alegrías espirituales del gran Papa. Fueron la abadía de Fontevrault, fundada en 1096 por el bienaventurado Roberto de Arbrissel y, sobre todo, la del Císter, establecida en 1098 por San Roberto de Molesmes. La *Orden cisterciense,* cuyo segundo fundador, un siglo después, puede considerarse a San Bernardo, quería observar la regla benedictina en todo su rigor primitivo. Las Cruzadas asegurarían al Occidente las posiciones que la preservarían contra el Islam y las condiciones necesarias al desarrollo de la civilización cristiana. Los cistercienses, caballeros de la fe, se contarían entre los mejores artífices de esta renovación espiritual por la que por otros

---

(1) En español, en el texto. *(N. del T.)*

(2) La figura del Cid no es legendaria, sino rigurosamente histórica, como ha probado magistralmente el insigne don Ramón Menéndez Pidal. *(N. de los E.)*

caminos trabajaba el Papado con todas sus fuerzas. Urbano II apenas vio los comienzos de este gran movimiento de pensamiento y de fe; falleció el 29 de julio de 1099, catorce días después de entrar los cruzados en Jerusalén.

Tres Pontífices se sucederían durante el cuarto de siglo siguiente, testigo del fin de la lucha de las investiduras: Pascual II, Gelasio II y Calixto II, a quienes no se escatimaron las tribulaciones.

El Cardenal Raniero, elegido el 13 de agosto de 1099, tomó el nombre de *Pascual II* (1099-1118). Era un monje toscano que Urbano II había recomendado a la elección de los Cardenales. Siguió los puros principios de sus dos grandes predecesores, pero no tuvo su firmeza de carácter. Al poco tiempo murió el antipapa (1100) y sus partidarios le eligieron sucesor en la persona de Teodorico, a quien pronto hicieron prisionero los partidarios de Pascual; otro intruso, Alberto, hizo una breve aparición en febrero-marzo de 1102. Entretanto en Alemania continuaron las agitaciones. Enrique IV, tras haber depuesto a su hijo mayor, Conrado, hizo elegir como Rey al segundo, Enrique V, y reiteró su actitud hostil hacia el Papa. Intimidado por el sínodo de Letrán —primavera de 1102—, en el que los Obispos prometieron obediencia absoluta a la Santa Sede, Enrique IV mostró veleidosos deseos de reconciliación. El Papa no se engañó, y apartó de la causa imperial a muchos señores eclesiásticos y seglares.

Enrique V, a su vez, se rebeló contra su padre, haciendo ostentación de los mejores sentimientos para con el Padre Santo. Pascual II le absolvió de una excomunión en la que antes incurriera, pero no tardó mucho en percatarse de que el hijo sólo se había apoderado pérfidamente de su padre para incautarse del Poder, de ningún modo para servir a la causa de la Iglesia. Mientras una Dieta reunida en Maguncia destituía a Enrique IV (1105), los imperiales elegían en Roma un nuevo antipapa, Maginulfo, quien tomó el nombre de Silvestre IV. Pascual II había logrado apoderarse del intruso, al morir en Lieja Enrique IV, en vísperas de una batalla contra su hijo (1106).

Muy pronto Enrique V, quitándose la careta, adoptó una actitud antirromana. Por más que Pascual II concediese el perdón general a los clérigos del Imperio excomulgados, el Rey envió al Papa, en viaje a Francia, una embajada con la misión de exigir los derechos de regalía de los Obispos y Abades como inseparables de la investidura. Ante la negativa del Papa, los alemanes respondieron con amenazas. Enrique las puso por obra encaminándose a Roma con un poderoso ejército; el Papa cedió y renunció a los *regalia.* El tratado de Sutri, el 12 de febrero, se firmó sobre las siguientes bases: el Rey renunciaba a las investiduras, prometía respetar la inmunidad del Papa y de los legados, así como del patrimonio de San Pedro, y levantaba acta de la renuncia papal.

Una nueva perfidia del Rey reveló su pretensión. Ahora hacía depender la validez de la aprobación del edicto pontificio de que los Obispos alemanes le ejecutasen. Habiéndole preguntado el Papa si deseaba o no atenerse al tratado,

Enrique V le mandó arrestar, encerrándole en la fortaleza de Trabico, en Sabina. Aterrorizado el Papa renunció a sus derechos de investidura y coronó Emperador a Enrique V en abril de 1111, mientras el antipapa renunciaba a la dignidad pontificia. Pero por todas partes surgieron severas censuras contra la conducta del Papa y la del Emperador. El Concilio de Letrán (1112) reprobó unánimemente las concesiones arrancadas al Pontífice —*pravilegio* y no *privilegio,* decían—, el cual terminó retirándolas. Ante una nueva expedición alemana a Italia, el Papa huyó a Benevento y sólo volvió a Roma tras la salida de Enrique, que se vio obligado a retirarse. Murió el 21 de enero de 1118.

El Emperador hizo proclamar Pontífice a su amigo Burdin de Braga, el antipapa Gregorio VIII, mientras los Cardenales fieles elegían Papa a Juan de Gaeta, antiguo monje de Montecasino, que tomó el nombre de *Gelasio II.* Excomulgó a Enrique V y al Pontífice intruso, pero sólo pasó por el trono apostólico del 24 de enero de 1118 al 29 de enero de 1119.

Con el nombre de *Calixto II,* sucesor suyo (1119-1124), van unidos dos grandes acontecimientos: el Concordato de Worms, que selló la obra de paz, y el Primer Concilio de Letrán, que consagró la obra de la reforma. Se llamó Vito de Borgoña y fue elegido el 2 de febrero de 1119. A su regreso de Italia, Enrique V había encontrado Alemania en plena guerra. Su partido estaba a punto de ser derrotado, cuando el Emperador consiguió un armisticio con promesa de reunir una Dieta en Tribur. Se iniciaron preliminares de paz, luego continuados en el gran Concilio de Reims, en octubre de 1119, al que el Papa acudió a tratar con el Emperador. Hubieran tenido resultado sin la mala voluntad del Soberano. El concilio, compuesto de 430 prelados, pronunció contra él un solemne anatema. El Papa regresó a Roma, donde se le acogió entusiásticamente; el antipapa huyó y se le internó en la abadía de la Cava.

CONCORDATO DE WORMS: 1122

El Emperador comprendió que ya había pasado el tiempo de los equívocos; gran parte del clero y del pueblo se enfrentaban abiertamente contra él; los Príncipes —septiembre de 1121— habían decidido que el Emperador prometiese obediencia al Papa. Calixto II le facilitó la sumisión mediante una carta llena de benevolencia, y le propuso discutir las condiciones de un acuerdo en una Dieta en la que tomarían parte los Obispos y Príncipes del Imperio. Ésta se reunió en *Worms* y terminó en el *concordato* del 23 de septiembre de 1122. El Emperador renunciaba a la investidura mediante el báculo y el anillo, y prometía dejar a la Iglesia elegir libremente Obispos y Abades; el Papa reconocía al Emperador el derecho de presidir tales elecciones y de otorgar a continuación una investidura mediante el cetro.

Este acuerdo, primero de los concordatos que la Iglesia firmó con un Poder laico, ponía punto final a una lucha de casi cincuenta años. Era una solución

razonable que podía dar satisfacción al Papa y al Emperador. Habría traído la paz, si tras la cuestión de las investiduras no hubiese persistido la del *dominium mundi* o dominación universal. El Emperador no renunció a disputar al Papa la dirección del mundo que Urbano II había asumido de hecho cuando la Primera Cruzada. En Alemania la paz aprovecharía especialmente al feudalismo. La Iglesia imperial se derrumbaba; en las elecciones episcopales los Príncipes dejarían sentir todo su peso. Las consecuencias políticas aparecerán durante la última fase del conflicto entre el Papa, defensor de las naciones, y el Imperio, que dejará de existir como potencia universal.

A la conclusión del concordato de Worms siguió inmediatamente un gran concilio: el *Primer Concilio de Letrán* (noveno ecuménico) fue convocado el 8 de marzo de 1123 por Calixto II. Era el primer concilio ecuménico que se celebraba en Occidente. «No se promulgó ningún nuevo dogma ni ninguna ley disciplinar, pero se confirman, precisan y sancionan todos los avances realizados por la Iglesia en el transcurso de los últimos siglos. Se lee y rectifica el Concordato de Worms y se publican veintidós cánones. Se condena otra vez la simonía, el concubinato de los clérigos, el intrusismo de los seglares en los asuntos eclesiásticos, los matrimonios ilegítimos, las violaciones de la Tregua de Dios, la falsificación de moneda, la violación del juramento de tomar las armas contra los infieles y los atentados contra los peregrinos. También se regulan las relaciones de los monjes con los Obispos y varios asuntos particulares» (1).

Calixto II y Enrique V no sobrevivieron mucho tiempo a la paz y al concilio; el primero murió el 13 de diciembre de 1124; el segundo, último Emperador de la dinastía de Franconia, el 23 de mayo de 1125.

PAZ Y TREGUA DE DIOS

Así, la Iglesia buscaba en todo la paz. Podemos hallar la prueba tanto en el Concilio de Letrán, en las tendencias de la piedad de los fieles, en los progresos de la devoción eucarística, en la mitigación de la penitencia como en la legislación canónica de los Papas y en todas las medidas encaminadas a suavizar las costumbres. Así es como Pascual II había reprobado la práctica del *Juicio de Dios* u *ordalía.* Se denominaba de este modo un extraño y cruel procedimiento que se remontaba a los bárbaros, destinado a terminar con las querellas particulares o con los procesos. Uno pretendía demostrar su inocencia o su derecho pasando a través del fuego, andando sobre carbones encendidos o arrojándose atado de pies y manos a una cuba de agua caliente o de agua helada. En la época carolingia los siervos no podían probar su inocencia sino sometiéndose a estas pruebas; también se las imponían a los brujos y he-

(1) Mourret, *Histoire de l'Église,* t. IV, pág. 333.

chiceras. El *Duelo judicial*, cuyo origen era el mismo espíritu supersticioso, lo reprobaron igualmente los Papas desde la época de Nicolás I apoyándose en el precepto: «No tentarás al Señor, tu Dios.»

La Iglesia intervino especialmente en la sociedad feudal para restablecer el respeto al derecho e imponer la paz. Las primeras medidas eficaces fueron una consecuencia de la influencia moral de Cluny sobre la nobleza vecina, y siempre será un honor para la Iglesia de Francia haber sido su iniciadora. En repetidas ocasiones, durante el siglo x, muy especialmente en la provincia de Reims, los Obispos se habían preocupado por proteger a las iglesias y monasterios contra los ataques de los señores, amenazando a los culpables con la excomunión. Pronto se extendió el beneficio de la protección eclesiástica a los simples fieles; fue el resultado de una deliberación presidida por el Arzobispo de Burdeos, en el 989, en el monasterio de Charroux, al sur de Poitiers. El Rey de Francia, Roberto el Piadoso, alentó este movimiento, que se desarrolló en el siglo xi. El Concilio de Burdeos (1038) creó una milicia diocesana destinada a tener a raya al feudalismo.

La *Paz de Dios* prohibía extender la guerra a la población sin defensa; la *Tregua de Dios (treuga Dei)* limitó el número de días en que se permitiría la guerra. La institución se remonta al Concilio de Elne, en el Rosellón (1027). Partiendo de la idea de asegurar el descanso dominical, los Obispos miembros de la asamblea decidieron que desde las nueve del sábado hasta la primera hora del lunes estaría prohibido atacar al enemigo. En 1041 se aumentó mucho el número de días. El Abad de Cluny, Arzobispo de Arles, los Obispos de Aviñón y Niza preconizaron ante los Obispos de Italia un cese de hostilidades de cuatro días por semana, desde el miércoles por la noche al lunes por la mañana. El mismo año los Obispos de Borgoña, reunidos en concilio en Montriond, cerca de Lausana, prohibieron todo combate, no sólo esos cuatro días, sino desde el Adviento hasta la Epifanía y desde el domingo de Septuagésima hasta el primer domingo después de la Pascua, es decir, quince semanas. El año siguiente el Duque de Normandía añadió tres semanas, desde las Rogativas a la octava de Pentecostés. En 1054, el Concilio de Narbona amplió más la lista, añadiendo las fiestas de la Virgen y de varios Santos.

La Santa Sede no tardó en hacer suyas tales iniciativas. Benedicto VIII murió demasiado pronto para velar por el restablecimiento de la paz general, pero Juan XIX (1030) confirmó el pacto de paz celebrado entre las ciudades de Corbie y de Amiens. León IX consagró la Tregua de Dios declarando que los días de la dedicación de las Iglesias y las vigilias de esas fiestas serían días de tregua. Nicolás II, en 1059, ordenó que la *paz* y la *tregua* de Dios se observasen fielmente; los violadores serían excomulgados. Un legado del Papa Alejandro II presidió en 1068 el Concilio de Gerona, que estableció la Tregua de Dios en España. El célebre Concilio de Clermont (1096), en el que el Papa Urbano II predicó la Cruzada, extendió tales instituciones a toda la Iglesia y precisó las disposiciones.

Por último hay que achacar a las preocupaciones civilizadoras de la Iglesia la transformación de la *caballería.* Al hacer de esta institución, totalmente militar en su origen, e imbuida de la brutalidad de la época, una milicia santa al servicio del derecho de los débiles, iniciaba la educación de los hombres de armas y con ello imprimía su impronta a la sociedad medieval.

Tras la muerte de Calixto II y de Enrique V, los Papas de los siglos XII y XIII, después de nuevas luchas, se juzgarán capaces de organizar la Cristiandad.

CAPÍTULO XVI

EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO HASTA EL ADVENIMIENTO DE INOCENCIO III: 1198

NUEVA FASE

La fase de la historia de la Iglesia que se inicia al otro día del Concordato de Worms y termina con el advenimiento de Bonifacio VIII (1294), se caracteriza por la decadencia progresiva del Imperio germánico, el triunfo de la civilización cristiana y el desarrollo de la grandeza francesa. Si consideramos más detenidamente el siglo XIII, podemos fijar sus límites entre la batalla de Bouvines (1214), victoria francesa, y el conflicto entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso (1294-1303), caracterizándole con la doble hegemonía del Papado y de Francia. Ambos, ya separadamente, ya de consuno, dirigen la política y van a la cabeza de la civilización. El triunfo del Papado, fatal para Alemania, resultó favorable para Francia. El reino de Francia tiene a San Luis; el Papado a Inocencio III; la civilización cristiana alcanza su apogeo.

No es la preocupación por defender el Poder temporal contra los intrusismos de la Iglesia lo que desde Enrique IV a Federico II, durante dos siglos, enfrentó al Imperio con el Pontificado. Mirar la Historia a través de este prisma es cometer un error trasponiendo a la Edad Media ideas y problemas que sólo aparecieron en la Edad Moderna. En verdad no se trata en los siglos XII y XIII de un conflicto entre la Iglesia y el Estado. Los Emperadores alemanes aspiraban a obligar a los Papas y reconocerlos como jefes de la Iglesia universal. El cesaropapismo, ya apelase con los Otones y Enriques a la tradición carolingia o al Derecho romano con los Hohenstaufen, ponía en peligro la independencia temporal de los pueblos.

La causa del Papa era, pues, la de las naciones, y la libertad de la Iglesia era solidaria con la de los Estados europeos; la victoria de Felipe Augusto en Bouvines decidió una y otra. El Papado intentó entonces hacer de Europa

una sociedad de naciones, esencialmente cristiana, en la que la Santa Sede pretendía desempeñar el papel de árbitro supremo. Pero las transformaciones económicas o políticas que se operaron sin ella en el siglo XIII hicieron imposible la realización de tales proyectos. El considerable aumento del Poder de las monarquías francesa e inglesa fue la ocasión de la crisis que asestaría un golpe mortal a ese Poder arbitral, mal definido por otra parte, que el Papado pretendía ejercer sobre pueblos y Reyes por el hecho de pertenecer a la Iglesia. El conflicto entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso señalará el abatimiento del Papado y el triunfo de los Estados nacionales.

DE HONORIO II A FEDERICO BARBARROJA: 1124-1152

A la muerte de Calixto II y de Enrique V, la Tiara y la Corona fueron objeto de reñidas competencias. En Italia, como en Alemania, la lucha de las investiduras había favorecido al Poder feudal. En Roma dos grandes casas rivales —los Frangipani y los Pierleoni— pretendían imponer un Papa de su elección. Los Cardenales lograron, en un principio, descartar a ambos candidatos y elegir a uno de ellos, que tomó el nombre de Celestino II. Ante la oposición de los Frangipani, y para evitar nuevos desórdenes, dimitió de sus funciones al otro día de su elección, el 16 de diciembre de 1124. El Obispo de Ostia, Lamberto, fue designado entonces el mismo día bajo el nombre de *Honorio II*, y coronado el 21 de diciembre; reinó hasta el 13 de febrero de 1130.

Previendo las turbulencias que provocaría la elección del Soberano alemán trató, aunque inútilmente, de evitarlas. Los Príncipes alemanes mostraron su preferencia por Lotario III de Sajonia, descartando a los sobrinos de Enrique V: Federico y Conrado de Hohenstaufen. Honorio apoyó a Lotario, que respetó el Concordato de Worms. En Inglaterra el Papa tuvo la cordura de terminar con la disputa entre la Iglesia y la Corona a propósito del Arzobispo de York. En Francia arregló el conflicto entre Luis el Gordo y el Obispo de París sobre la reforma eclesiástica. La paz fue obra de San Bernardo, Abad de Claraval, consejero avisado de la Santa Sede, teólogo eminente, Apóstol de la Cruzada, que supo hacer valer ante el Rey los derechos de la Iglesia. En Sicilia, en cambio, Honorio tuvo que ceder en parte a las reivindicaciones del Conde Rogerio y contentarse con el reconocimiento de sus derechos sobre Benevento.

Honorio, presintiendo que se acercaba su fin y previendo un desquite de los Pierleoni, tomó medidas para asegurar la elección de su sucesor. Una comisión de ocho Cardenales, con plenos poderes de sus colegas del Sacro Colegio, procedería a la elección inmediatamente después de la muerte del Papa. Así se hizo el 14 de febrero de 1130, en que fue elegido el Cardenal Gregorio de Santo Ángel, que tomó el nombre de *Inocencio II* (1130-1143). Pero el mismo día los Pierleoni imponían al antipapa Anacleto II. Inocencio se refugió en

Francia, donde el Concilio de Étampes encomendó a San Bernardo que se declarase en favor de la legitimidad de la elección de Inocencio. Las Iglesias de Francia, Inglaterra, Alemania, Castilla y Aragón siguieron el consejo de San Bernardo, y Anacleto II contó sólo con el apoyo del Duque de Aquitania y del Conde de Sicilia. El 1 de mayo de 1133 las tropas alemanas escoltaron camino de Roma a Inocencio II, y el 4 de junio Lotario fue coronado Emperador. San Bernardo continuó con éxito sus esfuerzos por llevar al Duque de Aquitania al Pontífice legítimo.

Inocencio II, con todo, se había retirado a Pisa para evitar un conflicto con Anacleto. En 1135 San Bernardo le hizo comprender que había llegado el momento de reanudar la lucha. Confiado en el apoyo del Emperador, reunió un concilio en Pisa, que excomulgó al antipapa. El Conde Rogerio de Sicilia siguió fiel al cisma y, pese a la vuelta de Inocencio II a Roma en 1137, hizo elegir otro nuevo antipapa, Víctor IV, a la muerte de Anacleto (1138). Lotario había fallecido al regresar de su expedición romana (1137).

Los Príncipes alemanes dieron por sucesor a Conrado III de Hohenstaufen, que prefirieron a Enrique de Baviera, yerno del difunto (1138). De esta época datan las rivalidades que ensangrentaron mucho tiempo Alemania e Italia entre los Welf (o *güelfos*) de la Casa de Baviera, y los Waiblingen (o *gibelinos*). Waiblingen era un castillo de Suabia que pertenecía a los Hohenstaufen. Al convertirse esta dinastía en adversaria del Papado, *gibelino* significó los partidarios del Imperio y *güelfo* los del Papa. En esta elección Inocencio II era favorable a Conrado. El año siguiente (1139), el Segundo Concilio de Letrán (segundo ecuménico) condenó el cisma de Anacleto y confirmó los cánones precedentes referentes a la simonía, la mala vida, la Tregua de Dios, y excomulgó al Conde Rogerio de Sicilia como expoliador de los bienes de la Iglesia.

Durante los últimos años de su vida Inocencio II tuvo que luchar todavía contra aquél y contra un clérigo de elocuencia apasionada, *Arnaldo de Brescia*, que deseaba restituir a Roma sus instituciones republicanas. El movimiento de los municipios, favorecido por la libertad relativa que dejaban a los italianos las luchas de los Reyes contra los Papas y de éstos contra los Pontífices intrusos, fue muy fuerte en Lombardía y Sicilia. Las luchas de partidos —nobles contra burgueses, plebe *(popolo minuto)* contra ricos *(popolo grasso)*— ensangrentaron la península, mientras la rivalidad de las ciudades entre sí se prolongaba hasta la Edad Moderna. Arnaldo de Brescia, antiguo alumno de Abelardo en París, emprendió con apasionado ardor la lucha contra las riquezas e influencia política del clero; la Iglesia corrompida en la persona de sus monjes y clérigos propietarios ya no era a sus ojos la Iglesia de Cristo. Una insurrección desembarcó en 1143, en un enfrentamiento del Senado con el Papa, y fue el punto de partida de una lucha de cuarenta años. Arnaldo fue a Francia, tras su deposición por el concilio, y apoyó a Abelardo en su controversia teológica contra San Bernardo. De vuelta a Roma se lanzó a la refriega y fue ejecutado en 1155 por Federico Barbarroja.

Inocencio II sólo presenció el comienzo de esas luchas; falleció el 24 de septiembre de 1143.

Celestino II, que le sucedió, no reinó más que del 26 de septiembre de 1143 al 8 de marzo de 1144. *Lucio II,* que vino después, no hizo más que pasar; elegido el 12 de marzo de 1144, desapareció el 15 de febrero de 1145. Apeló en vano al Rey alemán Conrado III contra los romanos en rebeldía, y fue herido mortalmente cuando conducía sus tropas al asalto del Capitolio.

El mismo día de su muerte se procedió precipitadamente y en secreto a la elección de su sucesor, *Eugenio III* (1145-1153), discípulo de San Bernardo. Supo al punto que el Senado le depondría si no aprobaba la nueva constitución municipal; se refugió, pues, en el monasterio de Farfa, en Sabina, luego en Viterbo, y sólo el 23 de diciembre regresó a su capital.

El Papa reanudó la obra de la Cruzada y encargó a San Bernardo predicarla. La asamblea de Vézelay, en 1146, fue un triunfo para el gran doctor de la Iglesia que «Alemania y Francia veneraban como a un Apóstol y Profeta» —escribe el cronista alemán Otón de Freising—. La Cruzada fracasó y el Santo cisterciense vio en ello la manifestación de la justicia divina que castigaba la indignidad de los cruzados.

San Bernardo también fue el campeón del Papado en la lucha contra las herejías de Abelardo y de los otros clérigos. Este célebre maestro de París, cuyo nombre fue durante mucho tiempo inseparable de la docta y bella Eloísa, murió arrepentido en 1142. San Bernardo, nacido cerca de Dijón, luz y guía de varios Pontífices, había fundado la abadía de Claraval en 1115 y fue como el segundo fundador de la Orden del Císter. Ya en vida tenía fama de Santo y taumaturgo, lo cual le procuró una extraordinaria influencia. Es la más extraordinaria figura de su siglo y realizó el prodigio de ser un auténtico monje en el mundo sin ser del mundo; el espíritu de caridad y el espíritu contemplativo se armonizaban en él del modo más perfecto. Esta energía y humildad que hacían de él el servidor de todos, como si hubiese nacido para todo el universo, las sacaba de su amor a la Virgen. Dante lo demostró al pintárnosle en el Cielo cantando las alabanzas de su Señora: «Y la Reina del Cielo, por la que siento un amor ardiente, nos concederá todas las gracias, pues yo soy su fiel Bernardo.» Más que todos los demás Santos, difundió el culto a la Madre de Dios, dispensadora infatigable de su Hijo. Intrépido defensor de los derechos de la Iglesia y de su cabeza visible, San Bernardo murió agotado por el trabajo y la penitencia el 20 de agosto de 1153. Eugenio III le precedió semanas antes al sepulcro, el 8 de julio.

FEDERICO BARBARROJA

El año precedente, el 4 de mayo de 1152, los Príncipes del Imperio habían elegido a Federico I Barbarroja como sucesor de su tío Conrado III. Comenzaría una nueva lucha entre el Pontificado y el Imperio.

Extraña y sublime figura la de ese Soberano (1123-1190), que sobrevivirá en la leyenda. Su nombre va unido a una era de prosperidad y desarrollo magnífico de la civilización alemana. Restauró la unidad de gobierno, pero sus sueños exagerados de dominación universal se desvanecieron ante la resistencia del Papado y de los municipios italianos. Apuesto, inteligente y cultivado, de mucha dignidad, valiente en el combate, estropeaba sus mejores cualidades con su desmedida ambición e inflexible dureza. Desde los primeros tiempos de su reinado apareció inevitable el conflicto con la Santa Sede. Esta guerra estaba perdida de antemano para el Imperio. La sociedad europea reconocía la autoridad universal del Papa en la Iglesia, pero no podía atribuir el mismo alcance a la del Emperador sin subordinarle, en el orden temporal, todos los Estados occidentales.

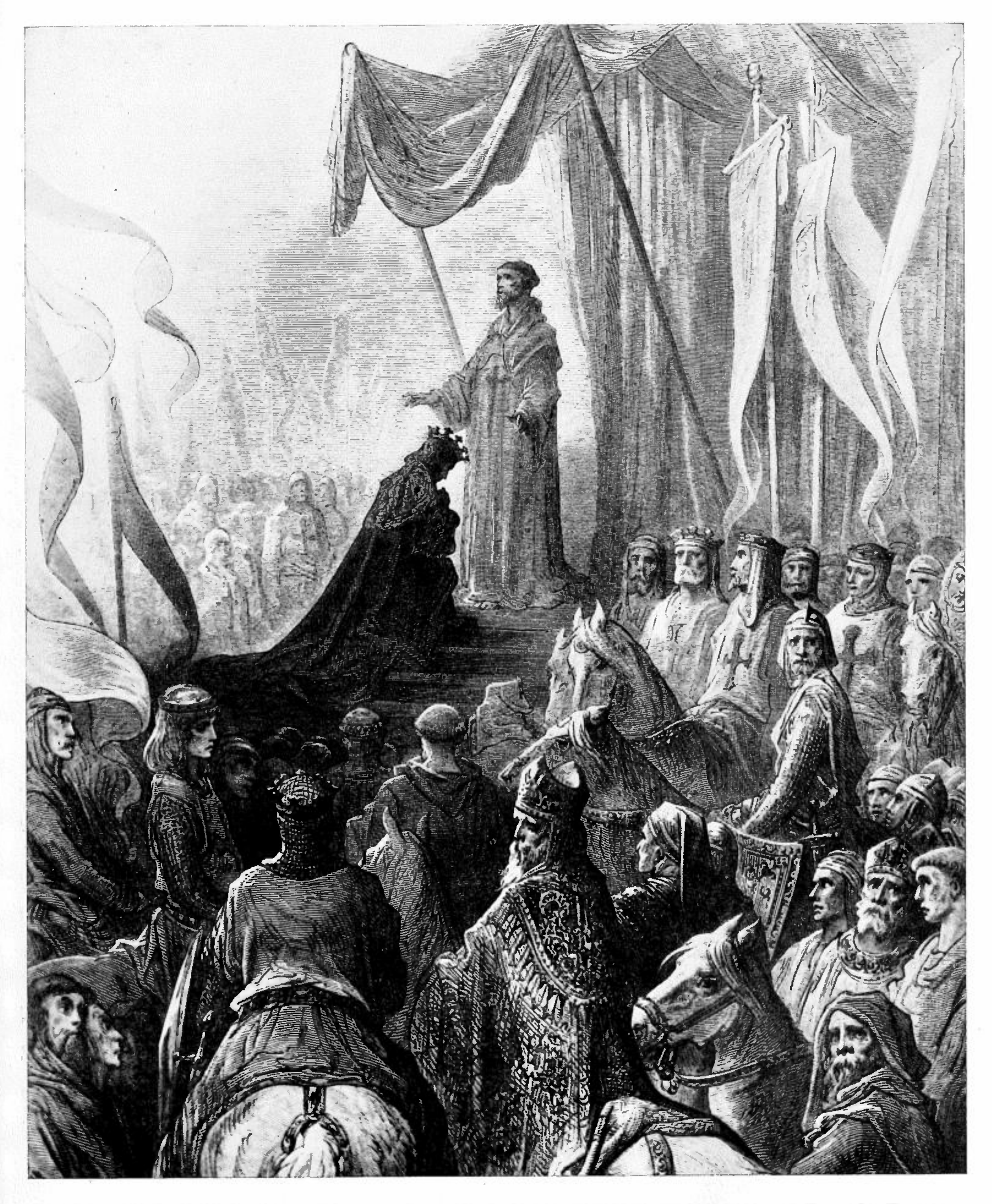
El primer deseo de Federico Barbarroja fue someter Italia a la dominación imperial. Contaba con la complacencia del nuevo Papa, Cardenal Conrado de Suburra, elegido con el nombre de *Anastasio IV* el 12 de julio de 1153, un anciano conocido por su misericordiosa bondad. La expedición imperial apenas se había puesto en marcha cuando se supo la muerte del Pontífice el 3 de diciembre de 1154.

Al día siguiente *Adriano IV* (1154-1159) fue elegido por unanimidad. Era un inglés —el único Papa de esta nacionalidad hasta hoy— de nombre Nicolás Breakspear *(rompelanzas)*, activo, de inteligencia despierta, generoso y cultivado. Pronto se dio cuenta de la gravedad de la situación: el ejército alemán se acercaba a Roma amotinada por Arnaldo de Brescia y le conminaba a renunciar a la soberanía temporal. Puso en entredicho a la ciudad, que se sometió. Las ciudades italianas se negaron a abrir sus puertas al Rey de Germania y éste las castigó cruelmente. En Sutri, Federico encontró al Papa y se negó a tenerle el estribo, «según una antiquísima costumbre»; luego cambió de idea y se sometió al ceremonial; Adriano le coronó Emperador en Roma el 18 de junio del 1555. A los senadores romanos que solicitaban su apoyo les respondió que era el dueño legítimo de Roma. Al rehusar recibir del pueblo romano el Poder de gobernar, se originó una lucha en que salió ganando: luego regresó a Alemania, mientras el Papa, errabundo de ciudad en ciudad, se establecía por fin en Benevento.

Mientras el Sumo Pontífice firmaba un tratado con Guillermo de Sicilia, que se reconoció vasallo de la Santa Sede, mediante reconocimiento de su título de Rey, Federico celebraba su boda con Beatriz de Borgoña. El Emperador, que había puesto la mira en Sicilia, se irritó con el acuerdo de Benevento. El Canciller imperial Reinaldo de Dassel, esclavo de su amo, tradujo malintencionadamente una carta de Adriano IV, haciéndole decir que el Emperador había recibido del Papa la dignidad imperial y que sólo podía poseer Roma e Italia como feudos. La palabra *beneficium* empleada en la misiva, efectivamente, podía significar *feudo* o *beneficio;* este último sentido mal interpretado era el verdadero, como el Pontífice explicó al Emperador.



Visita de Alejandro III (1159-1181) a Venecia (1177). Fresco de Giuseppe Salviati (1520-1575).
Sala Regia. Vaticano



El promotor de la segunda Cruzada fue Bernardo de Claraval (1090-1153). El Rey de Francia Luis VII el Piadoso (1120-1180) recibió solemnemente de manos de San Bernardo la cruz de los cruzados de Tierra Santa

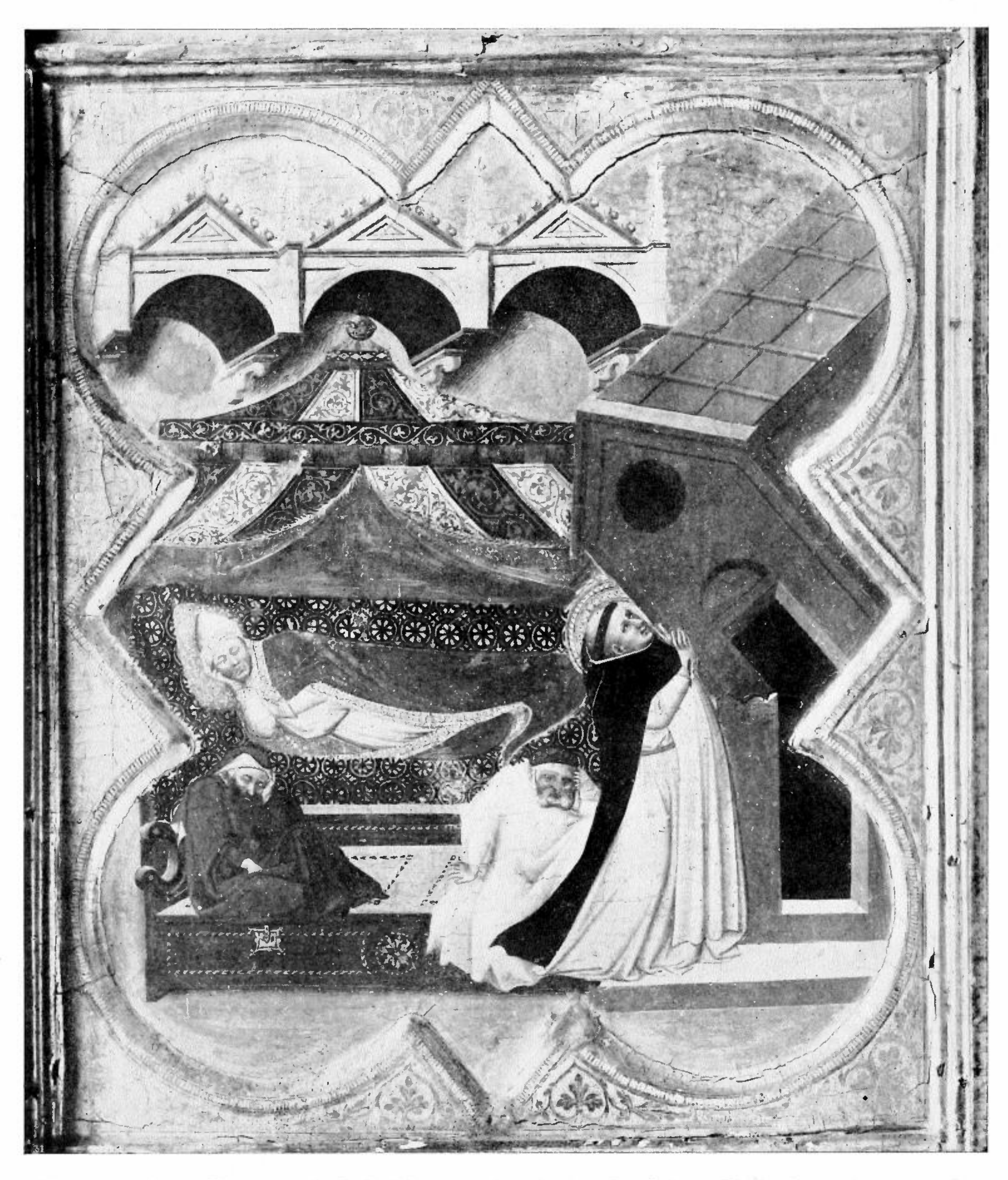
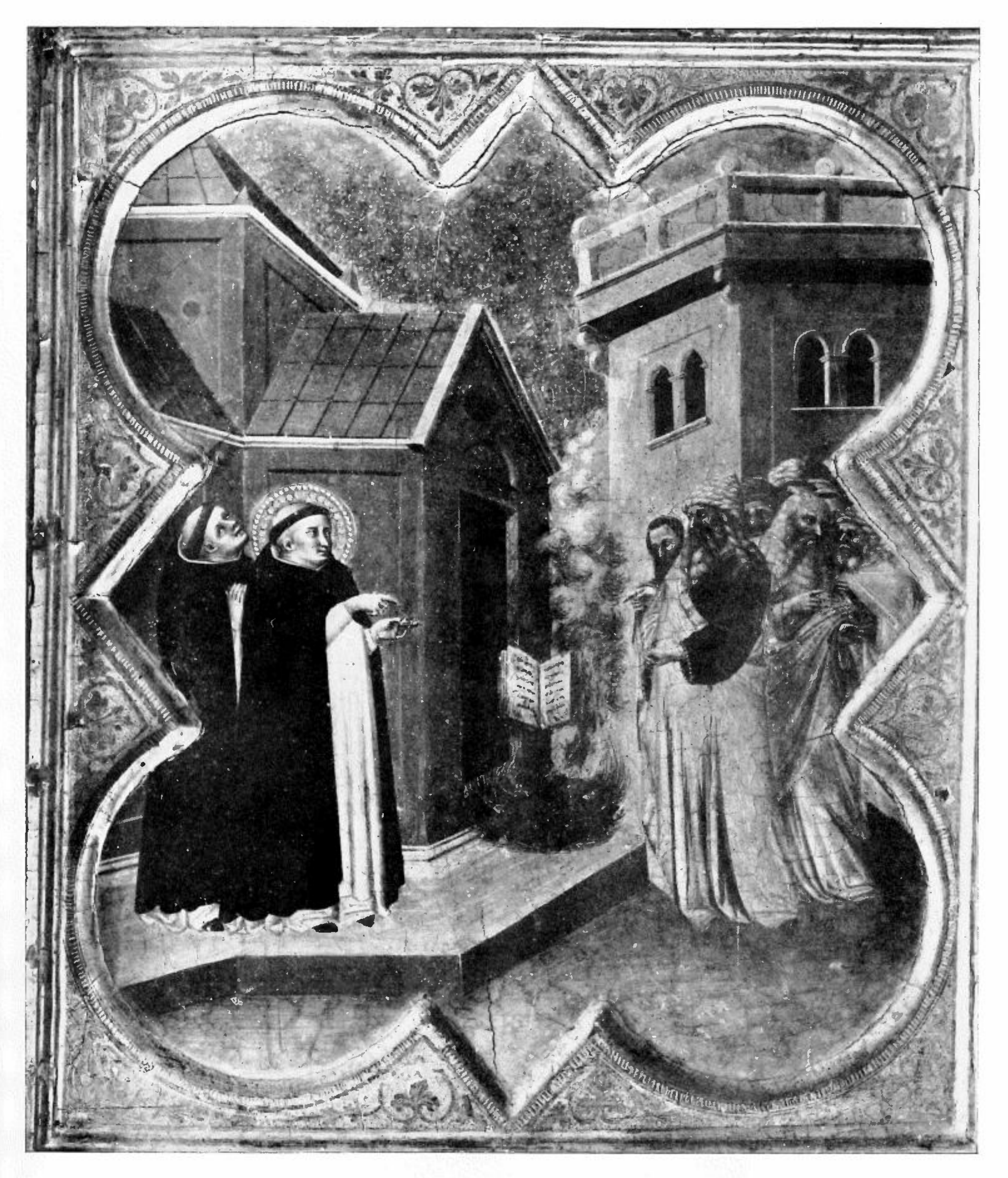


Figura de Santo Domingo (1170-1221), fundador de los dominicos. El Santo sostiene la Iglesia. Alusión a la misión de los albigenses contra los cuales el Papa Inocencio III (representado de modo simbólico dormido) era impotente. Fresco de Francisco Traini, siglo XIV. Iglesia de Santa Catalina. Pisa



Imágenes de la vida de Santo Domingo, fundador de los dominicos: Domingo refuta punto por punto —cuenta por los dedos— las tesis de los albigenses en una disputa pública. Fresco de Francisco Traini, siglo XIV. Iglesia de Santa Catalina. Pisa



El Papa Alejandro III (1159-1181). El Emperador Federico Barbarroja (1152-1190) le enfrentó tres antipapas. Sólo en 1177, luego de trece años de ausencia, Alejandro III pudo volver a Roma. A la izquierda del caballo del Papa, el Emperador Federico Barbarroja. A su derecha, el dogo de Venecia, Ziani, que sirvió de intermediario. Fresco de Spinello Aretino, siglos XV y XVI. Palacio de las Señorías. Sena



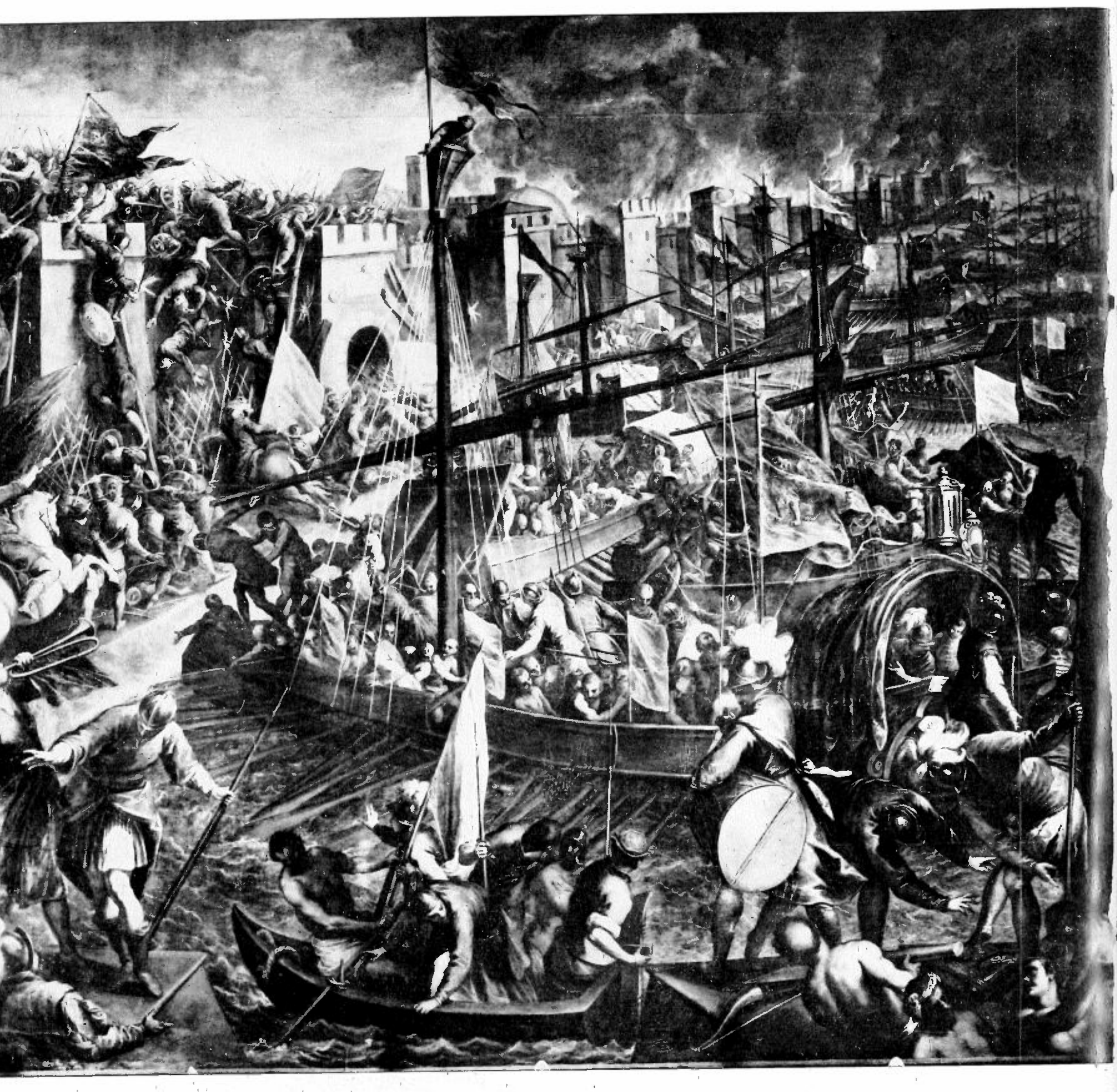
Honorio III (1216-1227) escuchando la predicación de San Francisco de Asís. Por la fundación de su Orden, Francisco desencadenó los más profundos movimientos religiosos de la Edad Media. Fresco de Giotto di Bondone, siglos XIII y XIV. Capilla de las Arenas. Asís



Gregorio IX (1227-1241) introdujo entre 1231 y 1233 la Inquisición contra los herejes e incrédulos. Grabado del siglo XVIII



El Rey San Luis de Francia (1226-1270). Pintura de D. Ferrari. Museo de Arte Moderno. Turín



Toma de Constantinopla por la flota de los cruzados en 1203. Fresco de Jacomo Palma el Joven, siglos XVI y XVII. Palacio de los Dogos. Venecia

Federico quedó satisfecho de la explicación, pero en el fondo había una irreductible divergencia entre ambas potestades. El Papa no podía admitir que el papel de protector del Papado pudiese concebirse como un derecho absoluto e independiente de la Santa Sede. El Emperador, por el contrario, sostenía que la autoridad imperial *(imperium)* venía inmediatamente de Dios y la coronación en Roma era un deber *(debitum)* para el Papa. Este modo de ver no se armonizaba con la restauración del Imperio de Occidente por León III. Pero Federico apelaba ahora al Derecho romano enseñado en la célebre escuela de Bolonia, en la que los legistas proclamaban: «vuestra voluntad es el Derecho, pues lo que agrada al Príncipe tiene fuerza de ley» *(tua voluntas ius est; quod principi placuit, legis habet vigorem)*. Es la fórmula misma del absolutismo. En la Dieta de Roncaglia (1158), los juristas de Bolonia atribuyeron al Emperador todos los derechos, lo que vulneraba tanto a la Iglesia como a Príncipes y ciudades. El *Código de Roncaglia*, en suma, sometía al arbitrio del Emperador todo el Imperio; se sacrificaban las libertades de los pueblos al mismo tiempo que la libertad de la Iglesia. Llegaba la hora en la que el Papa se asociaría a las ciudades italianas para pulverizar la tiranía imperial. Adriano IV tal vez respondiese a los desmanes de Federico con una sentencia de excomunión, al morir en Anagni el 1 de septiembre de 1159.

En la crisis por la que atravesaba la Iglesia, la elección de sucesor era un asunto transcendental. El 7 de septiembre, el Cardenal Rolando Bandinelli era elegido unánimemente a falta de tres votos, y tomaba el nombre de *Alejandro III* (1159-1181). El Sacro Colegio no podía elegir mejor. Antiguo profesor de Derecho canónico en Bolonia, tan erudito como buen dialéctico, muy al corriente de los asuntos eclesiásticos, el legado de Adriano IV estaba en condiciones de luchar contra Reinaldo de Dassel, el astuto Canciller de Federico. Uno de los tres adversarios del elegido, el Cardenal Octaviano Maledetti, había protestado vehementemente, arrancado la capa pontificia de los hombros del nuevo Papa y se había hecho proclamar Pontífice por hombres de armas con el nombre de Víctor IV. Alejandro III se retiró provisionalmente a Terracina, en tanto el Emperador, aprovechando con alegría la ocasión de erigirse en árbitro, convocaba un conciliábulo en Pavía para determinar quién era el Papa legítimo. Se reunió el 5 de febrero de 1160 y salió a relucir a sus anchas la vieja tesis cesaropapista. Bajo la presión de un terrorismo violento, y engañada con falsedades, la asamblea se pronunció en favor de Víctor y dictó una sentencia de anatema contra Alejandro III, que replicó excomulgando a Federico el 24 de marzo de 1160.

Era la guerra. Primero resultó favorable a Federico, el cual, para vencer la oposición de los municipios, entregó al saqueo Lombardía y arrasó por completo Milán (1162). Alejandro III, al no estar ya seguro en Italia, se refugió en Francia. La mayoría de los países cristianos se pronunciaron en favor suyo. Residió en Sens desde octubre de 1163 a abril de 1165; desde el mes de mayo de 1163 el concilio presidido por él en Tours había excomulgado al antipapa y a sus partidarios. Víctor IV murió el 20 de abril de 1164, y

Reinaldo de Dassel, sin esperar las instrucciones del Emperador, mandó elegir en seguida un nuevo antipapa: Pascual III. Se impuso a todos los alemanes un juramento de fidelidad al intruso y, para unir a sus súbditos en la resistencia, el Emperador y su Canciller hicieron que Pascual III canonizase a Carlomagno. El 1 de agosto de 1167 Federico entraba en Roma como vencedor y se hacía coronar Emperador por el antipapa.

A partir de ese momento la situación comenzó a evolucionar en favor de la Santa Sede. La peste diezmó el ejército imperial y se llevó a Reinaldo de Dassel el 14 de agosto. Los lombardos se rebelaron y se unieron en una gran liga de ciudades, a cuya cabeza se puso el Papa en 1168; en ese momento fundó Alejandría, la Roma lombarda, como desafío al Emperador; el Papa había comprendido el maravilloso partido a sacar del movimiento comunal de Italia del Norte. Federico, abandonado por una parte de los señores alemanes, quiso con todo someter a los italianos. La fortuna le abandonó; la liga lombarda le infligió una completa derrota en *Legnano* el 29 de mayo de 1176; ya no le quedaba más que pedir la paz. Se firmaron dos tratados: el primero en Venecia, con el Papa, el 1 de agosto de 1177; el segundo en Constanza, en 1183, con los lombardos. Por el *Tratado de Venecia* —un siglo después de Canosa— Federico reconocía a Alejandro III como Papa legítimo, reintegraba las tierras arrebatadas a la Iglesia con promesa de paz durante seis años a las ciudades lombardas y por quince al Rey de Sicilia. El *Tratado de Constanza* completó el acuerdo reconociendo a las ciudades de la liga los derechos de regalía de que había procurado despojarlas.

El Papado triunfaba; Alejandro III, digno sucesor de Gregorio VII y de Urbano II, había salvado a la Cristiandad romana. Federico Barbarroja, vencido, pero siempre tenaz, buscó en Oriente los laureles que no pudo cosechar en Italia. Encontró la muerte, durante la Tercera Cruzada, en aguas del Senef, el 10 de junio de 1190.

El Papa convocó para la Cuaresma de 1179 el *Tercer Concilio de Letrán* (XI ecuménico), que contó con más de mil participantes, entre ellos trescientos obispos. Se ratificó la paz de Venecia, luego se modificó el *procedimiento para la elección papal.* «Sólo será Papa —se determinó— quien resulte elegido por dos tercios del electorado.»

La actividad de Alejandro III no se limitó a la lucha contra las pretensiones de Federico Barbarroja; en el mismo momento un conflicto semejante había agitado a la *Iglesia de Inglaterra* y concluido de modo análogo, con la sumisión del Rey. Enrique II Plantagenet quiso intervenir en la administración de la justicia eclesiástica. Tomás Becket, Arzobispo de Canterbury, Canciller de Inglaterra, se vio obligado, pese a su adhesión al Soberano, a oponerse a su política. En la asamblea de Clarendon —1164— el Rey, bajo el especioso título de «viejas costumbres», mandó a sus legistas redactar un código que consagraba sus pretensiones abusivas sobre las cosas eclesiásticas. Los Obispos, y Tomás Becket mismo, dieron su adhesión, puesto que se salvaba la «buena fe». Tomás se arrepintió pronto e imploró el perdón al Papa, que se lo concedió por la

pureza de sus intenciones. Alejandro III hizo lo posible por zanjar el conflicto, más enconado cada vez, entre el Arzobispo y la corte. Enrique II era violento. En una explosión de cólera, en Navidad de 1170, exclamó: «¿No habrá nadie que me quite de en medio a ese clérigo?» Cuatro caballeros le tomaron la palabra. En el mismo instante en que Tomás Becket entraba en la catedral, el 29 de diciembre de 1170, le asesinaron a cuchilladas. El santo prelado cayó exclamando: «¡Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu!» El Rey, espantado del crimen, consecuencia de sus irreflexivas palabras, dio inmediatas muestras de arrepentimiento e hizo penitencia. Alejandro III se contentó con excomulgar a los criminales y envió nuevos legados a Inglaterra. Se había conjurado el cisma y por todas partes se veneró la memoria del Arzobispo mártir, que el Papa canonizó en 1173.

Alejandro III tomó más medidas, reformadoras y defensivas, no menos importantes. El Concilio de Letrán dictó normas relativas a las leproserías, a las escuelas populares instituidas junto a cada catedral, a la Tregua de Dios, a los infieles y a los herejes.

LA INQUISICIÓN

Los primeros orígenes de la *Inquisición* los encontramos en la lucha contra las herejías neomaniqueas. Su carácter antisocial y totalmente extraño al cristianismo había suscitado en el pueblo una desconfianza que pronto se convirtió en odio y motivó ejecuciones. Los cátaros, patarinos, albigenses —de la ciudad de Albi, principal foco— enseñaban, como otrora los persas, que existían dos dioses: el principio del bien y el principio del mal; el primero era el creador de las almas aprisionadas por el segundo en el cuerpo. Cristo sólo era un ángel del Dios del bien, que vino a libertar a las almas. Creían en la metempsícosis, exaltaban el comunismo, predicaban contra la familia y el matrimonio y perseguían a los católicos de todas las maneras; eran sospechosos de crímenes contra natura. El pueblo arrastró a los Príncipes por el camino de la represión, y el Concilio de Letrán los comprometió a tomar las armas contra los cátaros del Conde de Tolosa, de la Gascuña y del Conde de Albi. De este modo se echaban las bases de la Inquisición, instituida por el Papa Lucio III, sucesor de Alejandro III, preludio de la Cruzada contra los albigenses emprendida por Inocencio III.

Alejandro III sólo había tomado tales medidas en defensa propia, presionado por los acontecimientos. La Iglesia procuró, sobre todo, combatir el seudomisticismo de los herejes favoreciendo el auténtico misticismo. La verdadera santidad y la verdadera ciencia hallaron brillantes defensores en la célebre *abadía de San Víctor*, de París, en la persona del gran teólogo Ricardo y del gran poeta Adam. La escuela de San Víctor caería también en exageraciones, exaltando demasiado la fe con desprecio de la razón.

El gran Pontificado de Alejandro III terminó tristemente. Expulsado de Roma por el partido popular, ayer unido a él para combatir a Federico Barbarroja, tuvo que refugiarse en Cività Castellana, donde murió el 30 de agosto de 1181.

De la muerte de Alejandro III al advenimiento de otro gran Papa, Inocencio III, que llevaría a la Iglesia a su apogeo, se sucedieron cinco Pontífices en diecisiete años. El primero, *Lucio III* (1181-1185) —Cardenal Ubaldo Allucinguli, Obispo de Ostia—, fue elegido el 1 de septiembre de 1181. Tuvo grandes dificultades con Federico Barbarroja a propósito de la herencia de la Condesa Matilde de Toscana y de la injusta ocupación del obispado de Tréveris, así como con los romanos. Ante la creciente audacia de los maniqueos, instituyó la Inquisición episcopal (1184), que entregaba a los herejes al poder civil (brazo secular) para que los castigase. El decreto pontificio no sólo exigía el castigo, sino la pesquisa *(inquisitio)* de los herejes; esta investigación se confió a los Obispos. La fecha de 1184 señala, por tanto, una etapa importante en la represión de la herejía. Hay que distinguir la Inquisición episcopal de otras formas inquisitoriales: la Inquisición *legatina*, organizada en 1198 por Inocencio III, que la confió a los cistercienses; la Inquisición *monacal*, instituida en 1223 por Gregorio IX y confiada a los dominicos; la Inquisición *papal*, establecida en 1542 por Paulo III; la Inquisición *española*, por último, instrumento de unificación nacional y de absolutismo real (1).

Lucio III murió el 25 de noviembre de 1185. El mismo día el Arzobispo de Milán, Humberto de Crivelli, fue elegido con el nombre de *Urbano III* (1185-1187). Su Pontificado fue una lucha sin tregua contra las pretensiones del Emperador. Iba a lanzar la excomunión contra él, cuando se extinguió repentinamente el 20 de octubre de 1187.

Al día siguiente tenía sucesor en la persona del Cardenal Alberto de Moras, de Benevento, *Gregorio VIII*, y murió dos meses más tarde: 17 de diciembre de 1187. *Clemente III* (1187-1191), Pablo Scolari, elegido el 20 de diciembre, llevó a cabo la reconciliación con el Emperador y terminó con el exilio del Papado. La toma de Jerusalén por el Sultán Saladino —1187— le decidió a predicar una nueva Cruzada, en la que encontró la muerte Federico Barbarroja.

Clemente III no vio el fin de la expedición. Fallecido el 30 de marzo de 1191, fue reemplazado por *Celestino III* (1191-1198) —el Cardenal Jacinto Orsini—, anciano de ochenta y cinco años, elegido el mismo día. Uno de sus primeros actos fue la coronación de Enrique VI, el hijo más joven de Federico, el 14 de abril de 1191.

Éste era un ambicioso sin escrúpulos, para quien ningún compromiso era sagrado. Casado con Constanza, heredera del Rey de Sicilia, se haría el amo de Italia del Sur, lo cual le permitiría tomar los Estados pontificios y las ciudades lombardas por la retaguardia. Continuando las miras políticas de su

---

(1) Mourret, *Histoire de l'Église*, t. IV, pág. 428.

padre y dándoles proporciones más quiméricas todavía, Enrique VI tenía la vista puesta nada menos que en someter al Sacro Imperio, ya hereditario en la Casa de los Hohenstaufen, todo el Oriente y Occidente; miras conformes a la idea que Federico Barbarroja se forjaba de la supremacía imperial: el Emperador, «vicario de Dios», mandaba a los Reyes, sus lugartenientes; a los reinos y provincias del Imperio con la divisa del sello imperial: «Roma, capital del mundo, es el freno del globo.» Pretensiones viciadas de anacronismo, calificadas en Francia de «bufonadas cínicas», y que amenazaban la libertad de la Sede Apostólica tanto como la de los pueblos. Su crueldad en Sicilia acabó abriendo los ojos a sus contemporáneos sobre los medios de que se valía para afianzar su hegemonía.

El Papa, un octogenario, era bondadoso, pacífico. Trató de contrarrestar con su diplomacia los proyectos imperiales, pero siempre tuvo que terminar por ceder. La actitud del Emperador frente a los Obispos alemanes, a sus violaciones constantes del concordato de Worms, a su conducta con Ricardo Corazón de León, al que mandó detener para obtener de él por la fuerza un enorme rescate, afligían al Pontífice sin darle luz sobre las verdaderas intenciones del Soberano. En 1195 Celestino le dio su bendición, al notificar su intención de partir para la Cruzada, sin sospechar que el Príncipe —según parece—, ajeno a todo pensamiento piadoso, sólo pensaba en apoderarse del Imperio mundial.

El sueño no se realizó. Por fortuna para la Iglesia y el Imperio, Enrique VI murió repentinamente en Mesina el 28 de septiembre de 1197, a la edad de treinta y dos años, dejando un niño de tres, el futuro Federico II. Celestino le siguió al sepulcro el 8 de enero de 1198. El Imperio estaba sumido en la anarquía. Dos partidos se disputaban el Poder: el primero había elegido a un Hohenstaufen, Felipe de Suabia, el hijo más joven de Federico Barbarroja; el segundo a Otón IV, de Brunswick, hijo de Enrique el León, de la familia de los Güelfos. La barca de Pedro, en ese momento crítico, recibió a un piloto genial: Inocencio III.

CAPÍTULO XVII

APOGEO DEL PAPADO Y FIN DE LOS HOHENSTAUFEN

INOCENCIO III: 1198-1216

Los Cardenales no vacilaron mucho tiempo en la elección del sucesor de Celestino III. El mismo día de su muerte —8 de enero de 1198— eligieron al miembro más joven del Sacro Colegio, Lotario de Segni, de treinta y siete años de edad, que tomó el nombre de *Inocencio III.*

Entre los Papas que dejaron a la Iglesia un esplendoroso recuerdo de grandeza ocupa el primer puesto Inocencio III. Fue un Papa escolástico, imbuido de dialéctica y silogismos por los maestros de la Universidad de París y de Derecho civil y canónico por los doctores de Bolonia. Lo propio de su genio fue poseer el sentimiento exacto de las necesidades históricas de la Iglesia y de la Santa Sede; su obra política respondió a las aspiraciones de su conciencia pontificia. Vino a su hora y comprendió en qué condiciones el Obispo de Roma podía ser el señor moral de Italia y el Obispo universal del mundo cristiano. Se aplicaba el símbolo escolástico, caro a Gregorio VII, de las dos luminarias que todavía deslumbrarán los ojos de Dante. Pero comprendía que debía adaptar su Poder al actual estado social de la península. En ese mundillo de ciudades comunales, celosas de su autonomía, procuró no establecer un principado frente al municipio de Roma, sino someterle a su Obispo, su legítimo Conde eclesiástico. Para salvar la Santa Sede, la Iglesia e incluso la unidad de la fe, había que empezar por tener a Roma en la mano. A costa de una lucha de diez años, consiguió se le reconociese como al protector de los municipios y, según sus propias palabras, como «al tutor paternal de Italia».

Su Pontificado fue al mismo tiempo el punto culminante del primado pontificio y de la civilización medieval. Afianzó las victorias de sus predecesores sobre el intrusismo de los Poderes temporales, prosiguió la Cruzada, limpió

a Europa de la herejía y organizó la Cristiandad tanto en sus instituciones públicas como en la vida privada, estableciendo una poderosa jerarquía e inspirando una profunda piedad.

El sermón que pronunció el día de su advenimiento es un comentario de las palabras de Cristo: *Tu es Petrus,* y una afirmación categórica de los derechos y prerrogativas que de ellas se derivan para el sucesor del Apóstol. «A mí se aplican —dice— las palabras del Profeta: Te he puesto sobre los pueblos y reinos para arrancar y destruir, para edificar y plantar.» Por consiguiente, el Papa tiene la misión de dirigir la Cristiandad en lo espiritual e incluso en lo temporal, y el programa de Inocencio III supera al de Gregorio VII y al de Urbano II. Pero no quiso hacer del Papa, cabeza de la Iglesia, una especie de Emperador cristiano. Quiso crear, bajo la dirección de la Santa Sede, una federación de Estados encargada de asegurar en el mundo el reinado de Cristo y de extender los límites de la Cristiandad mediante la Cruzada. No intentó acaparar la función imperial, sino proveerla de un titular acepto a él y respetuoso de los derechos de la Iglesia.

La situación de Italia y de Alemania a su advenimiento parecía propicia para la consolidación de la Cristiandad. Tras haber restablecido la autoridad en sus Estados y reformado los abusos administrativos de la Curia, Inocencio III se ocupó en desembarazar a Italia de la dominación alemana. Italia únicamente deseaba sacudirla, y desde la muerte de Enrique VI las ciudades se habían desembarazado de los funcionarios imperiales. La Emperatriz Constanza, viuda de Enrique VI, confió al Papa la tutela de su hijo más joven, Federico, en caso de que llegase a morir ella. Ayudó al Papa a librar a Sicilia de Markwald, Senescal del Imperio, que pretendía estar autorizado por un testamento del Emperador a encargarse de la tutela del Príncipe y de la regencia del reino de Sicilia; pronto se extinguió Constanza.

Ambos pretendientes al Imperio intentaron que confirmase su elección el Papa, que desempeñaría el papel de árbitro. No se apresuró, y sólo en el mes de diciembre de 1200 dio a conocer su declaración, en la que se pronunció a favor de Otón de Brunswick, porque Felipe de Suabia había sido excomulgado cuando su elección. Inocencio III defendió su derecho a intervenir en la elección de un Emperador por dos motivos: primero, la Sede Apostólica «transfirió el Imperio de los griegos a los alemanes en la persona de Carlomagno»; segundo, el examen de la persona «correspondía a aquel que sería su consagrante». Estalló la guerra entre los dos Príncipes, y Felipe de Suabia no tardó en percatarse de que el Papa era dueño de la situación merced a su política italiana. En 1208 moría Felipe asesinado y Otón, reconocido por todos, era coronado Emperador por el Papa el 4 de octubre de 1209.

Al año siguiente empeoraron las relaciones entre Inocencio III y Otón IV, quien adoptó una actitud hostil a la Santa Sede. Se apoderó de Italia central, quiso echar mano a Sicilia y no respetó el Concordato de Worms. El 18 de noviembre de 1210, al comprobarse la imposibilidad de todo acuerdo, el Papa le excomulgó y le opuso a Federico, su pupilo. La réplica de Inocencio III

era de una habilidad perfecta. El Papa necesitaba un aliado, y la lucha que acababa de estallar entre Francia e Inglaterra se lo daba a entender: era Felipe Augusto. Al prometer Otón su apoyo al inglés Juan sin Tierra, nada podía perjudicarle más que una sublevación en Alemania. Hacía poco que con el dinero inglés se habían comprado electores para Otón; el tesoro francés compró esta vez a Federico, en cuyo favor se pronunciaron muchos Príncipes en 1212. Al año siguiente reconocía todas las posesiones del Papa en Italia y prometía respetar el concordato de Worms. El 27 de julio de 1214, en *Bouvines,* Felipe Augusto lograba una completa victoria sobre la coalición anglo-alemana. El sueño imperial de resucitar a César se desvanecía para siempre. El Papa triunfaba, ¿cómo iba a figurarse en 1214 que su protegido sería el peor enemigo del Papado? La lucha entre el Pontificado y el Imperio, tras la muerte de Inocencio III, entraría en una fase completamente nueva. Alemania no participará en ella en absoluto; Federico se vuelve hacia Italia, mientras la cuna de su raza es víctima de la anarquía, que sólo acabará sesenta años después.

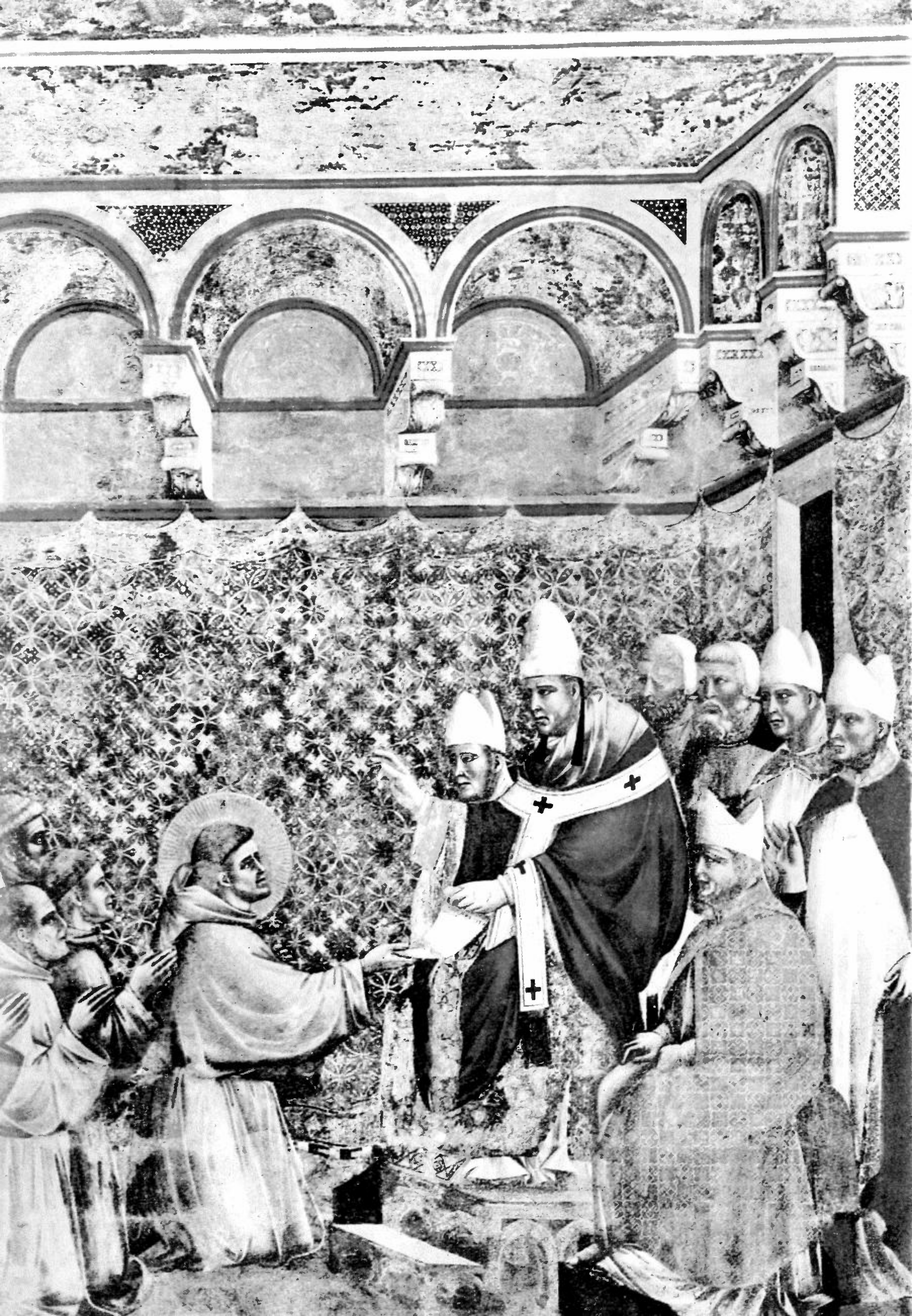
Inocencio III, señor de sus Estados, libre de la tenaza germánica, podría representar su papel de Juez de los Príncipes cristianos y emprender una acción decisiva contra la herejía. Le hemos visto disponer por dos veces de la Corona imperial en Alemania. En Francia intervino para recordar su deber a Felipe Augusto, que repudió a su mujer —Ingeburga de Dinamarca— para casarse con Inés de Merania. «La dignidad real —escribía al Rey— no puede atropellar los deberes de un cristiano.» Durante un conflicto que duró de 1200 a 1213, el Papa lanzó el entredicho sobre el reino y el Rey terminó por someterse después de morir Inés.

En Inglaterra Inocencio III depuso a Juan sin Tierra, usurpador de los bienes de la Iglesia, asesino de su sobrino. Entregó el reino a Felipe Augusto y sólo se lo devolvió a Juan cuando éste se reconoció vasallo suyo, le dio su acatamiento y se comprometió a pagarle un censo (1213).

También dispuso de las Coronas de Hungría, Dinamarca, Castilla y Aragón, y exigió del Rey de Portugal le pagase un tributo. Por doquier le vemos defender los derechos de esposas abandonadas y proclamar que para él no había «acepción de personas».

Por otra parte Inocencio III se había ganado al clero y, realizando plenamente el ideal de Gregorio VII, se convirtió verdaderamente en el «Obispo universal». Su correspondencia, de la que sólo nos ha llegado una parte —cuatro mil cartas—, atestigua su prodigiosa actividad. Sus *legados,* verdaderos inspectores generales, revestidos de plenos poderes, recorrían sin cesar Europa y llevaban por doquier sus decisiones con la impronta de su firmeza de voluntad, pero también de cordura, buen sentido teológico y tolerancia; las soluciones que impuso en muchos casos de los más diversos eran las más generosas y liberales.

Asimismo bajo el Pontificado de Inocencio III fueron creados dos de los cuerpos que mejor sirvieron a la Iglesia: dos Órdenes monásticas nuevas, las



Inocencio III (1198-1216) entrega a San Francisco de Asís la regla de su Orden (1210).
Fresco de Giotto di Bondone (1266-1337). Basílica de San Francisco. Asís

Órdenes mendicantes —los *franciscanos de San Francisco de Asís*, 1210— y los *dominicos* —los «hermanos predicadores» del español *Santo Domingo*, 1215—. Confundidos con la sociedad, con sus votos de pobreza absoluta, dichas Órdenes ejercían una enorme influencia. Renovaron la vida religiosa e intelectual, al mismo tiempo, y conquistaron, sobre todo los segundos, un puesto primordial en las Universidades. Al depender directamente del Papa fueron los mejores agentes del Poder pontificio.

A la creación de esas Órdenes va asociada la lucha contra las herejías. La más terrible fue la lucha contra los *albigenses*. Los Papas, y particularmente Inocencio III, intentaron primero atraerlos por la persuasión. Los cistercienses desde 1198, los dominicos desde 1207 —a quienes se encomendó su conversión— fracasaron, y el Conde de Tolosa, a quien se invitó a perseguir a los nuevos maniqueos, no hizo nada. El asesinato del legado del Papa, Pedro de Castelnau —1208—, obligó a Inocencio III a cambiar de actitud. El Papa libró a los súbditos del Conde de Tolosa, Ramón VI, del juramento de fidelidad. Fue la señal de una Cruzada en la que, durante dieciocho años, los franceses del Norte, al mando de Simón de Montfort, asolaron el Mediodía despreciando las órdenes del Papa. El interés político, los odios raciales, el incentivo del lucro prevalecieron, desgraciadamente, sobre el interés religioso. Vencida la herejía, el Papa no desaprovechó ninguna oportunidad de defender la causa de la justicia y de la moderación. El resultado de la Cruzada contra los albigenses fue anexionar a la Corona de Francia la magnífica provincia del Languedoc.

Durante el Pontificado de Inocencio III, dos sucesos más atestiguan la poderosa influencia del Papado: la Cuarta Cruzada y el Concilio de Letrán.

Esta Cruzada se ordenó en 1198, como veremos. Desviada de su objetivo —Egipto—, no sólo acabó con la conquista de Constantinopla por los cruzados —1204—, sino sustituyendo con un efímero Imperio latino de Oriente al Imperio griego. El imperialismo veneciano, el espíritu de lucro y las divisiones de los cruzados hicieron irrealizables los propósitos que se había fijado Inocencio III: la unión de la Iglesia griega y la liberación de los Santos Lugares.

Otra Cruzada: la de España, emprendida por instigación de Inocencio III, tuvo transcendentales consecuencias. Gracias a los héroes de Castilla, Navarra, Aragón y a los caballeros franceses, alemanes e italianos, a quienes el Papa había rogado que se uniesen a los españoles, Europa quedó por fin libre, por el Sur, del peligro musulmán. El Papa mandó hacer procesiones y ayunos en toda la Cristiandad para atraer las divinas bendiciones sobre la campaña. El 16 de julio de 1212, el ejército de Cristo y el ejército del Profeta se enfrentaron cerca de Muradal, en la llanura de *Las Navas de Tolosa.* Aunque cinco veces más numerosos, los árabes sufrieron una aplastante derrota y dejaron en el campo de batalla cinco mil hombres.

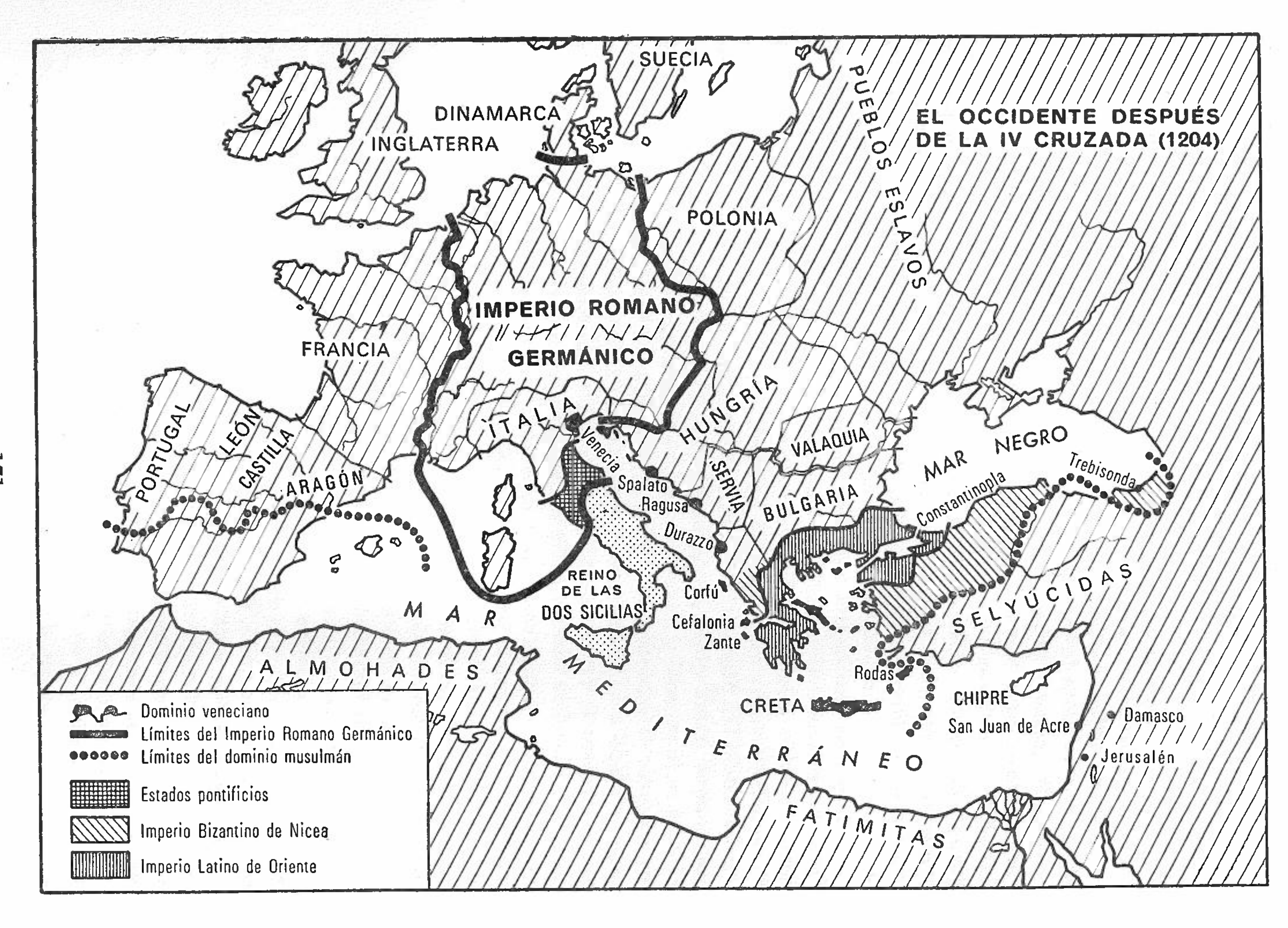
Respecto al *Cuarto Concilio de Letrán* (XII ecuménico), se reunió el último año del Pontificado de Inocencio III. En una carta dirigida a los Obispos de Occidente —1213—, escribía el Papa: «En dos cosas tengo especial empe-

ño: la reforma de la Iglesia universal y la liberación de Tierra Santa. La solicitud por estos dos asuntos no puede demorarse por más tiempo. A ejemplo de los antiguos Padres, me he decidido a convocar un Concilio General que reformará las costumbres, aniquilará las herejías, restablecerá la paz, defenderá la libertad, dictará sabias disposiciones para el clero alto y bajo, conquistará, finalmente, para la causa de Tierra Santa a los Príncipes y pueblos cristianos.» El concilio se inauguró el 11 de noviembre de 1215. La afluencia fue enorme; se contó con más de cuatrocientos Obispos de Occidente y de Oriente, más de ochocientos Abades, los Embajadores de los Emperadores de Alemania y Constantinopla, de los Reyes de Francia, Inglaterra, España y de todos los Estados cristianos. Se condenaron los errores de Joaquín de Flora, que profesaba las más audaces opiniones sobre la acción de las Tres Divinas Personas en tres pretendidas edades del mundo, y de Amaury de Bènes, quien enseñaba la inmanencia de Dios en sus criaturas. Se condenó la herejía albigense al mismo tiempo y se recordó solemnemente la doctrina tradicional de la Iglesia sobre la Trinidad. Se dictaron muchas normas sobre la jerarquía eclesiástica, la justicia eclesiástica, las escuelas, sacramentos, relaciones con los judíos y sarracenos. El último documento del concilio determinó un nueva Cruzada (1217).

Inocencio III no presenció la realización de este gran proyecto. El 16 de julio de 1216, al emprender un viaje para zanjar una disputa entre Pisa y Génova, siempre rivales, y preparar la organización de la Cruzada, falleció en Perusa a los cincuenta y seis años de edad y diecinueve de Pontificado. Le juzgaremos con toda equidad si le situamos —como debe hacerse conforme al sano método histórico— en su época. La hegemonía de la Santa Sede era entonces necesaria para el triunfo de la moral evangélica y de la verdadera civilización, inseparable de ella. Inocencio III, con la alta conciencia cierta de su derecho, siempre supo moderar la energía de su gobierno espiritual y temporal con el espíritu de compasión. Las palabras que nos legó —*Misericordia superexaltat iudicio* (la misericordia ennoblece la justicia), que se grabarían en su tumba— son como el testamento y la fórmula simbólica de su magistratura pontificia.

EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO BAJO FEDERICO II

El 18 de julio de 1216, al otro día de la muerte de Inocencio III, el Cardenal Censio Savelli fue elegido Papa con el nombre de *Honorio III* (1216-1227). Era un anciano estimado por su bondadoso carácter, a quien su predecesor inició en sus proyectos; también había sido preceptor de Federico II. El Concilio de Letrán fijó el programa de su Pontificado. Honorio se inspiró en él, pero careció de los talentos, así como de la inquebrantable energía, del Pontífice que acababa de extinguirse. Chocó con la oposición y mala fe del Emperador.



EL OCCIDENTE DESPUÉS DE LA IV CRUZADA (1204)
SUECIA
DINAMARCA
INGLATERRA
PUEBLOS ESLAVOS
POLONIA
IMPERIO ROMANO GERMÁNICO
FRANCIA
PORTUGAL
LEÓN
CASTILLA
ARAGÓN
ITALIA
HUNGRÍA
VALAQUIA
MAR NEGRO
Trebisonda
Venecia
Spalato
Ragusa
SERVIA
BULGARIA
Constantinopla
Durazzo
REINO DE LAS DOS SICILIAS
Corfú
Cefalonia
Zante
SELYÚCIDAS
MAR
ALMOHADES
MEDITERRÁNEO
Rodas
CRETA
CHIPRE
San Juan de Acre
Damasco
Jerusalén
FATIMITAS
Dominio veneciano
Límites del Imperio Romano Germánico
Límites del dominio musulmán
Estados pontificios
Imperio Bizantino de Nicea
Imperio Latino de Oriente

Federico II era un Príncipe de notable inteligencia, apodado en su juventud —¡oh ironía del destino!— el «Rey de los sacerdotes». Al contacto con la civilización refinada del reino de Sicilia, donde se confundían las corrientes de ideas más heteróclitas del Occidente cristiano, de Bizancio y del Islam, pronto se convirtió en un artista y letrado. Sin aquella rudeza, con frecuencia brutal, propia de su padre y de su abuelo, más acostumbrado desde la niñez a satisfacer todos sus apetitos, era un perfecto egoísta, carente de sentido moral y duro hasta la crueldad cuando estaban en juego sus intereses. No le gustaba la guerra y prefería la más flexible diplomacia, aunque también la más tortuosa, para lograr sus fines. Más italiano que alemán, voluptuoso y escéptico en materia de religión, tan imbuido del Derecho romano por influencia de legistas como Pedro la Viña y Tadeo de Suesa, este Príncipe, que prefigura el Renacimiento, pretendía realizar el *dominium mundi* sin detenerse ante los derechos de la Iglesia. Dante, pese a su admiración apasionada por el Imperio, le colocó en su Infierno como al único de linaje imperial.

Federico no escatimaría nada con tal de engañar al Papa sobre sus verdaderas intenciones. Al manifestar Honorio su propósito de reanudar la Cruzada, Federico fingió ser de la misma opinión y le prodigó las muestras de su consideración. Pero en abril de 1220, con desprecio de sus compromisos con Inocencio III, hizo coronar a su hijo como Rey de Alemania y de los romanos, aunque había quedado convenido que Enrique sólo reinaría en Sicilia. El Papa se lo recordó y Federico replicó al punto que el único fin de este paso era asegurar el gobierno de Alemania, mientras él tomaría la cruz. Honorio aceptó y ungió a Federico como Emperador el 22 de noviembre de 1220. Pero no partió para la Cruzada, se contentó con casarse con la hija del Rey de Jerusalén y tomó su título y pidió nuevos plazos para organizar aquélla. Entretanto, ocupado en intereses más temporales, organizó el reino de Sicilia y se apoderó de la provincia pontificia de Espoleto. Ya la Liga lombarda se rehacía contra él cuando Honorio se extinguió el 18 de marzo de 1227.

El Sacro Colegio le dio, al otro día, un sucesor en la persona de Ugolino de Segni, de la familia de Inocencio III, *Gregorio IX* (1227-1241). Aun cuando era octogenario, no había perdido nada su valor y actividad. Muy pronto se vio que el nuevo Pontífice no estaba dispuesto a dejarse engañar. Conminó a Federico para que partiese a la Cruzada, y el 8 de septiembre de 1227 el Emperador se hacía a la mar. Mas ¡sólo para volver dos días después a Otranto! ¡Se había puesto enfermo de pronto! El 29, Gregorio le excomulgó, y el 10 de octubre, en una encíclica, denunció la perfidia del Emperador.

El Hohenstaufen reveló entonces su juego. El 6 de noviembre de 1227 replicó a la encíclica abrumando a la Iglesia de dicterios y promovió una rebelión en Roma con el apoyo de los Frangipani; el Papa tuvo que refugiarse en Rieti. Al año siguiente se embarcaba Federico hacia Tierra Santa. Pero fue con fines puramente políticos. Se apoderó de la isla de Chipre y de una parte de Palestina, y se las arregló para que el Sultán de Egipto le cediese la Corona de Jerusalén, donde hizo su entrada solemne el 17 de marzo de 1229

revestido del manto imperial. Luego, al volver a Italia, derrotó a las tropas del Papa y le ofreció la paz con la promesa de restituir todos los bienes de la Iglesia. Gregorio IX, creyendo que había obtenido satisfacción, aceptó el tratado de San Germano, el 23 de julio de 1230, y levantó al Emperador la excomunión. La reconciliación parecía completa.

No eran más que falsas apariencias. Federico II no había desistido en absoluto de sus planes cesaropapistas. Deseaba dominar Italia como Alemania y emprendió la organización del reino de Sicilia con un espíritu absolutista que no tenía ninguna consideración con los derechos de la Iglesia. A continuación, convocó una Dieta en Ravena para consolidar —según decía— la paz en Italia. Mediante un edicto sobre la pretendida «autonomía de las ciudades episcopales», suprimió de hecho todas las libertades municipales. Esta medida provocó la indignación de los municipios lombardos, que se volvieron hacia el Papa. De nada sirvió la protesta de éste, y Federico, en 1236, bajó a Italia para castigar a las ciudades lombardas.

Nuevos pasos, más elocuentes todavía, de Gregorio IX, quien recordó la primacía del Papado «en las cosas de este mundo», dejaron indiferente a Federico, quien aplastó a los lombardos en Cortenuova, pero fracasó ante Milán y Brescia (1237). Gregorio trató una vez más de negociar. El alemán le respondió entregando Cerdeña, propiedad de la Iglesia, a su hijo natural, Enzio, con el título de Rey. La paciencia del Papa se había agotado; el 20 de marzo de 1239 excomulgó de nuevo al Emperador.

La lucha se reanudó furiosamente. Gregorio mandó predicar la Cruzada en la misma Alemania, donde se soportaba difícilmente la dominación imperial, pero sin mucho éxito. Federico marchó contra Roma, y ya se jactaba del triunfo cuando el Papa, con una energía extraordinaria, ordenó una gran procesión con las reliquias de la Vera Cruz y de los Apóstoles, que ganó a los romanos para su causa. Luego convocó en Roma, para la Pascua de 1241, a todos los Obispos de la Cristiandad. Federico no vaciló ante un acto de bandolerismo. Mandó a su flota que detuviese los navíos genoveses que transportaban cien Obispos y los legados pontificios, y los hizo prisioneros en mayo de 1241. Unas semanas después estaba a las puertas de Roma y el Papa, casi centenario, tras haber tratado inútilmente de conmoverle recordándole sus deberes de defensor de la Cristiandad, murió agotado por la lucha el 21 de agosto de 1241.

La batalla contra las pretensiones de Federico no absorbió toda la actitud de Gregorio IX; los estudios canónicos, teológicos y filosóficos le deben un fuerte impulso. Personalmente canonista de valía, deseaba una reforma jurídica completa y que un texto único, adaptado a las necesidades de los tiempos, sustituyese las antiguas colecciones canónicas. Así, pues, confió la relación de las nuevas *Decretales* al español San Raimundo de Peñafort, fundador de la Orden de la Merced para el rescate de cautivos en poder de los infieles. Igualmente el Papa impuso condiciones restrictivas al estudio de Aristóteles y de los comentarios del sabio árabe Averroes, en atención al peligro que suponían las conclusiones que se sacasen. Santo Tomás de Aquino y San Alberto Magno,

que vendrán después, sabrán obtener de la filosofía del Estagirita los elementos conformes al dogma cristiano. También podemos considerar a Gregorio IX como el fundador de la *Universidad de París* por la bula *Parens scienciarum*, de 1231. Los altos estudios ya florecían a orillas del Sena y Gregorio había sido antiguo alumno. Su intervención precisó la autonomía de la Universidad parisiense, ya célebre, y determinó las relaciones con la Iglesia de París y con el Gobierno real.

Gregorio IX organizó la *Inquisición*, de 1225 a 1240, sobre las siguientes bases: la investigación e instrucción la efectuarían los Obispos, los señores y bailíos; un tribunal eclesiástico daría la sentencia y la ejecución de las penas consignadas en el Derecho canónico o civil la llevaría a cabo la autoridad secular (el brazo secular). El Papa autorizó a los dominicos de Provenza para que organizasen una gran campaña de predicación contra la herejía. Como protector de los hijos de Santo Domingo, no por ello dejó de mostrarse solícito con los franciscanos, y en 1230 dio una interpretación del testamento de su fundador concerniente al voto de pobreza. En ella hallamos una vez más el espíritu de mesura, una de sus cualidades sobresalientes. Por ese tiempo Federico II perseguía a las dos Órdenes con particular saña. En 1249 ordenó que los Frailes Menores, los dominicos, y «todos los que so capa de religión representan el papel de ángeles de luz» fuesen quemados. El Rey de Francia, San Luis, por el contrario, les encargaba que velasen por el buen funcionamiento de la administración real conforme a las reglas del Derecho y de la Justicia.

Federico II ni siquiera tuvo el pudor de respetar la memoria del anciano Pontífice. Suspiraba por un Papa que «reparase los errores del difunto». Fue el Cardenal Godofredo de Milán, viejo achacoso, el cual, elegido el 25 de octubre de 1241 con el nombre de *Celestino IV*, sólo reinó hasta el 10 de noviembre. La sede pontificia estuvo vacante hasta el 25 de junio de 1243, en que fue elegido por unanimidad el Cardenal Sinibaldo Fieschi, que pertenecía a la nobleza imperial, quien tomó el nombre de *Inocencio IV* —1243-1254—, para dar a entender claramente que quería seguir las huellas de Inocencio III. Antiguo profesor de Derecho canónico en Bolonia, honrado con la confianza de los dos últimos Papas, Inocencio IV continuaría la lucha contra el Emperador y contra los infieles. El Concilio de Lyón y la Cruzada fueron los principales acontecimientos de los once años de su reinado. Imbuido de las mismas ideas que su ilustre homónimo, escribió un día: «Los Papas, al ser sucesores de Jesucristo, verdadero Rey y verdadero sacerdote según el orden de Melquisedec, han recibido la monarquía real al mismo tiempo que la monarquía pontificia, el imperio terreno como el imperio celestial.»

Predicó sin tardanza la Cruzada contra los turcos y tártaros y escribió al Emperador una carta conciliadora en la que el déspota vio una manifestación de debilidad. Con todo, aparentó Federico querer negociar, pero el Papa, sin duda puesto al corriente de sus intrigas con la facción de los Frangipani, creyó prudente refugiarse en Lyón, por entonces ciudad imperial, pero cer-

cana a Francia (1244). El Emperador, furioso por tal actitud, mandó escribir un manifiesto de los más virulentos, en el que profería las peores amenazas contra el Papado. Inocencio IV le replicó convocando un concilio en Lyón que tomaría las medidas para poner término al conflicto con el Emperador y salvador de Tierra Santa, de donde acababan de llegar malas noticias (1245). Tadeo de Suesa, legista, Santo de la devoción de Federico, prometió en él humildemente la ayuda de su señor contra los infieles, pero intentó disculparle. El Papa no se dejó seducir y fulminó una sentencia de excomunión contra el Hohenstaufen el 17 de julio de 1245.

Como se podía esperar, el Emperador, renovando la vieja tesis cesaropapista, comenzó a rebatir los argumentos del Papa. Luego, tratando de desviar la atención, desde luego con mucha habilidad, pensó poner su causa en manos del Rey de Francia, San Luis IX. El piadoso Monarca, muy preocupado en unir a los Príncipes cristianos contra el Islam, aceptó el papel de mediador. Pero Federico hizo cuanto pudo para que fracasaran los esfuerzos pacíficos. Redobló los actos de violencia contra los clérigos fieles, llegando incluso hasta pedirles que sacrificasen la tercera parte de sus rentas para hacer la guerra al Papa. Inocencio IV replicó predicando la Cruzada contra su enemigo.

Las armas decidirían. Las ciudades italianas, alentadas por la enérgica actitud del Pontífice, se sublevaron contra Federico, quien acudió a Italia. Logró algunos triunfos, pero su hijo natural, Enzio, fue derrotado en Fossalta el 26 de mayo de 1249 por los boloneses, que le hicieron prisionero. El Emperador, que había logrado mantenerse en Sicilia, murió de disentería en Fiorentino el 13 de diciembre de 1250, tras haber recibido la absolución del Arzobispo de Palermo, en cuya catedral fue inhumado.

Le sucedió en Alemania su hijo Conrado IV. El Papa predicó al punto la Cruzada contra él y se pronunció en favor de su rival, Guillermo de Holanda, a quien reconoció como Rey de Alemania. Ofreció la Corona de Sicilia a Carlos de Anjou, hermano de San Luis, que en principio la rehusó; luego a Edmundo, hijo del Rey de Inglaterra; y, por fin, se la dio a Manfredo, bastardo de Federico II, que se mostró digno hijo de su padre. Conrado IV murió en Melfi el 21 de mayo de 1254 y con él se extinguió la dinastía de los Hohenstaufen. Un largo período de anarquía —el «gran interregno»— comenzó entonces en Alemania; no terminaría sino en 1273, con la elección de Rodolfo de Habsburgo. Inocencio IV murió de tristeza en Nápoles el 7 de diciembre de 1254. Sicilia tuvo por Rey, años más tarde, a Carlos de Anjou, que se mostró tan cruel como los Hohenstaufen. Sus súbditos llamaron a Conradino, hijo de Conrado IV, que guerreó en Alemania. El Papa Clemente IV le excomulgó; Carlos de Anjou le vendió y mandó ejecutar al último de los Hohenstaufen, pese a los consejos de clemencia del Papa (1268).

El Papado salía victorioso de la lucha entre el Pontificado y el Imperio. Había mantenido a la Iglesia y a la sociedad tal y como Gregorio las edificó y organizaron sus sucesores. Jamás el Poder de atar y desatar, reivindicados por el sucesor del Apóstol, se ejerció tan enérgicamente como en los siglos XII y XIII.

El Papa es verdaderamente la Cabeza de la Iglesia y el árbitro de los Reyes. Si se quiere llamar *teocracia* a este estado de cosas, el siglo XIII fue una teocracia. Pero no la hubo si la teocracia consiste en entregar a la misma Iglesia la dirección de la política. Y ya la política de los Papas, en cuanto jefes de la Catolicidad, aumenta con la política como Soberanos italianos; el siglo posterior será testigo, con harta frecuencia, de que la segunda prevalecerá sobre la primera.

Tal vez nunca haya sido más intensa la vida interior de la Iglesia. Se crea una filosofía cristiana, un arte cristiano se expande, se constituye un derecho cristiano, se elabora una organización cristiana del trabajo y de la propiedad. La expansión de las grandes Órdenes religiosas, las catedrales, universidades, gremios, la caballería y las canciones de gesta, la *Suma teológica* y la *Divina comedia* atestiguan la vitalidad de la fe católica, del vigor del pensamiento medieval y la irradiación de la Iglesia. La vida intelectual de la Edad Media es intensa, ávida, original y apasionada.

Pero en esta época, especie de primavera de la sociedad europea, ya se vislumbraban resistencias contra el Poder político de los Papas. En Francia, especialmente, el más piadoso de los Reyes, San Luis, protestaba de que el Papa, haciendo y deshaciendo a los Reyes, se extralimitaba en su derecho y, al disponer de las Coronas, daba lo que no le pertenecía. Fue precisamente un conflicto con el nieto de San Luis el que señaló el ocaso de la supremacía temporal del Papado.



Gregorio IX (1227-1241) excomulga al Emperador Federico II.
Fresco de Giorgio Vasari (1511-1574). Sala Regia. Vaticano

CAPÍTULO XVIII

OCASO DE LA HEGEMONÍA PONTIFICIA

DE INOCENCIO IV A BONIFACIO VIII

Transcurrirían cuarenta años entre la muerte de Inocencio IV (1252) y el advenimiento de Bonifacio VIII (1294), que se enfrentó con el Rey de Francia. Se sucedieron doce Papas en este intervalo, y la brevedad de sus Pontificados no les permitió realizar grandes proyectos. La Iglesia va a la cabeza de la civilización y se elabora una Europa política nueva. Alemania está hundida en la anarquía hasta el final del gran interregno; Italia es víctima de las guerras de ciudades y de ligas, mientras se constituye el Poder marítimo y comercial de Venecia. Pero en Francia e Inglaterra el Poder real se centraliza y afianza. El espíritu de Cruzada decae; San Luis es el único en darle un último destello, pero sucumbe; los reinos cristianos de Tierra Santa, el Imperio latino de Constantinopla desaparecen. La Europa moderna, en la que las rivalidades nacionales prevalecen sobre los grandes intereses de la Cristiandad, está en vías de formación. En ella el Papado conserva su magisterio espiritual, pero perderá la hegemonía política antes de padecer otras crisis de tremenda gravedad. El carácter dominante del movimiento religioso en el siglo XIV será la decadencia del Poder papal y, casi repentinamente, se transformará la situación exterior de la Santa Sede. El comienzo del siglo XIII demuestra con Inocencio III el apogeo del Poder pontificio ante el que sucumbe el fuerte linaje de los Hohenstaufen; el final del mismo siglo es testigo del repentino principio de la decadencia con Bonifacio VIII, y todavía será peor su secuela.

El sucesor de Inocencio IV fue el Obispo de Ostia, Cardenal Reginaldo de Segni, elegido el 12 de diciembre con el nombre de *Alejandro IV* (1254-1261). Vivió la mayor parte del tiempo fuera de Roma y tuvo que pelear especialmente contra Manfredo, regente de Conradino, en Sicilia. El Papa hubo de ceder a la fuerza y Manfredo se mantuvo en el Poder hasta el día en que

Carlos de Anjou aceptó la Corona de Sicilia de manos del sucesor de Alejandro IV, fallecido el 25 de mayo de 1261.

Le sucedieron dos Papas franceses: *Urbano IV* (1261-1264), Santiago Pantaleón, era hijo de un zapatero de Troyes, que había subido por méritos personales. Elegido en Viterbo el 29 de agosto de 1261, vivió las más de las veces fuera de Roma. Como su predecesor, trató en vano de restaurar la unión en Alemania, donde Ricardo de Cornualles y Alfonso de Castilla se disputaban el Imperio. En Sicilia confirió la Corona a Carlos de Anjou, como feudo de la Santa Sede. El nuevo Rey, que la había aceptado, pese a las reconvenciones de su hermano San Luis, se comprometió a no reunir nunca el Imperio ni Lombardía a sus Estados. No cumplió su palabra y procuró afianzar sus posiciones en Milán e incluso en Roma, donde se hizo nombrar Senador para tener al Papa a su merced. Urbano IV trabajó más meritoriamente promoviendo el culto al Santísimo Sacramento. Su muerte, acaecida el 2 de octubre de 1264, retrasó en cuarenta años la celebración del *Corpus*.

Tras una vacante de cuatro meses, los Cardenales le asignaron como sucesor el 5 de febrero de 1265 a *Clemente IV* (1265-1268), Guido el Gordo, originario de Saint-Gilles, en el Ródano, antes consejero de San Luis. Intentó cortar la tiranía de Carlos de Anjou. Bajo su Pontificado fue cuando los sicilianos llamaron a Conradino, quien atacó al Príncipe francés y al Papa al mismo tiempo. Carlos de Anjou, vencedor, mandó ejecutar, contra la voluntad del Padre Santo, en Nápoles, al último Hohenstaufen (1268).

Clemente IV desarrolló la hacienda para contar con los recursos necesarios a la Cruzada y determinó a los Reyes de Francia e Inglaterra a que tomasen la cruz de cruzados. Se estaban efectuando los preparativos de la expedición cuando murió en Viterbo, el 29 de noviembre de 1268.

La Sede Pontificia estuvo vacante durante casi tres años. En este intervalo fue cuando San Luis, quien había empujado a Carlos de Anjou a la Cruzada, murió en Túnez el 25 de agosto de 1270. La Iglesia estableció en este día la fiesta del piadoso Soberano, quien durante todo su reinado dio pruebas magníficas de su adhesión inquebrantable a la causa de la Iglesia y de la justicia. La séptima y última Cruzada terminó al año siguiente, tras un nuevo fracaso del ejército cristiano ante San Juan de Acre.

El 1 de septiembre de 1271 la Iglesia tenía un nuevo Papa en la persona de Teobaldo Visconti, de Plasencia (Italia), Arzobispo de Lieja, que se hallaba en la Cruzada cuando supo su elección. Coronado en Roma el 27 de marzo de 1272, tomó el nombre de *Gregorio X* (1271-1276).

Su Pontificado señálase por importantes eventos. Dedicó todas sus energías al restablecimiento del Imperio, a continuar la reforma de la Iglesia, a la liberación de los Santos Lugares, a la reunión de la Iglesia griega. «Si es obligación de los rectores de los Estados —decía— defender los derechos e independencia de la Iglesia, también es obligación de los rectores de la Iglesia hacer todo lo posible para que los Reyes y Príncipes mantengan la plenitud de su autoridad.» Éstas eran palabras de un hombre dotado de espíritu político.

Había comprendido que el interregno alemán, demasiado largo, ponía en peligro la paz de Europa y desencadenaba las peores violencias. Por eso se le vio adherirse al punto a la elección, por parte de los Príncipes alemanes electores, el 1 de octubre de 1273, de Rodolfo de Habsburgo.

El año siguiente, en el mes de mayo, Gregorio X convocó el *Concilio General de Lyón* (XIV ecuménico) para restablecer la unión con la Iglesia griega. Se esperaba la llegada de *Tomás de Aquino*, el más sabio filósofo y teólogo de la Orden dominicana y uno de los mayores de todos los tiempos. Pero falleció en el viaje, en la abadía cisterciense de Fossanuova, el 7 de marzo de 1274, sólo a la edad de cuarenta y ocho años, dejando una obra imperecedera, que hizo de él un Santo y una de las lumbreras de la Iglesia y del pensamiento cristiano. Quinientos Obispos y muchos otros prelados asistían al concilio; otro sabio dominico, Pedro de Tarantaise —el futuro Papa Inocencio V—, y el general de los franciscanos, San Buenaventura después, también él gran doctor de la Iglesia, estaban presentes (1). Los Embajadores de los Reyes de Francia, Inglaterra, Sicilia, los Patriarcas latinos de Constantinopla y Antioquía, los representantes de las Órdenes Religiosas y Militares de los Templarios y de San Juan asistían personalmente.

El 24 de junio se presentaron los Embajadores de Miguel Paleólogo, Emperador de Constantinopla. Miguel, quien tras la caída del Imperio latino de Constantinopla temía un nuevo ataque de Occidente, proponía la unión con la Iglesia Romana. Sus enviados tenían, pues, por misión reconocer el primado del Papa, aceptar el principio del recurso a Roma y la mención del Papa en la liturgia. El Canciller del Imperio de Bizancio declaró que la Iglesia griega volvía a la obediencia de Roma. La asamblea entonó el *Tedeum* y, tras un discurso del Papa, se cantó el *Credo*, repitiéndose tres veces el *Filioque*. En ese día —6 de julio de 1274— pudo creerse que el cisma, consumado en 1054 por Miguel Cerulario, había concluido. Pero el clero griego no se había apaciguado por ello e impidió que se restaurase la verdadera unión entre ambas Iglesias.

Sin embargo, el Concilio de Lyón no dejó de ser un triunfo para el Papado, así como para los partidarios de la Cruzada. Gregorio X había conseguido la recaudación de los «diezmos de la Cruzada» durante seis años. El Rey de Francia —Felipe III—, los Reyes de Inglaterra, Sicilia, Aragón, prelados y señores tomaron la cruz de cruzados inmediatamente o al otro año. La unión política y espiritual parecía confirmada de nuevo, mas por desgracia no duró mucho; las divisiones surgieron pronto, tras la muerte de Gregorio X, acaecida en Perusa el 10 de enero de 1276.

Uno de los cánones del Concilio de Lyón estableció nuevas normas para la *elección de Papas:* En la ciudad donde haya fallecido el Papa, se reunirán

---

(1) San Buenaventura, cinco años mayor que Santo Tomás, falleció durante el concilio. Sabido es que el Papa León XIII (1878-1903), en su encíclica *Aeterni Patris*, sobre la filosofía cristiana, juntó en una misma veneración «al angélico Santo Tomás» y «al seráfico San Buenaventura».

los Cardenales el décimo día después de su fallecimiento, en su palacio residencial, y tampoco esperarán la llegada de los demás Cardenales. Todos se juntarán en una sola sala sin separación de paredes ni cortinas y estarán aislados por completo del mundo exterior. Después de los tres primeros días, no se les servirá, durante los otros cinco días siguientes, más que un solo plato. Si, después de éstos, aún no se ha efectuado la elección, los Cardenales sólo recibirán pan, vino y agua. Con ello se quería evitar una larga vacante de la sede pontificia. Este uso del *conclave*, ya efectuado en Perusa en 1216 después de la muerte de Inocencio III, y en el Palatino en 1241, tras el fallecimiento de Gregorio IX, provenía del procedimiento seguido en las elecciones municipales italianas, especialmente en Venecia y Plasencia.

En un año y medio se sucedieron tres Papas: *Inocencio V* —Pedro de Tarentaise— elegido el 21 de enero de 1276, ya había muerto el 22 de junio del mismo año sin haber podido negociar la paz entre Rodolfo de Habsburgo y Carlos de Anjou; *Adriano V*, Ottobono Fieschi, de Génova, sobrino de Inocencio IV, elegido el 11 de julio de 1276, desapareció el 18 de agosto; el portugués Pedro Juliani, *Juan XXI*, que habría debido llamarse Juan XX, elegido el 8 de septiembre de 1276, falleció a consecuencia de un accidente, en Viterbo, el 20 de mayo de 1277.

La sucesión de Juan XXI fue laboriosa, aunque los Cardenales presentes sólo eran ocho. El partido italiano prevaleció sobre el partido francés, y designó el 25 de noviembre de 1277 a Juan Gayetano Orsini, *Nicolás III* (1277-1280). Procuró limitar el poder de Carlos de Anjou, logrando renunciase a las funciones de Senador de Roma y de Regente del Imperio en Toscana. El Papa pensaba detener los nuevos avances de la Casa de Anjou en Oriente cuando fue atacado de apoplejía el 22 de agosto de 1280, en Soriano, cerca de Viterbo.

Seis meses más tarde prevaleció el partido francés, designando el 22 de febrero de 1281 a un galo, Simón de Brión, que tomó el nombre de *Martín IV* (1281-1285). Estuvo bajo la influencia de Carlos de Anjou, cuyos ambiciosos proyectos favoreció. Carlos, restablecido en su dignidad de Senador romano y de Vicario del Imperio, Señor de los Estados hereditarios de Anjou y Provenza, y del reino de Arles, se alió con Venecia contra el Emperador de Constantinopla. El Papa, a pesar de la conversión de este último, prestó su apoyo moral a la expedición. El 30 de marzo de 1282, los sicilianos, exasperados por el despotismo de la Casa de Anjou, se sublevaron y a la hora de vísperas asesinaron a todos los franceses que se hallaban en Palermo («vísperas sicilianas»). El Rey Pedro de Aragón, yerno de Manfredo, expulsó a Carlos de Anjou y no se preocupó por la excomunión que el Papa lanzó contra él. El Emperador de Oriente, Andrónico II, hijo de Miguel Paleólogo, deshizo la unión firmada en el Concilio de Lyón.

Martín V se extinguió el 28 de marzo de 1285 y fue sustituido el 2 de abril por *Honorio IV* (Santiago Savelli), romano, que reinó hasta 1287. Moderado y prudente, no obstante mantuvo las censuras lanzadas contra los usurpadores

de Sicilia. Con el fin de facilitar las conversiones de los musulmanes y de los cismáticos de Oriente creó cátedras de árabe y otras lenguas en la Universidad de París.

Once meses después de su muerte, acaecida el 3 de abril de 1287, el Cardenal Jerónimo de Ascoli, antiguo general de los franciscanos, fue elegido el 15 de febrero de 1288 y tomó el nombre de *Nicolás IV* (1288-1292). En Sicilia se declaró en favor de la Casa de Anjou. Asistió con pena a la pérdida de Tierra Santa, que se consumó con la toma de San Juan de Acre seguida de una espantosa matanza. Los Príncipes cristianos, excepto el Rey de Inglaterra, fueron sordos a su llamamiento para realizar una nueva Cruzada. Monje austero y sabio, fundó las Universidades de Montpellier y de Lisboa; murió de muerte prematura el 4 de abril de 1292.

«Relevantes personalidades del Sacro Colegio, Cardenales expertos en el manejo de los asuntos, que representaban las dos grandes familias romanas de los Orsini y de los Colonnas, habían formado partidos opuestos. Carlos II de Anjou hizo valer su influencia sobre el conclave con la energía más tenaz. Para él se trataba de sacar un Papa por cuya mediación pudiese hacer volver a su Poder a la rebelde Sicilia... Pero por otra parte, también estaba en juego la esperanza de que un Papa, libre de todo interés político, lograse terminar con la lucha de los Cardenales. Sería entonces el hombre providencial, y toda la Cristiandad quedaría agradecida a los Cardenales por su elección. El deseo de un Papa ideal, de un *Papa angelicus*, arraigó profundamente en las almas fervorosas» (1).

Por eso se presenció una escena muy curiosa el 27 de julio de 1294, en la pequeña ciudad de Aquilea, situada en la frontera entre el reino de Nápoles y los Estados de la Iglesia: «El Rey de Anjou, Carlos II de Nápoles, y su hijo Carlos Martel, que había recibido la Corona de Hungría de manos de un legado del Papa, llevaban un asno por la brida, en el que un viejo ermitaño de setenta años, elegido Papa, Pedro de Murrone, hizo su entrada con la más miserable pompa. Habían ido a buscar al ermitaño a la cumbre más elevada del monte Majella, entre los matorrales de los Abruzos, donde había deseado terminar sus días y dedicarlos al ascetismo en una pequeña ermita. Pronto se pudo ver la profunda impresión que hizo entre las filas del pueblo el nuevo elegido, asceta venerado como Santo. Al coronarle Papa en Aquilea, el 29 de agosto, con el nombre de *Celestino V*, de todas partes acudió una enorme multitud» (2). Asistieron unas veinte mil personas, en opinión del dominico Tolomé de Luca, el cual añade: «Era algo asombroso, pues esta muchedumbre había venido a recibir la bendición del Padre Santo más que a recibir beneficios.»

---

(1) Schnürer, *L'Église et la civilisation au moyen âge*, t. III, págs. 22-23, y los excelentes capítulos I y II del libro V íntegros.

(2) Schnürer, o. c., ibídem.

Los franciscanos, y entre éstos especialmente los *espirituales,* acogieron llenos de esperanza la elección de Celestino V. Los *espirituales,* partidarios de la estricta pobreza, gustaban de alimentar su espíritu con las profecías del bienaventurado Joaquín de Fiore. Suspiraban por una renovación espiritual que acabaría con la corrupción de la Iglesia por el espíritu secular y comenzaría una nueva época del Espíritu Santo, «el Evangelio eterno». Estos sentimientos encontraron su expresión en Jacopone da Todi, que amaba y glorificaba la pobreza como lo hizo el Poverello de Asís. Exhortó a Celestino V a desconfiar del mundo y a no dejarse influir por nadie. «¿Qué harás, Pedro de Murrone? Ya estás en la prueba; veremos la obra que preparaban las contemplaciones de tu celda. Si defraudas la esperanza del mundo, vendrá la maldición... Desconfía de los beneficiarios, siempre sedientos de prebendas. Su sed es tanta que ninguna bebida la apaga.» El Papa permitió a los *espirituales* que se extralimitasen en el rigorismo del testamento de San Francisco y los exoneró de toda obediencia a la Orden; sólo dependerían del Papa; fueron los «pobres ermitaños».

Celestino V, decrépito, ajeno por completo al mundo de los asuntos, se sintió sucumbir bajo el peso de su abrumadora labor. El Rey Carlos II de Anjou le manejó por completo, le condujo a Nápoles y logró de él cuanto quiso. El Papa, que sufría profundamente por esta situación y temía por la salvación de su alma, resolvió abdicar. El 13 de diciembre de 1294 declaró ante los Cardenales reunidos que se retiraba «espontáneamente y por propia iniciativa (...), con la esperanza de una vida perfecta y conciencia intachable». Luego se despojó de sus ornamentos pontificios y se sentó en el suelo. Inmediatamente después se retiró a la soledad y murió el 19 de mayo de 1296.

A partir del 24 de diciembre de 1294, la sede pontificia estaba vacante otra vez. El Cardenal Benedicto Gaetani, superior a todos sus colegas en energía y conocimiento de los asuntos, que acababa de redactar la declaración de abdicación de Celestino V, tomó el nombre de *Bonifacio VIII* (1294-1303). Autoritario y decidido, se propuso elevar a su más alto grado el Poder del Papado; pero sólo cosechó fracasos y, personalmente, los más increíbles agravios.

Con posterioridad, los *espirituales* italianos lanzaron la especie de que la abdicación de Celestino V era nula, y por lo mismo Bonifacio VIII no era Papa legítimo. Los Cardenales adversarios de Bonifacio VIII, los Colonnas y los legistas del Rey de Francia, naturalmente, defendían la misma tesis. Todas estas circunstancias impulsaron a los *espirituales* a adoptar una actitud sediciosa frente al Papado, que condenó la interpretación del «Evangelio eterno» hecha por algunos de ellos. Acusaban a Bonifacio VIII de haber yugulado el espíritu de Cristo y el orden evangélico. Era el Anticristo místico, mientras Felipe el Hermoso representaba el instrumento de Dios para asestar a la Bestia un golpe mortal. Jacopone da Todi, poeta popular ardiente y fogoso, era uno de los primeros adversarios de Bonifacio VIII. Fustigaba la presunción de los sabios, así como el afán de gloria y de dinero, y vituperaba a la Universidad de París, destructora del espíritu de Asís.

Estas discusiones y luchas aún se prolongarían en el siglo XIV y terminarían en la escisión de la Orden franciscana en *conventuales* y en *observantes*. Pero no deberíamos perder de vista que se relacionan con ese vasto movimiento tendente a un ahondamiento de la vida religiosa, a esa protesta contra la apetencia de lujo y de riquezas que dominaba al alto clero. Y ¿cómo olvidar que Dante, el genial poeta, escolástico y místico, auténtico coloso del espíritu, expresó los mismos pensamientos? ¿Acaso la *Divina comedia* no es el cuadro inmortal de la lucha espiritual mediante la que se esfuerza en alcanzar el equilibrio interior y conseguir la salvación de toda la humanidad? Dante cantó a San Francisco como al caballero de la pobreza, y le colocó muy cerca de Cristo. Y pintó a Felipe el Hermoso, que se apodera de la Curia Romana, prostituida a la riqueza, y la lleva a Francia. En el apogeo de la civilización medieval, Dante Alighieri, último gran intérprete del idealismo medieval, cantor del renunciamiento y de la unidad, que exigen del individuo la subordinación al bien común, es el reverso del individualismo del Renacimiento, cuyo amanecer se perfila, en tanto aquél desciende al sepulcro.

FELIPE EL HERMOSO CONTRA BONIFACIO VIII

Dante sostenía la tesis de la independencia del Poder imperial frente al Papa; Bonifacio VIII quiso restaurar la plenitud del Poder pontificio. Sus pretensiones no eran nuevas. Ya fueron fomentadas, en lo esencial, por Gregorio VII y, más claramente todavía, por Inocencio III. «Pero en ese momento se las admitía más fácilmente porque iban acompañadas visiblemente de una misión ideal de la Iglesia» (1). Por otra parte, Gregorio VII e Inocencio III eran figuras más nobles que Bonifacio VIII. Este anciano enérgico y decidido, que mostró en la adversidad una grandeza de alma que obliga al respeto, tenía un carácter despótico y agrio, así como la pasión por la gloria y el Poder. Su orgullo le hizo menospreciar a sus enemigos, y especialmente a Francia, el mejor constituido de los nuevos Estados nacionales. Provocó un conflicto, y en definitiva tuvo que apelar al Estado al que había querido hacer sentir su superioridad como potencia internacional.

El conflicto iniciado con el advenimiento de Bonifacio VIII provenía, como todas las grandes pruebas de fuerza, de diversas causas. El Papado empezaba a constituir su organización administrativa y financiera, que perfeccionaría en Aviñón, en el mismo momento en que los Estados nacionales, y en primer lugar Francia, ponían los fundamentos de su estructura fiscal, indispensable para la gran política. Por otra parte, la Santa Sede apelaba, de modo más imperativo que nunca, a la supremacía suya sobre los Reyes en el momento en que éstos formaban sus Estados como potencias independientes frente a todo Poder internacional. El Rey de Francia detestaba tanto la soberanía imperial

(1) O. c., pág. 108.

como la hegemonía pontificia; lo cual no obstaba para que uno de los legistas reales, Pedro du Bois, soñase para su señor con la monarquía universal, querida del genio de Dante. El *dictatus papae* de Gregorio VII chocaba con el Derecho romano de los legistas, inspirador del absolutismo que se desarrollaría en la Edad Moderna. Si el Papa defendió con dureza lo que consideraba los derechos de la Iglesia, el Rey no dudó en recurrir a la deslealtad y a la violencia.

Bonifacio VIII, pese a sus defectos, era un alma grande. Con la mirada fija en la desgracia de Tierra Santa, deseaba restablecer la concordia entre los Príncipes cristianos. La restauración de la paz entre Francia e Inglaterra le parecía, con razón, la tarea más importante, especialmente por el hecho de que se hacía la guerra con fondos eclesiásticos. El clero de Francia era, por lo demás, el primero en lamentarse, y había pedido protección al Papa. Los intentos de mediación del Papa fracasaron.

El 25 de febrero de 1296, por la bula *Clericis laicos*, Bonifacio VIII prohibía, so pena de excomunión, recibir o pagar impuestos sobre los bienes eclesiásticos sin autorización del Papa, de cualquier índole que fuesen. Se aceptó la bula en Alemania e Inglaterra; el Rey de Francia replicó prohibiendo a sus súbditos sacar dinero acuñado o no, «incluso por motivos de devoción a la Santa Sede». Entonces el Papa explicó al Rey que no pretendía poner trabas al cobro del impuesto por los Príncipes, ni siquiera a la recaudación al clero si una necesidad urgente obligaba a ello al Rey de Francia para la defensa de su reino. En una segunda carta se mostraba aún más conciliador y, en definitiva, deponía la actitud adoptada en la bula. Estas explicaciones quitaban cualquier pretexto a la negativa del Rey, que retiró su prohibición. Semejaba que la paz renacía, y al año siguiente el Papa canonizó a Luis IX, el ilustre abuelo de Felipe el Hermoso, el 11 de agosto de 1297.

Pero el Rey de Francia, inspirado por sus legistas, sólo manifestaba al Papa una consideración meramente de palabra y prestaba ayuda a los enemigos de Bonifacio. Acogió a los Cardenales Santiago y Pedro Colonna y se alió con Alberto de Austria, vencedor de Adolfo de Nassau en la lucha por la Corona alemana, excomulgado por el Papa. Y Pedro du Bois aconsejaba a Felipe apoderarse de la monarquía universal. En el mismo momento, al terminar el siglo, Bonifacio VIII ordenó en 1300 la celebración del año jubilar, que atrajo hacia Roma innumerables peregrinos para ganar las indulgencias. Pero debería haber notado que entre ellos no había Rey. Diferentes cronistas refieren que apareció varias veces adornado con las insignias imperiales y exclamando: «¡Soy César, soy el Emperador!» Creía llegado el momento de convocar a los Príncipes y pueblos para una nueva Cruzada.

El Papa fue desafortunado en una elección para notificar a Felipe e iniciar con él negociaciones concernientes a nuevas infracciones de los derechos de la Iglesia de Francia. Bernardo de Saisset, Obispo de Pamiers, amigo personal del Papa, detestaba al Rey y a Pedro Flote, uno de sus consejeros más oídos. Felipe mandó arrestar al Obispo, inculpado falsamente de alta traición.

Bonifacio VIII exigió la libertad del prisionero y anunció al Rey que convocaría en Roma a los Obispos franceses para deliberar con ellos «antes de mandar lo que conviene para la paz, la salvación y la prosperidad del reino». En lugar y sustitución de la bula *Ausculta Fili* del 5 de diciembre de 1301, que contenía las reclamaciones del Pontífice, se puso en circulación en Francia una falsa bula en la que se exhibía al Rey despojado por el Papa de sus derechos de regalía. Se falsificó igualmente una respuesta del Rey, no enviada nunca, intercalando injurias en ella; al Papa se le llamaba «vuestra máxima fatuidad» *(tua maxima fatuitas)*.

A la convocatoria por el Papa de un concilio que se inauguraría el 1 de noviembre de 1302, respondió Felipe reuniendo los Estados Generales (Cortes) el 10 de abril del mismo año. El «tercer estado» —la burguesía— tomaba parte en ellos por primera vez. El objeto de la convocatoria era enfrentar al Papa y a la nación francesa haciendo decir al Papa que el Rey no recibía de Dios el reino sino de la Santa Sede. Los dos *estados* laicos —la nobleza y la burguesía— se declararon dispuestos a seguir al Rey; el clero adoptó una actitud perpleja y rogó al Papa que revocase el sínodo de Roma «para no destruir la antigua unión entre la Iglesia, el Rey y el reino».

El Papa protestó contra las falsificaciones de los legistas; «Pedro Flote será castigado —afirmó— en lo espiritual y en lo temporal»; afirmó también que no quería usurpar la jurisdicción del Rey; éste solamente debía reconocer que estaba sometido al Papa, como los demás, «en lo tocante a toda violación de la ley divina» *(ratione peccati)*. Precisada así la doctrina de la jurisdicción suprema del Papa, no podía suscitar la más mínima objeción por parte de un Príncipe cristiano. Pero el Rey estaba muy malhumorado a consecuencia de la derrota que acababan de infligir los flamencos, aliados de Inglaterra, a la caballería francesa, en Courtrai, el 11 de julio de 1302. Pedro Flote había encontrado la muerte en la refriega y el pueblo, que recordaba las palabras del Papa, vio en esta muerte un castigo de Dios. Cuando, pese a las prohibiciones del Rey, treinta y nueve Obispos y Arzobispos franceses se encaminaron a Roma para el sínodo, Felipe no se atrevió a protestar.

El acontecimiento sobresaliente de esta asamblea fue la publicación de la bula *Unam sanctam*, que reiteraba la eterna cuestión de las relaciones entre lo temporal y lo espiritual e insistía en la subordinación del primero al segundo invocando la fórmula extrema de Hugo de San Víctor: «Al Poder espiritual corresponde instaurar el Poder temporal y juzgarle cuando es malo.» La bula no contenía nada nuevo, pero en esta coyuntura se presentaba como el programa de una nueva monarquía universal.

Por consejo de legistas sin escrúpulos, Guillermo de Nogaret —sucesor de Pedro Flote— y Guillermo de Plaisians, el Rey se había decidido a efectuar una verdadera acción violenta. Se trataba nada menos que de capturar al Papa en Italia y traerle a Francia para que le juzgase un concilio nacional.

ANAGNI: 7 de septiembre de 1303

Desde el mes de marzo de 1303, Nogaret y los Colonnas, refugiados en Francia, prepararon la expedición, mientras en París se organizaban manifestaciones para disponer la opinión a la junta del concilio nacional. El Papa, advertido de tales maniobras, redactó otra bula, *Super Petri solio*, promulgada el 8 de septiembre, en la que excomulgaba al Rey y dispensaba a sus súbditos del juramento de fidelidad. Entonces Nogaret resolvió entrar en acción.

El 7 de septiembre, al despuntar el día, una tropa de mercenarios, a la que se unió el feroz Sciarra Colonna con los clientes de su noble familia, asaltaba Anagni, donde se había retirado el Papa. El estandarte flordelisado de Francia y el gonfalón de San Pedro flotaban en cabeza de la tropa que arremetió contra la iglesia, luego contra el palacio pontificio a los gritos de: «¡Viva el Rey de Francia y Colonna!» Bonifacio VIII, abandonado por todos, excepto por el Cardenal Boccassini —futuro Benedicto XI— y el Cardenal Pedro de España, esperaba a sus enemigos sentado en un trono con la Tiara en la cabeza, revestido de la capa, teniendo en las manos las llaves y la cruz. «Puesto que he sido traicionado como Jesucristo —había dicho—, al menos quiero morir como Papa.» Si ningún testigo contemporáneo confirma la tradición según la cual Nogaret habría abofeteado al Papa, no se le perdonaron injurias ni amenazas. El anciano de más de ochenta años permaneció impasible. «Aquí está mi cuello y mi cabeza», dijo a los furibundos que le amenazaban. Las mismas violencias se repitieron durante tres días para arrancar al Papa la convocatoria de un concilio nacional. No fue tiempo perdido para los amigos del Pontífice —el Cardenal Boccassini el primero—, que sublevaron al pueblo en favor del Papa ultrajado. La pandilla de los Colonna fue dispersa; Nogaret, herido; el Papa pudo regresar a Roma, donde expiró santamente el 11 de octubre de 1303.

Felipe el Hermoso había triunfado. Su victoria acarreó tristes consecuencias para el Papado, el cual, al caer bajo la influencia del Rey de Francia, vino a establecerse en 1309 en Aviñón, donde permanecería hasta 1378. Los setenta años que algunos historiadores eclesiásticos han llamado la «cautividad de Babilonia» se caracterizarían por una nueva decadencia del Poder pontificio. El Papa, desaparecido poco ha, había defendido con la viveza, a veces excesiva, de un carácter entero y dominante, las ideas de sus predecesores. No había comprendido el cambio de los tiempos y que había que suavizar las decretales de un Gregorio VII y de un Inocencio III. Le sucedió Benedicto XI, quien supo restaurar la paz entre la Santa Sede y Francia sin sacrificar los derechos de la justicia y de la verdad.

CAPÍTULO XIX

LAS CRUZADAS: 1096-1270

LA CRISTIANDAD CONTRA EL ISLAM

Las Cruzadas son la manifestación externa de la unidad y grandeza incomparables de la Iglesia en los siglos XII y XIII (1). Se emprendieron merced al llamamiento de los Papas. Si no alcanzaron, en última instancia, el objetivo fijado —liberar Tierra Santa—; si las ambiciones y divisiones de los Príncipes cristianos las desviaron con frecuencia de esta meta ideal, nada pierden en importancia y significación profunda. Al paralizar durante dos siglos el esfuerzo conquistador del Islam, al retrasar la caída de Constantinopla hasta la mitad del siglo XV, salvaron a Europa al mismo tiempo que ensanchaban su horizonte. Es un resultado que cuenta para la civilización y hay que anotarlo junto con otros beneficios en el haber del Papado.

La Cristiandad había temblado en el momento de las grandes conquistas árabes. La Europa carolingia y el Imperio griego, escasamente poblados, se sentían muy pequeños frente a la enorme masa de las poblaciones sometidas al Corán. Además, el rápido desmembramiento del califato de Bagdad, en el mismo momento en que el cristianismo se extendía por el Norte y el Este en el siglo X, había alejado la idea de peligro. En el siglo XI, en cierto modo, la ofensiva incluso había pasado a los cristianos: los griegos se habían rehecho en Siria; en España se ensanchaban los reinos cristianos; las flotas de Génova y Pisa cruzaban ante las costas africanas, y los normandos establecidos en Italia meridional reconquistaron Sicilia. Pero nuevos nómadas asiáticos vinieron a reavivar la energía y fanatismo del Islam y a despertar el peligro. El día en que (1055) el jefe de una de las hordas de turcos curtidos por siglos

---

(1) Véase: L. Bréhier, *Les Croisades*, 6.ª edición, París, 1928, con bibliografía; R. Grousset, *L'épopée des Croisades*, París, 1939, síntesis de su obra en tres volúmenes *Histoire des Croisades et du royaume franc de Jérusalem.*

de nomadismo y miseria en las ásperas soledades de la Alta Asia, Toghrul beg el Seljúcida, entró en Bagdad, cambió el curso de la historia de Asia. El 19 de agosto de 1071, en Malazgerd, Armenia, el Emperador de Bizancio, Romano Diógenes, fue aplastado y hecho prisionero; representó uno de los peores desastres de la historia europea. Los turcos seljucíes, dueños del Irán, se diseminaron por Asia Menor y Siria, tomaron Jerusalén al Califa de Egipto (1071) y se establecieron en Nicea, frente a Constantinopla, a petición de un General bizantino que ambicionaba el trono (1078). Con éstos tendrían que habérselas los cruzados. Pese al cisma griego, el peligro del Oriente no dejaba indiferentes a los occidentales. Los Santos Lugares, santificados por la Pasión de Cristo, eran la meta de la peregrinación que más atractivo inspiraba a los fieles; finalmente, el comercio mediterráneo se había reanimado lentamente después de terminar las conquistas árabes, y la idea de las riquezas del Oriente civilizado circulaba por Occidente, aún rudo y pobre. La codicia contribuiría, con las inquietudes de una fe ardiente y el espíritu de aventuras que se despertaba con los relatos de peregrinos y mercaderes, a desencadenar el movimiento de las Cruzadas.

LA PRIMERA CRUZADA: 1096-1100

Cuando, en el verano de 1095, el Papa Urbano II, en el transcurso de su lucha contra el Emperador, pasó de Italia a Francia, no se sospechaba, al parecer, el objeto de su viaje. La guerra contra los infieles no figuraba en el primer plano de las preocupaciones del concilio que se inauguraría en Clermont-Ferrand en el mes de noviembre. El Papa francés, que venía a recogerse bajo las bóvedas de Cluny, donde había sido Prior, conocía de antiguo el peligro en que se encontraba el Occidente. El sentido que poseía de los deberes como guía y defensor de la Cristiandad basta para ilustrarnos sobre su política, y el llamamiento del Emperador Miguel VII de Bizancio, sin duda, no hizo más que afianzarle en su determinación.

El 27 de noviembre de 1095, décimo día del Concilio de Clermont, Urbano II llamó a las armas a la Cristiandad. «Llamamiento del Pontífice a la defensa de la fe amenazada por la nueva invasión musulmana; llamamiento del verdadero heredero de los Emperadores romanos a la defensa de Occidente, de la más alta autoridad europea a la protección de Europa contra los conquistadores asiáticos, sucesores de Atila y precursores de Mahomet II. El grito de *¡Dios lo quiere!* respondió por todas partes a su proclama, repetido por el mismo Urbano II, que lo convirtió en el clamor de llamada general y ordenó que los futuros soldados de Cristo estuvieran marcados con la señal de la cruz. La *Cruzada* había nacido, estaba en marcha la idea que lanzaría a Príncipes y multitudes hasta el interior del Oriente» (1). Cada cruzado llevaría en el hom-

---

(1) Grousset, o. c., pág. 6.

bro una cruz roja para demostrar que, por amor a Cristo, aceptaba los sufrimientos de la guerra.

«La orden de movilización europea —prosigue el mismo historiador— llegaba a su hora. Si hubiera sido lanzada unos años antes, si los ejércitos de la Cruzada hubiesen desembarcado en Asia, no como lo harían en 1097, sino siete u ocho años antes, cuando el gran Imperio turco unitario de los seljucíes estaba todavía en pie, su éxito hubiera sido, sin duda, menos seguro.» Pero en este momento, el Imperio turco había sido dividido y los Príncipes estaban desavenidos entre sí. Urbano II no lo ignoraba.

No podía pensar en dejar Roma para ponerse personalmente a la cabeza de la expedición. Escogió, pues, un legado, Ademaro de Monteil, Obispo de Puy, prelado de mucha piedad y de profunda sabiduría, quien al conocer bien el problema de Oriente garantizaba la cohesión de los jefes elegidos entre los grandes señores. Eran Ramón de Saint-Gilles, Conde de Tolosa, el cual ya había guerreado en España contra los infieles; Roberto Guiscard y su hijo Bohemondo, normandos de Sicilia, que expulsaron de ella a los árabes. En Italia el Papa encontró también las ayudas de Pisa y de Génova, en guerra desde hacía dos siglos contra las flotas árabes, que bajo su predecesor, Víctor III, habían atacado victoriosamente Túnez. Sus navíos prestarían una ayuda decisiva a la expedición. A los caballeros del mediodía de Francia se unieron pronto los del Norte: el Conde Hugo de Vermandois, hermano del Rey de Francia Felipe I; Roberto Courte Heuse, hijo de Guillermo el Conquistador: Roberto II, Conde de Flandes; Godofredo de Bouillon, Duque de Brabante, territorio del Imperio, y su hermano Balduino de Bolonia, cuyas tierras dependían de Francia. El movimiento prosperó asimismo en Alemania, donde tardaron más en decidirse, pues los espíritus aún estaban tensos por la lucha de las Investiduras, y la nobleza del Rin y del Sur de Alemania tomó la cruz de los cruzados.

Mas antes de que el ejército feudal estuviese listo para partir, los campesinos, electrizados por las emocionadas palabras de Pedro el Ermitaño, también querían ponerse en camino; la Cruzada popular, por lo demás, terminaría en un sangriento fracaso. No respondía a las miras de Urbano II, profundo talento político que casi no se preocupaba de una expedición improvisada. Por eso, no se le podría acusar del lamentable final de tal asunto. Lo que honra al gran Papa es haber garantizado el éxito de la Cruzada feudal y de haber detenido la marcha del destino que amenazaba a la Cristiandad. Sin él la catástrofe de 1453 hubiera ocurrido tres siglos y medio antes.

Las partidas de peregrinos armados conducidos por Pedro el Ermitaño y el caballero *Gautier Sans Avoir* partieron en abril de 1096 de la región de Colonia, donde se habían agrupado, y llegaron a Hungría y a las tierras del Imperio bizantino. De Nisch a Constantinopla, el Emperador mandó rodearlas para evitar que continuasen los saqueos, porque muchos de ellos, que habían tomado la cruz para alcanzar el perdón de sus culpas, eran pecadores no convertidos del todo. En Constantinopla, donde llegaron el 1 de agosto de 1096,

el Emperador Alejo Comneno aconsejó prudentemente a Pedro el Ermitaño que no atravesasen el Bósforo antes de que llegase la Cruzada de los señores. Al continuar los excesos de las bandas que las reprimendas de sus jefes no lograban dominar, el Emperador las mandó pasar a Asia Menor. El 21 de octubre de 1096, en ausencia de Pedro el Ermitaño, en viaje a Constantinopla, se dirigieron hacia Nicea y los turcos las destrozaron; sólo 3.000 hombres, de 25.000, se libraron de la matanza. A pesar del lastimoso fin de este disparate, Pedro el Ermitaño, animado de una fe ardiente, es una hermosa figura. No podríamos decir otro tanto de sus émulos, Volker de Orleáns, Gotescalco y Emico de Leiningen. Este último era uno de esos caballeros bandidos que entonces se distinguían por sus fechorías. Antes de partir, la emprendió con matar a los judíos de Renania y, al protegerlos los Obispos, arremetió furiosamente contra los obispados, que saqueó. La cabra siempre tira al monte...

El ejército señorial, en cambio, iba al encuentro de los más brillantes triunfos. Con el apoyo de sus 300.000 hombres, incluidos los no combatientes, ganó el Bósforo, que atravesó en la primavera de 1097. En efecto, el Emperador de Bizancio deseaba desembarazarse lo antes posible de los cruzados, pues temía que la vista de las riquezas de Constantinopla despertase su codicia. El 1 de julio de 1097, pese al tormento que causaba un sol de fuego, el ejército de Godofredo de Bouillon derrotaba a los turcos en Dorilea. Al año siguiente, tras agotadoras marchas y graves pérdidas, los cruzados llegaron a Antioquía, que les entregó un traidor después de un asedio de ocho meses (1098). Un año después —7 de junio de 1099— el ejército cristiano daba vista a Jerusalén, la Ciudad Santa. «Al oír el nombre de Jerusalén —refiere un cronista— no pudieron contener las lágrimas, y arrodillándose dieron gracias a Dios por haberles concedido llegar al fin de su peregrinación: la Ciudad Santa en la que Dios quiso salvar al mundo.» El viernes 15 de julio, después de dos días de asalto, se conquistó la ciudad, los vencedores, olvidando que habían tomado la cruz, hicieron una espantosa carnicería.

Terminada la conquista, había que organizarla para mantenerla y poner el sepulcro de Cristo a cubierto de un contraataque turco. Godofredo de Bouillon, rehusando el título de *Rey* en la ciudad donde Cristo fue coronado de espinas, sólo quiso ser el *procurador* —defensor— del Santo Sepulcro. Una nueva victoria de los cruzados sobre los egipcios, en Ascalón —12 de agosto de 1099—, puso en sus manos toda la antigua Palestina, Fenicia, Trípoli, Antioquía y Edesa. Tras la muerte de Godofredo, en 1100, el sucesor, Balduino de Flandes, ahora Conde de Edesa, se ciñó la Corona de Jerusalén convertido en reino, organizado según el modelo de los Estados feudales de Occidente. Varios Soberanos se sucedieron durante unos cuarenta años. La existencia de los Estados latinos de Oriente se debía a los reiterados esfuerzos de Urbano II y de sus sucesores; Tierra Santa se vinculó estrechamente a la autoridad pontificia. En medio de los nuevos Estados, Francia podía, con razón, exigir alguna preponderancia, al haber proporcionado el mayor contingente de la Cruzada,

y su representante más ilustre, Godofredo de Bouillon, se sometía a la Santa Sede con todo su ardor y piedad.

Para concurrir a la defensa de Tierra Santa se fundaron Órdenes de monjes-soldados. La original creación acabó de dar fisonomía propia a los Estados cristianos de Oriente y contribuyó a elevar el ideal de los barones de Occidente que se establecieron en ellos. Fueron los *Hospitalarios de San Juan de Jerusalén*, fundados en 1113 por Gerardo de Tenque, originario de Provenza, y los *Caballeros del Temple* (templarios), fundados en 1128 por Hugo de Payens, procedente de las inmediaciones de Troyes. Conforme al modelo de las dos Órdenes se instituyeron los Caballeros Teutónicos, y los de Calatrava y Santiago en España.

Un contraataque de los turcos en 1144 les devolvió Edesa; tal derrota, así como la política hostil de Bizancio, motivarían una nueva expedición cristiana.

SEGUNDA CRUZADA: 1146-1149

El llamamiento fue lanzado por Eugenio III, quien designó a San Bernardo predicador de la Cruzada. La asamblea de Vézelay, en 1146 —ya lo hicimos notar—, fue un triunfo para el docto y santo predicador, a quien precedía una reputación de taumaturgo. Y como en Clermont cincuenta años antes, la multitud respondió al orador a los gritos de: «¡Cruces, cruces!»

El Rey de Francia, Luis VII el Joven, y el Emperador de Alemania, Conrado III, se cruzaron y reclutaron 70.000 hombres cada uno, que emprendieron el camino por tierra, mientras otros ejércitos procedentes de Inglaterra, los Países Bajos y Provenza viajaban por mar. Pero la mala voluntad del Emperador de Bizancio, la rémora motivada por la afluencia de peregrinos incorporados al ejército y los crasos errores del orden de batalla hicieron que la acción conjunta de Luis y Conrado no lograse sus objetivos, y así no pudieron conquistarse ni Edesa ni Damasco; los alemanes y franceses fueron derrotados alternativamente por los turcos, y los Soberanos regresaron a Europa con los restos de sus ejércitos.

Los cuarenta años siguientes resultaron fatales para las colonias de cruzados en Oriente. Los hechos más memorables fueron las victorias de Saladino, Sultán de Egipto, gran Príncipe y valeroso soldado, que aplastó al Rey de Jerusalén, Guido de Lusignan, a orillas del lago de Genezaret, le hizo prisionero y se apoderó de San Juan de Acre y de Jerusalén en 1187.

TERCERA CRUZADA

Estos desastres sacaron, por fin, a Europa de su sopor, y los Papas Gregorio VIII y Clemente III lanzaron a la Cristiandad a la Tercera Cruzada (1188-1194). La unión de los Reyes cristianos de Europa y el entusiasmo de los

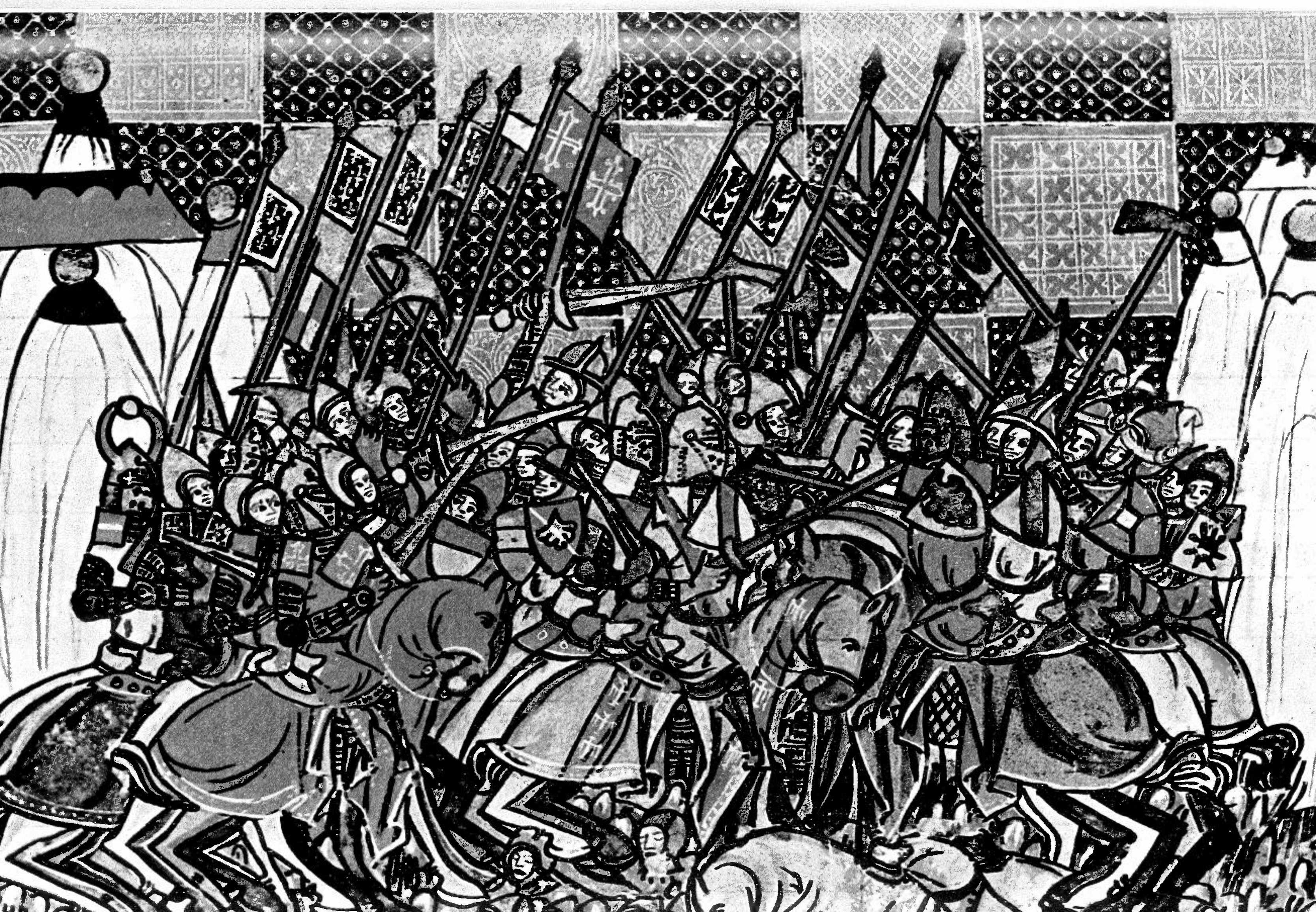
pueblos permitían las mayores esperanzas. Pero ahora los cruzados se enfrentaban a un adversario importante, que reunía bajo su cetro Egipto y Asia, y mandaba predicar la guerra santa, verdadera contracruzada. Los ejércitos cristianos iban al mando de tres Reyes: Felipe Augusto, de Francia; Ricardo Corazón de León, de Inglaterra, y el Emperador Federico Barbarroja. No tardó en surgir la división entre los dos primeros, y ya se sabe que el tercero pereció en las aguas del Selef (1190). Con todo, ingleses, franceses y cruzados de Palestina conquistaron San Juan de Acre, tras un asedio de dos años que fue una auténtica epopeya (1191).

La rebelión de Juan Sin Tierra obligó a regresar a Ricardo a Inglaterra. Antes de partir firmó un tratado con Saladino, que cedió la comarca entre Tiro y Jaffa, autorizó las peregrinaciones a Jerusalén y celebró un armisticio de tres años. Ricardo, que cayó en poder del Duque Leopoldo de Austria, sólo fue liberado en 1194, tras pagar un enorme rescate. El Emperador alemán Enrique VI tomó la cruz entonces y envió a Oriente un fuerte ejército a las órdenes de Conrado de Wittelsbach, que tomó Beyrut (1196-1197). La muerte del Emperador desarticuló la expedición, que emprendió, en su mayor parte, el camino de retorno. De los cuatro Estados latinos, dos se habían perdido —Edesa y Trípoli—; el reino de Jerusalén tuvo por capital San Juan de Acre; pero Guido de Lusignan fundó el reino de Chipre y se constituyó un reino de la Pequeña Armenia. Estaba reservado al gran Pontificado de Inocencio III (1198-1216) que señalase el cambio de rumbo en la epopeya de las Cruzadas.

CUARTA CRUZADA 1202-1204

El proyecto de la Cruzada ocupaba lugar preferente en el plan general de reforma y de organización del mundo elaborado por Inocencio III. Ningún Pontífice se ciñó la Tiara con más clara y alta consciencia de sus deberes para con la Cristiandad. Una Cruzada universal animada de espíritu sobrenatural uniría, en su concepción, a todos los Príncipes, los apartaría de las luchas particulares y los agruparía en estrecha jerarquía bajo el cetro del Pontífice romano. Pero mientras Felipe Augusto y Simón de Montfort convertían —como vimos— en ventajas temporales la Cruzada de los albigenses, análogo espectáculo se produciría en Oriente, en escenario más amplio.

«Frente a la política tradicional de los Papas —escribe Bréhier— que Inocencio III deseaba reanudar, surgía el proyecto de Cruzada del partido gibelino. Para el Papa todos los esfuerzos de la Cristiandad habían de subordinarse a la conquista de los Santos Lugares, y bastaría con la diplomacia para cambiar las disposiciones del Emperador de Constantinopla respecto a Occidente e inducirle a colaborar en la obra. El plan gibelino, por el contrario, consistía en destruir el Imperio bizantino y sustituirle por un imperio latino, que sería el mejor auxiliar de la Cruzada. Enrique VI había copiado este plan de los Reyes normandos de Sicilia; su hermano Felipe de Suabia era el



Toma de Jerusalén por los cruzados (1099). Miniatura de las *Crónicas de Ultramar,* siglo XIV. Biblioteca Nacional. París



San Luis embarcándose en Aigues-Mortes camino de la sexta Cruzada (1248).
Miniatura de *Horas de la Virgen para uso de Autun*, siglo XVI. Biblioteca Geneviève. París

depositario; Bonifacio de Montferrat sería el ejecutor» (1). Las desviaciones de la Cuarta Cruzada proceden de este plan gibelino.

Gran número de predicadores se esparcieron por toda Europa al llamamiento del Papa, a fin de invitar a los fieles a tomar la cruz. El más célebre fue Foulques de Neuilly, cura rural de los alrededores de París, que unía al celo del Apóstol la ciencia del teólogo. Su elocuencia conquistó en 1199 y 1200 a los más grandes señores de Francia y de Flandes, al igual que a Godofredo de Villehardouin, el futuro historiador de la Cruzada; los alemanes los imitaron. El Senado de Venecia consintió en transportar y alimentar durante un año un ejército de 4.500 caballeros, 9.000 escuderos y 20.000 infantes y equipar 50 galeras mediante 85.000 marcos de plata; los cruzados se comprometían a repartir con Venecia la mitad de las tierras que conquistasen.

La participación de los venecianos, dueños del Mediterráneo, cuya colaboración resultaba indispensable, pero cuya avidez de ganancias era proverbial, inquietó al Papa. Otra preocupación suya era la abstención de los Reyes. Inocencio III no tardó en cerciorarse sobre las verdaderas intenciones de los jefes de la expedición.

En el verano de 1202, su legado, Pedro Capuano, supo en Venecia que la flota, en vez de hacerse a la mar hacia Siria o Egipto, se disponía a singlar hacia Dalmacia. Efectivamente, los mercaderes venecianos dirigieron la armada cristiana hacia Zaram, puerto del Adriático que entorpecía su comercio, y se apoderaron de él.

Esto no era más que el preludio de una nueva empresa, tan ajena como la primera, a los planes del Pontífice. Desde 1203 se había acordado entre los venecianos, los jefes de la Cruzada y Alejo de Bizancio, hijo del Emperador destronado Isaac el Ángel, que se tomaría Constantinopla. La prohibición del Papa fue nula, y el 17 de julio de 1203 el ejército cristiano se apoderaba de la capital en beneficio de Alejo, coronado Emperador.

Los cruzados, hecho esto, incurrieron en la excomunión. Inocencio III, para evitar lo peor, declaró estar dispuesto a levantar las censuras si el Emperador de Bizancio reconocía el primado de Roma. El Emperador no podía hacerlo, como tampoco estaba en situación de pagar a Venecia el coste prometido por la expedición. Por consiguiente, entre Bizancio y los cruzados sobrevino la ruptura, y un aventurero, Murzuflo, destronó a Alejo y reconquistó la ciudad en enero de 1204.

Ya no se trataba, pues, ahora de reconquistar Constantinopla en beneficio de un Príncipe de Oriente, sino de repartirse el Imperio entre Venecia y los cruzados. Tras duras batallas, cayó la ciudad en abril de 1204 y fue saqueada con todas las de la ley. Se celebró la repartición de tierras como se había convenido, y Balduino de Flandes fue proclamado Emperador de Oriente. El colegio electoral previsto por el tratado de alianza le había preferido a Bonifacio de Montferrat, del que recelaba Venecia. En cuanto al dogo Dandolo,

---

(1) Bréhier, *Les Croisades*, pág. 153.

cuyo nombre también se había propuesto, rehusó; la Constitución veneciana le prohibía aceptar este cargo. El domingo 16 de mayo, en Santa Sofía, el nuevo Emperador de Oriente se puso las calzas de seda, las sandalias de púrpura recamadas de pedrería, la cota recubierta de botones de oro, el largo palio recamado de perlas, la clámide bordada de águilas. Con el cetro en una mano y el globo de oro en la otra, el Emperador subió al trono de Constantinopla y recibió los homenajes de griegos y de latinos. Como en Palestina en 1099, después de la toma de Jerusalén, en Constantinopla se había establecido una dominación feudal.

Inocencio III, ante los hechos consumados, no ocultó su tristeza. El nuevo amo de Bizancio le escribió al punto que dedicaría todos sus esfuerzos a terminar con el cisma griego. Esperando utilizar con fines más elevados un evento que no había deseado, el Papa acabó por aprobar la constitución del Imperio latino de Constantinopla, que podría favorecer la unión de las Iglesias y la conquista de los Santos Lugares.

Pero no ocurrió así. Los barones de Occidente y los funcionarios del Sacro Palacio no pudieron entenderse nunca; para los refinados bizantinos, los rudos caballeros no eran más que bárbaros. La división cundió entre los Príncipes cristianos y comprometió muy pronto la seguridad del Imperio de Balduino. Los griegos reconocían más bien como soberano legítimo a Lascaris, yerno de Alejo IV, que había fundado, tras la toma de Constantinopla, un nuevo Estado en Asia Menor con Nicea como capital.

El Papa, infatigable, no se desanimó. En 1213 mandó se reanudase la predicación de la Cruzada en toda Europa e intentó negociar un acuerdo entre Lascaris y el Imperio latino. En 1215 Federico II tomaba la cruz, y al inaugurarse el Concilio de Letrán —11 de noviembre del mismo año— pudo creer que la Cruzada, el gran proyecto de su reinado, se realizaría por fin. Sólo recibió una nueva decepción. Ya los Príncipes y los pueblos pensaban más en sus propios intereses que en el ideal supremo de la Cristiandad. Al menos, la victoria de la caballería española y francesa en el Sur, en Las Navas de Tolosa, en 1212 había asestado un golpe mortal al Poder del Islam en la península ibérica.

No es menos verdad que «a la política ecuménica del Papa, defensor de los intereses de la Cristiandad, se oponen desde ahora los intereses de las potencias territoriales y comerciales... La conquista de Constantinopla, la Cruzada de los albigenses, las de Inglaterra, Prusia y España dispersaron sus esfuerzos, que hubieran podido concentrarse en Tierra Santa. La idea de la Cruzada dirigida contra cismáticos, luego contra herejes, después contra cristianos en rebelión, perdió su carácter religioso y terminó desacreditándose. Desde la época de Inocencio III es fácil discernir las causas que destruirán esta idea en Europa, estableciendo entre la Cristiandad y los infieles un nuevo orden de relaciones» (1).

---

(1) Bréhier, o. c., pág. 180.

QUINTA CRUZADA

El concilio general de 1215 decidió, con todo, una Quinta Cruzada, que comenzaría el 1 de junio de 1217. El sucesor de Inocencio III, Honorio III, heredó su entusiasmo; Santiago de Vitry y Olivier de Colonia fueron sus principales predicadores. Pero todo este período —como se ha visto— estuvo dominado por la lucha de Federico II contra el Papado, y puede afirmarse que se desarrolló tanto en Oriente como en Occidente. El fracaso final de la Cruzada, pese a brillantes pero efímeras victorias, se debió, en gran parte, a la política antipapal del Hohenstaufen, considerado maestro en subterfugios.

Los cruzados, al mando del Duque Leopoldo de Austria y del Rey Andrés de Hungría, alcanzaron a los musulmanes de Egipto. El asedio de Damietta, dirigido por Juan de Brienne, Rey de Jerusalén, entregó la ciudad a los cristianos (1218-1219), quienes volvieron a perderla poco después. Cuando Federico II, excomulgado por Gregorio IX, se decidió, por fin, a partir con un ejército demasiado débil para asestar un golpe decisivo, era demasiado tarde. El tratado que se estipuló en 1229 con el Sultán garantizaba Jerusalén para el Emperador alemán, pero sacrificaba los intereses de la Cristiandad; la posesión de Italia le afectaba más que la victoria de la cruz.

Cuando terminó el armisticio de diez años previsto en el tratado, nuevos ejércitos francoingleses se pusieron en camino para Tierra Santa (1239). El resultado de la expedición fue más bien modesto, y en este interregno los mongoles o tártaros, que habían invadido Rusia y Hungría, llegaron al Adriático y pusieron en peligro las posesiones cristianas de Oriente. Los refuerzos mongoles permitieron al Sultán de Egipto conseguir la victoria de Gaza, que arrebató definitivamente Jerusalén a los cristianos (1244). Al mismo tiempo Antioquía estaba amenazada; todas las conquistas cristianas estaban caducas.

SEXTA CRUZADA

Una vez más el Papado recogió el desafío y el Concilio General de Lyón (1245) hizo un llamamiento a los Príncipes cristianos para que liberasen los Santos Lugares. Se acordó que para la Sexta Cruzada se cediese durante tres años la vigésima parte de las rentas eclesiásticas, y se invitó al pueblo a hacer donativos poniendo ante sus ojos el nuevo peligro tártaro. Pero los Hohenstaufen sólo pensaban en luchar contra el Papa, e Inglaterra se mostraba algo más que indiferente. Sólo San Luis y los franceses escucharon la llamada de Inocencio IV. Para el hijo de Blanca de Castilla la Cruzada era la gran obra de defensa cristiana y europea, el asalto contra la barbarie pagana y musulmana que otrora dirigieron Carlos Martel y Carlomagno.

San Luis preparó detenidamente su empresa. El 12 de junio de 1248 abandonaba Saint-Denis y el 18 de agosto se embarcaba en Aigues Mortes; un mes después estaba en Chipre, donde esperó refuerzos que no llegaron. En junio de 1249 estaba delante de Damietta, que conquistó, y al año siguiente conseguía la sangrienta victoria de Mansurah. Pero su ejército, diezmado por la peste, tuvo que ceder ante el número, y el Rey y sus hermanos cayeron en poder del enemigo. Recuperó la libertad a costa de un enorme rescate, permaneció cuatro años en Oriente para negociar la liberación de los prisioneros y regresó a Francia después de morir su madre (1254). La expedición había fracasado, pero la piedad ejemplar y la constancia cristiana del Rey de Francia no fueron inútiles. Joinville refiere varios rasgos demostrativos de que los sarracenos tenían en alta estima a ese franco, siempre cumplidor de su palabra y tan ecuánime en las mayores desgracias.

SÉPTIMA CRUZADA

Las conquistas del Sultán de Egipto, la destrucción del Imperio latino de Oriente (1261), hicieron nacer la idea de una Séptima Cruzada, cuyo héroe fue de nuevo San Luis. Desde 1266 el Papa Clemente IV exhortó a San Luis y a sus barones a que tomasen la cruz; Tibault de Champaña y Roberto de Artois siguieron el ejemplo del Rey, y una vez más Francia vibró de entusiasmo. A la muerte de Clemente IV (1268), la vacante de la Sede Apostólica se prolongó, para mayor provecho del Rey de Sicilia, Carlos de Anjou. San Luis exigió que su hermano se juntase con él ante Túnez. La salida de los cruzados se efectuó a principios del verano de 1270, y el 17 de julio el grueso de las fuerzas desembarcaba ante las murallas de la antigua Cartago. La peste dio buena cuenta de los héroes. El legado del Papa y muchos caballeros perecieron bajo el ardiente sol de África; también el Rey fue víctima de su terrible azote. El 25 de agosto murió como un Santo. Su testamento, que podría servir de modelo a todos los Príncipes, encerraba estos admirables pensamientos: «Querido hijo, lo primero que te enseño es que pongas todo tu corazón en amar a Dios... Ten con los pobres y con todos los que sufren en cuerpo y en alma un corazón bondadoso y misericordioso... Guárdate de promover guerra sin tomar deliberado consejo... Apacigua lo antes posible guerras y querellas... Sé devoto de la Iglesia de Roma y del Sumo Pontífice, nuestro Padre.»

Horas después Carlos de Anjou se presentó con su flota ante Túnez. Al convertirse en Jefe de la Cruzada, por la muerte de su hermano, se apresuró a concertar un tratado ventajoso para su reino de Sicilia; luego emprendió el regreso, aplazando durante tres años el cumplimiento de su voto de Cruzada. El Príncipe Eduardo de Inglaterra quiso continuar la expedición hasta Tierra Santa, y desembarcó delante de San Juan de Acre en el mes de mayo de 1271. Pero no estaba en situación de atacar y también tuvo que volver a Europa.

Se había truncado el gran impulso de las Cruzadas. Gregorio X, en el Concilio de Lyón de 1274, perdió el tiempo invitando a los Príncipes a reanudar la ofensiva. Su muerte y las rivalidades nacionales impidieron llevarla a cabo. La situación de los cristianos se agravó más cada día y las ciudades cayeron una tras otra ante la acometida musulmana; al terminar el siglo sólo quedaba el recuerdo del reino cristiano de Tierra Santa. El concilio de Viena (Francia), en 1311-1312, intentó una vez más galvanizar las energías; los Príncipes se contentaron con piadosas promesas. Varios Papas volvieron a la carga, pero en vano; los tiempos habían cambiado. En el siglo XIV los turcos se asentaban en la península balcánica, los serbios eran aplastados en Kossovo (1389), los caballeros franceses en Nicópolis (1396), y Constantinopla, tomada por la espalda, cayó definitivamente en 1453.

Las Cruzadas, debidas a la iniciativa de los Papas, lograron, sin embargo, retrasar en cuatro siglos la caída del Imperio de Oriente y permitieron organizarse a las naciones occidentales. Durante la Edad Media la Santa Sede y la Iglesia habían encauzado la atención hacia Oriente, y la civilización europea, tanto religiosa como laica, se benefició de los contactos e intercambios entre dos mundos.

Las primeras Cruzadas tuvieron por resultado la fundación de los Estados latinos de Oriente, que debieron su organización a los barones de Francia, y cuyas riquezas fueron explotadas por las ciudades marítimas de Italia. Pero ya hemos señalado que desde muy temprano surgió la oposición entre la acción generosa de los Papas y los intereses temporales de los Estados. La lucha del Pontificado y del Imperio se prolongó en Tierra Santa, y el Imperio latino sólo fue para la Cristiandad un motivo de debilitamiento. La idea de la Cruzada se desacreditó con esta política, y el mismo peligro mongol no consiguió apartar a los Estados de Europa de sus divisiones. San Luis, consciente único de los intereses de la unidad cristiana, dio un magnífico ejemplo, pero aislado.

Si la lucha contra el Islam fue más de una vez, y durante mucho tiempo, el asunto capital para la Europa cristiana, las Cruzadas no fueron, en definitiva, más que un episodio en la historia política del mundo musulmán. Los cruzados no derribaron de modo permanente ningún Estado musulmán importante, y la evolución de los mismos se debió a revoluciones intestinas. En cambio las Cruzadas ejercieron profunda influencia en los destinos de la sociedad europea. Las hecatombes de los señores afectaron al feudalismo y beneficiaron al poder real, mientras que el comercio mediterráneo condicionaba la vida económica, política y social de las ciudades italianas. En el arte, la ciencia y la literatura se notaba el efecto de los contactos con la civilización musulmana en cada nueva etapa.

Existe otro campo en el que las Cruzadas ejercieron una acción que desde entonces no ha cesado de dar sus frutos. En el mismo instante en que el ideal de la Cruzada se desvanecía, los discípulos de San Francisco y de Santo Domingo iniciaban sus misiones entre los infieles. Las relaciones con los mongoles no pudieron servir para establecer una alianza entre ellos y la Cristiandad,

mas abrieron el dilatado campo del Extremo Oriente a la actividad misionera. Pese a los fracasos que sobrevendrían después, las obras admirables, por audacia y fe, de Plancarpino, de Guillermo de Rubruquis, de Marco Polo, de Oderico de Pordenone abrieron caminos que ya no se cerrarían nunca. Los Papas, que tanto apoyaron sus esfuerzos, hicieron de ellos los predecesores de los grandes descubridores del Renacimiento, los Cristóbal Colones y Vascos de Gama. La obra inmensa que abrió mundos nuevos a la civilización occidental cristiana, en su esencia es el resultado, remoto pero innegable, de la idea de Cruzada que nunca fue ajena a esos grandes creadores.

En el plano del ideal suele prevalecer más el esfuerzo que el éxito. Los siglos de heroísmo, en los que se desarrollaron las *gesta Dei,* en las tierras lejanas donde los cruzados disputaron al Islam el sepulcro de Cristo, despertaron un ideal de generosidad y de renunciamiento que ninguna realidad terrena podría borrar de la conciencia de los pueblos.

CAPÍTULO XX

LA SANTA SEDE EN AVIÑÓN: 1309-1378

DECADENCIA DEL PODER PONTIFICIO

La decadencia del Poder pontificio es el rasgo dominante del movimiento religioso del siglo XIV. Casi repentinamente —como ya dijimos— se transforma la situación exterior del Papado. A su apogeo bajo Inocencio III sucede, a fines del mismo siglo, el inicio de la decadencia con Bonifacio VIII. Este rápido ocaso participa de los caracteres generales de la agitada época que se extiende desde principios del siglo XIV hasta la mitad del siglo siguiente, época del Papado de Aviñón, del gran Cisma de Occidente, de los Concilios de Constanza y de Basilea, de la Guerra de los Cien Años y de los comienzos del Renacimiento (1). La sociedad europea —Iglesia, Estados, pueblos— está fermentando, y la agitación se da tanto en la política como en los espíritus inquietos y en las almas doloridas. A medida que pasa el tiempo se siente que el mundo espera algo nuevo, sin discernir todavía lo que quiere sustituir a la tradición, que sigue sin ofrecer cambios esenciales.

Es, incluso, el momento —el siglo XIV— en que los teóricos trataron de reivindicar para el Poder de los Papas una extensión ilimitada. Con esto sólo podían aumentar la oposición entre el ideal y la realidad, que llevó a unos a rebelarse contra la Iglesia y a otros a evadirse en un misticismo consolador: Wyclef y Marsilio de Padua, Ruysbroeck el Admirable y Tomás de Kempis, presunto autor de la *Imitación de Cristo.*

La decadencia del Poder pontificio se relaciona con la del Poder imperial; la unidad del Occidente cristiano se desintegra, en tanto decaen los dos Poderes internacionales: el Pontificado y el Imperio. Al movimiento de las Cruzadas, que había unido a los pueblos en un mismo afán, sucedía el movimiento nacional, que se apoyaba en la comunidad de lengua y afirmaba celosamente la in-

(1) Consúltese G. Mollat, *Les papes d'Avignon,* 7.ª edición, París, 1930.

dependencia de los Estados particulares. Los Príncipes desarrollan la administración, el Poder público y la fuerza militar; un fisco en desarrollo les facilita los medios, mientras los legistas facilitan los argumentos.

La Santa Sede subestimó el Poder de los nuevos Estados, especialmente de Francia. Pero, siguiendo su ejemplo, se esforzó en armar una máquina administrativa y financiera para dirigir a la Iglesia. No era éste el medio de aumentar el respeto y prestigio del Papado, y el pueblo cristiano notaba que ya había pasado el tiempo en que la Iglesia encabezaba una reforma religiosa interna. Roma seguía custodiando el dogma, pero la Curia dedicaba su atención preferentemente a la política y a aumentar sus rentas. El ejemplo de los Cardenales, que tanto favorecían a sus familiares y clientes, tras haberse aprovechado ellos mismos, lo imitó fácilmente el alto clero. El Sacro Colegio, que contaba veinte miembros en el siglo XIV, se dividió en partidos nacionalistas: Cardenales italianos y franceses. La comunidad de sus intereses, superior a los partidos, fue un nuevo peligro para la Iglesia cuando pusieron condiciones a los candidatos; el resultado fue, naturalmente, limitar más la libertad de acción del Papa.

Al gran impulso interno creador de la civilización cristiana del siglo XIII había sucedido un relajamiento general y una tendencia a los bienes materiales. Por eso, cuando se inició el gran debate por la supremacía del Poder pontificio, «no se pudo colocar en el platillo de la balanza ningún valor ideal vivo, tanto que los adversarios del Papado sólo vieron pretensiones al Poder temporal contra las cuales oponían sus pretensiones políticas... La llamada a la reforma, proviniese de personas autorizadas o no, resonó con más fuerza hasta prevalecer, a fines del siglo, sobre todos los demás deseos y quejas... Se había roto el equilibrio que debe existir entre el esfuerzo creador de civilización y el renunciamiento a los bienes terrenos» (1).

No sería posible indicar de nuevo aquí las fases del gran debate por la plenitud del Poder pontificio. Ya hemos visto frente a frente las tesis bajo Gregorio VII, Inocencio III y Bonifacio VIII. Baste añadir que los argumentos tomados de la Historia, Filosofía, Teología y Derecho, tanto canónico como civil, tuvieron por defensores a las inteligencias más ilustres de la época. De la *Monarquía* del Dante a los tratados de Gil de Roma, de Santiago de Viterbo, de Enrique de Cremona, de Juan de París, de Agustín Trionfo, de Álvarez Pelayo, pasando por los legistas de Felipe el Hermoso, como Pedro du Bois, para terminar en Marsilio de Padua y Guillermo Occam, en la época de las polémicas entre el Papado y Luis de Baviera, ya está dicho todo.

En resumidas cuentas, no fue el Papado quien salió ganando en ese largo debate. La tendencia triunfante fue la de la subordinación de la Iglesia al Estado, Poder cada vez más absoluto que sabrá prevalerse del axioma: *cuius regio, illius et religio* (de tal país, tal religión). Habían pasado ya los tiempos de la alianza entre el Papado y el Imperio, que dominaron la Edad Media.

---

(1) Schnürer, o. c., III, 20-21, y los capítulos siguientes.



El Palacio de los Papas en Aviñón, residencia pontificia (1309-1377). Fotografía

El Papado buscaría, para soportar pronto, la protección de Francia. El Imperio ya no disponía del Poder necesario para afianzarse en Alemania e Italia. La dignidad imperial, despojada del prestigio místico conferido por la gesta de León III, ya sólo ostentaba el brillo que le daba el Poder de una casa principesca. Alemania, en vías de desmembrarse, no podía pensar en reemplazar el antiguo *imperium* por una liga de naciones europeas. Y el Papado tampoco podía, tras la dura controversia resquebrajadora de su autoridad moral. Dominado por las aspiraciones del siglo, no hallaba en sí mismo, en ese momento, fuerza y voluntad de reforma. Su larga permanencia *en Aviñón* contribuiría también a alejarle de ella.

LA SUCESIÓN DE BONIFACIO VIII

El amigo de Bonifacio VIII Cardenal Nicolás Boccassini, dominico, que le asistió en las ignominiosas jornadas de Anagni, le sucedió el 22 de octubre de 1303 con el nombre de *Benedicto XI* (1303-1304). Tenía la difícil tarea de restablecer la paz con Francia y la cumplió, no deshaciendo pura y simplemente lo hecho por Bonifacio VIII, sino concertando una paz necesaria sin sacrificar la justicia ni la dignidad de la Santa Sede. Dos cartas del Pontífice a Felipe el Hermoso —5 de abril y 13 de mayo de 1304— trajeron la reconciliación: se levantó la excomunión contra el Rey y contra los demás personajes; en cambio, Nogaret y Sciarra Colonna fueron excomulgados el 7 de junio. La constitución *Quod olim* suavizó la bula *Clericis laicos* relativa a las contribuciones del clero de Francia, que no había esperado la decisión del Papa para participar de modo amplio en los gastos públicos. Naturalmente, Benedicto XI se negó a declarar a Bonifacio VIII hereje e intruso, como deseaban el Rey y sus legistas. El Papa murió en Perusa el 7 de julio de 1304; no parece que debamos dar crédito al cronista Villani, quien pretendió que había sido envenenado. Pronto se veneró su memoria y el Papa Clemente XII —1738— le proclamó beato.

La sangrienta rivalidad de Orsinis y Colonnas —éstos adictos a la corte de Francia— obligó a Benedicto XI a abandonar Roma. Los mismos disturbios, que se agravaban cada vez más, fueron la causa de una prolongada vacante de la sede pontificia. El 5 de junio de 1305, el partido de los Colonnas venció a los Orsinis y Gaetanis, y Beltrán de Got, Arzobispo de Burdeos, fue elegido Papa; tomó el nombre de *Clemente V* (1305-1314). Apenas tenía cuarenta años y, originario de Gascuña, pero súbdito inmediato del Rey de Inglaterra, amigo fiel de Bonifacio VIII, Beltrán de Got se había distinguido hasta ese momento por su independencia frente a Felipe el Hermoso. La política pacificadora de Benedicto XI le permitió reanudar las relaciones con el Rey, que hizo de él su candidato a la Santa Sede. Pero contra lo que afirma Villani, no se celebró ninguna entrevista entre el Rey y el Cardenal en Saint-Jean d'Angély.

Por miedo a caer bajo la influencia de las facciones romanas, Clemente V convocó la corte pontificia en Lyón, donde fue coronado el 14 de noviembre de 1305. No sabiendo dónde fijar su residencia, llevó una vida errante por Francia, y por fin se detuvo en Aviñón en la primavera de 1309. Aún no pensaba establecerse allí, y se contentó con alojarse en un convento de su Orden: los dominicos. Pero la belleza del lugar en las orillas soleadas del Ródano seduciría a la corte pontificia. En Aviñón permaneció ésta durante casi setenta años, y fueron necesarias nada menos que las súplicas de Santa Catalina de Sena para arrancarle a los encantos de Provenza.

Aviñón, ciudad del condado de Provenza, enclavada en el condado de Aviñón, propiedad de la Santa Sede, era, por su proximidad al reino de Francia, residencia expuesta para el Papado. Los legistas del Rey Capeto —con Pedro Du Bois a la cabeza— querían hacer de Felipe el Hermoso el Jefe de la Cristiandad, poner en sus manos, con el pretexto de la Cruzada, las riquezas del clero, tanto secular como regular, y convertir a la Santa Sede en instrumento de su política. Desde ese momento la política preponderante fue francesa; se crearon muchos Cardenales franceses, y sin demora se esforzaron por embaucar al Pontífice pidiéndole condenase a Bonifacio VIII. En las conferencias de Poitiers, desde 1308, el Papa anuló las censuras pronunciadas contra el Rey y sus partidarios y terminó consintiendo en incoar en la Curia el proceso contra Bonifacio VIII. Sólo en el Concilio de Vienne (1311) fue cuando la desaprobación general hizo renunciar al Rey a su venganza: declarar a Bonifacio VIII hereje, exhumar sus restos y quemarlos públicamente. Pero antes, la bula *Rex gloriae,* del 17 de abril de 1311, fue tan elogiosa para el Rey, que declaraba que sus intenciones habían sido buenas y puras. Sólo exceptuaba el atentado de Anagni, achacado a Nogaret y a sus lamentables comparsas. El proceso contra Bonifacio VIII se suspendió entonces, porque el Rey ya había dirigido todos sus esfuerzos contra la Orden de los templarios, cuyas riquezas codiciaba, deseando inducir al Papa a que los condenase; había empezado una terrible tragedia.

PROCESO DE LOS TEMPLARIOS

La Orden del Temple estaba en todo el apogeo de su Poder. Poseía inmensas riquezas, que la constituían en una especie de banquero de los Príncipes; sus 2.000 caballeros y rentas, evaluado solamente en Francia en cinco millones y medio de francos oro, entorpecían la marcha de Felipe el Hermoso hacia el absolutismo. Por otra parte, desde mucho tiempo atrás se imponía reprimir los abusos y desórdenes de los templarios, que ya llamaron la atención de San Luis, de Nicolás IV y de Bonifacio VIII. Graves acusaciones de inmoralidad, impiedad, injurias a Cristo y a la cruz, profanación de sacramentos, superstición fueron reiteradas por el Rey en las conferencias que mantuvo con el Papa en Poitiers (1307). Clemente V se disponía a abrir una

investigación, cuando supo el 13 de octubre de 1307 que los templarios de Francia habían sido detenidos por orden del Rey; se encargó a Nogaret, el hombre de los ataques por sorpresa, de esta faena.

Felipe el Hermoso intentó al punto solidarizar al Papa con tal medida; Clemente V protestó; el Rey hizo caso omiso y recabó la colaboración del gran inquisidor de Francia, Guillermo de París, su confesor. El Papa le suspendió en sus poderes y avocó la causa a su propio tribunal. Pedro Du Bois mantuvo entonces contra la Santa Sede una teoría tan radical, que podía justificar los peores suplicios. «El camino a seguir —escribe— nos lo enseña Moisés cuando la apostasía de Israel junto al becerro de oro: tome cada cual la espada y mate al que tenga más cerca... ¿Por qué el Rey, Príncipe cristianísimo, no habría de proceder así, incluso contra todo el clero, si éste —¡Dios nos libre!— se equivocase o defendiese errores?» Wyclef, Juan Huss, Enrique VIII, Isabel, Cromwell no discurrirían de otro modo.

No obstante, los inquisidores, con ayuda del potro, habían obtenido muchas confesiones. De 138 inculpados casi todos reconocieron haber renegado de Cristo y escupido a la cruz; otros, haberse entregado a inmoralidades infamantes; pero la mayoría se retractaron después de las confesiones arrancadas en el tormento. El Papa, ante nuevas declaraciones de inculpados —cuyo valor, por lo demás, es muy difícil apreciar— dio orden de proceder a la información judicial y autorizó el uso de la tortura. Cundió entonces un verdadero terror; se encendieron las hogueras. «Lo confesaría todo, lo sé —decía un templario—; confesaría que he matado a Dios, si lo desean.» Se efectuaron procesos judiciales a petición del Rey de Francia en Inglaterra, España, Alemania e Italia, pero en Francia fue donde llegaron al paroxismo.

En 1311, el Concilio General de Viena (Francia), bajo la vigilancia de Felipe el Hermoso, se ocupó del tremendo asunto, y el 2 de mayo de 1312 Clemente V mediante la bula *Ad providam*, suprimió la Orden de los templarios. El Rey, con desprecio de este gesto, se apoderó de todos los bienes de la Orden y mandó zanjar el proceso del gran maestre Jacobo de Molay y de algunos altos dignatarios. El 11 de marzo de 1314 Jacobo de Molay y el maestre (o visitador) de Normandía fueron quemados vivos en París, aun después de haberse retractado el mismo día. Así lo decidió el Rey, «Príncipe cristianísimo».

El Papa, de salud enfermiza, falleció un mes más tarde, el 20 de abril de 1314, en Roquemaure, cuando se dirigía a Burdeos. Seis meses después Felipe el Hermoso le siguió al sepulcro. Las preocupaciones de toda índole y los trabajos del Concilio de Viena (Francia) contribuyeron a acelerar el fin del Sumo Pontífice. En Alemania, a la muerte de Alberto de Austria, asesinado por su sobrino Juan de Suabia —1308—, el Papa acogió favorablemente la elección de Enrique de Luxemburgo y mandó coronarle Emperador en Roma por sus legados. Prefería esta elección a la del Rey de Francia, quien intentó que se eligiese a su hermano Carlos de Valois. Pero Enrique VII también reiteró las pretensiones gibelinas. Se disponía a afrontar la excomunión cuando murió en 1313. El Papa, apoyado por Felipe el Hermoso, nombró entonces un Vica-

rio imperial para Italia. Dante en su *De Monarchia*, acababa de alzarse de de nuevo contra las pretensiones pontificias.

El Concilio de Viena (Francia) había sido una de las grandes preocupaciones del Pontífice; Guillermo Durand, Obispo de Mende, presentó una memoria en la que pedía la reforma de la Iglesia «en la cabeza y en los miembros». Se limitó a la severidad contra los errores de los «begardos, beguinas y *fraticelli*». Se examinó asimismo la doctrina del «pobre uso», el simple uso de las cosas indispensables para la vida, renovada por Pedro de Oliva, fraile menor franciscano del Languedoc, que defendía con intrépido entusiasmo la pobreza evangélica. Ésta exige —decía— «no sólo no poseer nada, sino también que se use pobremente de las cosas que no se poseen». Fácilmente se comprende que el «pobre uso» haya suscitado vivas controversias en la época de la residencia en Aviñón.

JUAN XXII: 1316-1334

La sede pontificia estuvo vacante más de dos años, pues los partidos francés, italiano y gascón no llegaron a un acuerdo sobre la persona ni el lugar de residencia del Papa. El 7 de agosto de 1316, finalmente, Jacobo de Euse u Osa fue elegido con el nombre de Juan XXII. Hijo de un zapatero de Cahors, se había elevado con su trabajo y cualidades personales a los más altos cargos. Confidente de su predecesor, Obispo de Aviñón desde 1310, luego Cardenal, este anciano de setenta y dos años, enjuto de cuerpo y de feo rostro, poseía una inteligencia superior y un gran temple de alma; fue el Papa más notable de Aviñón.

Su primer pensamiento fue organizar una nueva Cruzada, si bien chocó con la mala voluntad de los Príncipes y de los pueblos y con la oposición que por todas partes crecía contra el Papado. La doble pretensión al Imperio de Federico el Hermoso, Duque de Austria, y de Luis, Duque de Baviera (1314), desencadenaría un nuevo conflicto de los más graves. Juan XXII, desde su elección, había ofrecido mediar, inútilmente, a ambos Príncipes. En 1322, Luis de Baviera triunfó, mas el Papa, descontento de su política en Italia, se negaba a coronarle; se reanudó con violencia la lucha entre el Pontificado y el Imperio.

Al indicar Juan XXII a Luis de Baviera, bajo pena de excomunión, que renunciase al Imperio, el Soberano le replicó convocando un concilio general para que juzgase al Pontífice; en marzo de 1324, el bávaro fue excomulgado. Se vería a los extremistas coligarse contra el Papado: a los partidarios de la pobreza evangélica, del «pobre uso», a los hermanos espirituales o *fraticelli* y a los partidarios de la soberanía temporal llevada al extremo. Los seudomísticos franciscanos que pretendían imitar por sí solos a Cristo tenían ahora por aliado a Guillermo de Occam, Marsilio de Padua y Juan de Jandun, quienes preconizaban la superioridad de los concilios sobre el Papa y la soberanía popular; la democracia se aplicaría así a la Iglesia. Luis de Baviera, que en

un principio había mantenido la distancia entre él y Marsilio de Padua y Jandun, los recibió en 1326 en su corte de Nuremberg. Marsilio fue su médico e inspirador en su lucha contra el Papa.

Dos años más tarde Luis de Baviera estaba en Roma y hacía elegir a un antipapa, un *fraticello,* Pedro de Corbaria (Nicolás V), cuya corte fue principesca y disoluta, quien coronó a Luis de Baviera en mayo de 1328. Tres meses después el pueblo romano le echaba a pedradas y Luis de Baviera se volvía avergonzado a Alemania; el antipapa se sometió en 1330. Uno de los más grandes historiadores de los Papas, Luis Pastor, ha escrito acertadamente que la colación de la Corona imperial por el pueblo romano y la elección de un antipapa en la persona de un fraile menor rebelde fue la traducción práctica de las doctrinas del *Defensor pacis* de Marsilio de Padua (1).

De aquí resultó una reacción que también llegó al extremo: Álvaro Pelayo, franciscano, y Agustín Trionto, agustino, ensalzaron tanto el Poder del Papa que hicieron de él «el señor absoluto del Universo». No se podía servir mejor la causa pontificia.

La actividad de Juan XXII no se limitó a esas luchas. Desarrolló la enseñanza de las lenguas orientales fundando cátedras de hebreo, árabe y caldeo en la corte romana y en las Universidades de París, Oxford, Salamanca y Bolonia; reactivó las relaciones con el Imperio bizantino y envió misioneros al África y a China. El mallorquín Raimundo Lulio, espíritu abierto a los más audaces avances, alquimista, poeta, místico y Apóstol al mismo tiempo, una de las figuras más extraordinarias de la Edad Media, había sido uno de los promotores más activos de estas reformas.

Juan XXII fue, sobre todo, un gran administrador. La Curia necesitaba dinero para la Cruzada en proyecto, las obras científicas, de apostolado y caridad, la construcción de los palacios de Aviñón y los gastos suntuarios. El Papa desarrolló, pues, en gran escala el *fisco pontificio,* que ya no cesaría, durante mucho tiempo, de aumentar exageradamente. Renunciando de modo personal al lujo, quería disponer de mucho dinero para todas las necesidades del Papado. Dedicó 16.000 florines anuales a limosnas, y a su muerte dejó en fondos 750.000 florines, que hoy serían —como alguien ha estimado recientemente— unos 50 millones de francos suizos (2). Las *anatas,* o cobro por parte de la Santa Sede del primer año de rentas de un beneficio, fueron una de las medidas que más dinero produjeron, pero que más desacreditaron al Papado. Alemanes e italianos, irritados por el traslado de la corte pontificia a Aviñón, por su lujo y por la influencia creciente de los Cardenales franceses, no dejaron de explotar el descontento de los perjudicados por el fisco papal.

Un juicio del Papa en materia de dogma contribuyó también a hacerle sospechoso a muchos fieles. Había enseñado desde lo alto de los púlpitos de Aviñón, donde le gustaba predicar, que las almas de los elegidos sólo gozan

---

(1) Pastor, *Historia de los Papas,* t. I (versión española).

(2) Schnürer, o. c., III, pág. 183.

de la plena visión de Dios después del Juicio Final. Contra esta opinión se alzaban la mayoría de los teólogos y todos los enemigos del Papa; Occam y los espirituales le declararon hereje. El 4 de diciembre de 1334, en su lecho de muerte, el Papa se retractó públicamente de esta doctrina que había enseñado como doctor particular, no como Cabeza de la Iglesia.

Juan XXII, que vivió como un simple monje, tuvo la pasión por la grandeza de la Santa Sede. Le dejaba una administración modelo, que habría honrado al más poderoso Príncipe temporal. Pero un Papa debe tener, desde luego, miras más elevadas. Al colmar el tesoro pensaba en restaurar la dominación de los Papas en Italia, pero al mismo tiempo destruía el espíritu del clero facilitando la caza de beneficios. Cualesquiera que fuesen los objetivos que se propuso —ante todo políticos—, el Papado perdió mucha autoridad con sus medidas fiscales. Todavía se desarrollarían más en los Pontificados siguientes; las *procuraciones*, el *derecho de despojos* sobre la sucesión mobiliaria de los eclesiásticos difuntos fueron muy mal vistos por los fieles. Las penitencias espirituales, aplicadas a los rezagados en cumplir con sus censos, producían mucha irritación y asestaban un nuevo golpe a la autoridad de la Iglesia. Los recaudadores pontificios y sus agentes se hicieron odiosos; Aviñón, a los ojos de los cristianos, era un lugar que sólo existía para exigir dinero y, donde la corte pontificia llevaba una vida de lujo y a veces poco edificante. Los excesos del fisco pontificio serán una de las causas de la revolución religiosa del siglo XVI.

LOS SUCESORES DE JUAN XXII

Cinco Papas se sucederían en Aviñón después de la muerte de Juan XXII. El primero fue Jacobo Fournier, *Benedicto XII* (1334-1342), elegido el 20 de diciembre de 1334. Era un monje austero cuyo celo en reprimir los abusos corría parejas con su virtud, pero carecía del sentido político de su predecesor.

Pensó en volver a Roma —era la única solución de la crisis—, pero la situación se lo impidió. Italia era víctima de las facciones: Orsinis contra Colonnas en Roma, y fuera cien tiranos diferentes. El pueblo, unas veces añoraba al Papa, otras se volvía hacia el Emperador, en ocasiones acogía o soportaba a Príncipes insignificantes o a los aventureros. Al mismo tiempo el Renacimiento, en sus comienzos, despertaba el orgullo del nombre romano; mas Italia era esclava. El apacible Benedicto XII no era hombre capaz de domar a los facciosos; además, el Rey de Francia y la Casa de Anjou le hubiesen prohibido volver a la Ciudad Eterna. Se contentó con echar (1339) los cimientos del célebre Palacio de los Papas, gloria de Aviñón, fortaleza de proporciones colosales más que palacio. Las medidas disciplinarias, que aplicó con mano fuerte, le conquistaron el entusiasmo de los verdaderos cristianos. Fue menos afortunado en sus esfuerzos a fin de liquidar el conflicto con Luis de Baviera, traer la Iglesia griega a la obediencia de Roma, reanudar la Cruzada y suprimir las contribuciones más onerosas. Cuando dejó este mundo —25 de abril

de 1342— la situación política de la Iglesia seguía siendo peligrosa, y los éxitos diplomáticos de su sucesor no lograrían mejorarla de modo permanente.

Fue el brillante y fastuoso *Clemente VI* (1342-1352), lemosín, que se llamaba Pedro Roger, espíritu distinguido, elocuente pero derrochador en exceso; no tardó mucho en dilapidar los ahorros reunidos por Benedicto XII. Diplomático avisado y de fortuna logró, en los comienzos de la Guerra de los Cien Años, se firmase una tregua entre los Reyes de Francia e Inglaterra, y supo negociar la compra de Aviñón a la Reina Juana de Nápoles. En Alemania suscitó un rival de Luis de Baviera en la persona de Carlos IV de Luxemburgo, que se comprometió a contentar a la Santa Sede. Como teólogo aceptó la sumisión de Guillerno de Occam y puso fin a la agitación de los *fraticelli.*

Bien considerado, eran éxitos más aparentes que reales. Las ideas revolucionarias siguieron progresando pese a la sumisión de los espirituales y a la constitución imperial llamada Bula de Oro (1356), que afirmó otra vez la independencia del Imperio frente al Pontificado. Pero el peligro más temible le vino de la revolución romana de *Cola* (Nicolás) *di Rienzi.* Era un romano de origen humilde a quien sus estudios clásicos habían apasionado por la gloria de su ciudad. La influencia del Renacimiento, a la sazón en sus comienzos, de los sentimientos e ideas de Petrarca se manifiestan claramente en los proyectos ambiciosos de este joven garboso, elocuente y apasionado, que interpretaba las aspiraciones y rencores de sus compatriotas. Rienzi había formado parte de la delegación encargada de pedir a Clemente VI que volviese a Roma. El Pontífice, encantado, con su entusiasmo generoso, le hizo notario de la Cámara Apostólica. El pueblo de Roma, impresionable y tornadizo, vio pronto en él al hombre que devolvería a Italia la grandeza que ni los barones feudales ni los Emperadores ni los Papas de Aviñón supieron conservar. El lunes de Pentecostés (1347), Rienzi subió al Capitolio, se hizo proclamar tribuno y creyó haber resucitado la majestad romana. Petrarca, el célebre humanista, que residía en Aviñón, le dedicó una oda triunfal; Clemente VI le dirigió un breve de felicitación. La nobleza, presionada por el pueblo, tuvo que dejar Roma; Rienzi pudo creerse el amo de la Ciudad Eterna.

La fortuna exaltó al dictador. Mas un contraataque de las grandes familias le obligó a retirarse momentáneamente con los *fraticelli* del Monte Majella, donde uno de ellos, fray Angelo, que se tenía por Profeta, le invitó a seguir con su vocación de renovador del Mundo y a restaurar el Papado y el Imperio en Roma. Rienzi se dirigió a Praga, a la corte imperial, pero el prudente Carlos IV no quiso comprometerse y, tratándole como a un aventurero, le mandó encarcelar. Por mucho que Petrarca suplicó al Emperador que atravesase los Alpes para ceñirse la Corona, el Arzobispo de Praga declaró a Rienzi hereje y Carlos le envió cargado de cadenas a Aviñón. Clemente VI pronto le libró, pero poniéndole bajo la vigilancia de su policía. Tras la muerte de Clemente VI, el sucesor, Inocencio VI, le despachó de nuevo a Roma para que ayudase a su legado, el Cardenal Albornoz, a restablecer el orden. Rienzi se atrajo pronto el odio por su despotismo, y pereció en 1354 en un motín po-

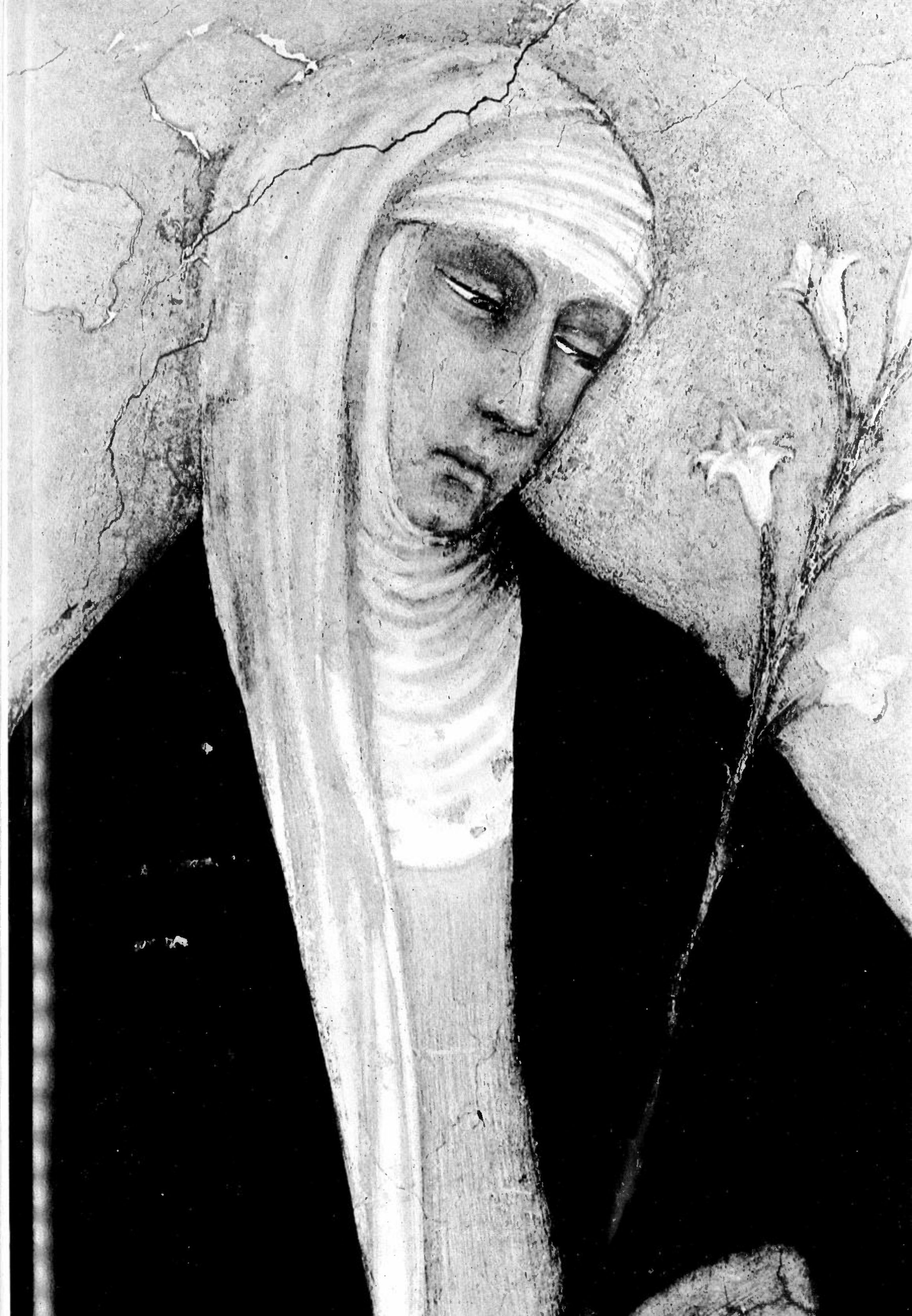
pular. No era con esos medios como se devolvería a Roma su pretérita grandeza. El orden, ya precario, se había perturbado de nuevo gravemente por el desatino de un hombre que encarnaba el espíritu de rebeldía de los legistas y los sueños de igualdad de los más exaltados *espirituales.*

El protector de Rienzi, Petrarca, escribió en Aviñón cartas indignadas contra las torpezas de la corte pontificia. Si le damos oídos, Aviñón habría sido la Babilonia del Apocalipsis que atrae la maldición divina; repite las amargas quejas del Dante y de los *espirituales* franciscanos. Este hombre de letras y de Iglesia, de una sensibilidad tan vibrante que le ha valido la calificación de primer hombre moderno, era un ciudadano de la Italia renacentista que no se consolaba con ver el puesto de Roma usurpado por Aviñón. La indignación contra las costumbres aviñonesas se consideraba a la sazón señal de espíritus superiores. Los humanistas, no todos ascetas, apelaban a Séneca, y hacían con gusto de censores. Por lo que a nosotros respecta, no seamos más severos con unos y con otros de lo que fue Laura con Petrarca...

La realidad era bastante triste para que hubiese que pintarla más negra todavía. El testimonio de Santa Brígida de Suecia (1302-1373) tiene más peso que el de los satíricos. Era una gran dama de la corte de Estocolmo, a la que Díos favoreció con revelaciones, y había fundado la Orden de San Salvador. Poco antes de la muerte de Clemente VI, le hizo llegar una carta «escrita en nombre de Cristo» y por dictado suyo: «He sido paciente, pero ahora mi tiempo se acerca. El tuyo terminará. Te pediré cuenta de tus negligencias... Podías reformar, mejorar muchas cosas; pero no has querido... Escruta el libro de tu conciencia y reconocerás que digo la verdad.» En otra visión del 2 de diciembre de 1352 —cuatro días antes de la muerte del Papa— oyó que le decía Cristo: «Ha llegado la hora de la cólera. Juzgaré a este Papa, que ha dispersado el rebaño de Pedro. Sin embargo, si se vuelve a mí saldré a su encuentro como un padre afectuoso.» La Santa visionaria pensaba que la caridad de Clemente VI y su fidelidad a la regla benedictina le librarían de los más horribles sufrimientos del Purgatorio. Se dirigiría en el mismo tono, veinte años después, a Gregorio XI, último Papa de Aviñón.

Clemente VI murió el 6 de diciembre de 1352. El 18 del mismo mes el Cardenal Obispo de Ostia, Esteban Aubert, lemosín como él, fue elegido y tomó el nombre de *Inocencio VI* (1352-1362). En el momento de la entronización Jesús se comunicó otra vez a Santa Brígida: «Su buena voluntad —dice del nuevo Pontífice— suplirá a sus actos y será recompensado.»

La resistencia a la reforma provenía, principalmente, de los Cardenales. La *Capitulación* que redactaron para la elección del Papa, tras la muerte de Clemente VI, demuestra su estado de ánimo. Querían limitar los poderes del Papa con los del Sacro Colegio. Tras haber descartado la candidatura del piadoso General de los cartujos, Juan Birel, se comprometieron mediante juramento a seguir el siguiente programa: en ningún caso el número de los Cardenales sobrepasaría de veinte; el futuro Papa no nombraría nuevos Cardenales antes de que el número se redujese a dieciséis; no nombraría a un



Santa Catalina de Sena (1347-1380). Fresco de Francesco Vanni (1563-1619).
Iglesia de Santo Domingo. Sena

Gregorio XI (1370-1378) de regreso a Roma tras el destierro de Aviñón (1376).
Fresco de Giorgio Vasari (1511-1574). Vaticano


ΓΙΟΣ ΟΥΑCΑΡΙΟΣ
ΝΟΣ ΕΠΟΙΕΙ



nuevo Cardenal sin el consentimiento de los veteranos; no destituiría ni excomulgaría, sin su consentimiento, a este último; otras disposiciones limitaban también los derechos del Papa en materia de política y administración fiscal. Esta capitulación electoral la anuló inmediatamente Inocencio VI como contraria a las decretales de Gregorio X y de Clemente V, que prohibían a los Cardenales ocuparse de otra cosa fuera de la elección del Papa.

El Sacro Colegio no por ello abandonó su actitud, que favorecía a los Príncipes, afanosos de conservar su influencia en la Curia. El Rey de Francia, especialmente, tenía empeño en crearse un poderoso partido en el momento en que se desencadenaba la lucha contra Inglaterra.

Las cifras son elocuentes: entre los 134 Cardenales creados por siete Papas de Aviñón, se cuentan 13 italianos, 5 españoles, 2 ingleses, 1 genovés y 113 franceses. El hecho de no haber ningún alemán explica la oposición de Luis de Baviera, luego de Carlos IV. El tren de vida que llevaban, los considerables gastos que originaban las elecciones, las fiestas y gratificaciones de toda especie se prestaban a suscitar un justo descontento.

Inocencio VI ejerció una prudente administración. Abolió una porción de encomiendas y mostró su severidad con los que acumulaban los beneficios o no residían en el lugar exigido por sus funciones. La misión de pacificar Roma, que confió al gran Cardenal español Albornoz, se vio coronada por el éxito. No hay duda de que, si en ese momento el Papa hubiese regresado a Roma, se le hubiera recibido como libertador. La edad y la enfermedad se lo impidieron a Inocencio VI, que falleció el 12 de septiembre de 1362. Este retraso motivó el empeoramiento de la situación; la irritación creció en Alemania e Italia contra el fisco pontificio, que agotaba los recursos nacionales. La Bula de Oro de 1356, que confiaba la elección del Emperador a siete Príncipes electores, silenciaba la confirmación de la elección por el Papa. Las relaciones personales de Inocencio VI y de Carlos IV no quedaron maltrechas, pero no por ello dejó de abrirse una brecha en los privilegios tradicionales del Papado.

El sucesor de Inocencio VI fue el Abad benedictino de San Víctor de Marsella, Guillermo Grimoard, preferido al Cardenal Albornoz, y tomó el nombre de *Urbano V* (1362-1370). Al nombre de este Papa, cuya elección saludó Petrarca como resultado de la inspiración divina, va asociado el retorno a Roma. Entró en ella como triunfador y entre el regocijo general el 16 de octubre de 1367. Sólo hizo una breve estancia. Urbano V creyó que su presencia era necesaria en Francia para conjurar la reanudación de las hostilidades anglofrancesas; los disturbios de Italia, la nostalgia de la tierra, la presión de los Cardenales franceses acabaron por decidirle a salir de nuevo para Aviñón. Santa Brígida de Suecia le predijo su próxima muerte: llega el 24 de septiembre de 1370 y muere el 19 de diciembre en olor de santidad, revestido del sayal benedictino, que nunca se quitó. Fue beatificado por Pío IX.

Los tres años que pasó en Roma se señalaron por acontecimientos que suscitaron grandes esperanzas. El Emperador Carlos IV fue allí para atestiguar la reconciliación entre el Pontificado y el Imperio; el Emperador de Bizancio,

Juan V Paleólogo, abjuró del cisma y pidió ayuda contra los turcos. Su demanda fue inútil; las ciudades mediterráneas, satisfechas de sus tratados comerciales con los infieles, ya no querían oír hablar de Cruzada, mientras los Príncipes pensaban en sus intereses particulares.

Inglaterra, precisamente en ese momento, protestaba de modo enérgico contra los impuestos detraídos en beneficio de la Santa Sede. El más impopular era el censo de mil libras que se pagaba anualmente desde Juan Sin Tierra, y que éste sa había comprometido a entregar cuando se le levantó el entredicho. Los ingleses consideraban el tributo como señal de vasallaje. Al no haberse satisfecho desde hacía varios años, Urbano V le reclamó como deuda (1367). El Rey Eduardo III avocó el asunto al Parlamento, que se negó a pagar. Se escuchó a un teólogo de la Universidad de Oxford, Juan Wyclef, invitado a exponer su opinión, quien declararía que la promesa del Rey Juan era nula y sin ningún efecto. Wyclef se insurgió años después contra la autoridad religiosa del Papa y del clero. Predicaría la revolución social haciendo suyas, con siglo y medio de antelación, parte de las negaciones del protestantismo.

Urbano V había fallecido antes de la rebelión de Wyclef. Dejaba el recuerdo de Santo caritativo —se mostró muy solícito con los estudiantes pobres, especialmente con los de Montpellier— y de reformador de los abusos de la Curia. Sus meritorios esfuerzos por refrenar la codicia de los agentes del fisco pontificio, la avidez de los cazadores de prebendas y las extravagancias de la moda merecieron las alabanzas de Petrarca, que saludaba en él «al representante del sol de justicia».

Días después de sus funerales —29 de diciembre de 1370—, el conclave elevó al Trono de San Pedro a un Cardenal francés de cuarenta y dos años, Pedro Roger de Beaufort, sobrino del Papa Clemente VI, que tomó el nombre de *Gregorio XI* (1370-1378), el ducentésimo Papa, último de Aviñón y último francés.

De constitución débil, Gregorio unía a la cultura de la inteligencia notables cualidades morales. Ex alumno del célebre jurisconsulto de Perusa Pietro Baldo degli Ubaldi, había adquirido una profunda ciencia jurídica y una gran ponderación de juicio. Fue caritativo y ayudó con la generosidad que le permitió su arruinada hacienda a las instituciones caritativas de Aviñón. Amante de las letras y de las artes, mandó recoger valiosos manuscritos para la biblioteca pontificia. Se ocupó activamente de la reforma de los Hospitalarios, salvó las misiones dominicanas de Oriente, diezmadas por la peste, y persiguió a los herejes de toda especie: *fraticelli*, valdenses, begardos, beguinas y flagelantes. Pero ya la Inquisición se había hecho sospechosa al Poder civil y el descontento contra la Iglesia iba en aumento. El espíritu de insubordinación que Wyclef, en Inglaterra, y varios sacerdotes bohemios infundían a las masas, preparaba la revolución religiosa del siglo XVI.

Gregorio prosiguió la obra de sus predecesores, cuyo propósito era pacificar Europa; fino diplomático, puso en ello el dominio de un Clemente VI. Logró demorar la reanudación de las hostilidades entre Francia e Inglaterra

y restableció la concordia entre el Emperador y el Rey de Hungría, los Duques de Baviera y el Conde de Saboya. Intervino en Italia, en rebelión contra los funcionarios pontificios extranjeros. Un ejército de mercenarios gascones y bretones derrotó y castigó duramente a Florencia.

Pero el gran mérito de Gregorio XI fue vencer definitivamente todas las resistencias para responder a las exhortaciones de Santa Catalina de Sena y devolver la Santa Sede a Roma. Las circunstancias le indicaban que había llegado el momento y que, si se retrasaba más, Florencia lograría separar a las poblaciones del Estado romano. La victoria de los ejércitos pontificios (1375-1376) permitió al Papa no aplazar más su partida.

Santa Catalina de Sena afianzaba al Papa en su resolución y le ayudaba a triunfar de la oposición de los Príncipes, que habrían preferido verle quedarse en Aviñón, así como de los que le rodeaban. Las cartas de la Santa son bondadosas y firmes a la vez, humildes y apremiantes: «Santísimo, amantísimo, amabilísimo Padre en Cristo, mi dulce Jesús, yo, vuestra indigna hijita Catalina, sierva y esclava de los servidores de Cristo, os escribo en su preciosa sangre pidiéndoos que veáis en vos la plenitud de la gracia de Dios, para que en virtud de esta gracia seáis el instrumento de la restauración del divino poder en el mundo... Responded a Dios que os llama a ocupar el lugar del glorioso pastor Pedro, cuyo sucesor sois, y manteneos en él.» Y en otra parte: «Sed el verdadero sucesor de San Gregorio; amad a Dios, no os aficionéis ni a vuestros parientes ni amigos ni a las necesidades temporales... Como Vicario de Jesús, debéis ocupar de nuevo vuestra propia sede. Venid sin temor, pues Dios estará con vos... Venid como el cordero que inerme abate a sus enemigos valiéndose del arma del amor...» «¡Oh, Padre —continúa en otra carta—, infundid en el corazón de vuestra Iglesia esa caridad ardiente que ha perdido; vampiros le chuparon tanta sangre que se ha puesto muy pálida.» ¡Qué documentos, únicos en su género, estas cartas de la humilde sierva de Cristo, como resonancias de las amonestaciones de Santa Brígida de Suecia! Catalina había escuchado al Salvador, que dirigía a Gregorio XI estas terribles palabras: «Me robas innumerables almas, pues mandas a casi todos los que vienen a tu Curia al fuego del Infierno.»

La embajada de Catalina de Sena a la corte de Aviñón, en nombre del Gobierno de Florencia, no produjo el resultado apetecido, ya que las condiciones florentinas eran inaceptables. Pero la Santa prosiguió sus exhortaciones en favor del retorno a Roma, y el 13 de septiembre de 1376 Gregorio XI subía por fin a bordo del navío que atracó en el muelle del Tíber el 17 de enero de 1377; la entrada en Roma fue triunfal. Sus días estaban contados. Minado por las emociones y fatigas de un viaje que las tempestades habían hecho tan penoso, se extinguió el 27 de marzo de 1378 «con el sombrío presentimiento de las disensiones que dividirían al Sacro Colegio y del nefasto cisma que afligiría a la Iglesia» (1).

---

(1) Mollat, o. c., pág. 128.

El período de la historia de los Papas, que acaba de cerrarse, lo han juzgado severamente muchos historiadores. No se puede negar que el lujo excesivo, la vida mundana y a veces disoluta de la corte aviñonesa, el fisco pontificio y el espíritu de lucro que contribuyó a difundir no hayan causado graves perjuicios a la Iglesia. Las quejas y acusaciones contra ella eran, en gran parte, fundadas, desgraciadamente. Sin embargo, hay que tener cuidado en no aceptar sin juicio crítico los relatos, a menudo malintencionados, de los cronistas contemporáneos y los escritos tendenciosos, aunque por motivos diferentes, de Petrarca, Santa Brígida de Suecia y Santa Catalina de Sena. Dos de ellos eran italianos, heridos en su amor propio al ver al Papado abandonar Roma por las delicias de Provenza. Y por impresionantes que sean los testimonios de las dos Santas mujeres, hay que cotejarlos con los datos que nos proporcionan los documentos de archivos, hoy mejor conocidos que antes.

Su examen permite, al parecer, afirmar que la acusación de servilismo de los Papas de Aviñón respecto a la monarquía francesa ha sido exagerada. Su acción diplomática se llevó a cabo con más independencia de lo que parece a primera vista. El hecho de que su arbitraje se solicitase en más de una ocasión es una prueba de cierta libertad de movimientos. La acusación de haber permanecido durante unos setenta años a orillas del Ródano se debilita en gran parte si se quiere recordar que Italia estaba entregada a la anarquía, sin garantizar al Papado refugio bastante seguro.

La política italiana de los Papas de Aviñón, que no debía tender a otra cosa sino a reconquistar los Estados pontificios; la Cruzada, cuya idea no habían abandonado; su acción diplomática por la pacificación de Europa explican, hasta cierto punto, el fisco. Fue voraz, no tardó en indisponer a los pueblos cristianos, y preparó el Gran Cisma de Occidente, e incluso la crisis religiosa del siglo XVI. Pero va unida a la extensión de la centralización administrativa de la Iglesia, que a su vez lo era de la centralización de los diferentes Estados de Europa. Es un fenómeno general debido al desarrollo de la economía monetaria, al enriquecimiento consecutivo al desarrollo comercial e industrial y a la formación de los grandes Estados. La interdependencia de los hechos de varia índole aparece así a todas luces. Estas consecuencias del poder creciente de la Curia, paralelo al de los Estados nacionales, se manifiestan en los concilios del siglo XV.

Finalmente, ¿puede uno no sentirse impresionado por el gran número de Santos que en torno a la pretendida Babilonia adornan este siglo con sus virtudes? Junto al noble señor provenzal Elzear de Sabran, de Santa Delfina, de Santa Rosalina de Villeneuve, vemos aparecer alternativamente a San Roque, a Santa Isabel de Portugal, a la beata Ángela de Foligno y a Santa Juliana de Falconeri, por citar sólo algunos nombres. Noble corona de santidad en torno al beato Urbano V, Papa de Aviñón.

CAPÍTULO XXI

EL GRAN CISMA DE OCCIDENTE: 1378-1417

ELECCIÓN DE URBANO VI (8 DE ABRIL DE 1378)

El espíritu que había reinado en Aviñón acompañó a Roma al Papado, si bien la situación, en vez de mejorar, empeoró. La elección del sucesor de Gregorio XI provocaría la crisis más grave atravesada por la Iglesia hasta entonces. Los acontecimientos de 1378, con todo, no fueron la causa primordial del Gran Cisma de Occidente, sino sólo su ocasión, permitiendo que los errores dogmáticos, ya encontrados en el siglo XIV, diesen sus frutos (1). A las causas de orden intelectual y dogmático se añadían las políticas. Entre éstas, el orgullo de Bizancio y el espíritu revolucionario de Roma paralizaron los esfuerzos del mundo cristiano para llevar a cabo las más urgentes tareas, tales como la de conjurar el peligro del Islam y la de emprender la reforma de la Iglesia.

Ocho días antes de morir —19 de marzo de 1378—, Gregorio XI, presintiendo próximo su fin, había publicado un decreto sobre la elección del futuro Papa. Ésta, incluso efectuada en circunstancias anormales, sería considerada como válida una vez alcanzada la mayoría del Sacro Colegio. De veintitrés Cardenales, dieciséis estaban presentes en Roma. Sólo había entre ellos cuatro Cardenales italianos, quienes deseaban, naturalmente, la elección de un compatriota. Los otros doce, salvo uno, eran franceses. La mitad de ellos —los Cardenales lemosines— deseaban un Papa originario del Limusín, de donde salieron los cuatro últimos Papas. Dos estaban indecisos, los cuatro últimos formaban el verdadero partido francés, dirigido por el Cardenal Roberto de Ginebra, hermano del Conde de Ginebra, primo segundo del Rey de Francia, Carlos V. Este personaje, que no tardaría en tomar sobre sí una grave responsabilidad, se había granjeado la reputación de verdugo al entregar el año

(1) Consúltese L. Salembier, *Le Grand Schisme d'Occident*, nueva edición, París, 1921.

anterior la ciudad de Césène a los mercenarios a sus órdenes para sofocar una revuelta.

El 7 de abril los Cardenales se reunieron en conclave, mientras el pueblo de Roma, en ebullición, manifestaba ruidosamente su deseo unánime de que eligiesen a un romano o, al menos, a un italiano; delegados populares se presentaron en el conclave para pedirlo. Los diferentes grupos habían negociado y, por último, llegado a un entendimiento sobre el nombre de Bartolomé Prignano, Arzobispo de Bari, súbdito de la Reina Juana de Nápoles, que vivió mucho tiempo en Aviñón. Roberto de Ginebra —el futuro Clemente VII— y Pedro de Luna —futuro Benedicto XIII—, que desempeñarían un gran papel en el cisma, eran a la sazón totalmente favorables a la candidatura de Prignano. Durante este tiempo aumentaba el tumulto popular a cada hora; la noche fue movida; al amanecer del 8 de abril tocaban las campanas a rebato. Cuando comenzaron a sonar las de San Pedro, el buen anciano Cardenal Tebaldeschi dijo: «Tocan para los catecúmenos o por algún exorcismo.» «No me agradaría ese exorcismo», replicó temblando Hugo de Montalais, Cardenal de Bretaña. Pero no es menos cierto que desde el inicio del conclave Bartolomé Prignano había ganado nueve o diez votos de los dieciséis. «Por consiguiente, no hay necesidad de la hipótesis de una presión de fuera para explicar la elección del Arzobispo de Bari» (1).

Los Cardenales estaban a la mesa cuando vinieron a advertirles que su vida corría peligro si no elegían a un Papa italiano, aunque los romanos no designaban nominalmente a nadie. Poco después, el Arzobispo de Bari era elegido por unanimidad, a falta de un voto. Como al parecer reinaba una calma relativa, los Cardenales, después de la comida, se preguntaron si todavía opinaban lo mismo. Se celebró otro escrutinio y el mismo candidato logró trece votos; los tres restantes aún no habían penetrado en la capilla del conclave.

Entonces el Cardenal Orsini anunció a la multitud: «¡Tenéis Papa!», pero no designó al electo, no atreviéndose a declarar que el conclave no había elegido a un romano. Entonces empezaron a circular rumores contradictorios y los ánimos se acaloran hasta el extremo de que el populacho invadió el palacio entregándose al saqueo. Un clérigo imaginó que a la muchedumbre no le gustaba el nombre de Prignano, ocurriéndosele el despropósito de presentarle al Cardenal de San Pedro, Tebaldeschi, como elegido en el conclave. Fue inútil que el anciano protestase. Sus colegas, que habían perdido la cabeza, le suplicaron que se prestase a este ardid para salvarles la vida. Le revistieron de los ornamentos pontificales y se entonó el *Tedeum*, mientras el Cardenal no cesaba de exclamar: «¡No soy el Papa!» Se le erigió en el altar hasta que la multitud se cercioró del nombre de Prignano.

El elegido llegó en el intervalo, y los romanos, decepcionados, le rodearon y quisieron obligarle a renunciar a la Tiara, pero escapó, refugiándose en lugar seguro. Los Cardenales, molestos por el chasco, desaparecieron uno tras otro.

---

(1) Salembier, o. c., pág. 38.

No se puede afirmar, por tanto, que los romanos hubiesen presionado en la elección, pues el asalto al conclave ocurrió después de la elección. En los días siguientes, los Cardenales rindieron pleitesía al nuevo Papa, que aceptó su elección. Por último se anunció a la multitud: «¡Tenéis Papa, al que se ha impuesto el nombre de Urbano VI!» El clero y luego los romanos penetraron en el palacio prosternándose a los pies del nuevo Jefe de la Iglesia.

Urbano VI (1378-1389) fue coronado solemnemente el 18 de abril, día de Pascua. Todos los Cardenales, el clero y el pueblo se unieron a él; nadie suscitó la cuestión de la validez de su elección, notificada con regularidad a los Soberanos. Los dos futuros Papas de Aviñón, Roberto de Ginebra y Pedro de Luna, fueron de los más diligentes en ofrecer acatamiento. Y, con todo, meses después, parte de los Cardenales elegirían un nuevo Pontífice, pretendiendo hacer creer al pueblo cristiano que habían efectuado la elección presionados por las circunstancias; y se consumará el cisma. Si la controversia histórica sobre la elección del 8 de abril no puede considerarse definitivamente zanjada, al menos hay que reconocer que la mayoría de los historiadores recientes admiten la legitimidad de Urbano VI.

EL ANTIPAPA

Se podía pensar que Urbano VI, cuya autoridad, inteligencia, conocimientos jurídicos, experiencia en los negocios eran conocidos, llevaría a cabo la urgente reforma de la Iglesia que anhelaba el mundo cristiano. Pero un grave defecto viciaba las buenas cualidades: una pasión irreflexiva que le hacía olvidar toda prudencia y le impulsaba a las más lamentables exageraciones verbales. Desde luego, las circunstancias se prestaban a desequilibrar los nervios más fuertes; en todo caso, demostraron que ya no era dueño de ellas. Convencido, con razón, de que debía iniciar la reforma entre los que le rodeaban, no pensó —como luego se haría en el Concilio de Trento— en modificar el sistema de la distribución de beneficios, sino que la emprendió con las personas. La guerra que declaró a la simonía, a la mala conducta y a la vida mundana de los clérigos despertó muy pronto el encono. Tampoco escatimó los ultrajes más groseros a ciertos Cardenales; seguían a un sermón en el que se había presentado como el Buen Pastor.

Fue inútil que Santa Catalina de Sena multiplicase las advertencias: «¡Moderaos!... Obrad con bondad, con toda tranquilidad de corazón... Moderad un poco, por amor del Salvador crucificado, esos ímpetus de vuestra naturaleza. Con santa virtud luchad contra vuestro temperamento.» Urbano VI no logró seguir esas prudentes exhortaciones.

Surgió la oposición, aumentó y se procuró una sede —el castillo de Santángelo—, un jefe —Pedro de Cros— y pronto se decidió a todo. Al lamentarse el Papa en el consistorio de que había demasiados franceses en el Sacro Colegio, Roberto de Ginebra palideció y abandonó la sala. Se había iniciado la rebe-

lión. En el mes de mayo, cuando empezaron los calores, muchos Cardenales pidieron vacaciones por motivos de salud y se retiraron a Anagni. La presencia de doscientos lanceros gascones y navarros del famoso cabecilla Bernardón de la Salle envalentonó a los disidentes. El 2 de agosto conminaron al Papa para que abdicara y el 9 lanzaron un manifiesto con el anuncio de que la elección de Urbano VI estaba viciada de nulidad y la Santa Sede vacante. El 18 de septiembre llegaba a Fondi una carta del Rey de Francia, adonde los Cardenales se habían encaminado. Carlos V, aconsejado por el Cardenal de Amiens, Juan de la Grange, y el enviado de Urbano VI a la corte de Francia, Pedro de Murles, un traidor, alentó a los disidentes a que eligieran Papa agradable a Francia, y les garantizó la ayuda en hombres y dinero. Dos días después, el 20 de septiembre de 1378, Roberto de Ginebra era elegido y tomaba el nombre de *Clemente VII*. Se había consumado el cisma.

Pronto se dividió la Cristiandad en dos obediencias determinadas por consideraciones políticas y diplomáticas. Francia apoyaba abiertamente a Clemente VII, aunque la Universidad de París manifestó cierta vacilación; España, Escocia y la baja Italia la siguieron. Inglaterra, la mayor parte de Alemania, Hungría, Polonia, los Estados escandinavos, Italia central y la alta Italia siguieron fieles a Urbano VI. La masa de los fieles se adhirió de buena fe a una u otra obediencia; hubo menos desacato al Papa legítimo que error sobre la persona; la Iglesia no quedó privada de sacramentos, y, rigurosamente hablando, esta dolorosa escisión no fue un verdadero cisma.

Mientras los teólogos más doctos discutían los títulos de ambos Pontífices, no faltaban los Santos en ambas obediencias. Dos alemanes que enseñaban en la Universidad de París, la gran escuela internacional —Enrique de Hesse o de Langenstein y Conrado de Gelnhausen—, defendían, aunque con argumentos contrarios, la causa de Urbano VI. Dos franceses, Pedro de Ailly, futuro Canciller de la misma Universidad, y Juan Gerson, desempeñaron el mayor papel y concluyeron que la constitución de la Iglesia se basa en la autoridad infalible de la asamblea de los fieles representados por un concilio general. Ya tenemos la famosa *Teoría conciliar* de la superioridad del concilio sobre el Papa, que haría prevalecer medio siglo más tarde el Concilio de Basilea. Santa Catalina de Sena, Santa Catalina de Suecia, hija de Santa Brígida, y el beato Pedro de Aragón defienden a los Papas de Roma; San Vicente Ferrer, de Valencia (España), Santa Colette y el beato Pedro de Luxemburgo, a los de Aviñón. Y en cada obediencia se celebran concilios particulares. No obstante, todos esos autores tan opuestos respecto a las opiniones y medios a emplear para que prevaleciesen, convenían en dos puntos: la magnitud de los males que sufría la Iglesia y la necesidad de una autoridad única, capaz de inspirar a todos confianza y respeto.



Bonifacio VIII (1294-1303) proclamando al 1300 Año Santo. Fresco de Giotto di Bondone, siglos XIII y XIV. San Juan de Letrán. Roma



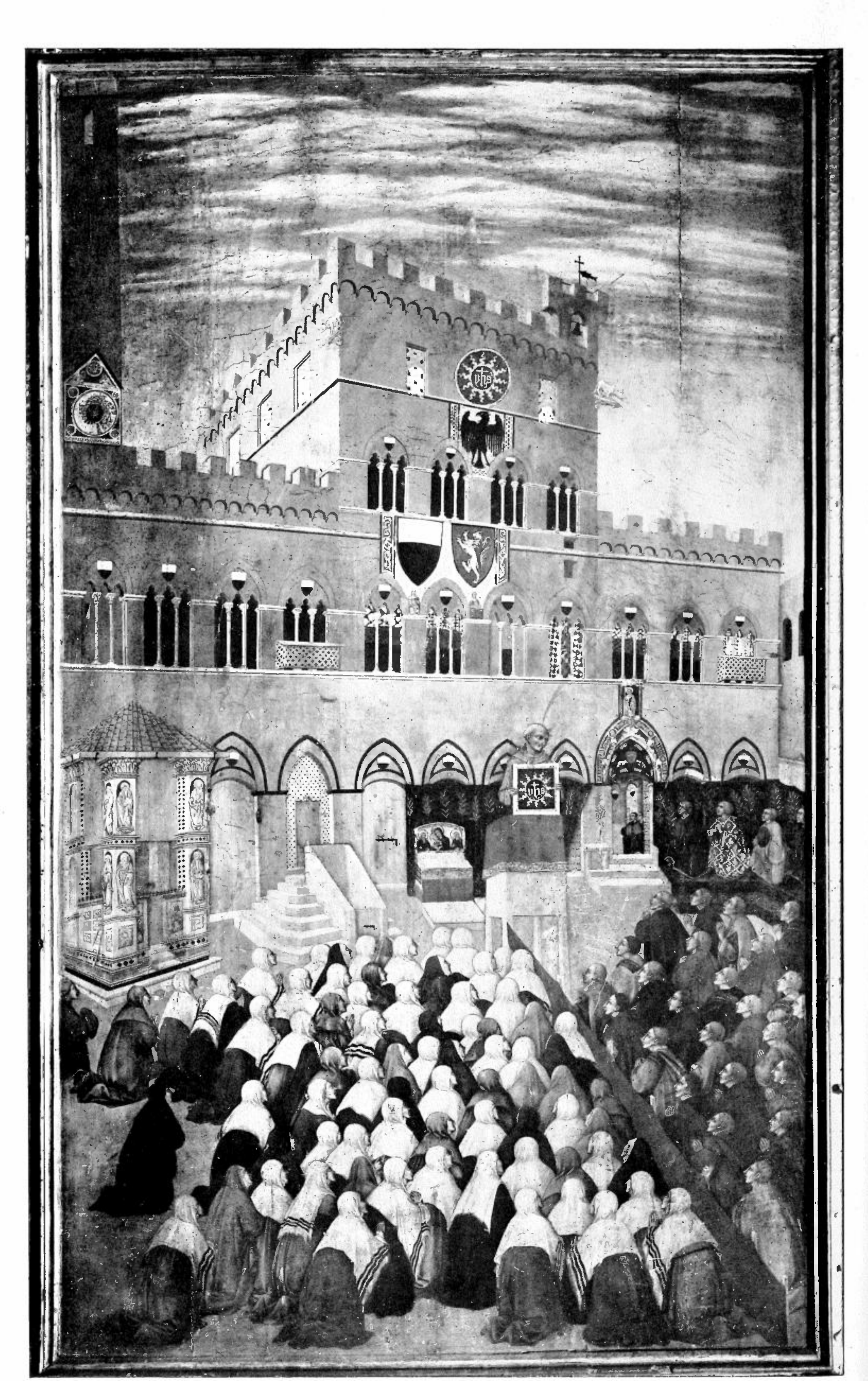
Felipe el Hermoso, Rey de Francia (1285-1314), que introdujo la «cautividad de Babilonia» de los Papas en Aviñón. Pintura del siglo XVII. Museo del Château. Plessis-les-Tours

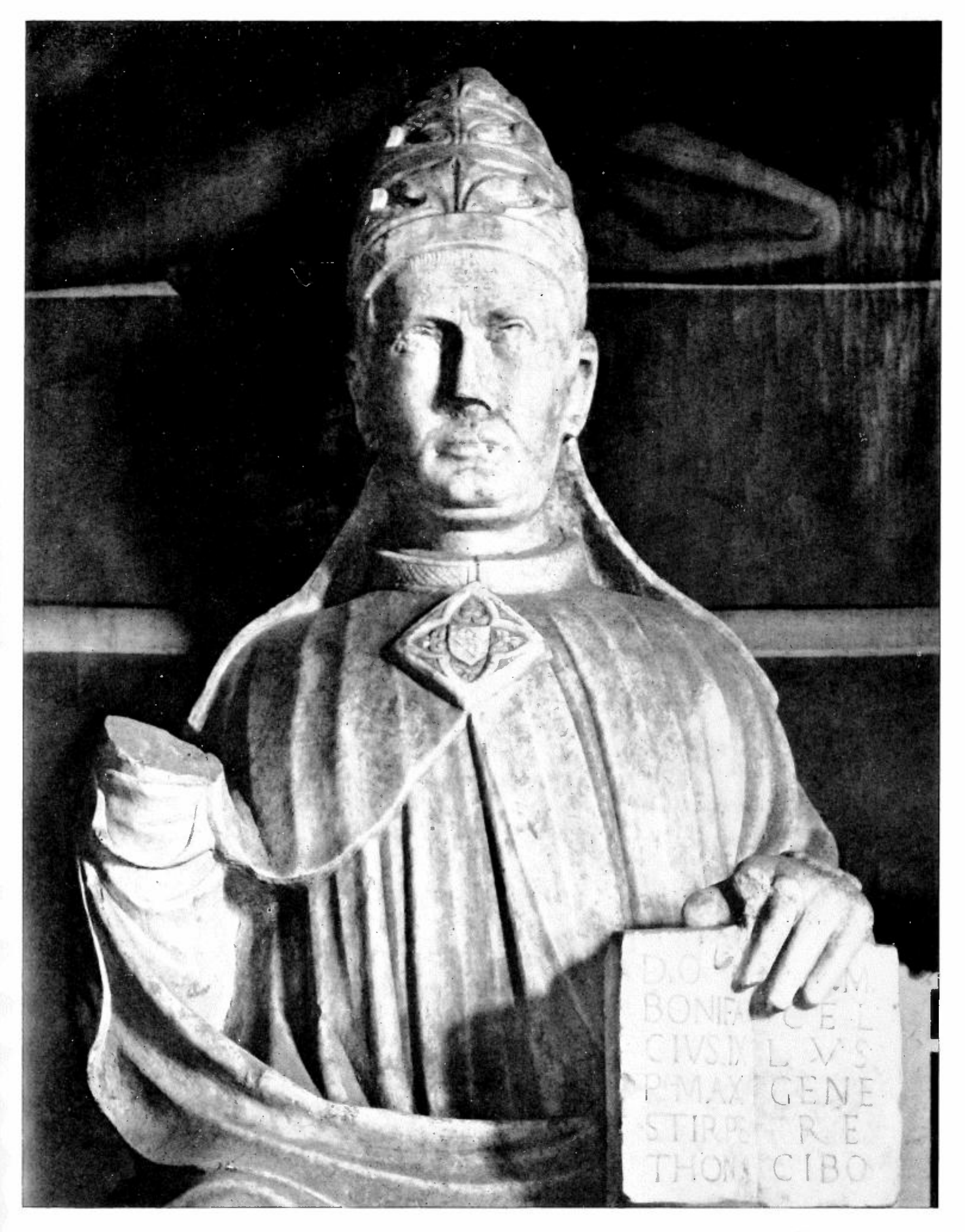
VRBANVS HVIVS NOMINIS VI. ORDINE DVCENTESIMVS QVARTVS PAPA, NEAPOLITANVS.

Vrban der 6. dises Namens/in der Zahl der zweyhunderteste vnd vierdte Bapst/ bürtig von Neapolis.



Urbano VI (1378-1389). Bajo su Pontificado comenzó el Gran Cisma de Occidente.
Según un grabado en madera de Tobías Stimmer





Bonifacio IX (1389-1404). Estatua del siglo XIV. San Pablo Extramuros. Roma

◁ Predicación de San Bernardino de Sena (1380-1444) ante el palacio del Ayuntamiento de Sena. Fresco de P. di Sano, siglo XIV. Catedral de Sena



Huida de Eugenio IV (1431-1447) del duque Felipe María Visconti, de Milán a Ostia. Pintura de Pío Joris, siglo XIX. Galería de Arte Moderno. Roma

◀ Martín V (1417-1431) terminó en 1417 con el Gran Cisma de Occidente. En el sepulcro de Donatello y Michellozzo de Forli, se le llama «la felicidad de su época». Siglo XV. San Juan de Letrán. Roma



El Papa Eugenio IV. Grabado antiguo

FOELIX IIII. HABITVS V. ANTIPAPA.
DVX SABAVDVS.

Felix der Vierdte/sonst für den Fünfften außgegeben/ein Wider-Bapst. Stammenshalben Hertzog von Safoy.



El último antipapa, Félix V, Amadeo de Saboya (1439-1449), renunció voluntariamente. Por ello recibió la dignidad cardenalicia y privilegios espirituales en Saboya. Según un grabado en madera de Tobías Stimmer

RECONCILIACIÓN IMPOSIBLE

La situación de Urbano VI habría podido afianzarse si no hubiese tenido «por enemigo más cruel de su causa que a sí mismo» (1). Pero su nepotismo, arbitrariedad y violencia sembraron más que nunca el descrédito sobre la autoridad pontificia. Así, en su lucha contra la vieja Reina Juana de Nápoles —desde luego muy sospechosa— empleó tanta crueldad, que podemos preguntarnos con razón si no presenta un caso patológico. En ambos bandos hubo tal exceso de abusos y exacciones, que la efervescencia de los ánimos llega al paroxismo y se aspira casi por doquier a una independencia de toda disciplina exterior y de todo dogma. Era fácil a los valdenses y a otros herejes propagar sus doctrinas; a Wyclef, en Inglaterra, soliviantar a los campesinos abrumados por los censos de los señores, predicando la igualdad. Como siempre, la miseria social proporcionaba argumentos a las llamadas más revolucionarias, y pronto en Bohemia las mismas causas producirían los mismos efectos. Al propio tiempo, antiguas profecías, inspiradas en Joaquín de Fiore, predecían la venida del Anticristo y el fin del mundo. El siglo XIV ha sido uno de los períodos más lúgubres de la Historia: guerras, luchas sociales, herejías, extravagancias de toda índole, crisis intelectual y moral, epidemias, cataclismos naturales; nada se le perdonó a la humanidad.

Urbano VI murió el 15 de octubre de 1389, «mártir sin grandeza», y nadie le lloró. Clemente VIII le siguió al sepulcro en 1394. «El cisma habría terminado si los Cardenales de uno de los Papas hubiesen querido, a su muerte, elegir a su rival» (2). Pero no fue así. A Urbano VI le sucedieron en la sede de Roma Bonifacio IX (1389-1404), Inocencio VII (1404-1406) y Gregorio XII (1406-1417). A Clemente VII, en la de Aviñón, Benedicto XIII, que resistió hasta su muerte, en 1422, a todas las solicitaciones. La anarquía doctrinal, el confusionismo en las ideas y la obstinación de los hombres eran tales, que pronto se vería a tres Papas y a tres Emperadores disputarse la Tiara y la Corona.

Con todo, parecía natural esperar que el desacreditado partido de Urbano VI terminaría con él, que todos los Cardenales se someterían a Clemente VII y la unidad de la Iglesia se restablecería. Pero antes de que se pudiese intentar cualquier esfuerzo en este sentido, los catorce Cardenales reunidos en Roma eligieron el 2 de noviembre de 1389 al Cardenal de Nápoles Pedro Thomacelli, con el nombre de *Bonifacio IX* (1389-1404). No hubo ninguna novedad, a no ser que Bonifacio era tan simpático como Urbano detestable. Pronto se hubiese granjeado la confianza que su predecesor había debilitado, de no haberse indispuesto al pueblo con el fisco.

---

(1) Salembier, o. c., pág. 110.
(2) Mourret, *Histoire de l'Église,* t. V, pág. 119.

La muerte de Clemente VII —16 de septiembre de 1394— proporcionó nueva ocasión de restablecer la unidad de la Iglesia; mas pese a los esfuerzos hechos por diversas partes para terminar con el cisma, nadie quiso ceder en lo más mínimo. La Universidad de París fue la primera en indicar los tres caminos más prácticos para acabar con la división: ambos Papas deberían abdicar; una comisión nombrada por los dos zanjaría el asunto; la decisión se sometería a un concilio general. El 28 de septiembre de 1394 los Cardenales franceses daban un antipapa-sucesor a Clemente VII en la persona de Pedro de Luna, quien tomó el nombre de Benedicto XIII. Oriundo de noble familia de Aragón, hizo en Francia excelentes estudios de Derecho y Teología. En el momento de la elección de Urbano VI fue uno de los últimos en adherirse a su rival, pero una vez resuelto en favor de Clemente VII le defendió con todas sus fuerzas. Hábil, enérgico, independiente, de espíritu noble y orgulloso, el anciano de casi setenta años era intratable en su orgullo. Respondió con un no categórico a las invitaciones casi amenazadoras de la Universidad de París, que le urgían para que abdicase.

Surgió entonces un gran desacuerdo entre París y Aviñón, y al cabo de tres años se llegó a la *negativa de obediencia* de Francia, que votó un concilio nacional el 28 de julio de 1398; Castilla y Navarra, San Vicente Ferrer y ciertos Cardenales abandonaron igualmente la causa de Benedicto XIII. El concilio francés de 1398 iniciaba así una especie de constitución civil del clero, como promulgaría la Revolución, y una especie de Iglesia galicana; iría incluso más lejos que las medidas despóticas de Napoleón I con Pío VII. La negativa de obediencia la apoyó militarmente un ejército real, que bloqueó durante cuatro años al Papa en su palacio de Aviñón. Pronto se dio cuenta la Universidad de París de que no podría vencer la obstinación de Benedicto XIII y preconizó la reunión de un concilio ecuménico.

El 1 de septiembre de 1403 la Universidad notificó al Papa la *restitución de obediencia* que exigía el Rey, imponiendo al Pontífice la convocatoria de un concilio general en el plazo de un año. El carácter de Benedicto XIII no permitía creer que se decidiese. Se fue abriendo camino la idea de la convocatoria de un concilio, independientemente de la voluntad de ambos Papas; era el resultado lógico de las teorías conciliares.

En medio de discusiones y disensiones, el espíritu cristiano se manifestaba, no sólo en las almas individuales, sino con la fundación de la admirable Orden de los *Hermanos de la vida común*, de Gerardo de Groote, en Windesheim, cerca de Zwolle, en los Países Bajos. Esta profunda renovación de la vida cristiana daría al mundo ese gran libro, el más hermoso después del Evangelio, que ha llevado tantas almas a Dios: la *Imitación de Cristo*. Su autor es, con toda probabilidad, Tomás de Kempen (o Kempis), que pertenecía a la comunidad de místicos de Windesheim. Un conocimiento sin par del alma humana al mismo tiempo que una sabiduría divina explican el éxito extraordinario de tal libro y su poder inigualable de consuelo y alivio. Siempre será un monumento de saber espiritual, pues su interés temático queda protegido contra

las vicisitudes de las sociedades de los hombres, y la *Imitación* refleja el alma humana con una verdad jamás superada. Es la mística puesta al alcance de todos los hombres de buena voluntad, la serenidad de un alma que goza de la verdadera paz que sólo puede gustarse en Dios y que no turban las agitaciones que conmovían al mundo en la época en que fue escrito.

Bonifacio IX murió el 1 de octubre de 1404, y dos semanas después la obediencia de Roma tenía un nuevo Papa en la persona de Cosme de Meliorati, Cardenal de Bolonia, que tomó el nombre de *Inocencio VII* —17 de octubre—. Murió al cabo de dos años —3 de noviembre de 1406—, tras haber sufrido los disturbios que agitaban Roma y las disensiones de la Iglesia.

El mismo año se había inaugurado el Concilio Nacional de París, debido a la iniciativa de la Universidad. No pensaba en indicar el medio de poner fin al cisma, sino de decidir, al estilo del Rey, si había que ser fieles a Benedicto XIII o declarar otra negativa de obediencia. La mayoría acabó por adoptar una medida intermedia: se conservaría la obediencia en lo espiritual y se rechazaría en lo temporal. Pero al estar vacante en la actualidad la Sede de Roma, catorce Cardenales eligieron un sucesor a Inocencio VII en la persona de Ángel Corrario, Cardenal de San Marcos, de Venecia, que tomó el nombre de *Gregorio XII* el 30 de noviembre de 1406. Contaba setenta años y era conocido por su austeridad. El conclave había decidido que el nuevo Papa renunciaría al Papado con tal de que Benedicto XIII hiciese otro tanto.

Por un instante se pudo creer que se restablecería la unidad. Pero fracasó el proyecto de una entrevista entre los Pontífices. La actitud tan rígida del Rey de Francia frente al inflexible Benedicto XIII indisponía mucho al Papa de Aviñón y hacía temer al Papa de Roma, anciano de humor variable, un trato tan poco respetuoso si consentía someterse al arbitrio del Rey. Por último, los sobrinos de Gregorio XII le hacían ver que su fortuna se vería comprometida consintiendo en renunciar a la Tiara. El Rey de Francia, Carlos VI, se separó entonces de Benedicto XIII, y los Cardenales, abandonando a los Papas, dirigieron a los Príncipes y Prelados una carta encíclica y convocaron un concilio (1408). El Cisma de Occidente entraba en una nueva fase.

EL CONCILIO DE PISA: 1409

Se convocó el concilio en Pisa por los Cardenales, pese a la oposición formal de Benedicto XIII y de Gregorio XII, quienes, cada cual por su lado, también convocaron sendos concilios. Reunido el 25 de marzo de 1409, contaba con 24 Cardenales, 80 Obispos, 102 procuradores de Obispos ausentes y un gran número de eclesiásticos, de los cuales 300 eran Doctores. Pero no podía llamarse ecuménico, ya que varias naciones carecían de representación y sus actos le quitaron pronto el poco prestigio que tenía a los ojos de los cristianos menos cautos.

La asamblea de Pisa estaba dirigida por el Cardenal Baltasar Cossa, hábil intrigante, tan experto en los asuntos mundanos como ajeno a los de Dios, en expresión de San Antonino. Depuso a Benedicto XIII y a Gregorio XII como fautores de cismas y herejes, prometió tomar medidas para reformar la cabeza y los miembros y eligió un Papa, Pedro Filargis, de origen griego, Cardenal Arzobispo de Milán, débil y pacífico anciano, que tomó el nombre de Alejandro V el día 26 de junio de 1409. En lugar de dos Papas, la Cristiandad contaba con tres. El nuevo antipapa, bajo la dependencia de Cossa, entró en Roma, luego se retiró a Bolonia y se extinguió el 3 de mayo de 1410.

Días más tarde le sucedía Baltasar Cossa —17 de mayo de 1410—; hizo que le ordenaran sacerdote el 24, le consagraran y coronaran al otro día y tomó el nombre de Juan XXIII. Este antipapa, a todas luces taimado y mundano, no fue, con todo, el monstruo que ciertos contemporáneos y luego historiadores han querido ver en él. Pero la Iglesia, bajo su Pontificado, padecería hasta el paroxismo males que la afligían desde hacía mucho tiempo; el tan hábil napolitano, que se impuso a ella, fracasó en todas sus empresas.

Si bien la asamblea de Pisa comprometió más bien la idea de la reforma por un concilio, sin embargo, no había otro medio para acabar con el cisma. Al haber decidido los Cardenales, en Pisa, que se reuniría un nuevo concilio dentro de tres años, Juan XXIII decidió, en 1412, convocarle en Roma. Se perdieron en discusiones, y en el mes de marzo de 1413 el Papa Juan declaró disuelta la asamblea y convocó otra para el mes de diciembre; se determinaría posteriormente el lugar. El Rey de Nápoles, Ladislao, aprovechó la ocasión para romper su alianza con Juan XXIII y saquear Roma, que el Papa abandonó precipitadamente. Sólo le quedaba ya suplicar ayuda al Emperador Segismundo, hacia el que se volvían los cristianos ante el descrédito en que había caído el Papado.

Segismundo de Luxemburgo, elegido Rey de Alemania en 1410, había conseguido que todos le reconociesen. Se había entendido con su hermano Wenceslao, y el tercer pretendiente, Josse de Moravia, había muerto. Restablecida la unidad de Alemania, Segismundo trabajaría en restablecer la unidad de la Iglesia. Determinó al Papa de Pisa a que convocase un concilio. Juan XXIII sólo lo hizo a regañadientes, y porque al necesitar un apoyo contra el Rey de Nápoles no podía negar nada a Segismundo; también le concedió que reuniese el concilio en una ciudad alemana.

EL CONCILIO DE CONSTANZA

El 30 de octubre de 1413 anunció Segismundo a la Cristiandad la apertura de un concilio general en Constanza para el 1 de noviembre de 1414. Invitó a Gregorio XII y a Benedicto XIII, así como a los Príncipes cristianos; el 9 de diciembre Juan XXIII publicaba la bula de convocación. Roma, en ese momento abandonada por él, se constituía en República.

Era el primer concilio general que se reunía allí y las ceremonias de apertura fueron espléndidas. En torno al Emperador se apiñaban los mayores Príncipes alemanes, los Embajadores de los Reyes de Francia, Inglaterra, Escocia, Polonia, Suecia, Dinamarca, Noruega, Nápoles y Sicilia y, más tarde, los de España y los del Imperio de Bizancio. Juan XXIII había acudido con un séquito de seiscientas personas. Se encontraban cinco Patriarcas, 33 Cardenales, 47 Arzobispos, 145 Obispos, 93 Corepíscopos, más de 500 Arzobispos, Obispos y Abades que reinaban sobre principados; 37 Universidades estaban representadas por 2.000 personas. Entre los universitarios se contaban 217 Doctores en Teología, 361 Doctores en Derecho, 171 médicos, 1.400 maestros y licenciados en artes que se codeaban con 5.300 simples sacerdotes y estudiantes. La nobleza, ampliamente representada, también había traído numeroso séquito. El cronista de la ciudad de Constanza, Ulrich de Richental, estima que en ese momento había en Constanza más de 72.000 extranjeros.

La influencia predominante la ejercieron los franceses, el Cardenal Pedro de Ailly, antiguo Canciller de la Universidad de París; su amigo el Cardenal Guillermo Fillastre; Juan Gerson, Canciller de la Universidad de París; así como el Cardenal Zabarella, legado del Papa Juan XXIII. Entre los alemanes se distinguía Nicolás Dinkelsbühl, profesor en la Universidad de Viena, que representaba al Duque de Baviera. Pedro de Ailly, Gerson y Zabarella, que dominaban la asamblea, estaban imbuidos de la superioridad del concilio sobre el Papa.

Con objeto de impedir el triunfo de los partidarios de Juan XXIII, Pedro de Ailly hizo que se adoptara una medida contraria a la tradición de los concilios ecuménicos: además de los Obispos, todos los Doctores en Teología, Derecho canónico e incluso civil tendrían voto, aun en las cuestiones dogmáticas. Contra la voluntad de Juan XXIII se decidió que la votación se efectuaría, no individualmente, sino por naciones representadas, lo cual privó a los italianos de su papel preponderante. Primero fueron cuatro, luego cinco naciones: italianos, ingleses, alemanes, franceses y, por fin, españoles. Los grupos por naciones correspondían al bloque establecido ya desde hacía mucho tiempo en las Universidades y colegios cardenalicios. «Es algo asombroso —escribe un historiador citado con frecuencia— que se haya conseguido ponerlos de acuerdo. Este resultado sólo fue posible gracias a la idea de comunidad de la Iglesia Católica, que permanecía viva pese a los procedimientos rutinarios» (1). En este amplio Parlamento internacional —como en todos los Parlamentos de todos los tiempos— se decidió tras las tareas deliberantes de los grupos; en Constanza, de las naciones.

Juan XXIII no tardó en percatarse de que el concilio prestaba poca atención a su persona y que se preparaba contra él una memoria inculpándole de graves acusaciones. Prometió solemnemente que abdicaría si los otros Pontífices hacían lo mismo, pero su promesa tampoco causó impresión. Entonces

(1) Schnürer, o. c., III, 383.

recurrió a una singular táctica, que no favorecía el prestigio de la Tiara: en la noche del 20 al 21 de marzo de 1415 huyó de Constanza disfrazado de arquero, en el séquito de Federico de Austria, en connivencia con él. El Emperador Segismundo, exasperado por la actitud de Federico, le excluyó del Imperio y ordenó a los Príncipes y a las ciudades que se apoderasen de los bienes del proscrito. Entonces los suizos se apoderaron de Argovia, la más rica comarca suiza en poder de los Habsburgos.

El Papa fugitivo había escrito desde Schaffhouse a Segismundo: «Estoy libre y de muy buen talante en Schaffhouse. Por lo demás, no me retracto en nada de la promesa que hice de dar la paz a la Iglesia renunciando a mis poderes.» En el fondo su propósito era llegar a Aviñón y restablecer en él al Papado, pero no fue muy lejos y se le detuvo en Alemania.

Pronto proclamó el concilio la superioridad de éste sobre el Papa, declarando: «El Concilio de Constanza, congregado legítimamente en el Espíritu Santo, que constituye un concilio ecuménico y representa a la Iglesia militante, tiene su Poder inmediatamente de Dios; y todos, incluido el Papa, están obligados a obedecer en lo tocante a la fe, la extinción del cisma y la reforma de la Iglesia en la cabeza y en los miembros.» Luego, insistiendo en las más graves acusaciones concernientes a la moral, el concilio depuso al Papa, estableciendo que sería «puesto en lugar seguro y adecuado bajo la vigilancia del Emperador Segismundo» (29 de mayo de 1415). «Las actas del proceso —escribe Schnürer— producen una impresión muy penosa. Entre los que atestiguan bajo juramento se encuentran los Cardenales que le habían elegido, Obispos y curiales que le debían grandes beneficios y parecía que sólo tenían una finalidad: separarse públicamente de él. Algunos sólo atestiguan de oídas. En muchos testimonios no podríamos hallar ninguna prueba de culpabilidad; dejan la impresión de que en general tenían prisa por aniquilar a un Papa irregular que no podía apelar en ningún caso a una autoridad moral» (1).

En ese momento, el concilio no dejaba de estar en un atolladero. No pudo lícitamente prolongar su duración sino gracias a la decisión generosa de Gregorio XII, el único Papa legítimo. Desde Rímini, Gregorio envió a su Cardenal legado, el dominico Juan Dominici, que convocó el concilio en nombre del Padre Santo y anunció su resolución de abdicar el 4 de julio de 1415. Murió el 18 de octubre de 1417 con los títulos de Obispo de Porto y legado perpetuo de Ancona. La abdicación de Gregorio abría el camino a la elección de sucesor. Los partidarios de la superioridad del concilio no habían cedido en esta coyuntura sino en la cuestión de forma. Pero de hecho, al aceptar la convocatoria por Gregorio XII, habían reconocido que todas sus decisiones anteriores concernientes a la superioridad del concilio sobre el Papa carecían de carácter ecuménico.

Finalmente quedaba por resolver el caso de Benedicto XIII, a quien apoyaban todavía las Españas y el sur de Francia. Segismundo negoció con el Rey

---

(1) Schnürer, o. c., III, 385.

de Aragón, lo cual enfrentó a Benedicto XIII con sus partidarios. Entonces los españoles enviaron sus delegados al concilio, que le depuso el 26 de julio como hereje y cismático. Benedicto XIII no reconoció el veredicto y se encerró en la fortaleza de Peñíscola, cerca de Castellón; falleció el 29 de noviembre de 1422.

Dos días después de la abdicación de Gregorio XII, el concilio pronunció la condena del heresiarca de Praga, *Juan Hus*, maestro en artes, ya condenado por la Iglesia desde hacía cinco años. Hus había acudido al concilio con un salvoconducto del Emperador y no pensaba ser suspendido ni acusado. Discípulo de Wyclef, cuyas proposiciones fueron condenadas de nuevo en Constanza, Hus fue condenado el 6 de julio de 1415. El mismo día se le entregó al brazo secular y fue quemado vivo; su amigo Jerónimo de Praga sufrió la misma suerte y murió con la misma firmeza heroica que su compañero. A Hus se le consideró en Bohemia tanto como Jefe nacional que como Jefe religioso. Su muerte, considerada como una humillación por el pueblo checo, originó una larga y terrible rebelión ahogada en olas de sangre por Segismundo, Rey de Bohemia. Los campesinos husitas tomaron las armas por la libertad religiosa, política, social y nacional; su guerra fue un levantamiento igualitario y comunista a la vez contra la nobleza y una lucha contra los alemanes.

Entretanto, había terminado el Gran Cisma de Occidente. Con la caída de Benedicto XIII, el Concilio de Constanza era la única autoridad, tanto de hecho como de derecho. Tras haber votado el 9 de octubre de 1417 cinco grandes decretos de reforma, que regulaban la convocatoria de los futuros concilios generales que debería reunir el Papa, se pusieron de acuerdo sobre el procedimiento en la elección de un Pontífice. Esta vez tomarían parte en la elección, no sólo los Cardenales presentes, sino treinta Prelados y Doctores, es decir, seis de cada una de las cinco naciones. El Papa debería comprometerse, antes de la clausura del concilio, a reformar la Iglesia en la cabeza y en los miembros conforme a la equidad y a una buena administración. El 11 de noviembre de 1417, el Cardenal Diácono Otón Colonna era elegido Papa, y tomó el nombre de *Martín V* en honor de San Martín, cuya fiesta se celebraba ese día.

La Iglesia tenía otra vez, por fin, un Jefe reconocido universalmente. En toda la Cristiandad hubo gran alegría. Martín V pertenecía a la más alta nobleza italiana y se alardeaba de la pureza de sus costumbres, de su ciencia y de la moderación de su carácter. Coronado en la catedral de Constanza en presencia del Emperador y de los representantes de todas las naciones, no pudo efectuar su entrada solemne en Roma hasta el 29 de septiembre de 1420. Segismundo habría deseado que el Papa escogiese como residencia una ciudad de Alemania; los franceses hubieran deseado tenerle en Aviñón. Pero ¿podía residir un Colonna fuera de la Ciudad Eterna?

El Concilio de Constanza se había celebrado en pleno período revolucionario en la historia de la Iglesia; si queremos juzgarle no debemos olvidar esta circunstancia. Le faltó ese celo por la reforma de la Iglesia que se mani-

festará tan esplendorosamente en el Concilio de Trento. Se procuró, sobre todo, limitar los derechos del Papa y los censos a él debidos. Los teólogos —antes que nadie la Universidad de París— querían someter la Santa Sede a su dirección. Mas al quebrantar la autoridad pontificia, al favorecer la creación de Iglesias de Estados contribuían a negar toda autoridad internacional, la propia antes que la del Papa. El futuro pertenecía a los Príncipes. Sabrán aprovechar las teorías conciliares y nacionales para asestar un golpe mortal a la autoridad pontificia, sin que ello obstase para entenderse luego con el Papa y combatir la superioridad del concilio, que representaba una soberanía popular. Así, avanzando alternativamente en el tablero una pieza u otra, asentaron, con detrimento de ambas, su Poder absoluto. Los gérmenes de oposición sembrados en Constanza, que madurarían en Basilea, apartaron a los Reyes y a los pueblos de las reformas cuya iniciativa tomaba Roma.

«El Concilio de Constanza —escribe Voigt, historiador protestante del humanismo— hizo progresar enormemente en el conocimiento de los diversos países y en el estudio de los manuscritos; en esto, por lo demás, no hizo más que confirmar lo que se conoce de la influencia de esas grandes reuniones eclesiásticas en el acercamiento de las naciones; influencia que nunca proclamaríamos bastante alto. Hasta los dos grandes concilios reformadores de Constanza y Basilea, el humanismo había sido exclusivamente italiano; allí entró en escena a los ojos del mundo» (1).

El mayor mérito del Concilio de Constanza es haber sabido restablecer la unidad de la Iglesia y terminado con la más grave crisis que tuvo que atravesar hasta entonces. «Un reino temporal —escribe el historiador Gregorovius, adversario del Papado— hubiera sucumbido indudablemente; pero la organización del reino espiritual era tan maravillosa, la idea del Papado tan indestructible, que esta escisión, la más grave de todas, no hizo más que demostrar su indivisibilidad» (2).

---

(1) Voigt, *Wiederbelebung des Klassischen Altertums*, 2.ª edición, t. I, pág. 236.
(2) Citado por Mourret, *Histoire de l'Église*, t. V, pág. 144.



Inauguración del Concilio de Constanza (1414) con que terminó el Gran Cisma

CAPÍTULO XXII

CONCILIOS Y CONCORDATOS

TENTATIVAS DE REFORMA DE LA IGLESIA

La Iglesia había triunfado del cisma por el camino peligroso, pero inevitable, del concilio, y los Padres de Constanza, antes de separarse, habían decidido que en adelante se reunirían periódicamente asambleas ecuménicas. Entre los partidarios de la teoría conciliar, los más radicales esperaban de dichas reuniones otra cosa que reformas, y apuntaban a una transformación completa de la constitución de la Iglesia. El Primado del Papa se había afianzado con esas luchas. Pero el Papado sólo alcanzó sus objetivos tras haber concedido a los Príncipes grandes ventajas mediante concordatos que les garantizaban nuevos derechos sobre las Iglesias de sus Estados. La época de la Cristiandad gobernada por el Papa y el Emperador había pasado; la autonomía de los Estados era un hecho consumado que debía tener en cuenta la Iglesia, tratando con ellos de potencia a potencia. Las relaciones entre ambos Poderes cambiaron así en beneficio de los Reyes, y la constitución de Iglesias nacionales aparece como uno de los caracteres de la época. De aquí resultó que el Papado no estuvo en condiciones de tomar las riendas de la reforma de la Iglesia «en la cabeza y en los miembros», que tendió, asimismo, a reforzarse como Estado y a mostrarse desconfiada incluso ante la idea misma de reforma. Al mismo tiempo se dejaba sentir cada vez más profundamente en la Curia romana el espíritu secular, así como en la sociedad italiana. A los legistas habían sucedido los humanistas, y el cultivo de las letras y las artes determinaba la mundanidad semipagana del Renacimiento. No es dudoso que la civilización sacase inestimables ventajas de ello, como se verá en los comienzos del volumen siguiente. Pero el Papado no se entregó impunemente a este vasto movimiento, el cual, afirmando que el hombre es la medida del hombre, apuntaba nada menos que a transformar de arriba abajo la concepción que la Edad Media se había forjado del mundo.

La reforma de la Iglesia se esperaba más que nunca de un concilio, desde el momento en que el Concilio de Constanza había terminado con el cisma. El concilio aparecía para muchos eclesiásticos, y no de los más insignificantes, cuya buena fe está fuera de discusión, como la panacea de todos los males. Martín V (1417-1431), el electo de Constanza, no compartía esta opinión, y demostró posteriormente poca diligencia en convocar una nueva asamblea. Hasta el solo nombre de concilio le causaba aversión. Había comprendido que la política conciliar tendía a transformar la Iglesia en una monarquía democrática y constitucional; le antepuso la política de los concordatos. Con todo, no podía enfrentarse a las decisiones de Constanza, y en defensa propia convocó el Concilio de Pavía, pronto trasladado a Siena a causa de la peste (1423). La situación política de Europa impidió a la mayoría de los Obispos acudir a él; la guerra entre Francia e Inglaterra, la lucha de España contra los moros y los disturbios husitas no permitieron estuviese muy concurrida la asamblea. El Papa aprovechó este pretexto para disolverla desde el mes de marzo de 1424. Mas antes de separarse, el concilio ya había escogido la sede de la próxima reunión, que se celebraría siete años más tarde. Fue *Basilea,* ciudad libre imperial, y la elección fue confirmada por el Papa.

La Historia se ha mostrado severa con Martín V censurándole no haber trabajado con suficiente energía durante esos años en la reforma de la Iglesia. Si podemos echarle en cara su nepotismo, no debemos olvidar que su vida digna y pura fue un ejemplo, y que un ejemplo es un acto a menudo más eficaz que las normas y que las leyes. «Prefiero sentir la contrición que saber definirla», escribió el autor de la *Imitación.* La tarea era inmensa al otro día del cisma. Había que levantar de las ruinas a Roma, donde despojaban de sus materiales a los edificios antiguos, las iglesias eran transformadas en cuadras y los lobos venían por la noche a desenterrar los cadáveres de los cementerios. El Padre Santo daba otro ejemplo. Discernía en el vasto movimiento renacentista en sus comienzos, los elementos que podían inspirar confianza al Pastor del rebaño fiel, y animaba a los humanistas cristianos. Hizo mucho más otorgando su protección a las obras de San Bernardino de Siena y a Santa Francisca Romana.

San Bernardino de Siena fue el mayor predicador penitencial de su tiempo, el cual se convirtió en 1437 en primer Vicario general de los Observantes franciscanos. La separación entre los observantes y los conventuales se llevó a cabo tras el capítulo general de Asís, en junio de 1430, que modificó los estatutos de la Orden. Bernardino dio nuevo impulso a la predicación franciscana y fue, con toda una estirpe de predicadores dignos de él, defensor de la ortodoxia contra los *fraticelli.* Conocía admirablemente el corazón humano y los vicios de la sociedad de su tiempo. Sin ilusiones sobre las veleidades de la reforma ni sobre los hombres, dijo un día en Florencia: «Muchos son los que dicen: "¿Cuándo nos dará Dios por fin un Santo Papa que envíe al diablo a todas esas malas gentes?" Pero escucha lo que te digo: si tuvieses un Papa tan Santo como deseas, no lograría echar a los malos sacerdotes y prelados.

Debería conservar a uno para agradar al Emperador, a otro para complacer al Rey, a un Barón o a otros poderosos señores temporales; otros, asimismo, por amistad con los Cardenales u otros Príncipes y Prelados de la Santa Iglesia; e incluso si echase a uno le sería imposible obligar a la renuncia a todos los beneficios o nombrarlos de nuevo a todos, de modo que nada verías, o muy poco, de los resultados que deseas. Los señores querrán Obispos a su antojo y el Papa se verá obligado a ceder por el bien de la Iglesia. Es imposible reformar la Iglesia mientras la cabeza esté en guerra con los miembros... No digo esto para defender a los malos, sino para sostener a los buenos. Nunca se podrá efectuar por completo la reforma de la Iglesia sino sólo en los miembros individuales» (1).

Los predicadores y moralistas suelen pintar un cuadro de su época con demasiadas tintas negras. Desgraciadamente abundan las pruebas de la profunda corrupción del *Quattrocento,* y las terribles palabras que el Santo pronunciaba contra los vicios de la sociedad estaban justificadas. Menos eficaces eran, probablemente, las hogueras a las que mandaba a sus oyentes traer joyas, afeites, adornos, juegos y libros que ardían entre los aplausos frenéticos de las multitudes meridionales. El Papa le ordenó predicase en Roma durante ochenta días; le permitió alzar sus oriflamas, que llevaban el monograma de Cristo, y asistió a sus sermones con los Cardenales.

Igualmente la dulce y noble figura de *Santa Francisca Romana* demuestra que la piedad y caridad cristianas no se habían apagado en ese siglo lleno de contrastes. Francisca Romana era una viuda, madre de seis hijos, oriunda de la familia noble de los Bussi, que había tenido por esposo a Lorenzo Ponziani. Bajo los auspicios de Martín V reunió en torno suyo, con el nombre de Oblatas de Santa María, a mujeres piadosas que se consagraron a las obras de misericordia. Verdaderos ángeles de bondad, Francisca y sus compañeras visitaban los hospitales y los barrios pobres de la ciudad. Pronto se llamó la congregación *Oblate di Torde Specchi,* así llamada por la casa de la familia de los Specchi que compró Francisca para sus religiosas.

Mas estas obras de reforma interna no desarmaron a los adversarios del Pontífice. La nobleza y la Curia eran aliadas de los partidarios del concilio. Los Padres de Constanza habían reducido a veinticuatro el número de los Cardenales, para darles más cohesión contra el Papa. Martín V aún había de tener en cuenta las rivalidades de los Cardenales de las tres obediencias de la época del cisma, que no por ello dejaban de entenderse en resistirle. Fue inútil formular en la constitución del 13 de abril de 1425 prudentes y estrictas prescripciones sobre la conducta que deberían observar en su vida pública y privada, recordando a los Obispos la obligación de residir y de celebrar sínodos y denunciando la codicia y mala conducta del clero. Estas amonestaciones corrieron la misma suerte que tantas otras, y fueron poco eficaces.

---

(1) Citado por Schnürer, o. c., III, págs. 397-398.

Algunos años después, el 8 de noviembre de 1430, pasquines pegados de noche por Roma amenazaron al Papa con una negativa de obediencia si no se apresuraba a convocar el concilio. Martín V acabó por acceder a estas exigencias. En el mes de febrero de 1431 encargó al Cardenal Cesarini para que convocase el concilio en Basilea. Se autorizaba al legado para pronunciar, llegado el caso, la disolución del concilio o su traslado a otra ciudad. El Papa no sobrevivió mucho tiempo a este último acto de su Pontificado. Profundamente herido por los ataques de que era objeto, se le llevó la apoplejía el 20 de febrero de 1431.

Los Cardenales se apresuraron a redactar una nueva *capitulación*, que tendía a poner en sus manos el control sobre el Sumo Pontífice y a compartir con él el gobierno de sus Estados. Se inspiraban así en las teorías conciliares y exigían reformase la Curia, que se comprometiese a no trasladarla a otra parte sin consentimiento de ellos, y a convocar un concilio ecuménico para reformar la Iglesia. El Papa no podía emprender nada contra la persona o fortuna de un Cardenal sin consentimiento de sus colegas; se garantizaría a los Cardenales la mitad de las rentas de la Iglesia. Si lo consideramos bien, no podemos por menos de ver en esta capitulación un gesto dirigido tanto contra el concilio como contra el Papa; el único beneficiario sería el Sacro Colegio. En resumidas cuentas, era un abuso que pretendía remediar otro abuso. Los Papas trataron, naturalmente, desde ese momento de eludir las capitulaciones, y para lograrlo aumentaron más el nepotismo, procurando introducir en la Curia a sus parientes y amigos. Sólo la santidad podía despertar el espíritu de abnegación y de sacrificio necesario a la indispensable reforma, pero el tiempo de las pruebas no había llegado aún a su fin.

EL CONCILIO DE BASILEA

Martín V tuvo como sucesor a Gabriel Condulmaro, elegido el 3 de marzo de 1431 y coronado el 11 de marzo, que tomó el nombre de *Eugenio IV* (1431-1447). Había tenido que firmar, como los otros Cardenales, durante el conclave, la capitulación que limitaba los Poderes del Papa, mas no tardó en librarse de ella. El día de su coronación, el Cardenal Cesarini fue confirmado como legado contra los husitas y para el Concilio de Basilea. Eugenio IV era un santo monje, de la Orden de los eremitas agustinos, pero menos hábil que virtuoso, y pronto se produjeron choques con la asamblea. Giulano Cesarini, elevado a la dignidad cardenalicia por Martín V, había sido Profesor de Derecho canónico en Bolonia; era un hombre de gran mérito que comprendía toda la gravedad de la situación.

El Concilio de Basilea, que habría debido inaugurarse en el mes de marzo, sólo celebró sesión el 23 de julio de 1431. Únicamente contaba con catorce Obispos o Abades bajo la presidencia de Juan de Palomar, representante de Cesarini. Pese al escaso número de participantes, se declaró concilio ecumé-

nico, se evocó el decreto de Constanza sobre la supremacía de los concilios y se asignó el triple objetivo de reformar la Iglesia, zanjar la cuestión husita y restablecer la unión con los griegos.

El Cardenal legado llegó el 9 de septiembre. Sin dejar de aprobar lo hecho, no pudo por menos de sentirse impresionado por la situación singular de tal conciliábulo. ¿Podía verdaderamente apelar al ecumenismo? Por eso, no tardó, desde el 19, en urgir a los Obispos para que acudieran a Basilea. Al mismo tiempo encargó a un canónigo de Besançon, Juan Beaupère, que se haría demasiado célebre cuando el proceso de Juana de Arco, que pusiese al Papa al corriente de la situación. Los informes que dio al Sumo Pontífice eran, al menos en parte, inexactos. Eugenio IV, temeroso de la creciente influencia del movimiento conciliar, tomó pronto una decisión extrema, no justificada por la conducta del concilio. El 18 de diciembre de 1431 pronunció su disolución. Cesarini, que esperó otra cosa de sus gestiones, había celebrado solemnemente su inauguración el 14 en la catedral de Basilea. La bula de disolución exasperó a los Padres conciliares. El legado se hizo intérprete de ello en una carta al Pontífice, del 13 de enero de 1432: «La segur se ha aplicado a la raíz del árbol —escribía—, y el árbol se inclina; está a punto de caer, pero todavía se mantiene, y ¡nosotros vamos a precipitar su caída!» ¡Palabras proféticas! El 21 de enero el concilio, fingiendo ignorar el acta pontificia, publicó una encíclica que anunciaba la resolución de continuar sus deliberaciones con ayuda del Espíritu Santo.

La mutua sospecha perturbó desde el principio las relaciones entre el Papa y el concilio; el nuevo conflicto surgente dilaceraría otra vez a la Cristiandad. Desde el 15 de febrero, el sínodo, reiterando los decretos de Constanza, declaró que no podía ser disuelto, trasladado ni diferido por nadie, incluido el Papa. El alcance de la decisión era del todo distinta a la precedente, pues esta vez no estaban en presencia de un Papa cuya legitimidad fuese dudosa. El voto de Basilea equivalía, pues, a transformar la constitución tradicional de la Iglesia.

La situación general evolucionaba, por otra parte, con detrimento del Papado. Triunfaban los husitas; una reunión convocada en Bourges por el Rey de Francia, Carlos VII, se declaraba en favor de los basilenses. El Arzobispo de Lyón, Amadeo de Talaru, cuya influencia era grande, se esforzó, en la coyuntura, en predicar la moderación, recomendando al concilio que tratase con el Papa con la mayor deferencia, dado que no se trataba de Juan XXIII, sino de un Pontífice de vida irreprochable. Sin embargo, disminuía la autoridad de Eugenio IV. Varios Cardenales le abandonaban: Capranica, Brando, Alemán, Cervantes, De la Roquetaillade. Luis Alemán, Arzobispo de Arles, a quien la Iglesia proclamaría beato un siglo después, era el alma del partido conciliar más liberal. Nicolás de Cusa, a la sazón párroco de Coblentz, le secundaba con energía, defendiendo en su *De concordantia catholica* que el privilegio de la infalibilidad sólo pertenece a un concilio ecuménico. El Cardenal

Eneas Silvio Piccolomini, sabio humanista —futuro Pío II—, y el mismo legado Cesarini defendían idéntica tesis extrema.

Para salvar lo esencial —el primado—, el Papa cedió poco más o menos en lo demás. Aconsejado por Segismundo, quien llegó a Roma en 1433 para recibir la Corona imperial, retiró el decreto de disolución y, bajo su autoridad y la de la Santa Sede Apostólica, proclamó el carácter ecuménico de la apertura y de las sesiones siguientes de la asamblea de Basilea, aunque no ratificase sus decisiones con la bula *Dudum sacrum,* primera y última forma de 1 de agosto y de 15 de diciembre de 1433. Sin embargo, los elementos radicales ganaban más terreno y facilitaban el acceso al concilio al bajo clero, lo cual acentuaba el carácter democrático de la asamblea. Con ello se logró soliviantar a los subordinados contra los superiores, tanto y tan bien, que pronto se juzgó necesario crear una comisión de control para comprobar el valor de los estudios y de la dignidad de costumbres de los *bachilleres,* así como la conducta de los frailes mendicantes, quienes sólo tomarían parte en las discusiones concernientes a la reforma. Tales tendencias igualitarias y este espíritu de insubordinación serían uno de los fermentos más activos de la revolución religiosa en el siglo siguiente.

Cuatro grandes comisiones o delegaciones se repartieron la tarea, consistente en la extirpación de las herejías, la pacificación de la Cristiandad y el arreglo de los asuntos generales. Las cuatro naciones: italiana, francesa, alemana y española, habían de estar representadas en cada una de ellas en número igual. Se tomaban las decisiones en cada delegación, luego en asambleas plenarias, por mayoría de miembros presentes. A veces ¡se dio el edificante espectáculo de los domésticos de los prelados, quienes al manifestarse estrepitosamente intimidaban al partido contrario!

Los elementos más avanzados querían hacer del concilio una autoridad permanente, que se habría convertido en la suprema instancia; así, la Iglesia habría perdido su carácter monárquico. Y para privar al Papa de todos sus recursos en el mismo momento en que había invadido los Estados de la Iglesia el cobarde y cruel Felipe María Visconti, Duque de Milán, de donde el Sumo Pontífice se exiliaría a Florencia, el concilio —9 de junio de 1435— votó la supresión de las anatas, derechos del palio, tasas e impuestos percibidos en beneficio de la Santa Sede.

Finalmente, tras dos años de discusiones tumultuosas, durante las cuales el delegado Cesarini se esforzó en vano por inducir al concilio a que continuase sus deliberaciones en Florencia o Módena, conforme a los deseos del Papa, Eugenio IV ordenó su traslado a *Ferrara* mediante la bula del 30 de diciembre de 1437. Pero la mayoría del concilio no se sometió, y siguió celebrando sesiones en Basilea bajo la presidencia del Cardenal Alemán, mientras que en Ferrara se celebraba otro presidido por el Papa, reconocido por el Emperador y aceptado por los griegos. Según la opinión más generalizada, el Concilio de Basilea careció del carácter de concilio ecuménico.

Intransigentes con el Papa, los Padres de Basilea hicieron propuestas a los husitas. Los *compactatos de Iglau*, adoptados en esta ciudad en 1436 y en Basilea al año siguiente, fijaron —como es sabido— la comunión bajo las dos especies. Los bienes eclesiásticos confiscados por la nobleza bohemia tuvieron que ser restituidos, en principio. El acuerdo dividió a los husitas, y la nobleza y las ciudades se unieron para restablecer el orden; el resultado del asunto husita no era un triunfo para los Padres de Basilea. En la cuestión de la unión con los griegos sólo terminaron en una ruptura con la Santa Sede.

LA UNIÓN DE LAS IGLESIAS

Se imponía, y el Emperador de Constantinopla, Juan VIII Paleólogo, había iniciado las negociaciones con la Iglesia Romana, pues la amenaza de los turcos contra su Imperio se agravaba cada día más. La mayoría del concilio —los demócratas— deseaban que el encuentro se efectuase en Basilea o en Aviñón, y el Rey de Francia pensaba hacer volver la Curia a su reino. La minoría se inclinaba por Udina o Florencia. Los griegos, cuyo orgullo no habían abatido las desgracias, se entendieron con el Papa para iniciar las negociaciones en *Ferrara*. El Padre Santo convocó aquí el concilio, con gran enojo de los Padres de Basilea, quienes por tal motivo se decidieron a suspender al Papa y luego a destituirle. El legado Cesarini, previendo la ruptura, abandonó el concilio. Los partidarios de medidas extremas se regocijaron por ello. Podrían triunfar en Basilea más fácilmente que en Italia, donde los Obispos habrían superado al bajo clero; el Cardenal Alemán fue elegido presidente del concilio de Basilea. Pero su ensañamiento comprometía cada vez más a sus componentes, pues estaban sacrificando la unión de las Iglesias a la teoría conciliar y a sus intereses personales: a través de los discursos sobre la autoridad de la Iglesia, muchos Padres conciliares vislumbraban sobre todo la mitra o la púrpura.

La situación se normalizaba en favor del Papa. El 8 de febrero de 1438 se inauguró el Concilio de Ferrara por el Cardenal legado Albergati; la peste y motivos económicos obligaron a un nuevo traslado a *Florencia*. Se abordaron aquí cuatro cuestiones: la procesión del Espíritu Santo (o del *Filioque*), los ázimos (o cualidad del pan empleado en la Eucaristía), el Purgatorio y el primado del Papa.

El 5 de julio de 1439 se llegó a un acuerdo. Aunque las grandes esperanzas que se cifraban en esta unión no habían de realizarse, era un éxito muy grande para el prestigio del Papado y del Pontífice reinante. El Concilio de Florencia, que tenía derecho a considerarse como el único legítimo, enunciaba: «Asimismo definimos que la Santa Sede Apostólica y el Romano Pontífice tienen el primado sobre todo el orbe; que este Pontífice Romano es el sucesor del bienaventurado Pedro, Príncipe de los Apóstoles, verdadero Vicario de Cristo, Cabeza de toda la Iglesia, Pastor y Doctor de todos los cristianos y que Nuestro

Señor Jesucristo le ha conferido en la persona de San Pedro la plenitud del poder de apacentar, regir y gobernar la Iglesia universal.» Esta definición dogmática se oponía diametralmente a la teorías que profesaba el Concilio de Basilea. En tanto gran parte de la Iglesia griega se separaba de la unión, los Padres de Basilea habían votado el 15 de junio de 1439 la deposición de Eugenio IV como hereje obstinado y procedido el 5 de noviembre del mismo año a la elección de un nuevo Pontífice, el Duque Amadeo VIII de Saboya, que tomó el nombre de Félix V.

EL ÚLTIMO ANTIPAPA

Para consumar su obra, los Padres de Basilea debían, en efecto, procurar sustituir al Pontífice que habían depuesto. «La elección era difícil. ¿Dónde encontrar quien supiese imponer su autoridad a las cortes recalcitrantes alejadas por los excesos de la asamblea? ¿Habría tenido suficiente influencia un eclesiástico? Lo dudaban. Más bien se necesitaba en este debate convertido en político algún poderoso Príncipe que pusiese al servicio del concilio sus relaciones, Estados y riquezas. Uno parecía el más indicado: era viudo, a quien todos respetaban y se había recluido desde hacía algún tiempo en una vida casi monástica. Efectivamente, ese personaje acumuló en su persona la mayoría de votos. Era Amadeo, Duque de Saboya, decano de los caballeros de Ripaille, que sería elevado al Trono pontificio el 5 de noviembre de 1439» (1).

Este Príncipe era un político avisado, un conquistador pacífico que había trabajado con acierto por la grandeza de su casa, y cuya prudencia y sentido diplomático habían conocido los Soberanos extranjeros. De humor algo agreste, Amadeo era admirado por su sencillez, piedad y aversión al mundo, y se asemejaba menos a un seglar que a un eclesiástico. Viudo de María de Borgoña, padre de nueve hijos, fundó en 1434, en Ripaille, cerca de Thonon, la Orden de San Mauricio, cuyo recuerdo persiste todavía hoy en Italia bajo la denominación tan conocida de Orden de los Santos Mauricio y Lázaro. Los «eremitas de Ripaille», bien pagados, alojados y servidos, se parecían menos a ascetas que a grandes señores. Como su fundador, cuyo lema era *Servire Deo regnare est*, debían servir a Dios continuando sirviendo al Estado. El adagio tan conocido que difundieron los malintencionados de «andar de *ripaille* (francachela)» no era más que una grosera calumnia. Pero según una expresión afortunada, el decano de Ripaille, al querer ser Papa dejó de ser cuerdo.

¿Cómo fue lanzado a semejante aventura el prudente Amadeo? Sin duda era ambicioso, pero no tenía nada de un «hijo de Satanás», de «nuevo Anticristo de la Iglesia de Dios», juguete de encantadores y hechiceras de que le acusaba la bula de excomunión fulminada por Eugenio IV. Durante mucho

(1) Tomado del hermoso libro de Max Bruchet *Le château de Ripaille*, París, 1907, página 113.

tiempo había sido el valiente defensor del Padre Santo contra el concilio. La humillación que sufrieron sus gentileshombres, a quienes había encargado que trajesen a los Embajadores griegos de Constantinopla, la obstinación de Eugenio IV en preferir una ciudad italiana como sede del concilio hicieron de Amadeo un adversario del Pontífice; el amor propio herido siempre aconseja mal. No por eso dejó de protestar contra la deposición de Eugenio IV, aunque sin decidirse a las claras por el Papa o por el concilio. En realidad, ya no era neutral, y si vaciló bastante tiempo terminó por plegarse a los deseos del conciliábulo que le llevó al Sumo Pontificado.

Los ojos del desdichado Félix V no tardaron en abrirse. Se había dejado convencer de que la Cristiandad necesitaba de él para guiarla bajo la dirección del concilio y, al mismo tiempo, pensado aumentar la gloria y el poder de su casa. Mas ya habían pasado los tiempos en que un antipapa —fue el último— representase un papel. Francia no admitió la validez de su elección; el Emperador de Alemania, influido por la enérgica actitud de Carlos VII, mantuvo una neutralidad hostil; más tarde Aragón y Escocia se separaron de la nueva obediencia. Para vivir, se había visto obligado Félix V a adjudicarse el obispado de Ginebra, al morir su titular, que no fue sustituido, y la autoridad del conciliábulo de Basilea había quedado malparada. A Eugenio IV, fallecido en 1447, le había sucedido *Nicolás V;* el 7 de abril de 1449 Félix V firmó su abdicación en Lausana, en el convento de San Francisco, y se convirtió en el Cardenal de Santa Sabina, conservando el primer puesto en la Iglesia después del Sumo Pontífice, con derecho a privilegios extraordinarios. Murió el 6 de enero de 1451 y fue inhumado en Ripaille; en 1536 los berneses, conquistadores del país de Vaud y de Saboya, destrozaron su sepulcro y convirtieron su iglesia en cuadra; en 1576 sus huesos fueron trasladados a Turín, donde reposan en la catedral de San Juan. La intervención del eremita de Ripaille había sido fatal para su reputación, y la posteridad aprobó el juicio de su ilustre contemporáneo, el futuro Pío II: «A este Príncipe se le habría considerado como prudente si en su vejez no hubiese ambicionado la Tiara.»

LOS CONCORDATOS

Mientras las mejores inteligencias —Cesarini, Nicolás de Cusa y ese Eneas Silvio Piccolomini que será, como Papa, el fundador de la Universidad de Basilea— salían de su error respecto a la autoridad del conciliábulo renano, los Soberanos de Francia y Alemania aún no habían comprendido cuál era el camino a seguir para conjurar la crisis. Con todo, se podía buscar en la celebración de concordatos con la Santa Sede, con un Papa restablecido en sus derechos. Mas las acusaciones formuladas por la *nación* francesa en el conciliábulo de Basilea revelaban los motivos fiscales y políticos del Rey de Francia. Éste reprochaba al Papa que dispusiera de los beneficios de Francia en provecho de extranjeros y sacase el oro francés del reino para prodigarlo

en Italia. La perplejidad de Carlos VII fue grande cuando el concilio estableció los decretos de reforma. Aceptarlos equivalía a formar un cisma; rechazarlos era, en la mente del Rey, conceder demasiado al Papa. Carlos VII aprovechó la ruptura entre ambas potestades para conseguir el fin indicado al Rey por la Universidad desde el gran cisma: la institución de una Iglesia nacional. El Rey y el clero reivindicaban así para la Iglesia de Francia la situación que los Padres de Basilea reclamaban para toda la Iglesia.

En el mes de junio de 1438 el Rey reunió, por tanto, al clero en *Bourges*. La asamblea escuchó a los diputados de Eugenio IV y a los del concilio y buscó una solución media para evitar el cisma, al mismo tiempo que llevaba a cabo la autonomía deseada. La *Pragmática Sanción,* publicada el 7 de julio como ley fundamental del Estado, la sancionó el Parlamento al año siguiente. Esta *sanción* era *pragmática,* es decir, conforme a las definiciones de la antigua diplomacia era el resultado de una deliberación cuya iniciativa no tomaba la autoridad soberana, sino que se contentaba con homologar. Limitaba el número de beneficios que había de proveer el Papa, las contribuciones que percibía y la jurisdicción pontificia. En cambio, el clero francés se ponía en manos del Rey, el cual se atribuía complacientemente el papel de reformador de la Iglesia y reavivaba la ficción de las antiguas libertades galicanas. Se urdió íntegramente, en 1450, una pretendida Pragmática Sanción de San Luis, en 1268. Por otra parte, Carlos VII se cuidaba de romper con el Papa, e incluso no se negaría a modificar la Pragmática Sanción. No por ello dejaba de ser el amo de la Iglesia de Francia, y, cuando se sustituyó la Pragmática en 1516 por el Concordato de Bolonia entre León X y Francisco I, no se cambió nada esencial, salvo que la situación se conformó por ello al Derecho canónico.

La teoría y práctica de las célebres *libertades galicanas* demuestran a todas luces la evolución de la situación desde el reinado de Felipe el Hermoso y las ventajas que supieron sacar las potencias seculares de los trastornos de la Iglesia, así como de las teorías conciliares. «Los Príncipes se encargaban de restablecer el orden en la Iglesia, y sólo tenían que dar un paso más para disponer de la religión de sus súbditos. Los tiempos estaban maduros, no ya para el Poder ilimitado del Papa en los asuntos temporales de la Iglesia, sino para el Poder ilimitado de los Príncipes en los asuntos eclesiásticos, para el absolutismo de los mismos. La Iglesia, única potencia que aún mantenía dentro de ciertos límites el absolutismo del Estado, fue vencida. La Iglesia, el clero y los pueblos tuvieron que pagar caro esta derrota, y la libertad del Occidente no ganó nada con ello; al contrario, estuvo a punto de perder todas sus conquistas. Mas los dirigentes de la Iglesia no estaban exentos de responsabilidad, porque habían vacilado demasiado tiempo en proceder a la reforma de la misma, su principal misión» (1).

El ejemplo de Francia le siguió Alemania. La situación del Papa en ésta no era tan desfavorable como frente al Rey de Francia, pues el Pontífice podía

---

(1) Schnürer, o. c., III, 412.

dominar, dividiéndolos, al Emperador y a los Príncipe electores. Al declararse neutrales en el conflicto entre el Sumo Pontífice y el concilio, los electores trataron de adoptar una posición análoga a la de Carlos VII, es decir, a independizarse lo más posible de Roma.

En consecuencia: en la primavera de 1439 la Dieta del Imperio, en Maguncia, declaró la neutralidad del Sacro Imperio Romano Germánico frente al concilio y frente al Papa, al mismo tiempo que se mostraba más bien hostil a la Santa Sede. Aprobó varios decretos del concilio de Basilea como hizo la asamblea de Bourges, que limitaban los derechos del Sumo Pontífice. Pero el Poder ejecutivo carecía en el Imperio de la misma fuerza que en el reino de Francia: la constitución alemana confería a cada Príncipe la misión de ponerlos en vigor. El Papa y los Padres de Basilea se esforzaron, pues, cada uno por su lado, en atraer hacia sí a los alemanes. Eugenio IV fracasó primero ante el sucesor de Segismundo, Alberto II de Habsburgo, elegido en 1438, mas en cambio triunfó ante Federico III, elegido en 1440.

Para ganarle a su causa, el Papa tuvo que hacer amplias concesiones al Jefe del Sacro Imperio. A principios de 1446, Federico III obtuvo el décimo de las prebendas eclesiásticas de Alemania, el derecho de colación de cien beneficios en sus Estados hereditarios de Austria; el derecho de proponer, durante toda su vida, candidatos a los obispados de Trento, Brixen, Coire, Gurk, Trieste y Pedena, y una enorme suma de dinero con derecho a proponer para la inspección de los monasterios de sus Estados hereditarios a personas capaces. El apoyo que el Papa pensaba encontrar en el Emperador resultó menor de lo que había esperado, a causa de la disminución del prestigio imperial. La petición de ayuda que hizo Federico al Rey de Francia, en la lucha entablada por los Habsburgos contra los suizos, fue muy censurada en los países alemanes. Las tropas del Rey de Francia —los célebres Armagnacs— garantizaron la victoria, que costó cara, de los austriacos en Saint-Jacques, a orillas del Birse, en 1444. Mas el Rey de Francia y el delfín —el futuro Luis XI— poco más tarde se acercaron a los suizos con detrimento de los Habsburgos.

Las relaciones del Papa con los Príncipes alemanes sufrieron, pues, las repercusiones de los acontecimientos. La hostilidad hacia el Papa se puso de manifiesto entre los Príncipes electores en 1446, cuando el Papa decretó la destitución de los Arzobispos de Colonia y de Tréveris, adictos al concilio de Basilea. Entonces la intervención de Eneas Silvio Piccolomini, quien ya había ganado a Federico para la causa del Papa, indujo a los Príncipes a firmar en 1447 el célebre *Concordato de los Príncipes*. El Papa aceptó todas las exigencias de los alemanes, pero con tantas cláusulas restrictivas, que se ponía en duda en un artículo lo otorgado en el precedente. Uno de los resultados tangibles del concordato fue que Alemania se había ganado para Eugenio IV al morir éste el 23 de febrero de 1447. Otro resultado fue preparar la firma de un nuevo acuerdo: el *Concordato de Viena* del 17 de febrero de 1448 entre Nicolás V (1447-1455), sucesor de Eugenio IV, y los Príncipes alemanes.

Se reiteraban las conclusiones del concordato celebrado en Constanza, y la Santa Sede podía disponer de muchos beneficios en Alemania. La querella entre el Papa y los Príncipes alemanes terminaba así, pero los males que sufría la Iglesia de Alemania no por ello quedaban remediados. El nombramiento por la Santa Sede para disfrutar de beneficios en Alemania estuvo a veces viciado de favoritismo, y el descontento causado por estos nombramientos hay que consignarlo entre las causas de la revolución religiosa del siglo XVI.

Mas, por el momento, la primera consecuencia religiosa del concordato fue dejar sin efecto al Concilio de Basilea. Federico III ordenó a sus miembros que se separasen, les retiró sus escoltas y mandó que cada uno reconociese en Alemania a Nicolás V como Papa. El Emperador insistió, amenazando a los últimos obstinados con excluirlos del Imperio; el concejo de Basilea los apremió vivamente para que abandonasen la ciudad, lo que hicieron el 4 de julio de 1448. Las cien personas, incluidos los séquitos, que componían la asamblea, se dirigieron a Lausana, donde confiaban poder proseguir los trabajos bajo la protección de Saboya. Tras la muerte de Félix V eligieron también a Nicolás V y decidieron, por último, clausurar el concilio el 25 de abril de 1449.

Había muerto el último antipapa, se había sofocado el último cisma y cerrado el período conciliar. Los Padres de Basilea, refugiados en Lausana, perdieron el tiempo recordando su decreto, que fijaba la convocatoria de un nuevo concilio en Lyón tres años después. Ya nada bueno se esperaba de esas asambleas tras el cisma provocado por la de Basilea. La reacción contra los concilios empujó al Papa y a los Príncipes por el camino de los concordatos, y hasta la idea de reforma se esfumó. La Curia, en conjunto, se alegró, pues la reforma habría tenido por resultado mermar sus rentas. La restauración del principio del primado, acertada en sí, no dio sus frutos por no ir acompañada de la reforma. A la larga se declaró un movimiento de hostilidad contra el Papado, que no cesaría de aumentar hasta la ruptura del siglo posterior. Eneas Silvio Piccolomini no se engañaba al escribir en 1448: «Nos esperan tiempos peligrosos. Por doquier amenazan tempestades, y habrá que ver la habilidad de los marineros en los temporales... Tenemos un armisticio; no la paz.» Escritos contemporáneos como la *Confutatio primatus papae* y la *Reforma del Emperador Segismundo* demuestran la existencia de esta corriente, todavía más subterránea que aflorada, pero ya violenta, en la que encontramos los argumentos de Marsilio de Padua, aliado de Luis de Baviera, y de Pedro Du Bois, mentor de Felipe el Hermoso. La idea de que la reforma no podría efectuarse sino por la violencia, de que la Iglesia habría de ser despojada de sus bienes, crecía y tomaba cuerpo.

En estas condiciones, las solemnidades del gran jubileo con que se celebró en Roma (1450) la derrota del último cisma tenían un no sé qué de artificioso. La Santa Sede se daba tan perfecta cuenta de ello, que envió a Francia, al año siguiente, al Cardenal *Guillermo de Estouteville* para llevar a cabo la reforma de los cabildos catedralicios, escuelas y Universidades y lograr suprimir la Pragmática Sanción. Carlos VII sólo consintió en una nueva promul-

gación, en forma atenuada, de la Pragmática; en cuanto a lo demás, el fastuoso Cardenal no obtuvo ningún resultado. Es verdad que tal vez no se había escogido el buen momento. Francia sufrió y aún sufría terriblemente los horrores de la guerra de los Cien Años; el milagro de Juana de Arco no había surtido todo su efecto y los ingleses sólo fueron arrojados del reino en 1453.

La misión a Alemania del Cardenal legado *Nicolás de Cusa* fue más fecunda. El sabio teólogo y jurisconsulto había bebido sus primeros pensamientos en la escuela de los frailes de la *vida común,* en Deventer. Si en un principio defendió en Basilea las teorías conciliares más avanzadas, había abandonado la asamblea con su antiguo maestro Cesarini al sobrevenir la ruptura entre Eugenio IV y el concilio. Nombrado Cardenal y Obispo de Brixen, visitó Alemania y los Países Bajos de 1450 a 1452 y llevó a cabo útiles reformas, pero las comprometió, en parte, en una querella con el Duque Segismundo de Austria a propósito de los derechos feudales que ejercía como Obispo en el Tirol. Su obrita escrita en 1452 *Coniectura de ultimis diebus,* en la que profecías fantásticas, que no son más que un juego de cifras, se combinan con consideraciones doctrinales, demuestra que, pese a todo, veía en la época de los concilios una era de progreso para la Iglesia. Su optimismo se explica por el hecho de haber trabajado personalmente con el más encomiable celo en la reforma y, en especial, en la fusión de las Iglesias Romana y Griega.

Los sermones de Cruzada y penitencia de *San Juan de Capistrano,* discípulo de San Bernardino de Siena, tuvieron también los mejores resultados. Su acción en Italia, Alemania, Polonia y Hungría contribuyó a la restauración moral y levantó los corazones abatidos por la caída de Constantinopla en 1453. Estuvo al lado del heroico Juan Corvino o Hunnyade, cuando el valeroso soldado obligó a los turcos a levantar el sitio de Belgrado en 1456. ¡Victoria desgraciadamente efímera! La peste se los llevó a los dos en el otoño del mismo año. Estos éxitos ayudan igualmente a comprender el optimismo de Nicolás de Cusa, al que reconfortaban al mismo tiempo los ejemplos tan consoladores que daban los frailes de la *vida común,* los canónigos de la congregación de Windesheim y los admirables cartujos.

Los concilios reformadores habían despertado, en definitiva, el interés de la Cristiandad por el bien general de la Iglesia, pero se engañaron en la elección de medios. Es un contraste más en este siglo XV, repleto, en el que se ve aparecer el siniestro *Martillo de brujas* y la *Imitación de Cristo;* en el que los horrores de la tortura y las danzas macabras se codean con las más exquisitas manifestaciones del arte cristiano y de la piedad evangélica. En vano se buscaría el ideal de equilibrio y de medida característico de la Edad Media en su apogeo. La civilización medieval está en su ocaso y la sociedad europea se vuelve hacia Italia, que se pone a la cabeza, y en el que se elaboran los nuevos valores cuya sola medida tiende a ser el hombre: el Renacimiento.

CAPÍTULO XXIII

LOS PAPAS Y LOS ORÍGENES DEL RENACIMIENTO

EL RENACIMIENTO

El vocablo *Renacimiento* sirve para designar, como es sabido, una época y un movimiento que aspiraron a fundar la civilización sobre la resurrección de la Antigüedad clásica. El apelativo procede de un desconocimiento de la civilización de la Edad Media. Es en buena parte impropio, pues induce a pensar que antes de los siglos XV y XVI las artes y las letras estaban como muertas y en ese momento se produjo una resurrección. El medievo no habría sido más que un período intermedio entre dos edades de civilización: la Antigüedad y su renovación. Pues bien, en realidad, no hubo nada repentino en el Renacimiento. Ya se trate de letras y de artes, ya se considere en Italia, su cuna, en Francia, o Alemania, el Renacimiento fue la consecuencia de una larga evolución. En cuanto a la grandeza de la Edad Media en los órdenes espiritual, intelectual y artístico, desde hace mucho tiempo está fuera de discusión. Una época que vio nacer a San Francisco de Asís, a Santo Tomás de Aquino, a Dante Alighieri y levantar las catedrales de Reims y Chartres, con tantas otras, no podría situarse al margen de la civilización. Lo esencial del contenido de la palabra e idea del Renacimiento existía, por lo demás, desde el principio del medievo: la idea de que hay que vincularse a la Antigüedad si queremos que progrese la civilización, quebrantada por el huracán de las invasiones.

En el siglo XV se acentúan las diferencias. La nueva época es una vuelta a la Antigüedad pagana; a las fuentes de inspiración cristiana se añaden las fuentes paganas. Al ideal cristiano de fe, sumisión, perfección moral, a la aceptación del sufrimiento purificador que encamina al hombre hacia Dios, al ascetismo, los nuevos tiempos prefieren el culto de la razón y del materialismo; la embriaguez de los sentidos acompaña a la del Espíritu nuevamente templado en las fuentes antiguas. Estas aspiraciones se traducen en las costumbres, especialmente en Italia, profundamente corrompidas; en las artes

por el afán de la perfección de la forma; en las letras por la elegancia del estilo e indeferencia por el pensamiento moral.

Los literatos, los humanistas —*humanus, humano,* tiene también el sentido de *educado*—, se glorían de que nada humano les es ajeno (1). El humanismo, que blasona de ser el único representante de la cultura, consiste en reducirlo todo a la medida del hombre, concebirlo con relación al hombre y expresarlo en función del hombre. Es el hombre vinculado al hombre en la infinidad de los tiempos y en la diversidad de las épocas, considerada desde el punto de vista de la identidad fundamental de la naturaleza humana. Así, por medio del humanismo, se introduce en una organización social, que todavía es la medieval, el principio igualitario que dará al traste con ella a su tiempo.

De la Antigüedad *repensada* así y opuesta al cristianismo y al medievo, procederá con la extensión de la civilización a todo el Occidente lo que se ha convenido en llamar «el espíritu moderno». De este modo el Renacimiento es la primera de las tres revoluciones espirituales que han cambiado el sentido de la Historia; la segunda es la reforma protestante; la tercera, la Revolución francesa. El siglo XIV había iniciado la crisis, y a partir de ese momento, lenta pero irresistiblemente, la Historia ya no se hizo en última instancia por cristianos fieles a la Iglesia, sino por hombres que se alejan cada vez más de ella.

Desde hace mucho tiempo surgió una controversia sobre la cuestión de saber si debemos ver en el Renacimiento un movimiento único o como doble movimiento de ideas —un Renacimiento cristiano o un Renacimiento pagano—. Lo que no se podría discutir es que hubo hombres que sólo se lanzaron a esa corriente nueva de ideas para sustituir el renunciamiento con el placer, la disciplina intelectual con el libertinaje del alma, y junto a ellos otros hombres, quienes, reconociendo la necesidad de una renovación artística, intelectual y social, no por ello dejaban de ser fieles a la Iglesia. Pero en el fondo parece que sólo hubo un movimiento único que arrastró a los hombres más dispares, más cercanos por la comunidad de cultura que separados por la diversidad de sus opiniones religiosas. Muy lejos, en todo caso, de formar dos partidos definidos hasta el día, en la Reforma católica, en que los jesuitas, especialmente, constituyeron ese clasicismo cristiano mediante el cual la Iglesia asimiló otra vez lo que podía ser asimilado de la cultura antigua (2).

El humanismo pagano, en todo caso, no se desarrolló, por desgracia, sólo fuera de la Corte pontificia. Si ciertos Papas supieron vislumbrar el peligro, hubo otros, incluso entre los personalmente irreprochables, que otorgaron un excesivo favor a los peores enemigos de la Iglesia, con tal de ser literatos.

---

(1) *Homo sum, humani nihil a me alienum puto.* (Terencio, *El atormentador de sí mismo,* acto I, escena I, verso 77, y la expresión de Erasmo tan repetida: *humaniores litterae.*)

(2) Cf. el prefacio de M. E. Jordan, profesor de la Universidad de París, al libro de Gustavo Schnürer, *L'Église et la civilisation au moyen âge,* y el prefacio de M. J. Guiraud en la tercera edición de su libro: *L'Église romaine et les origines de la Renaissance,* París, 1904, reproducido en la quinta edición, París, 1921.

La situación había cambiado profundamente desde hacía ciento cincuenta años. Un Fray Angélico, entre los pintores de los orígenes del Renacimiento; un Vittorino da Feltre, entre los primeros humanistas, que conservaban su idealismo cristiano, indicaban a la Iglesia la actitud que debía adoptar frente al Renacimiento para continuar su misión salvadora. «En la época de Bonifacio VIII había surgido en los ambientes de la Curia la pretensión de que el Papado debía reinar con plena soberanía, no sólo en el terreno espiritual, sino también en el temporal. Y ahora el espíritu mundano parecía disponerse a reinar hasta en la Iglesia, sin imponerse con fórmulas jurídicas, mas con esa tiranía insinuante no codificada en parte alguna, por cuyo medio la moda subyuga a los espíritus... A quienes antaño no los había detenido ninguna consideración en sus pretensiones al Poder absoluto... ahora se inclinaban con sorprendente flexibilidad ante las tendencias absolutistas, no manifestadas, de un Poder que en ninguna parte era tan fuerte como en Roma» (1).

LOS PAPAS DEL RENACIMIENTO

El Papado no había resuelto la reforma en la cabeza y en los miembros que desde hacía tanto tiempo exigían las más diversas almas, amigas y enemigas de la Iglesia. Una vez terminada la era de los concilios se preocupó, sobre todo, por hacer de Roma el foco luminoso e irradiante del Renacimiento. El camino a seguir se lo habían trazado sus orígenes y misión: le incumbía valerse del nuevo movimiento a los fines sobrenaturales de la Iglesia; en ninguna otra época se planteó con mayor fuerza el problema «Iglesia y civilización» como en los cien años transcurridos entre la mitad del siglo XV y la mitad del siglo siguiente. Hizo falta que surgiesen jornadas de terror para la Iglesia de Cristo, que se viese desgarrada por una escisión profunda y dolorosa antes de poder iniciar, por fin, la obra de reforma de la que saldría más fiel a su divino fundador y más pertrechada para la conquista de las almas. «Vemos —escribe en un resumen rico en sentido el gran historiador tan citado— adónde va la Iglesia si sus jefes se dejan absorber por la civilización temporal y, por otra parte, cómo el espíritu de la Iglesia, vuelto hacia lo sobrenatural, puede tomar impulso cuando cambia el marco de la civilización del mundo» (2).

Con Nicolás V (1447-1455), el humanismo se elevó hasta el Trono pontificio, pero «en Aviñón», en la corte papal, fue donde nació el humanismo, con Petrarca, a quien se conviene en llamar el primer humanista. Ya en el siglo XIV la unión de Iglesia y Renacimiento en sus comienzos era estrecha, y bajo Bonifacio VIII el Papado no era indiferente a este movimiento. Aún no se tenía

---

(1) Schnürer, *L'Église et la civilisation au moyen âge*, III, 505-506.
(2) Schnürer, III, 508. El gran historiador ha insistido continuamente en esta idea, inspiradora de toda su obra.

el presentimiento del antagonismo que le opondría al Evangelio. El arte se renovaba bajo el impulso de Giotto. Italia se embellecía con iglesias nuevas, y las fiestas, de riqueza sin precedentes, de la coronación y jubileo de Bonifacio VIII manifestaban esplendorosamente la unión del Papado triunfante con el Renacimiento. El Papa fue uno de los protectores de Giotto, el maestro florentino, amigo de Dante; él supo preservar a los pintores y a los mosaicistas de la decadencia bizantina, así como a otros artistas más. La presencia en su biblioteca de treinta y tres manuscritos griegos, poco numerosos antes del siglo XV, demuestra el interés del Pontífice por las letras y por la filosofía antiguas. Al pontificado de Juan XXII se remontan los orígenes de la biblioteca apostólica de Aviñón. Clemente V la había trasladado allí; Juan XXII la enriqueció e hizo que se beneficiasen la erudición, las letras y las ciencias de las relaciones de Roma con el Oriente. Urbano V llamó a humanistas ya célebres, como Coluccio Salutati, que fue Canciller del Estado en Florencia; señaló —podemos afirmar— la entrada de los humanistas en las cancillerías. La elegancia de su estilo y la galanura de su lenguaje pronto los hicieron indispensables a la diplomacia, arte italiano por excelencia. Pero ya otro humanista, el dominico Juan Dominici, también florentino, ponía en guardia a Salutati contra un exagerado entusiasmo por las letras paganas. Había otros, distintos a él, que denunciaban la perniciosa influencia de la nueva corriente de pensamiento sobre la juventud y el concepto que comenzaba a forjarse de la vida. Con todo, Salutati defendía a los clásicos; lo cual era una prueba, entre tantas otras, del celo, a veces ciego, que animaba a los admiradores, incluso cristianos, de los nuevos estudios.

La vida y costumbres de Petrarca, «el primer moderno», como se le ha denominado, el protegido favorito de varios Papas aviñoneses, hacen resaltar aún más las luces y sombras del alba renaciente. Ya recalcamos su papel en otras partes de esta obra, pero debemos insistir en sus pasiones primordiales, que fueron su carácter dominante y el de sus émulos: el culto a la belleza sensible y la pasión por la gloria. Petrarca, cristiano de corazón y de convicción, incluso piadoso, pese a sus deficiencias morales, es el tipo más ilustre y cabal de los escritores del primer período del humanismo, quienes intentaron conciliar el espíritu nuevo con el del Evangelio. ¡El amor desordenado de la gloria! «Los hombres del Renacimiento tuvieron la pasión, o mejor la monomanía, de la gloria: imponerse a la atención y admiración de sus contemporáneos, incluso con actos inmorales y crueles, era para ellos una necesidad morbosa, y cuando las alabanzas que recibían no les parecían suficientes, no vacilaban en hacerse ellos mismos su propio panegírico. También bajo este punto de vista Petrarca fue su precursor» (1).

Todos los Papas de Aviñón se distinguieron por su solicitud en favor de las letras y de las artes. La biblioteca iniciada por Juan XXII, desde 1317, contaba en el Pontificado de Urbano V, en 1369, con dos mil doscientas obras valio-

(1) Guiraud, o. c., pág. 71.

sas (1). Se mandan copiar manuscritos, se buscan apasionadamente, se apresuran a adquirirlos en cuanto hay indicios en alguna parte donde se puedan conseguir; son tantos los ejemplos, que es imposible mencionarlos. Los estudios griegos, el helenismo, se beneficiaron lo más posible de tales disposiciones y de las relaciones entabladas entre el Papado y la Iglesia griega para restaurar la unión de las Iglesias; estas relaciones crecieron con los Papas de Aviñón.

El impulso que dieron a los grandes viajes de exploración del Mundo para evangelizar Asia y África contribuyó igualmente en gran medida —a la que no se ha prestado la atención que merece— a abarcar en una sola mirada a la humanidad entera. Es, sin duda, un aspecto del humanismo, y renovará las fuentes inspiradoras del pensamiento, pero también una manera de traducir en actos —y ¡con qué *gesta,* digna de las Cruzadas!— la fe de los descubridores de la Tierra y de los Apóstoles de Cristo. Y la severidad que mostró Petrarca con los Papas de la «cautividad de Babilonia», quienes habían cometido, a sus ojos, el doble error de ser franceses y de abandonar Italia, en nada disminuye la grandeza de su misión. Por su parte, los modernos nunca olvidarán que el amante de Laura de Noves les enseñó a gustar el esplendor de la naturaleza grandiosa, así como el encanto y dulzura de los paisajes limitados y familiares, a los que nos unen «los hilos misteriosos que atan nuestros corazones».

Después de Clemente VI, amigo del fasto, el mayor protector de Petrarca, el austero Inocencio VI no negó su apoyo a los literatos, y se aficionó a Zanobi da Strada, uno de los más renombrados poetas de la época, como secretario apostólico. Pero el más hermoso gesto fue el del piadoso Urbano V, que fundó mil becas en varios centros de estudios en favor de estudiantes necesitados y envió libros a los estudiantes de la Universidad de Bolonia.

La brillante corte de Aviñón atrajo a los artistas tanto como a los humanistas. Señaló su paso a orillas del Ródano con obras majestuosas y ejerció una influencia bienhechora en el desarrollo de las artes, enfrentando a los maestros franceses con los italianos. El fisco pontificio, cuyos excesos y consecuencias nefastas para el Papado hemos puesto de relieve, rectificó en parte esos errores contribuyendo al progreso de las artes. Palacios, castillos, iglesias y capillas surgieron conforme a los planos de los mejores arquitectos, y se adornaron con frescos y cuadros salidos de los pinceles de los pintores más famosos. El palacio de Doms, la catedral de Nuestra Señora de Doms, las iglesias de los Carmelitas, Agustinos y Frailes Menores, la capilla de Nuestra Señora del Milagro fueron edificados, ampliados o embellecidos en el espacio de un cuarto de siglo. Después de Juan XXII, Benedicto XII y Clemente VI tuvieron empeño en rivalizar con los más fastuosos Soberanos; Inocencio VI no se quedó a la

---

(1) No debemos olvidar que los comienzos de la imprenta sólo datan de la segunda mitad del siglo XV.

zaga, y los Cardenales, pertenecientes a ilustres familias de Francia e Italia, dispusieron residencias dignas de su rango.

Sin embargo, no fue con estas construcciones como la corte de Aviñón inició a Francia en el arte del Renacimiento italiano; la mayoría de los arquitectos, escultores y artesanos provenían de la Isla de Francia o de Borgoña. En cambio, podemos hallar en Aviñón la continuidad de un movimiento artístico inaugurado por Giotto ante Bonifacio VIII. Bajo Benedicto XII, vinieron a Provenza pintores italianos, y Clemente VI tuvo predilección por los pintores ultramontanos; Simón Memmi y sus discípulos dejaron allí obras maestras; Mateo de Viterbo, enviado lejos por Clemente VI, dio a conocer en varias regiones de Francia el arte italiano *renacentista.* El pintor Symonet de Lyón, que cierra la serie de pintores aviñoneses, ejecutó en la cartuja de Villeneuve, por orden de Inocencio VI, frescos de una inspiración netamente italiana, sin alcanzar la originalidad y el talento de Memmi o de Mateo de Viterbo.

Tras la vuelta de la Santa Sede a Roma, e incluso antes, los Papas hicieron lo posible para devolver a la Ciudad Eterna el esplendor de su pasado. En ella habían crecido las ruinas, mientras en las opulentas ciudades italianas dedicadas a los negocios brillaban focos de vida artística y literaria. Tras la espantosa peste de 1348, que asoló toda Europa, el jubileo de 1350 atrajo por poco tiempo a los peregrinos con sus ofrendas a las iglesias de Roma. Numerosos discípulos de Giotto abandonaron Florencia para establecerse en Roma. Se los contrató para decorar San Pedro, la antigua basílica sustituida en el siglo XVI por el suntuoso edificio que admiramos hoy, y tantas otras iglesias y capillas. Sus frescos despertaban la admiración de Vasari, testigo único, por la riqueza de sus conocimientos del Renacimiento. Urbano V mostró su predilección por la iglesia de Letrán, donde mandó ejecutar, entre otras cosas, relicarios de oro y plata maravillosamente labrados y enriquecidos con piedras preciosas. Gregorio XI y Bonifacio IX continuaron la obra de restauración. Pero estaba reservado a *Martín V*, convertido en 1417 en Jefe único e indiscutible de la Iglesia, el avivar en el hogar siempre vivo de Florencia la llama de las artes y de las letras que las desgracias del Gran Cisma estuvieron a punto de extinguir.

«Nacido en Roma en la ilustre familia de los Colonnas, Cardenal de obediencia romana, Martín V..., en el proyecto de restauración social y religiosa de la Iglesia universal y de sus Estados temporales que se propuso, incluyó la resurrección intelectual y artística de Roma. Así, se convirtió en el iniciador del gran programa que puso a los Papas a la cabeza del movimiento renacentista» (1). Se rodeó de consejeros, notables por su gusto y su cultura intelectual, como los Cardenales Orsini y Fillastre, y reclamó los recursos de toda la Cristiandad. De ese modo dedicó 50.000 florines (unos tres millones de francos oro) a la restauración de San Pedro, y llamó a dos grandes pintores —Gentile de Fabriano y Pisanello— para adornar la venerable basílica de

(1) Guiraud, o. c., 5.ª edición, pág. 89.

Letrán. Otro artista de nombradía —Masaccio— trabajó en Santa María la Mayor, en tanto el Papa encargaba al gran Ghiberti piezas de orfebrería de admirable factura, tales como una Tiara de oro cincelado. Todos estos artistas eran maestros, y al escogerlos Martín V traía otra vez a Roma el Renacimiento artístico.

No mostró menos interés por las letras y por los humanistas, y entre sus íntimos se encuentran los principales de éstos, precursores y maestros del Renacimiento literario. Es abrumador hallarse con un escritor como Poggio Bracciolini, que logró conservar durante siete Pontificados sucesivos el cargo de Secretario apostólico. Aquél a quien se llamó más tarde «el Cristóbal Colón de las bibliotecas y de los archivos», poseía un celo y un olfato extraordinarios. Durante el Concilio de Constanza visitó los conventos de Alemania meridional y descubrió en San Gall el primer Quintiliano completo; también se le deben muchos otros descubrimientos, y de la mayor importancia, para el conocimiento de las letras antiguas. Pero era un alma vil y maligna que no retrocedía ante ninguna zalamería, y su *Libro de las chanzas (Liber facetiarum)*, publicado a los setenta años, no es más que una colección de bufonadas obscenas. El colegio de los secretarios apostólicos, donde se leían y propalaban esas historias escabrosas, se convertiría por la excesiva indulgencia de algunos Papas en motivo de escándalo. En cambio debemos saludar como feliz acontecimiento el progreso de los estudios griegos debido a bizantinos como Manuel Crisoloras, Gemisto Plethon y, más tarde, al Cardenal Besarión.

Es lícito preguntarse cómo Pontífices de vida irreprochable como Martín V, Eugenio IV y Nicolás V pudieron soportar en derredor suyo a personajes tan repulsivos como Poggio o el Aretino. Pero debemos notar que su profunda inmoralidad se conoció, sobre todo, después de su muerte, por su correspondencia, y que los Papas, inclinados a la benevolencia por su gusto hacia el humanismo, atribuyeron esas chanzas más que dudosas a la fantasía literaria. Esta debilidad con personas que sólo habrían merecido un justo rigor no debe hacer olvidar los méritos de Papas y Cardenales como Orsini, Branda, Alaman y tantos otros, con el arte cristiano más auténtico que enriqueció con obras maestras los venerables santuarios de la Ciudad Eterna.

El sucesor de Martín V, *Eugenio IV*, que reinó de 1431 a 1447, no fue un refinado literato como quienes le sucedieron. Pero al menos gustaba de la compañía de los humanistas y los colmó de sus larguezas. Religioso austero, buscó, como Martín V, el lujo y la pompa, no para él, sino para aumentar el prestigio de la Iglesia y de la Santa Sede. Recurrió a artistas de toda índole, y sus esfuerzos por la unión de las Iglesias le pusieron en contacto con el mundo oriental y con la civilización griega. Eugenio IV es el que promovió como Cardenal a Besarión, Arzobispo de Micea, que había tomado parte en las negociaciones de Florencia entre Roma y Bizancio, revelándose fervoroso promotor de la unión. Su casa de Roma se convirtió después en el centro de reunión de los griegos que vinieron a refugiarse a Italia tras la caída de Constantinopla en 1453. Se le debe haber hecho accesible a Occidente, por primera

vez, la obra filosófica de Platón en conjunto. Su biblioteca, rica en manuscritos griegos, donada por él en vida a la ciudad de Venecia, formó el núcleo de la Biblioteca de San Marcos.

Los disturbios del Pontificado de Eugenio IV no le permitieron llevar a cabo todos sus proyectos. Sus trabajos de restauración en San Pedro no dejaron de ser importantes, y revelan la mezcla de cristianismo y paganía de tan agitada época. Sobre las puertas de bronce de San Pedro, que el Papa encomendó a dos discípulos de Ghiberti, se yuxtapusieron en inconveniente promiscuidad la Virgen y Leda con el cisne, San Pedro y Ganimedes, Júpiter y Cristo. Estuvo mejor inspirado al confiar al piadoso y suave Fra Angélico la decoración de la capilla pontificia del Santísimo Sacramento; para otra capilla recurrió a Donatello, ilustre escultor florentino. El Papa mandó que le hiciese su retrato, destinado al convento dominico de Minerva, en Roma, al maestro francés Juan Foucquet. Precursor en ese arte difícil de los maestros modernos, Foucquet sabe individualizar a sus personajes, y tanto la vida como la elegancia que les comunica impresionaron muy pronto a sus contemporáneos. Quien haya visto en el Louvre el retrato del Rey Carlos VII no podrá olvidarle. Al llamarle, Eugenio IV dio a Foucquet la oportunidad de encontrarse con los maestros italianos y de renovar su inspiración al contacto de la Antigüedad, los nobles paisajes de Italia y el exotismo que los italianos acababan de aprender de los griegos. El Pontificado de Eugenio IV se hace acreedor también a la gratitud de la posteridad por la búsqueda y conservación de los vestigios y reliquias antiguos. La solicitud que demostró hacia las artes menores, como el bordado, valió a Italia el desarrollar en su territorio, con un dominio que se afianzaría en el siglo siguiente, este delicado arte que, hasta entonces, había sido patrimonio del Oriente y de los países del Norte.

Humanistas contemporáneos han acusado a Eugenio IV de haber prestado escaso interés al movimiento intelectual y literario. En estas recriminaciones sólo debemos ver la manifestación de las injurias y calumnias de Poggio y de sus émulos contra el ideal de austeridad cristiana predicado por los monjes y, en particular, por los Frailes Menores de la Observancia, a los que pertenecía el Papa: «De hecho Eugenio IV favoreció más todavía que su predecesor Martín V y casi tanto como su sucesor, Nicolás V, el movimiento del Renacimiento. Sin tener en cuenta sus preferencias íntimas, extendió su generosa protección a todos los humanistas, ya fuesen religiosos, como el camaldulense Ambrosio Traversari, o groseros epicúreos, como Poggio... Más bien se le podría censurar por haber demostrado, pese a su austeridad cristiana personal, demasiada condescendencia con escritores enemigos del cristianismo y con obras que eran su negación» (1).

En el grupo florentino de los humanistas, a un Leonardo Bruni, pagano manifiesto, se oponía Ambrosio Traversari, General de los camaldulenses, helenista de gran mérito, que prestó valiosos servicios en la negociación por la

(1) Guiraud, o. c., pág. 136.

unión de las Iglesias. Los literatos florentinos, agrupados en torno a Cosme de Médicis, e incluso los de otras regiones de Italia, consideraban el convento de Traversari como un santuario de las letras. Eugenio IV le encargó misiones delicadas. Hizo la visita canónica y la reforma de los conventos de su Orden y aprovechó para escudriñar las bibliotecas. En el Concilio de Basilea, su habilidad y discreción prepararon la vuelta al partido Papal del Cardenal legado Cesarini. Por orden del Papa realizó traducciones de los padres griegos: San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nacianceno, San Basilio y de los concilios griegos.

Uno de los discípulos más notables de Traversari fue Giannozzo Manetti, que dejó la Banca para dedicarse a los estudios helenísticos y hebraicos. Teólogo laico irreprochable, este humanista, que superaba a muchos clérigos, puesto que podía leer las Sagradas Escrituras en el texto original, fue varias veces Embajador de la República Florentina. El piadoso camaldulense tenía también por amigo a un soltero un tanto extravagante: Nicolás de Nicoli, quien, mucho menos austero que él, murió, sin embargo, en sus brazos como buen cristiano. Poseía una biblioteca y una colección de antigüedades a cual más hermosa, y sus recomendaciones a Cosme de Médicis tenían tanto valor que se le llamaba su ministro de cartas.

Eugenio IV atrajo, asimismo, a su corte a otro humanista cristiano, Maffeo Vegio, gran admirador de Virgilio y poeta latino también, al mismo tiempo que Profesor de Derecho en la Universidad de Pavía. Mas entre sus íntimos se hallaba el maestro de la literatura pornográfica, Beccadelli, autor de un libro infame: *El hermafrodita.* Por eso Vegio se sintió dichoso al alejarse para dirigirse a Roma, donde ocupó un puesto en la cancillería pontificia. El poeta Gregorio Correr, primo del Papa, que manejaba con perfecto dominio la prosodia y métrica latinas, hizo una brillante carrera como protonotario apostólico. Otros latinistas famosos ocuparon un puesto en el colegio de secretarios apostólicos, tales como Ermolao Barbaro, Fioco y el historiador arqueólogo Blondo de Forli, autores de obras que todavía nos informan provechosamente sobre la situación de la Roma pagana en la mitad del siglo XV. Ya hemos mencionado a Poggio, que pertenecía al mismo cuerpo de secretarios de la Curia, que tuvo la insolencia de felicitar a Beccadelli por su repugnante libro, cuya lectura había prohibido el Papa bajo pena de excomunión.

La conducta con el Papa por parte de otro humanista célebre —Lorenzo Valla— es uno de los ejemplos más impresionantes del servilismo, venalidad e ingratitud de muchos literatos del Renacimiento. Valla, Profesor de retórica en la Universidad de Pavía, obtuvo dos beneficios eclesiásticos de Eugenio IV y se pasó al servicio de su adversario Alfonso de Aragón, Rey de Nápoles. Demostró en favor de la causa de este Príncipe que la famosa «donación de Constantino» era apócrifa. Pero colmó la medida e instituyó el proceso al Papado representándole como odiosa tiranía, calificando al Papa de «Rey devorador de su pueblo» y negando a los Pontífices el derecho a llamarse «los Vicarios de Pedro». Al haber hecho las paces el Rey con Eugenio IV, Valla

se volvió contra el Monarca y se deshizo en protestas de fidelidad y virtud cristiana al Papa. Éste, que no podía olvidar que su autor había exaltado el desenfreno en un tratado *De la voluptuosidad*, se negó a acogerle en Roma, aunque se mostró indulgente con él otorgándole una pensión. El sucesor de Eugenio IV, Nicolás V, dio muestras de una exagerada condescendencia llamando al denostador de la moral como Secretario de la Curia.

Asimismo un helenista de la valía de Filelfo, Profesor en Bolonia, fue llamado por Eugenio IV al selecto grupo en torno a su persona durante el exilio del Papado en Florencia. Filelfo, quien desconfiaba de los Médicis, declinó el ofrecimiento que se le había hecho; sólo haría su aparición en la Curia bajo el reinado de Nicolás V. La exégesis debe a Eugenio IV haber favorecido las investigaciones de Ciriaco de Ancona, quien efectuó varios viajes a Oriente, trajo manuscritos griegos del Nuevo Testamento y cotejó su texto con el de la Vulgata. Otra prueba de la solicitud de Eugenio IV por la ciencia fue la reconstitución —1431— de la Universidad de Roma, cuyo Rector fue un francés, Juan Lejeune. La reorganización de la Biblioteca Vaticana completó la obra universitaria; el inventario de 1443 menciona 340 manuscritos referentes a las letras profanas, así como a los textos sagrados.

El vistazo al Pontificado de Eugenio IV nos da pie para afirmar, a guisa de conclusión, que este Papa tan piadoso favoreció y aceleró el movimiento renacentista. Si alguna censura pudiésemos hacer a su memoria sería únicamente la de haber concedido sus favores con tanta liberalidad a humanistas paganos como a cristianos, pero no podríamos negarle el título de precursor de Nicolás V. Con el nuevo Pontífice el Renacimiento mismo tomaría posesión del Trono pontificio.

CAPÍTULO XXIV

TRIUNFO DEL RENACIMIENTO

EL PONTIFICADO DE NICOLÁS V: 1447-1455

Tras la muerte de Eugenio IV, acaecida el 23 de febrero de 1447, los dos grandes partidos aristocráticos romanos —los Orsinis y Colonnas— se pusieron de acuerdo para elegir, el 6 de marzo, a Tomás Parentucelli, coronado el 19 con el nombre de *Nicolás V*. El nuevo Papa, conocido por su alejamiento de todos los partidos, era hijo de un pobre médico de Sarzana, en Liguria. Su educación haría de él uno de los mecenas más famosos del *Quattrocento* (1).

Tomás Parentucelli conoció la miseria y para vivir tuvo que hacerse preceptor de la alta sociedad florentina, en casa de los Strozzi y Albizzi. Aquí encontró a los helenistas y latinistas más famosos de Italia y del Oriente, y su espíritu se abrió y se refinó a maravilla. El dinero ganado en Florencia le permitió llevar a cabo los estudios de Teología en Bolonia; su inteligencia fusionaba al mismo tiempo la Antigüedad y el cristianismo. Recibió el presbiterado de manos del Cardenal Nicolás Albergati, Obispo de Bolonia, cartujo austero y amante de las buenas letras, que hizo de él su secretario y le llevó en sus viajes. De regreso a Florencia, tras quince años de ausencia —1433—, se familiarizó con los humanistas apiñados en la corte pontificia. En los Concilios de Ferrara y Bolonia, Eugenio IV le encargó defendiese la doctrina romana frente a los orientales y le asignó la sede episcopal boloñesa, después de la muerte de Albergati. Dos años más tarde —1446— le confió una difícil misión ante los Príncipes alemanes, con los que el Papado estaba negociando concordatos, y al final del mismo año le confirió el capelo cardenalicio. En recuerdo de su bienhechor Albergati, una vez Papa, Tomás Pa-

(1) Sabido es que los italianos designan con este nombre al siglo XV, lo mismo que denominan *Cinquecento* al XVI y así sucesivamente. El escritor ginebrino Felipe Monnier nos ha dejado un libro penetrante sobre *El Quattrocento*, 2 vols., París, Perrin & Cia Edit.; la 7.ª edición es de 1921.

rentucelli tomó el nombre de Nicolás. Su elección fue acogida con profunda alegría en el mundo de los humanistas; uno de éstos vislumbraba en ello los comienzos de un siglo de oro con la sabiduría sentada en el trono de los Reyes. Antes de ser el Pastor Soberano de la Iglesia, ya acostumbraba a decir que, si alguna vez tuviese dinero a su disposición, lo dedicaría a la arquitectura y a los libros. Cumplió su palabra, pero su mecenazgo no puede admirarse sin reservas; el generoso apoyo prestado a las artes y a las letras fue en detrimento de la reforma de la Iglesia.

Antes de presentar al protector del Renacimiento en plena actividad, recordaremos su política pacífica, cuyos hechos más salientes ya expusimos al final del capítulo XXIII: el concordato de Viena con el Emperador Federico III, en 1448; el final del Concilio de Basilea, en 1449; las misiones de reforma del Cardenal de Estouteville, en Francia, y del Cardenal Besarión, en Italia; los esfuerzos tan meritorios de Nicolás de Cusa; el apostolado de San Juan de Capistrano, y el gran jubileo de 1450. Las grandiosas ceremonias que señalaron su celebración reavivaron, sin duda, en muchos fieles, la veneración por la Iglesia y por su cabeza visible, pero no fueron óbice para que progresasen las ideas paganas que penetraban en Italia en el momento en que la prosperidad material había embotado las almas y la ruina de la sociedad medieval entregó Italia a tiranos locales sin escrúpulos y a cabecillas sin piedad: los condotieros.

La conjuración de Esteban Porcaro —1453—, imbuido por el recuerdo de los Brutos, Casios y Catilinas, demostró la fuerza de ejemplos tan famosos bebidos en las fuentes de la Antigüedad. Porcaro, noble toscano, quería devolver a Roma la libertad y grandeza de que había gozado en tiempos del pueblo-Rey. Premeditó apoderarse a viva fuerza del Vaticano y del Papa al amparo de las ceremonias de la Epifanía. La conjura fue descubierta y su autor ahorcado el 9 de enero de 1453. «¡Oh, pueblo mío, en este día muere tu libertador!», fueron sus últimas palabras. Este sangriento episodio afectó profundamente al Papa, que ya no recuperó la tranquilidad. Cinco meses después, el 29 de mayo de 1453, la toma de Constantinopla por los turcos fue la catástrofe temida por la Cristiandad. ¿Perecería la civilización de Occidente, edificada de modo paulatino en el transcurso de los siglos? La emoción fue tan intensa que acabó con las energías del Pontífice y le condujo al sepulcro. Se extinguió en la noche del 24 al 25 de marzo de 1455, tras haber hecho esta oración: «¡Oh, Dios todopoderoso, conceded a vuestra Iglesia un Pastor que la conserve y la acreciente!» Luego bendijo a los asistentes y fijó su mirada en el crucifijo hasta el último suspiro.

Su obra de mecenas fue considerable y diversa. Sabemos que mandó hacer proyectos grandiosos para transformar y embellecer Roma, que incluían, entre otras cosas, la reconstrucción de San Pedro en gigantescas proporciones. Su breve Pontificado de ocho años no le permitió ponerlos en obra. Por lo menos tuvo el mérito de agrupar en torno suyo a los más renombrados artistas de Italia y encomendarles obras lo bastante considerables como para dar un

nuevo impulso al Renacimiento. Incluso no es posible enumerarlas aquí, y debemos limitarnos a recordar algunas. Continuando, aunque con medios más considerables, lo que había comenzado Martín V, restauró numerosas iglesias y palacios. Sus dos arquitectos predilectos fueron los florentinos Bernardo Gambarelli, llamado Rossellino, y León Bautista Alberti.

Éste era un humanista de vasta cultura y de mucho saber relativo a los conocimientos humanos, análogo a los varios que produjo el Renacimiento. Con él, como más tarde con Leonardo de Vinci, verdadero coloso del pensamiento, «el Renacimiento adquiría consciencia de sí mismo». Los principales rasgos de Alberti eran una verdadera pasión por la Antigüedad profana, el culto a la razón pura, que reducía el terreno de Dios y de la autoridad en las cosas humanas, así como una curiosidad científica nunca satisfecha; su tratado de arquitectura ejerció una considerable influencia en el desarrollo del Renacimiento. En seis años —de 1447 a 1453— el Papa gastó 120.000 florines, evaluados en más de seis millones de francos-oro. Asimismo confió a Fra Angélico la realización de nuevos frescos, al mismo tiempo que pedía otras pinturas a plásticos más realistas, como Andrés del Castagno. Nicolás V apenas vio levantarse la nueva basílica de San Pedro; la reconstrucción fue continuada, como sabemos, por Pío II y, sobre todo, por Julio II, de acuerdo con los nuevos planos de Bramante. Orfebres, joyeros y bordadores también recibieron encargos muy valiosos; Nicolás V era muy aficionado a los tapices flamencos.

Los humanistas hubieron de felicitarse, tanto como los artistas, de la largueza del Padre Santo. Todos solicitaban a porfía el honor de servirle, al mismo tiempo que sus favores, y el Papa se anticipaba a sus deseos llamándolos junto a sí; se le vio casi suplicar a Filelfo se quedase en su corte. El Papa organizó una verdadera caza de manuscritos en toda Europa, a la par que una legión de copistas transcribía para la biblioteca apostólica las obras que no poseía. La caída de Constantinopla le proporcionó la ocasión única de introducir en ella una multitud de manuscritos; la biblioteca de Nicolás V fue la más rica del siglo XV. Las más famosas obras de la Antigüedad se codeaban con las del pensamiento cristiano y con las mejores obras contemporáneas. El Vaticano era «el santuario de altos y serios estudios», mientras la Universidad de Roma, la Sapiencia, aumentaba su fama. Valla sostuvo polémicas resonantes contra colegas encargados, como él, de explicar los clásicos latinos; Teodoro Gaza brillaba como helenista. Las otras dos Universidades del Estado Pontificio, Perusa y Bolonia, seguían el ejemplo de la Universidad capitalina; fue el Cardenal Besarión quien introdujo verdaderamente en la Universidad de Bolonia el espíritu renacentista.

Nicolás V quiso poner también al alcance de todos las obras maestras griegas, emprendiendo una gran obra colectiva de traducciones en lengua latina. Se dirigió a los humanistas que manejaban con más elegancia la lengua de Roma y asignó a cada cual su tarea, teniendo a la vista sus aptitudes y las cualidades propias de su estilo. Al tener en cuenta solamente sus méritos literarios, llamó tanto a los hombres de letras menos respetuosos con la doctrina

y moral evangélicas como a los escritores cristianos más probados. Así fue como la mala conducta y las querellas de Filelfo no impidieron al Papa confiarle una parte importante en dichos trabajos. El gusto de Nicolás V por la filosofía explica su predilección por Aristóteles, cuya traducción confió a Besarión, discípulo de Platón, que no mostró ninguna estrechez de miras y tradujo ciertas obras del Estagirita. Valla se encargó de traducir a Tucídides; Poggio, a Jenofonte; Manetti, otras obras de Aristóteles, así como de la Biblia; los padres griegos fueron confiados a Gaza y a Jorge de Trebizonda, tipo bastante desagradable de escritor venal, cuya probidad intelectual no parece haber sido su virtud dominante.

«El Renacimiento, hasta entonces latino, se hacía griego. Fecundado por las dos grandes civilizaciones de la Antigüedad, se desarrollaría en una magnífica floración. Nicolás V lo creía, y con él cuantos le saludaron como al padre de las letras y de las artes, quienes rindieron un verdadero culto a su memoria, incluso después de que la muerte terminó con sus generosidades» (1). Los miembros del Sacro Colegio, del episcopado y del clero en general, cuyos dignatarios más eminentes sería imposible mencionar aquí, no fueron ni menos letrados ni menos amantes de las artes que el Sumo Pontífice, y también ellos trabajaron en la difusión del Renacimiento en Roma, Italia y otros países. La obra del gran protector de las artes y de las letras no deja, con todo, de suscitar graves críticas. Sin hablar, incluso, de su excesiva benevolencia con hombres a quienes su comportamiento religioso y moral habría tenido que hacer indignos de los favores del Papa, tampoco habría que olvidar que la orientación que dio a los literatos de su corte, sólo encomendándoles traducciones, probablemente «no fue ajena a esa esterilidad literaria del Renacimiento del siglo XV».

La Iglesia Romana, durante la primera mitad del siglo XV, otorgó generosamente su favor y protección al Renacimiento; por su parte, el Renacimiento ejerció su acción en la Iglesia. El nuevo movimiento de las ideas no fue solamente —como demostramos— una revolución literaria y artística, sino que también formuló un nuevo ideal filosófico y moral. Por consiguiente, el Renacimiento ejerció en la Iglesia una triple influencia literaria, artística y moral. Pero fue la influencia ética la más importante en consecuencia, pues se oponía al ideal cristiano, cuya custodia tiene la Iglesia, y explica la decadencia moral que afectó al Papado al final del siglo XV.

Mientras el Renacimiento, en sus comienzos, sometió la naturaleza física al espíritu, no hubo oposición entre la Iglesia y el Renacimiento. Pero cuando el materialismo prevaleció y la Iglesia, permitiendo que se oscureciese el ideal sobrenatural a ella asignado por su divino fundador, cedió por debilidad y complacencia a las tendencias que la negaban, faltó a su misión. En el siglo XV las artes conservaron mejor que las letras un carácter cristiano. Fra Angélico, ¿no fue el pintor preferido de Nicolás V? En cambio el humanismo introdujo

(1) Guiraud, o. c., 5.ª edición, pág. 249.

la paganía en la corte pontificia. No se supo prever el perjuicio que causarían a la religión y a la moral una doctrina que preconizaba la satisfacción de todos los instintos y proclamaba la superioridad del hombre que eleva su *humanidad* al más alto grado de intensidad. La moral del *superhombre* ya está plenamente en las palabras de un Coluccio Salutati, maestro de Poggio. El *Quattrocento* llamaba *virtud* a esta eficiencia desenfrenada que Nietzsche denominará «la voluntad de Poder». Por no haber sabido resistir a esta marea de paganismo, la Iglesia permitiría al vicio y al crimen apoderarse, medio siglo después, de la Sede de San Pedro.

CALIXTO III: 1455-1458

El conclave celebrado tras la muerte de Nicolás V tuvo dificultades en ponerse de acuerdo para elegir, el 4 de abril de 1455, a *Calixto III*, coronado el 20 del mismo mes. Pertenecía a la gran familia española de los *Borgia*, estirpe robusta y enérgica, inteligente y apasionada que, «en la santidad como en el vicio llevaría todo al extremo y daría al mundo el espectáculo de un San Francisco de Borgia, después del de un Alejandro VI» (1). Alfonso Borgia había sido Profesor de Derecho en Lérida, luego colaborador del Rey Alfonso V de Aragón en Nápoles. Indiferente ante los humanistas, Calixto III, que fue educado, como todos los españoles de su tiempo, en el odio al Islam —aún no se había terminado la Reconquista de la Península Ibérica—, quiso reanudar la lucha contra el poderío turco. Sus sucesores, Pío II, Paulo II y Sixto IV se propondrían el mismo objetivo, pero fracasarían como él ante la indiferencia de Europa. Al juramento que hizo, al ceñirse la Tiara, de hacer lo posible para arrebatar Constantinopla de manos infieles siguió el envío de navíos, soldados y dinero, del Cardenal legado Carvajal, su compatriota, y del ardoroso predicador Juan de Capistrano, a Juan Corvino (Hunyade). El héroe húngaro sucumbió en 1456 y el Papa apoyó a Scanderberg, Príncipe de Albania, casi solo en la lucha contra la Media Luna y pronto traicionado también. Las victorias de Mahomet II dejaban indiferentes a los Reyes de Europa. Alemania, dividida e impotente; Francia e Inglaterra, que se vigilaban; el poderoso Duque de Borgoña, los Reyes de Dinamarca y Portugal, que se apropiaban del dinero de la Cruzada; Venecia, que sólo pensaba en su comercio. No estaban dispuestos ni unos ni otros a responder al llamamiento del Padre Santo. La Cruzada pertenecía a una edad pretérita.

La tentativa de Calixto III no por ello deja de merecer nuestra admiración, como la sentencia de rehabilitación de Juana de Arco, que promulgó el 7 de julio de 1456. Su nepotismo, en cambio, causaría los peores males a la Iglesia. El mismo año el Papa confirió la púrpura cardenalicia a dos sobrinos suyos: Rodrigo y Ludovico Juan Borgia; al año siguiente, Rodrigo, que apenas contaba veintisiete años, era nombrado Vicecanciller de la Iglesia, cargo eminente

---

(1) Mourret, *Histoire de l'Église*, t. V, pág. 176.

entre todos y, lo que más importaba para él, más lucrativo. Rodrigo, que ya llevaba una conducta inmoral, ejerció una gran influencia en el Pontífice casi octogenario. Sin escrúpulos, sediento de dinero, otorgó dispensas y beneficios eclesiásticos con tal que se le pagase generosamente. Ordenado sacerdote en 1468, no por ello se enmendó; en 1492 sería el Papa Alejandro VI (1). Calixto III se extinguió tras una larga enfermedad el 6 de agosto de 1458.

PÍO II: 1458-1464

El Sacro Colegio le dio sucesor, el 19 de agosto, en la persona de Eneas Silvio Piccolomini, coronado el 3 de septiembre, quien tomó el nombre de *Pío II* (1458-1464), como alusión al epíteto de *pius* que lleva Eneas en la epopeya de Virgilio. Es sabido que esta *pietas* no es otra cosa que la piedad filial. Nacido en 1405, cerca de Siena, de familia noble y pobre, había que perdonarle un largo pasado de extravíos. Inteligencia abierta, de talento universal, escritor gracioso y libertino, se distinguió en el Concilio de Basilea como secretario del Cardenal Capranica, defensor de las teorías conciliares e historiógrafo del concilio. En 1442 se apartó del antipapa Félix V y entró en la cancillería imperial. En 1446 su conversión moral siguió a su conversión política. Hizo penitencia, fue ordenado sacerdote en Viena y reconoció sus culpas dando gracias a Dios por la gracia que le había concedido. «He colmado, y en demasía, la medida de mis culpas —escribía a un amigo—. Ahora me recojo. ¡Quiera Dios que no sea demasiado tarde!» Obispo de Trieste en 1447, dio nuevas pruebas de su vuelta a la doctrina y moral del Evangelio.

Su piedad y vida, ya ejemplares, no le habían despojado de todas sus debilidades. De su carrera de humanista aún había conservado demasiada admiración por su propio talento, y su administración no estuvo exenta de nepotismo. Pero conocía la triste situación de la Iglesia y de la Cristiandad y, pese a una salud quebrantada, pronto se propuso reanudar la Cruzada. Desde el mes de octubre de 1458, mediante la bula *Vocavit nos Pius,* convocó a los Soberanos en Mantua a fin de concertarse para la defensa de la civilización cristiana. Como su predecesor, chocó con la indiferencia y con las rivalidades de Príncipes y pueblos. Franceses, alemanes, checos y venecianos persistían en sus pugnas y pretensiones dinásticas y nacionales. No obstante, se terminó por alcanzar acuerdo sobre el principio de una Cruzada que duraría tres años. En 1463 el Papa notificó al mundo cristiano que tomaba la dirección de aquélla. Venecia, amenazada en sus intereses, concertó una alianza con Hungría; Scanderberg, el héroe albanés terror de los turcos, marchó a la guerra; miles de hombres del pueblo acudieron a Roma de toda Europa. Pero los Reyes se hicieron sordos al llamamiento del Pontífice. Cuando salió de Roma en el mes de junio de 1464, para dirigirse a Ancona tras una peregrinación a Asís, la

(1) Sobre los Borgia véase el libro de Giuseppe Portigliotti, *Los Borgia,* París, 1927.

flota veneciana que transportaría a los cruzados aún no estaba a la vista. Cuando llegó por fin, Pío II, gravemente enfermo, sólo pudo exclamar tristemente: «Hasta hoy me hacía falta una flota. Ahora yo soy el que va a faltar a la flota.» Se extinguió piadosamente el 15 de agosto, día de la festividad de la Asunción; la Cruzada murió con él.

Sus proyectos de reforma de la Iglesia —la otra gran idea de su Pontificado— no encontraron menos resistencia. Si bien consagró sus ocios a estudios de Geografía e Historia —elaboraba una gran *Cosmografía*—, encargó al célebre Nicolás de Cusa y al sabio Obispo veneciano Domenico Domenichi que le entregasen vastos planes de reforma. Preveían la institución de *visitadores* que extenderían sus investigaciones de Roma a toda la Iglesia, y convenían en denunciar, como los peores males, el cúmulo de beneficios, el abuso de las indulgencias y el nepotismo. Nicolás de Cusa pedía que escogiese como visitadores a hombres que «antepondrían la justicia a todo». San Antonino de Florencia aprobó estos prudentes proyectos, e incluso el Papa preparó una bula para promulgarlos. Sin embargo, retrocedía ante la oposición que ofrecían, cuando la muerte se le llevó.

Se contentó con usar de severidad para con los humanistas que atacaban la doctrina y la moral, y contra los que se oponían a los derechos de la Santa Sede. En una bula ya célebre —26 de abril de 1463— respondió a las censuras de los que le recordaban sus antiguas opiniones: «Recibid la palabra de Pío II, pero rechazad la de Eneas Silvio.» Mas las circunstancias no eran, desgraciadamente, propicias a la reforma. Si el Papa estaba animado de las mejores intenciones, la capitulación electoral, que los Cardenales establecieron con miras al próximo conclave, demostró que no querían ceder en nada. Sus pretensiones tendían, nada menos, a una transformación radical del carácter monárquico de la Iglesia; el Papa no habría sido sino el presidente del Sacro Colegio. Frente al nepotismo que los Cardenales combatían, más por envidia que por convicción, decidieron que sólo habría uno entre ellos que fuese pariente del Papa.

PAULO II: 1464-1471

El Pontificado de *Paulo II* (1464-1471) daría prueba, una vez más, del espíritu vindicativo de ciertos humanistas. Paulo II, Pietro Barbo, elegido el 30 de agosto de 1464, coronado el 6 de septiembre, pertenecía a una familia noble veneciana. Sobrino de Eugenio IV, quien le había ayudado a hacer una brillante carrera, era muy distinguido, gustaba del lujo como un patricio de Venecia, pero sus costumbres eran puras, su fe sincera y su gobierno fue íntegro.

Sus apremiantes llamamientos en favor de la Cruzada resultaron ineficaces, pese a los terribles avances de Mahomet II, que amenazaba las posesiones venecianas; la envidia de los rivales de Venecia impidió que el acuerdo diese

resultado. Sus esfuerzos porque se aboliese la Pragmática Sanción de 1438 por el Rey de Francia Luis XI tuvieron el mismo éxito que los de su predecesor.

Los actos que le granjearon más enemigos fueron su negativa a aceptar la capitulación electoral que había jurado como Cardenal y la reforma del Colegio de los *abreviadores*. Se designaba con este nombre a setenta funcionarios de la Curia encargados de preparar los resúmenes de diferentes demandas y de redactar los planes de las respuestas. La reforma provocó mucho descontento entre los humanistas, sieneses en gran número, que se habían instalado en ella gracias a Pío II. Uno de ellos, Bartolomeo Sacchi, llamado Platina, nombre latino de Piadena, su ciudad de origen, se contaba entre los escribas despedidos. Este personaje, orgulloso e iracsible, escribió al Papa, en nombre de sus colegas, una verdadera diatriba en la que osaba amenazarle con la venganza de los humanistas. En ella trataba al Pontífice de ladrón y le amenazaba con un concilio convocado por los Reyes y Príncipes ante el que el Papa comparecería como acusado. Paulo II respondió a esta insolencia mandando encarcelar al libelista en el castillo de Santángelo, donde estuvo detenido cuatro meses.

Los humanistas resolvieron vengarse. Su jefe, Pomponio Leto, discípulo de Valla, más pagano que cristiano, había fundado una *Academia Romana*, en la que se complacían con la idea de restaurar la República Romana según el modelo antiguo. El Papa tomó en serio los manejos de estos académicos, que tal vez sólo jugaban a los revolucionarios, como solían hacer los humanistas. Pronunció la disolución de esta especie de logia de trapisondistas e impíos, donde se celebraban ceremonias inconvenientes. Platina, detenido por segunda vez, se ofreció entonces, para recuperar la libertad, a ser el panegirista del Papa. Se vengó, tras la muerte de Paulo II, trazando de él un cuadro injusto y odioso que, sin embargo, durante largo tiempo hizo fe. Desde entonces la Historia ha hecho justicia al Pontífice que tuvo el coraje de mostrarse severo contra los ofensores de la Iglesia y de las buenas costumbres, Paulo II, moribundo en su habitación, atacado de apoplejía el 24 de julio de 1471, expiró instantes después.

SIXTO IV: 1471-1484

Aquél a quien se llamaría el «terrible Sixto IV» le sucedió el 10 de agosto de 1471. Fue coronado el día 25 del mismo mes y reinó hasta el 12 de agosto de 1484. El Cardenal Francisco della Rovere, que escogió el nombre de *Sixto IV*, era oriundo de una antigua familia empobrecida de Savona, y en el momento de su elección, General de los franciscanos (1). El hermoso fresco vaticano de Melozzo da Forli le presenta en medio de los suyos y de sus admi-

---

(1) *Rovere* en italiano significa *encina*, de la que es una variedad la encina blanca o *roble*. Ambos nombres se derivan de la palabra latina *robur*. La familia Della Rovere llevaba una encina en su blasón.

radores. Uno de sus sobrinos figura allí, el futuro Julio II, y también llevará, con mayor razón, el sobrenombre de *Terrible*. Platina, Prefecto de la Biblioteca Vaticana, señala con el dedo una inscripción que elogia al Papa como constructor de edificios. Sixto IV aparece como un hombre de anchas espaldas, majestuoso y grave, con rasgos regulares y hermosos ojos transparentes reveladores de su bondad.

Debió su nombramiento de Cardenal a sus méritos de teólogo y a la dignidad de su vida. Su elección como Papa no fue afortunada. Educado en una Orden mendicante, no conocía necesidades personales; cuando dispuso de los recursos de la Santa Sede fue para colmar de favores a sus parientes, algunos de los cuales fueron motivo de vergüenza para el Papa y para la Iglesia. Sixto IV nombró pronto Cardenal a Pietro Riario, su más querido sobrino, impío y libertino, que dilapidó locamente sus enormes rentas y murió a los veintiocho años minado por sus excesos. El hermano de Pietro, Girolamo, fue peor todavía. Este tendero de pueblo, casado con Catalina Sforza, convertido en señor de Imola por la gracia del Padre Santo, urdió una conjura con los Pazzi de Florencia contra los Médicis. Querían hacer desaparecer a los sobrinos de Cosme de Médicis, Lorenzo y Giuliano. Durante la misa mayor, a la que asistía un sobrino del Papa —un Cardenal de dieciocho años—, apuñalaron a Giuliano e hirieron a Lorenzo. El pueblo no se sublevó contra los Médicis, y los asesinos fueron ejecutados. La responsabilidad del Papa había quedado comprometida en este asunto, si bien prohibió de antemano el derramamiento de sangre. Por el contrario, se afianzó el Poder de Lorenzo de Médicis; pronto se arrogaría el Poder absoluto. Estalló la lucha entre el Papado y Florencia, que fue excomulgada. Sólo faltó nada menos que la toma de Otranto por los turcos para restablecer la paz entre los dos Estados italianos.

La desavenencia de Sixto IV con su antiguo amigo Andrés Zamometic, dominico, Arzobispo de Granea, en Turquía, fue, en cierto modo, una consecuencia de la conjuración de los Pazzi. Al insurgirse el Arzobispo contra los enemigos de la Curia y del nepotismo pontificio, el Papa le mandó meter en la cárcel. Libertado, se dirigió a Basilea (1482), y haciéndose pasar por enviado del Emperador intentó reanudar el concilio, ante el que citó al Papa para que respondiese de sus fechorías. La ciudad y la Universidad de Basilea, fundada por Pío II, Lorenzo de Médicis y otros Estados parecían dispuestos a apoyarle. Se lanzó el entredicho sobre la ciudad, del que se vio libre a la muerte de Zamometic, que pereció asesinado.

Sin embargo, los abusos se agravaban. Para aumentar sus recursos, el Pontífice aumentó las indulgencias y los impuestos sobre las prebendas, especialmente con gran detrimento de Alemania. Por la bula *Mare magnum*, de 1474, otorgó desmedidamente grandes privilegios a su Orden. El fisco cargaba con la multiplicación de los cargos, la venalidad de los funcionarios y la indignidad de los miembros de la Curia. «Los verdaderos turcos —se decía— son los sobrinos del Papa.»



Calixto III (1455-1458) eleva a Eneas Silvio Piccolomini a la dignidad de Cardenal [fue Papa con el nombre de Pío II (1458-1464)]. Fresco de Pinturicchio, siglos XV y XVI. Catedral de Sena

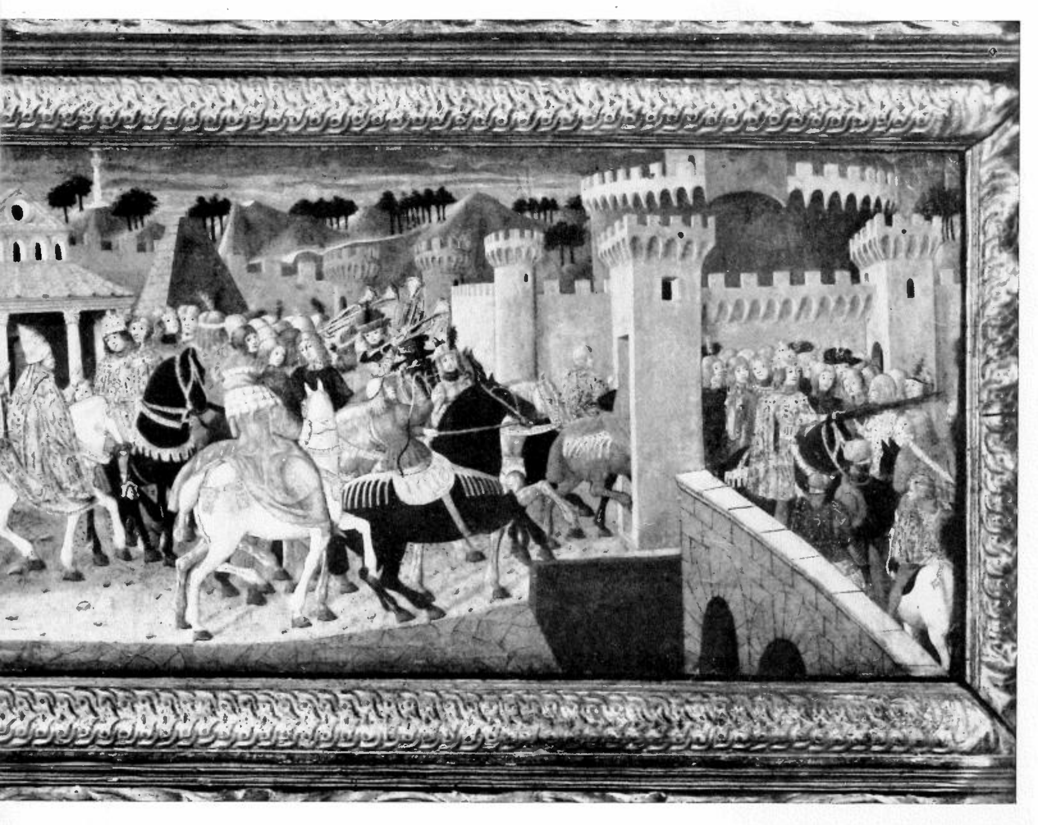


Pío II (1458-1464). Pintura de Justo de Gent, siglo xv. Palacio Barberini. Roma



Pío II (1458-1464) canoniza a Santa Catalina de Sena, que decidió al Papa Gregorio XI (1370-1378) a dejar Aviñón por Roma. Pintura de Pinturicchio, siglos XV y XVI. Catedral de Sena





Nicolás V (1447-1455) corona al Emperador Federico III (1452-1493). A la izquierda: la coronación. A la derecha: el Papa escolta al Emperador. Frontal de un cofre florentino, hacia el 1452. Worcester Art Museum



Paulo II (1464-1471). Pietro Barbo, sobrino del Papa Eugenio IV. Busto de Bartolomeo Bellano, siglo XVI. Palazzo Venezia. Roma



Inocencio VIII (1484-1492) en su lecho de muerte. Sarcófago de Antonio y Pedro Pollaiuolo, siglo xv. Basílica de San Pedro. Roma

Sixto IV (1471-1484) agrandó la Biblioteca Vaticana en Roma.
Fresco de Melozzo de Forli (1438-1494). Vaticano

La reorganización de la Inquisición española por Sixto IV, que con frecuencia se censura al Papado, se efectuó en 1480 a petición de Sus Majestades Católicas Fernando e Isabel. El Papa nombraba a los inquisidores según una lista que le presentaban los Soberanos. Con asentimiento general del pueblo español se confió a la Inquisición la misión de velar por la unidad y la pureza de la fe; se consideraba la heterodoxia como traición a la patria y al genio de España. Sixto IV recomendó más de una vez la equidad y moderación. La misma elección de Torquemada como Gran Inquisidor tuvo por finalidad sustraer los acusados a las violencias de las facciones políticas. El nombre de Torquemada, en ciertos ambientes predispuestos contra la Iglesia sinónimo de verdugo, calumniado por el teatro romántico, no por ello deja de pertenecer al período más severo de la Inquisición española. Pero tampoco debemos perder de vista la situación particular de España, en la que los elementos moros y judíos, que minaban los cimientos del Estado, obligaron a Fernando e Isabel a una encarnizada defensa «en la que los fines políticos y los medios eclesiásticos se confundían de forma inextricable con los medios políticos y con los fines eclesiásticos» (1). Por el mismo tiempo los Reyes Católicos concertaban con la Santa Sede un concordato en el que, a ejemplo de otros Soberanos, supieron reservarse muchas ventajas. España, donde la civilización medieval no sólo no estaba en decadencia, sino que brillaba con vivo resplandor, se pondría, tras la crisis religiosa del siglo siguiente, a la cabeza de la civilización occidental. La restauración católica correrá parejas con la preponderancia española.

Junto a las sombras que oscurecieron el Pontificado de Sixto IV, es justo recordar sus brillantes obras. Sixto IV, animado del deseo de continuar la tradición de Nicolás V, hizo por Roma lo que Cosme de Médicis había hecho por Florencia. El Renacimiento le debe el haber dado un nuevo impulso a la ciencia y al arte nuevos. Renovó la Biblioteca Vaticana y fundó los archivos pontificios. Llamó a su capital a sabios famosos, como el griego Argirópulos, cuyo alumno había sido, así como a los Médicis y al humanista alemán Reuchlin y al gran astrónomo de la misma nacionalidad Regiomontano, cuyo verdadero nombre era Juan Müller, originario de un pueblo cerca de Königsberg; según la moda humanista, Regiomontano es la traducción de Königsberg. Sixto IV, amante de la Historia, había pensado en él para corregir el calendario, reforma que Gregorio XIII llevará a cabo un siglo después.

Los estímulos dados a las artes fueron más relumbrantes aún. Mandó construir la Capilla Sixtina, que le debe su nombre, capilla privada del Papa, edificada en el solar de la antigua por Giovanni de Dolci y adornada con obras insignes de maestros toscanos: Cosme Rosselli, Sandro Botticelli, Domenico Ghirlandajo, el Perugino, Signorelli, Pinturicchio y Bartolomeo della Gatta. La Ascensión y el fresco de la Biblioteca Vaticana de Melozzo da Forli, que representa el nombramiento de Platina como bibliotecario, son otras obras

---

(1) Joseph Bernhardt, *Le Vatican, trône du monde*, París, 1930, pág. 259.

maestras debidas a la munificencia sixtina. Al Papa —ya lo recordamos más arriba— se le representa en ellas rodeado de sus sobrinos. Es la manifestación de ese nepotismo, tan nefasto para la Iglesia, contra el cual lanzaban las más vehementes protestas en sus sermones populares los frailes mendicantes franciscanos y dominicos, agustinos y servitas. Sixto IV, quien pese a la dignidad de su vida privada no había tenido el valor de vincular su nombre a la reforma de la Iglesia, no dejó de favorecer a esos intrépidos predicadores, contentándose —dicen— con sonreír cuando uno de ellos la tomó con él, su familia y el Sacro Colegio.

Las preocupaciones que le causaban los males de la Iglesia y los reveses de su política milanesa —la defección de Ludovico el Moro— quebrantaron la robusta salud del Papa. Expiró el 12 de agosto de 1484, tras haber recibido el viático de manos de su confesor, el beato Amadeo de Portugal.

INOCENCIO VIII: 1484-1492

La muerte de Sixto IV fue seguida inmediatamente de una explosión de cólera del pueblo, que había soportado demasiado tiempo la pesada dominación de la familia sixtina; se forzó y saqueó el palacio de Girolamo Riario. Uno de los sobrinos del Papa difunto, Julián della Rovere, que aspiraba al Trono pontificio, al percatarse de que no había probabilidades de conseguirlo hizo elegir, gracias a sus intrigas, un candidato de su gusto. Para él fueron buenos todos los medios de corrupción. Habiendo aceptado el Cardenal Juan Bautista Cibo una capitulación electoral en la que prometió cuanto se quería, fue elegido el 29 de agosto de 1484 y coronado el 12 de septiembre; era el triunfo de la simonía.

El elegido tomó el nombre de *Inocencio VIII;* pertenecía a una familia noble de Génova, emparentada con la de los Doria. En su juventud llevó una vida licenciosa y era padre de dos hijos naturales. Desde su ordenación sacerdotal no hallamos nada reprensible en su conducta. Pero era de un carácter débil y carecía de independencia; su elección dio la medida de su moralidad. Su Pontificado no tuvo ningún relieve y se caracterizó por una nueva decadencia de la Tiara.

Inocencio VIII dio la púrpura a un hijo natural de su hermano, Lorenzo Cibo, y a Juan de Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico, su nuevo aliado. Juan de Médicis sólo contaba trece años, y desde la edad de siete se le colmó de ricas prebendas. El matrimonio de Franceschetto, hijo del Pontífice, con la hija de Lorenzo de Médicis fue celebrado en el palacio pontificio, y la casada recibió de su suegro joyas valoradas en diez mil ducados. La unión de Teodorina, hermana de Franceschetto, celebrada en Aragón, selló la paz del Papa con el Rey Fernando de Nápoles. La venalidad de los cargos y, lo que es peor, la de los funcionarios, no cesó de crecer. Se creó el gremio de los *plomadores* o empleados del sello; el que quería formar parte de él debía

pagar su puesto mediante quinientos ducados de oro. Los Cardenales, para no disminuir sus recursos, decidieron que su número no rebasaría los veinticinco. Su vida se asemejaba, con harta frecuencia, a la de los Príncipes temporales menos severos en escoger sus diversiones.

La bula *Summis desiderantes* —4 de diciembre de 1484—, sobre los procesos de hechicería, fue otro motivo de tristeza para los verdaderos cristianos. El siglo XV estuvo señalado por un espantoso recrudecimiento de los procesos de brujería y el trabajo de la Inquisición contribuyó a propagar esta locura de la brujería. Mientras los teólogos, filósofos y las mejores inteligencias de la Edad Media se habían alzado desde hacía mucho tiempo contra esas creencias absurdas, el siglo XV culpó a los pretendidos brujos y brujas de los más repugnantes e imaginarios crímenes. Se los acusaba de asistir al sábado, de entregarse al diablo, de cabalgar por el aire en una escoba, de *aojar* a la gente, al ganado y los frutos de la tierra o, también, de ser «hacedores del tiempo», de desencadenar tormentas devastadoras. Los procesos judiciales contra los herejes *valdenses* añadieron al delito herético el de brujería; el término de *valdería* designó los actos vergonzosos que se atribuían a los *valdenses* y a los brujos.

La bula de Inocencio VIII no hizo nacer la creencia en la brujería. Tampoco contiene sentencia dogmática sobre la misma, pero al enumerar de nuevo las acusaciones y al darles crédito contribuyó a aumentar el número de procesos. Los dominicos Enrique Institoris (Krämers), de Schlettstadt, y Jacobo Sprenger, de Basilea —el primero, inquisidor en la Alta Alemania; el segundo, inquisidor en Renania—, habían exigido la publicación de esta bula para no ser molestados en su acción contra la brujería por eclesiásticos y laicos. Podemos considerarla como un prefacio al atroz *Martillo de las brujas (Malleus maleficarum)*, redactado por dos inquisidores, y cuya primera edición —un incunable bastante raro hoy— apareció en Estrasburgo en 1487. Se convirtió en la autoridad capital que se invocó en los procesos judiciales de las brujas y se hicieron numerosas ediciones hasta bien entrado el siglo XVII, e incluso el XVIII. Entre los teólogos que trataron de oponerse a estas siniestras locuras, el puesto de honor corresponde al jesuita Federico Spee (1).

Mientras estos horrores seguían su curso, continuaban resonando las voces de los predicadores penitenciales. Ya se elevaba una de ellas más alto y era más escuchada que las otras: la de Savonarola, el dominico del alma ardiente que pagaría con la vida, en el Pontificado siguiente, su terrible juicio sobre el Papado, infiel a su divina misión. «La espada del Señor amenaza la Tierra», exclamó en un sermón de Adviento, en 1491. El 25 de julio de 1492 Inocencio VIII dejaba este mundo tras haber pedido perdón a sus Cardenales por no cumplir con su deber, demasiado pesado para su alma demasiado débil, y llorando recibió el Viático.

---

(1) Sobre la bula de Inocencio VIII y la brujería, véase Schnürer, o. c., III, 362-372.

CAPÍTULO XXV

LA REALEZA ITALIANA DE LA SANTA SEDE Y EL RESQUEBRAJAMIENTO DE LA UNIDAD CATÓLICA

ALEJANDRO VI: 1492-1503

El 11 de agosto de 1492, tras siete días de vergonzosos sobornos, el Cardenal Rodrigo Borgia, Vicecanciller de la Iglesia, fue elegido y tomó el nombre de *Alejandro VI*. El partido milanés del Sacro Colegio, dirigido por Ascanio Sforza, había prevalecido sobre la fracción napolitana conducida por Julián della Rovere. Rodrigo Borgia, el más rico de los Cardenales, también tenía la peor fama. Todos conocían su vida de desenfreno, pero la ausencia de escándalo que caracterizó su elección tal vez sea el mayor escándalo de la época. La sociedad había tenido que caer muy bajo para no sentir indignación ante la noticia de este conclave, el más desafortunado de la Historia. El mayor historiador del Papado, el prudente Luis Pastor, escribió: «Resultado conseguido mediante increíbles manejos simoniacos. Por tales caminos, según las misteriosas decisiones de la divina Providencia, se vio acceder a la suprema dignidad a un hombre que la Iglesia antigua no habría admitido en el último puesto del clero a causa de su vida desenfrenada. Comenzaron los días de infamia y escándalo para la Iglesia Romana» (1).

Alejandro VI contaba unos sesenta años, ya que había nacido en 1431 en Játiva, región valenciana de España. Alto de estatura, apuesto, de salud lozana, resistente a la fatiga, el hombre se caracterizaba por una sensualidad tan excesiva que no conoció límites a sus impulsos. Antes y después de su elección, y ya en el sacerdocio, tuvo muchos hijos. Tres de ellos, sobre todo —Juan, César y Lucrecia—, compartieron la triste celebridad de su padre, que puso todo a contribución para colmarlos de riquezas y honores, convirtiendo la

(1) Pastor, *Historia de los Papas* (versión española), t. V.

Santa Sede e Italia en víctima de los Borgia. Todos los medios, sin exceptuar el asesinato por el hierro y el veneno, fueron buenos para él con tal de satisfacer su ambición, su lujuria y sus odios. Para comprender la historia de seres rapaces como Alejandro, Juan y César —Lucrecia era más bien de una naturaleza pasiva e indecisa— hay que situarlos en su ambiente: la Italia del siglo XV en su ocaso y los comienzos del siglo siguiente. Rodrigo Borgia llevaba consigo al palacio del Vicario de Cristo las costumbres de un hombre de su siglo a quien el sentido moral, la lealtad, la bondad y el pudor eran ajenos en mayor o menor medida.

No es que careciese de ciertas cualidades de hombre de Estado. Había comprendido que la más urgente tarea era, incluso antes de efectuar la reforma interior, asegurar la independencia del Papado frente a las facciones romanas y los tiranuelos italianos. Desde su advenimiento reprimió el bandidaje, fortificó las ciudades y reforzó su ejército. Pero su política extranjera, incoherente y tortuosa, no tuvo otro resultado que permitir al Rey de Francia, Carlos VIII, su marcha triunfal a través de la península.

Habían comenzado las guerras de Italia; los Príncipes italianos llamaban en su ayuda al extranjero; el Imperio, Francia, España se disputarían la hegemonía. Alejandro VI y César, dúo de virtuosos, sólo pensaron en apañarse principados despojando a sus vecinos. No se podía tratar de reformar la Iglesia —habría tenido que empezar por reformarse a sí mismo—, y el pueblo cristiano, que la deseaba, se volvería hacia algún Rey poderoso que la impondría o hacia un Profeta. Carlos VIII despertó tales esperanzas, aunque trabajaba para sí mismo; Savonarola sería el Profeta.

En el mes de septiembre de 1494, Carlos VIII bajó a Italia. A diferencia de su padre, Luis XI, Soberano reflexivo y calculador, Carlos VIII, Rey de veinte años, de carácter aventurero y de imaginación viva, deseaba hacer valer los derechos del Rey de Francia a la Corona de Nápoles, legados a Luis XI por Renato de Anjou. Nápoles, en los proyectos de Carlos VIII, era una base de avituallamiento en la ruta hacia Oriente, pues el joven Rey, imbuido de los libros de caballería, soñaba con la Cruzada, la reconquista de Constantinopla y la restauración del Imperio de Oriente.

Desde los Alpes a Roma la marcha del ejército francés sólo fue un paseo militar. ¡Cuántos italianos, cansados de la anarquía política, e impacientes por una reforma de la Iglesia, estaban dispuestos a recibir a cualquiera que se presentase como libertador y reformador! Savonarola, desde el púlpito, saludó la llegada de los franceses: «¡Ya ha llegado la espada! ¡Se cumplen las profecías; el Señor conduce sus ejércitos!» Carlos VIII entró en Florencia empavesada a los gritos de «¡Viva Francia!». Días después se ocupó Roma. El Papa había temblado ante el anuncio de un concilio de reforma que le habría depuesto como simoniaco. El Rey, incapaz de llevar a buen término la reforma de la Iglesia, al menos impuso al Papa un tratado por el que se obligaba a respetar los bienes de sus enemigos italianos, especialmente de Julián della Rovere. Pero reconoció oficialmente al Pontífice; Alejandro VI respiró.

Los partidarios de la reforma pronto quedaron decepcionados. Los franceses bajaban hacia Nápoles en marchas lentas, perdiendo el tiempo en fiestas alegres. El 22 de febrero de 1495 Carlos VIII hacía su entrada solemne en un carro tirado por cuatro caballos blancos, con la Corona imperial en la cabeza, el cetro y el globo en las manos, en tanto el ejército y el pueblo le aclamaban como Emperador de Constantinopla y Rey de Jerusalén. Savonarola le había predicho nuevas pruebas si abandonaba la reforma de la Iglesia. En el mes de abril se formó una coalición contra Francia; comprendía al Papa, al Emperador, al Rey de España, al Duque de Milán —Ludovico Sforza, llamado el Moro— y a la República de Venecia. Carlos VIII tuvo que abandonar Nápoles para no quedar bloqueado. La batalla de Fornovo —6 de julio de 1495— en la que sus *gendarmes* —la caballería revestida de la armadura— y sus mercenarios suizos derrotaron al ejército de la Liga, le libró. Volvió a Francia; algo más de un año después ya no le quedaba nada allende los Alpes; se había disipado el «humo de Italia», como decía Commynes, el mejor cronista francés de la época.

Los fieles, que habían esperado una reforma, estaban profundamente abatidos. Alejandro VI arremetió contra la nobleza italiana, ante todo contra los Orsini, pero Juan Borgia, Duque de Gandía, fue derrotado. No por ello dejó de recibir de su padre el Ducado de Benevento, territorio de la Iglesia, mientras César se hacía legado del Papa y le representaba en la coronación del nuevo Rey de Nápoles: Federico, primo de Fernando de Aragón.

Meses más tarde, el misterioso asesinato del Duque de Gandía, víctima probablemente de una aventura galante, sumió al Papa en profunda tristeza (14 de junio de 1497). Alejandro VI se enfrascó en la redacción de una bula de reforma en la que se revelaban las mejores intenciones, mas sólo quedó en proyecto y César recuperó una influencia preponderante, más nefasta que nunca. Había sonado la hora decisiva para Savonarola.

A través de Florencia, corrompida por el poder, el lujo, el arte y la belleza, abandonada por los Médicis desde la expedición francesa, la predicación de Savonarola pasó como un huracán sobre la feria de las vanidades.

Jerónimo Savonarola pasó su primera juventud en Ferrara, bajo la dirección de su abuelo, Miguel Savonarola, profesor de medicina y médico de la corte. Conmovido hasta los entresijos por la predicación de un fraile agustino, ingresó a los veinte años en la Orden de Santo Domingo, en el convento de Bolonia, donde se hallaba el sepulcro del fundador de la Orden; luego vino a Florencia al convento de San Marcos, que Cosme de Médicis había donado a los frailes predicadores. En 1491 fue Prior del convento.

En el primer año de su vida de fraile compuso un poema sobre la caída de la Iglesia. Se la representa bajo los rasgos de una virgen, pero desfigurada, mancillada, herida, exhalando amargas quejas: «¿Dónde están las perlas, dónde los diamantes, los santos y doctores que se enardecían por Dios, dónde las vestiduras blancas de la virgen pura? ¿Dónde viven ahora los piadosos pastores, dónde los Apóstoles y las austeras legiones consagradas a la contem-

plación?» Le propuso ayuda y protección contra sus enemigos. «Es inútil luchar», fue la respuesta. «A las lenguas humanas sólo conviene el silencio; cállate, pues, y llora; deja que te aconseje» (1).

No era de los que consienten en callar; era de la raza de los Profetas. Defendería la causa de Dios, olvidada y traicionada, hasta en Roma, trono del Mundo, dispuesto a sacrificarse, él, misterioso elegido, a los designios de la Providencia. Sus superiores le habían confiado la predicación en Florencia, en San Marcos; luego en 1491, en la catedral. Desde el año anterior interpretaba el Apocalipsis de San Juan, profetizando que la renovación de la Iglesia se efectuaría en sus días, que antes de ella Dios infligiría a Italia un severo castigo, que esos dos acontecimientos ocurrirían pronto. Su influencia creció prodigiosamente, al predecir en 1494, con la metáfora de la aparición de un nuevo Ciro, la venida del Rey de Francia. Tras la fuga de los Médicis, arrojados por la cólera popular, recomendó guardar la calma durante la ocupación francesa y la restauración de la antigua Constitución democrática. Al mismo tiempo exigía la justicia social y la ayuda a los pobres; se crearon *montes de piedad* según el modelo de los que crearon en otras partes los Observantes Franciscanos y Juan de Capistrano.

«Si no predico, no puedo vivir», había dicho. Sólo deseaba «obedecer a Dios»; no innovar, sino renovar lo corrompido, en Florencia, en Roma, en toda la Iglesia. Cristo fue proclamado «Rey de Florencia», que sería su ciudad escogida y de la que saldría, como en otro tiempo de Nazaret, la salvación del mundo. Su libro, escrito en 1495, sobre *La sencillez de la vida cristiana*, en el que seguía la doctrina de Santo Tomás de Aquino, era una obra de buen sentido tanto como de santidad. Frente al individualismo desenfrenado del Renacimiento, insistía en el respeto al bien común y rechazaba como inútiles y peligrosos los refinamientos exagerados de las letras y del arte sensualistas de su tiempo.

Sin embargo, la oposición no provino de los humanistas y de los artistas, sino de los partidarios del Estado aristocrático y dictatorial —los *arrabbiati* o rabiosos, tan implacable era su odio—, de jóvenes disolutos y de numerosos sacerdotes y frailes a quienes molestaba la predicación ardiente del Profeta. La política antifrancesa de Alejandro VI proporcionó la ocasión para el conflicto, que enfrentó a Savonarola con el Papa. Como el Pontífice había querido atraer a Florencia hacia la coalición italiana, Savonarola y los florentinos se opusieron, pues aún esperaban que Carlos VIII emprendiese la reforma de la Iglesia. El Papa llamó a Roma al fraile de San Marcos para que diese una explicación de sus profecías. Por temor a sus enemigos y por motivos de salud, Savonarola no hizo el viaje; entonces el Papa le prohibió predicar.

El Profeta no guardó silencio mucho tiempo. El miércoles de Ceniza del año 1496 inició sermones sobre el Profeta Amós y estigmatizó con más severidad que nunca los vicios de Roma. Alejandro VI halló otro medio para impe-

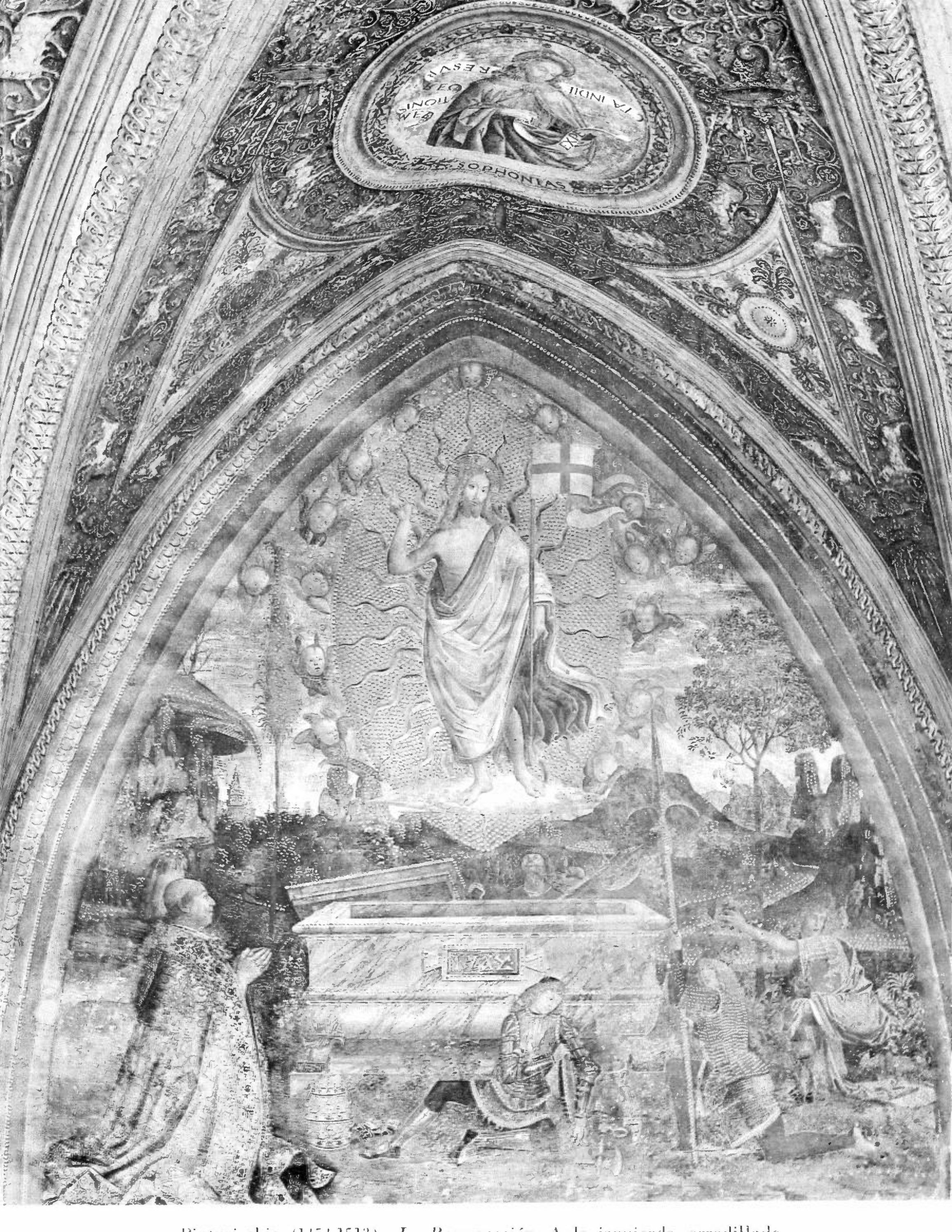
(1) Citas tomadas de Schnürer, o. c., III, 352.

dírselo. Savonarola había conseguido con anterioridad que San Marcos constituyese una congregación independiente, cuyo Vicario general era él, que vivía en la estricta observancia de la pobreza más austera. El 7 de noviembre de 1496 el Papa ordenó reunir los conventos dominicos de Roma y Toscana en una sola congregación. Savonarola se negó, arguyendo que esta medida se oponía a la constitución de la Orden, de la caridad cristiana y de la salvación de las almas.

Durante el carnaval de 1497 —7 de febrero—, mandó levantar en la Plaza de la Señoría una inmensa pira, «la pira de las vanidades», en la que siguiendo la costumbre de los predicadores penitenciales italianos se quemaron, entre las aclamaciones de la multitud, instrumentos musicales, perfumes y afeites, libros de autores paganos y humanistas, sus émulos, y cuadros lascivos o frívolos de la joven escuela florentina. Y el 4 de marzo, en un sermón de increíble rigor, lanzó indignados apóstrofes contra «la Iglesia cortesana... doncella impúdica», «rebajada hasta el nivel de las bestias, hasta convertirse en un monstruo abominable». Terribles palabras que justificaban todo lo que ocurría en el Pontificado de un Alejandro VI.

El 18 de junio de 1497 Savonarola fue excomulgado por el Papa por desobediencia. Respondió con octavillas entre el pueblo, en las que se dirigía a la conciencia de todos los cristianos; luego reanudó la predicación el día de Navidad. El domingo de Septuagésima de 1498, en otro sermón, declaró que Alejandro VI no era el instrumento de Dios, propagando desde este momento la idea de que un Papa simoniaco podía ser depuesto.

Un fraile franciscano del convento florentino de Santa Croce, fray Domenico, apoyado por los *rabiosos*, se ofreció a soportar la prueba del fuego contra Savonarola. Si el Profeta no se quemaba con él se podría creer en su misión divina. La Iglesia había prohibido, desde la Alta Edad Media, esas ordalías, que no eran sino supervivencia de los tiempos bárbaros. No por ello dejaron de preparar la hoguera, pero la prueba no se efectuó, pues los franciscanos prohibieron a su colega prestarse a ello. El pueblo, a consecuencia de una de esas mudanzas tan frecuentes en las multitudes impresionables, abandonó a su Profeta. El proceso incoado por las autoridades enemigas fue llevado con pasión. El tormento arrancó al acusado la declaración de culpabilidad de presunción en las profecías. «Encerrado en un estrecho calabozo del Palacio de la Señoría, tumbado en el duro suelo, sin paja ni luz, con los pies en los cepos, con el brazo izquierdo dislocado y roto por el tormento, tan lastimado que a veces tuvieron que llevarle la comida a la boca, pero que no odiaba a nadie ni maldecía, conservando toda la magnanimidad de su persona, toda su bondad, su fe hasta el extremo de conmover al carcelero e intentar atraerle a él y a su hija hacia la perfección de la vida cristiana, Savonarola tuvo arrestos aún para tomar la pluma y escribir casi de un tirón, entre el 26 de abril y el 8 de mayo, el grito desgarrador y sublime de su último *Miserere* y de dar de pronto a las palabras del salmista, repetidas por la liturgia desde hacía quince siglos, un eco de una belleza tan penetrante, de un acento tan directo, de un candor



Pinturicchio (1454-1513): *La Resurrección*. A la izquierda, arrodillado, Alejandro VI Borgia (1492-1503). Vaticano



Savonarola predica ante el pueblo de Florencia. (Dibujo de Fred Fay)

tan absoluto que merece resonar a través de los siglos como una de las más puras y conmovedoras súplicas de la piedad cristiana» (1).

El religioso terminó la meditación del *Miserere* el 8 de mayo. Pero no se había agotado la oración de su corazón. Trató de continuarla sirviéndose del salmo *In te, Domine, speravi.* Pero no abrigaba ninguna esperanza humana. Ya no tenía ninguna duda sobre el desenlace trágico del proceso. Debía abrazarse con todas las energías de su alma a la santidad de la esperanza teologal.

El 19 de mayo llegaron los comisarios romanos, y Savonarola fue de nuevo atormentado. El miércoles 23 de mayo, víspera de la Ascensión, fue llevado, con los frailes Silvestre y Domingo, que morirían con él, a la capilla del Palacio de la Señoría para asistir por última vez a la santa misa. En el momento de la comunión solicitó el favor de recibir, como sacerdote, la sagrada hostia en sus propias manos «y pidió perdón a Dios y a los hombres». Subió al cadalso rezando el Símbolo de los Apóstoles. Lanzó una última mirada llena de una indecible tristeza sobre la multitud y el Palacio de la Señoría. El verdugo le echó el nudo corredizo y le precipitó en el vacío. Poco después su cuerpo se desplomó entre las llamas de la hoguera. Su corazón e hígado, que salían fuera, se convirtieron en blanco de la chusma que empezaba a levantar la cabeza. Contaba cuarenta y cinco años de edad.

La firmeza de su fe, su profunda convicción de ser enviado de Dios, los trágicos acontecimientos hacen de Savonarola una impresionante figura. El hombre que escribió sobre el triunfo de la cruz páginas ardientes y luminosas, demostró que el cristianismo es el único guía infalible de la civilización. Encarna la más violenta oposición, pero también la más pura, al libertinaje del alma y al desenfreno de las costumbres renacentistas. Ni Savonarola ni sus discípulos —escribe su mejor biógrafo— quisieron «negar los dogmas, destruir los sacramentos, suprimir los conventos ni hacer la guerra al Papado. No desearon más que la pobreza, la castidad, la santidad, en una palabra, la belleza de la Iglesia primitiva de Cristo. Si su sueño se hubiera convertido en realidad, se habría cumplido el más ardiente deseo de la Cristiandad. Entonces Lutero, Calvino y los reformadores hubieran podido venir, pero no habrían encontrado ningún eco». Con Savonarola llegaba la última oportunidad de cierta posible recuperación del mundo cristiano, pues «su reforma no hubiera dividido a las naciones ni engendrado herejías ni cismas» (2).

La desaparición de Savonarola fue para César Borgia el punto de partida de nuevos triunfos. Renunció a la púrpura de que se revistió a los dieciocho años sin ser sacerdote; fue Duque de Valentinois y esposo de una Princesa francesa: Carlota de Albret, hija del Rey de Navarra. Para comprometer al Rey de Francia, Luis XII, el Papa había anulado su matrimonio con Juana, hija de Luis XI; el Rey se casó entonces con Ana de Bretaña, viuda de su

(1) *Fray Jerónimo Savonarola, Última Meditación sobre el salmo «Miserere» y el comienzo del salmo «In te, Domine, speravi»*, Friburgo, edición de la Librairie de l'Université, 1943, págs. 9-10, 85, 135-137.

(2) Schnitzer, *Savonarola,* 2 vols., Munich, 1924, citado por Journet, págs. 10-11 y 137.

predecesor, Carlos VIII, a fin de anexionar la Bretaña a su reino. Luis XII llegó a Italia como aliado del Papa para hacer valer sus pretensiones al ducado de Milán, de donde expulsó a Federico el Moro (1499). Alejandro VI acaba de indisponerse con los Sforza al anular el matrimonio de Lucrecia con Juan Sforza para casarla con el Príncipe Alfonso de Bisceglia. César, ahora confaloniero de la Iglesia y Duque de Romaña, mandó asesinar a su cuñado; la mayoría de los Estados de la Iglesia se habían convertido en propiedad de los Borgia; Lucrecia encontró un tercer marido en la persona de Alfonso, Duque de Ferrara.

«Así —escribe el circunspecto Pastor—, Alejandro VI, situado en un elevado puesto para salvar lo que podía ser salvado en la Iglesia, contribuía más que nadie a los progresos de la corrupción universal. La vida de este sibarita desenfrenado era el más absoluto mentís a las lecciones de Aquél que tenía encargo de representar en la Tierra. Y con todo —hecho digno de notarse—, en las cuestiones puramente religiosas Alejandro VI no ha dado pie a ninguna censura bien fundada» (1). Este Papa indigno se preocupó por la propagación de la fe. El mismo año en que alcanzaba el honor supremo (1492), Cristóbal Colón descubrió el Nuevo Mundo. Se había guiado, no sólo por motivos económicos y políticos, sino también —se suele olvidar con harta frecuencia— por una profunda fe. Los Gobiernos que ayudaban o alentaban los grandes descubrimientos de tierras también estaban animados por el deseo de conquistar almas para Cristo al mismo tiempo que movidos por el interés.

Los días 3 y 4 de mayo de 1493, algunas semanas después de la vuelta de Colón, Alejandro VI, a petición del gran navegante y de los Soberanos españoles, Fernando e Isabel, «en virtud de su cargo de Vicario de Cristo», «para llevar más fácilmente la fe católica a los pueblos de esas tierras e islas, daba y asignaba a España todas las islas y tierras firmes descubiertas o por descubrir, al occidente de una línea trazada desde el Polo Norte al Polo Sur y que pasaba a cien leguas al oeste de las islas llamadas Azores». Esta donación, con frecuencia mal interpretada, establecía, sencillamente, en favor del Rey de España y de sus sucesores un título frente a los otros Príncipes europeos y no frente a las poblaciones del Nuevo Mundo. Éstas no podían ser convertidas al cristianismo sino por propia voluntad, y el hecho de su conversión no menoscababa en nada el derecho de los principados no cristianos. Era, por otra parte, la doctrina, conforme al Derecho natural, enseñada por los teólogos siguiendo a Santo Tomás de Aquino.

En 1503, los días del Papa más que septuagenario parecían contados. Sin embargo resistió a un primer ataque de malaria y se curó. Murió el 18 de agosto de 1503 a consecuencia de un nuevo acceso de fiebre, si admitimos la hipótesis más generalizada. Durante varios días luchó contra la muerte y Dios le concedió la gracia de poder confesarse y recibir la sagrada comunión. Alejandro VI —por más que se haya dicho— no comprometió en la complici-

(1) Pastor, o. c., VI, pág. 131.

dad de su política a la Iglesia, cuya honra comprometió con su vida. «Parece —afirma Pastor— como si la Providencia hubiese querido demostrar que, si los hombres son capaces de perjudicar a la Iglesia, son incapaces de destruir la obra de Jesucristo» (1).

PÍO III: 29 de septiembre-18 de octubre de 1503

César Borgia, en previsión de la muerte de su padre, había tomado medidas para «crear al nuevo Papa». «Todo lo había previsto —dijo más tarde a Maquiavelo—; sólo una cosa no se me ocurrió: que yo mismo pudiera estar en ese momento luchando con la muerte.» Era una exageración por su parte, pues si estaba enfermo, no por ello había dejado de apropiarse del tesoro pontificio. Bandidos pagados por él invadieron el aposento del Papa y exigieron la entrega de las llaves del tesoro. Mas no tomaron precauciones contra dos escritorios repletos de oro y piedras preciosas, que hallaron ocultos los Cardenales que vinieron a hacer el inventario. Tras esta vulgar rapiña, César anduvo sin rumbo, abandonándose al azar, tratando de ganar tiempo tomando como pretexto su enfermedad, hasta el día en que el Sacro Colegio le intimó la orden de abandonar Roma. Se le hallará de nuevo en la elección de Julio II, antes de desaparecer para siempre del escenario del mundo.

A pesar de sus intrigas, que enfrentaban a los Borgia con Julián della Rovere, los moderados del Sacro Colegio lograron el triunfo en la candidatura del piadoso Cardenal Francisco de Piccolomini, sobrino de Pío II, quien en memoria de su tío tomó el nombre de *Pío III*. Todos los hombres de bien se alegraron de esta elección. El hombre que ascendía al Sumo Pontificado había declarado: «No quiero ser el Papa de la guerra, sino el Papa de la paz.» Su programa se resumía en dos puntos: reforma completa de la Iglesia, restablecimiento de la paz en la Cristiandad. La precaria salud de Pío III ni siquiera le permitió comenzar su ejecución. Se extinguió el 18 de octubre, a los sesenta y cuatro años, tras un Pontificado de veintiséis días. «La muerte de Pío III —escribe un contemporáneo, Segismundo Tizio— es una gran desgracia para la Iglesia, mas tal vez no merecíamos otra cosa por nuestros pecados.»

JULIO II: 1503-1513

Julián della Rovere, elegido el 1 de noviembre de 1503, a la edad de sesenta y dos años, sería el Papa de la guerra. El nuevo Pontífice, sobrino de Sixto IV, y César Borgia, se traían en jaque; habían considerado más ventajoso transigir. Julián sería elegido, pero nombraría a César confaloniero

(1) Pastor, o. c., VI, pág. 231. El gran historiador austriaco puso como epígrafe a los capítulos consagrados a Alejandro VI y a Julio II: *Petri dignitas etiam in indigno haerede no deficit* (la dignidad de Pedro no decae incluso en su indigno sucesor).

de la Iglesia y tomaría bajo su protección la persona y los bienes del Duque de Valentinois. Sin embargo, no tardaría mucho tiempo en producirse la ruptura. La prontitud con que se consiguió esta elección, casi por mayoría de sufragios, pero sin duda casi simoniaca, causó asombro a los contemporáneos; Julián della Rovere, ¿no era acaso odiado por muchos y temidos por todos? El hombre que tomó el nombre de Julio II en recuerdo de Julio César poseía en lo físico como en lo moral una naturaleza de coloso.

«A un aspecto lleno de nobleza y dignidad añadía —escribe Pastor— algo extraño. Los ojos muy hundidos, mirada de fuego, labios apretados, nariz abultada, cabeza ancha pero no hermosa, aunque notable por sus rasgos esculturales, revelaban una personalidad original y vigorosa. Los cabellos escasos, ya casi blancos; mas bajo las nieves de la edad circulaba un ardor muy juvenil. Viendo su rostro tan encendido y sus firmes pasos, nadie hubiera supuesto que estaba en el umbral de la vejez... Siempre agitado, siempre en movimiento, de una actividad devoradora, revolviendo continuamente en su cabeza vastos proyectos, de una terquedad y violencia extremas, solía desesperar a las personas que tenían que habérselas con él... Por su fogosidad y arrebatos zahería a sus íntimos y, sin embargo, si inspiraba temor, éste no iba acompañado de odio, pues no se descubría en él ni mezquindad ni vil egoísmo» (1). Sus compatriotas genoveses le calificaron inmediatamente de «un alma de César», *caesareus animus*. El epíteto que mejor resume esta naturaleza de coloso es el de *Terrible*, que aplicaba él a Miguel Ángel y resume las palabras extraordinario, poderoso, titánico. El célebre cuadro pintado por Rafael que se halla en Florencia, en el Palacio Pitti (Los Oficios), le muestra algunos años después de su elección. No hay dulzura en esta fisonomía de anciano de barba blanca, mirada dura, boca enérgica y tenaz de labios delgados y apretados. La cabeza inclinada hacia adelante, el ojo derecho que guiña un poco, las arrugas de la frente entre las cejas dan la impresión del espíritu tenso, absorto por completo en pensamientos en los que la divina mansedumbre del cristianismo no tiene asiento. Esta cabeza encajada en el estrecho solideo de terciopelo ribeteada de armiño es la de un político y la de un soldado que sueña con la unificación de Italia, no la de un sacerdote.

Julio II deseaba que el Papa fuese el amo del juego del mundo; sólo a este precio podría garantizar la obra de la reforma. El patrimonio, herencia temporal de San Pedro, que debía restablecer y acrecentar, le serviría para robustecer el Papado y hacer libre a Italia. Roma sería la capital de un reino sólidamente constituido y el foco más brillante de las letras y de las artes. Tuvo la suerte de poder rodearse de artistas geniales: Bramante, que inició la reconstrucción de San Pedro; Miguel Ángel, que pintó las bóvedas de la Capilla Sixtina; Rafael, que realizó los frescos de los aposentos del Vaticano. Obras tan grandes que aseguran a la Ciudad Eterna un esplendor único en el mundo.

---

(1) Pastor, o. c., VI, págs. 190 y sigs.

Se ocupó a un tiempo en la obra de un Papa del Renacimiento y de la Edad Media que deseaba devolver a la Tiara el Poder que tenía en tiempos de un Inocencio III. Pero había pasado ya la edad de la Cristiandad medieval. Para ser el amo del juego era preciso asegurar la realeza italiana de la Santa Sede. Quitó Perusa a los Baglioni, Bolonia a los Bentivogli, arrebató el ducado a César Borgia, luego arremetió contra Venecia. En 1506 Julio II creó la guardia suiza pontificia, que todavía hoy monta la vigilancia en los palacios apostólicos. A la cabeza de los suizos, el mismo año, el Papa hizo su entrada triunfal en Bolonia llevado en la *sedia gestatoria*, revestido de la capa roja, adornada con broche de oro, guarnecida de esmeraldas y zafiros. La bella crónica del lucernés Diebold Schilling refiere esta escena en la que los alabarderos suizos se destacan sobre el fondo de castillos y colinas. Los venecianos habían aprovechado el breve Pontificado de Pío III y la enfermedad de César para ocupar las ciudades de la Romaña.

Julio II, temiendo ver caer en su poder las que tenía todavía el Borgia, le conminó para que se las entregase. Detenido por primera vez en 1504, libertado y detenido por segunda vez en España, César se evadió y cayó en 1507 ante las murallas de Viana a la cabeza de un cuerpo de ejército de su cuñado, el Rey de Navarra. Así terminó, a los treinta y un años, ese virtuoso del crimen, que había hecho temblar a Italia y a quien Maquiavelo tomó como tipo de su *Príncipe*. Fue enterrado en la iglesia del pueblo de Viana, donde un pomposo epitafio elogiaba sus victorias. Años después, el Obispo de Pamplona, del que dependía Viana, mandó exhumar los restos como algo indigno y sacrílego. No ha quedado ningún vestigio ni en Viana ni en parte alguna de quien había tomado como divisa: *Aut Caesar, aut nihil*, o César o nada; César estaba aniquilado.

Para hacer restituir lo mal adquirido a los venecianos, Julio II se alió con el Rey de Francia, Luis II, comprometido desde su advenimiento en la lucha por Milán. En 1509 el ejército francés aplastaba en Agnadello a los mercenarios de la Serenísima República.

Pero apenas se había abatido a Venecia, cuando el Papa sintió todo el peso de la alianza real. La Santa Sede e Italia estaban amenazadas por la preponderancia francesa; Julio II firmó la paz con Venecia sin aniquilarla. Ahora se esforzaría por realizar la segunda parte de la tarea que se había asignado desde el comienzo de su Pontificado: arrojar a los extranjeros, a los *bárbaros*, fuera de Italia. Mas había *bárbaros* cuya colaboración le era necesaria para llevar a cabo su gran proyecto de unidad italiana: los suizos (1). La insignificancia de su Confederación de Estados no podía dar recelo a la

---

(1) Sobre estos acontecimientos me permito remitir al lector a mi libro *La Garde fidèle du Saint-Père*, de venta en las Edic. Fraumunster, Zurich. Sobre Schiner, en francés, véase: Paul de Chastonay, *Le cardinal Schiner*, Lausana, Librería F. Rouge & Cía, S. A., 1942. El libro fundamental sobre Schiner es el del difunto Alberto Büchi, Profesor de la Universidad de Friburgo, terminado por M. Emilio Franz-Joseph Müller Büchi, *Kardinal Matthäus Schiner*, 2 vols. de las «Collectanea Friburgensia», Friburgo, 1923 y 1937.

Santa Sede, y la superpoblación de su territorio los obligaba a exportar mercenarios, piqueros invencibles, hasta el momento en que la voz del cañón domine las batallas. Julio II, para inducir a los cantones a colaborar en sus proyectos, había encontrado un hombre cuyo apasionado talento se avenía con el suyo: *Mateo Schiner,* Obispo de Sión.

El espíritu sopla donde quiere. Schiner, hijo de un campesino de Mühlebach, en el Alto Valais, Obispo de Sión a los treinta y cinco años (1499), fue el brazo derecho del *Terrible* y el defensor inquebrantable de la política pontificia. Príncipe del Imperio, aliado de los Cantones, Jefe de un Estado puesto en una de las grandes rutas que conducían a Italia, Schiner, que tenía acceso tanto a la Dieta Federal como a la Dieta Imperial, desempeñó un papel de primer plano hasta la derrota de los suizos en Marignano. Le dominaron tres grandes ideas: la primera, la adhesión a la Iglesia y al Papa, su cabeza visible; la segunda, medieval, que había renovado su señor: la teoría de *las dos espadas,* la espada espiritual en manos del Vicario de Cristo, la espada temporal en manos del Emperador; la tercera, nacional: del Sacro Imperio salieron —afirma— las libertades de las Iglesias y de las regiones suizas. La independencia de Suiza está, pues, ligada —según él— al destino del Estado Pontificio y del Imperio, del que los suizos ya nada tienen que temer, mientras la potencia francesa en Milán constituye una amenaza para las posesiones suizas del sur de los Alpes. Fue el momento, único en la Historia, en el que los suizos tuvieron un hombre genial que poseía el sentido de la gran política. Schiner, hombre de la Edad Media por la fuerza de sus convicciones religiosas, hombre del Renacimiento por su cultura humanista, su flexibilidad y virtuosidad, había superado las mezquindades de la política de campanario y sólo conservó de su Valais natal el ardor de su patriotismo y la violencia de los odios partidistas. Al final fracasó porque la Confederación tenía varias políticas divergentes u opuestas y no poseía un jefe único. Sus soldados, aguerridos y bien instruidos, implacables veteranos, que inmortalizaron los cuadros de Urs Graf y Nicolás Manuel, no por ello dejaron más de una vez de decidir del destino de la Península.

«Era necesario —ha escrito un historiador francés— que, para eludir la tutela y la hostilidad de las grandes potencias, el Papa fuese ajeno a todas... Roma se nacionalizaba para mantener entre las codicias de los Estados el internacionalismo de la religión» (1). Maquiavelo, contemporáneo de Julio II, escribía: «Hubo un tiempo en el que el menor Barón se creía con derecho a despreciar el Poder del Papa; hoy impone respeto a un Rey de Francia.» Julio II llegó a la meta celebrando una alianza con los suizos en 1510, y al año siguiente la *Liga Santa,* que incluía al Rey de España, a Venecia y, después, al Emperador y al Rey de Inglaterra. El Papa daba así por descontada la colaboración de los Cantones en esta coalición europea en la que deseaba mantenerlos para contrarrestar el poderío español.

---

(1) Imbart de la Tour, *Les origines de la Réforme,* t. II, pág. 55.

El año 1512 fue decisivo. El ejército de la Liga Santa fue derrotado, el 11 de abril, en Ravena, por Gastón de Foix, el mejor General de Luis XII. Mas el joven jefe genial cayó al terminar el día como abrumado de gloria, mientras el enemigo emprendía la huida. Por eso, tomó mal cariz para Luis XII. Los suizos, ya en la palestra, hicieron una campaña triunfal, se apoderaron de Pavía y decidieron el destino del Milanesado, que devolvieron a un Sforza, de conformidad con el Papa, pero contra la voluntad del Emperador y del Rey de España. Por la bula *Etsi Romani Pontifices* —5 de julio de 1512—, Julio II otorgó a los suizos el glorioso título de «defensores de la libertad de la Iglesia» *(defensores Ecclesiae libertatis)*. En 1513 su victoria en Novara y la invasión de Francia descartaría momentáneamente la amenaza francesa sobre Italia.

La guerra del Papa contra Luis XII no fue motivada únicamente por una preocupación de equilibrio, sino también por el asunto de la reforma y del concilio universal que la emprendería. Los dos mayores Monarcas de Occidente —el Emperador y el Rey de Francia—, inquietos por el poder creciente de Julio II, pensaban, el primero en imponer una Pragmática Sanción —tan draconiana que hubiera sido el primer paso de la ruptura de Alemania con Roma—, el segundo en reunir un concilio general. El Papa condenó a los Cardenales que habían admitido del Rey de Francia reunirse en Tours y formó —como acabamos de ver— la Liga Santa contra Francia. Entretanto, y pese a la enfermedad que le atormentaba, volvió contra los sublevados el arma espiritual con que amenazaban: el 25 de julio de 1511 se fijaba en las puertas de San Pedro la bula que convocaba un concilio general en Roma para el 19 de abril de 1512.

En el mes de agosto de 1511 se creyó que el Papa iba a morir. Su curación súbita cambió el curso de los acontecimientos; el Emperador Maximiliano, césar veleidoso, aunque apasionado de grandeza, se separó, y Luis XII se quedó solo para llevar la responsabilidad del concilio disidente. Por fin se inauguró en Pisa el 30 de septiembre de 1511, pero la resistencia al espíritu cismático se manifestó pronto con energía. La salida a la palestra, en el Concilio de Letrán, del dominico Tomás de Vio, de Gaeta —de donde le viene el nombre de Caetano o *Cayetano*, con el que se le designa comúnmente—, que desempeñaría un papel tan importante en el Concilio de Trento, aseguró la victoria para el Papa. En su tratado *De auctoritate papae et concilii*, Cayetano sostenía que, si el Papa no forma parte del concilio, la asamblea no representa a la Iglesia universal. La asamblea pública, en su conjunto, formulaba votos por una reforma mediante la paz; el Concilio de Pisa murió en Lyón habiendo afianzado la supremacía pontificia.

Los asuntos de la Santa Sede se habían restablecido cuando el Concilio de Letrán —el XVIII ecuménico —se inauguró el 3 de mayo de 1512. España e Inglaterra habían dado su consentimiento; Alemania se unió a ellas en el mes de noviembre. Gil de Viterbo, General de los agustinos, ilustre y piadoso teólogo, expresó en él la alegría de la Cristiandad al ver que pronto se reali-



Julio II Della Rovere (1503-1513). Retrato de Rafael (1483-1520). Galería Pitti. Florencia



León X (1513-1521) y su sobrino Julián de Médicis. Retrato de Rafael (1483-1520).
Galería Pitti. Florencia

zaría la reforma tan ardientemente deseada. «¡Sabed, oh Padre, que habéis infundido en los corazones de todos una gran esperanza!»

Pero el hombre propone y Dios dispone. En el mes de febrero siguiente las fuerzas del intrépido Pontífice, que desde hacía tiempo disminuían, le abandonaron. El 20 de febrero de 1513 estaba agonizando. Después de haber recibido el Santo Viático, mandó se acercaran los Cardenales; les pidió que orasen por él, porque había sido un gran pecador y no había gobernado la Iglesia como hubiera debido hacerlo, y les dio su bendición con lágrimas. Y esos hombres, de los cuales no todos le habían amado, al comprender que se iba un alma grande, se inclinaron para tomar su mano y besar el anillo del Pescador, y todos prorrumpieron en sollozos. Expiró en la noche del 20 al 21 de febrero. «Roma —escribe el historiador protestante Gregorovius— comprendía que una real alma dejaba este mundo.» En su sepulcro, erigido por Miguel Ángel en la iglesia de San Pedro *ad vincula,* se levanta un Moisés colosal, la más vigorosa escultura del Renacimiento: el artista pertenecía a la misma estirpe que la de su señor, estirpe de colosos.

«Este Papa nos salvó a todos, a toda Italia y a toda la Cristiandad», exclamaron muchos al saber la noticia de su muerte, según dice Paris de Grassis, su primer maestro de ceremonias. Con un ardor y energía sobrehumanas, Julio II se entregó totalmente a la tarea de reconstruir el Poder pontificio. En su ambición no había ningún egoísmo ni nepotismo; tuvo, a la vez, el sentimiento de la unidad italiana y de la preponderancia de la Santa Sede, la cual, a sus ojos, sólo podía crearla. No podía —se ha repetido— comenzar la reforma de la Iglesia sin haber restaurado previamente una y otra. Pero es verdad que el papel de la Iglesia en la civilización temporal, por brillante que sea, no da la medida de su grandeza.

El mismo año de la muerte de Julio II, un escritor se esmeraba precisamente en hacer del éxito la medida de la grandeza política: Maquiavelo, que había comenzado a escribir *El príncipe.*

Antiguo Canciller de la República de Florencia, destituido a consecuencia del golpe de Estado de 1512, Maquiavelo (1469-1527) se proponía en su libro enseñar a un hombre de Estado cómo debe gobernar para triunfar. Intentaba demostrar con ejemplos de la Historia que para lograr el éxito hay que olvidar la moral y que «el fin justifica los medios». La experiencia demuestra —dice en esencia— que quienes obtienen más éxito saben dominar a los hombres por la astucia y por la fuerza, pero al mismo tiempo hay que procurar parecer buenos. La prudencia exige que sepamos ser hipócritas. El populacho juzga solamente según los resultados; ahora bien, en el mundo sólo hay chusma. La política pagana, que sólo tiene como finalidad al Estado, es su modelo. La religión, que únicamente es una piadosa mentira, debe ser un simple medio de llegar a los fines propuestos. Sólo tiene desdén y desprecio hacia el cristianismo, «que sólo enseña a sufrir». El autor de *El príncipe* era la antítesis de Savonarola, su compatriota, que había proclamado a Cristo Rey de Florencia. Por eso César Borgia fue el hombre admirado por Maquiavelo.

César quería hacer de los Estados de la Iglesia un principado temporal y Maquiavelo esperaba que destruiría al Papado, en el que veía todas las raíces del mal. Nueva hipocresía por parte del hombre que se presentaba como admirador de una religiosidad ideal, reprochaba a los Papas haber causado la corrupción de la Iglesia, provocado la desunión y debilidad de Italia. *El príncipe* y los *Discursos* de Maquiavelo, al hacer la apología del superhombre, libre de toda ley moral, demostraban adónde se llega fatalmente cuando se rechaza el cristianismo, tanto de la vida privada como de la vida pública y social.

Maquiavelo, sin duda, no hacía más que exponer las costumbres de su época al proclamar que el fin justifica los medios; la política de Poder existía antes de que se hubiese oído hablar del tan célebre florentino. Pero —según se ha dicho— lo importante en su caso es que hizo aflorar en la esfera de la conciencia las costumbres de su tiempo y la práctica común a los políticos de todos los tiempos. Semejante fenómeno de toma de conciencia llevaría consigo incalculables riesgos de perversión. Antes de Maquiavelo, Príncipes y conquistadores no vacilaban en recurrir con harta frecuencia a la mala fe, a la perfidia, al crimen para alcanzar el Poder y el éxito y mantenerse en él. Mas hecho esto, se sentían culpables, con escrúpulos, en la medida en que tomaban conciencia. Después de Maquiavelo los Príncipes y conquistadores, al servirse de la injusticia y del mal para restablecer el orden y satisfacer su voluntad de Poder, habrían sido conscientes y sentido que cumplían con su deber de jefes políticos. El resultado práctico de la doctrina de Maquiavelo habría sido para la conciencia moderna una separación irremediable entre la política y la moral (1).

No podríamos negar que Maquiavelo ejerció y ejerce todavía una influencia nefasta, mas no deberíamos exagerar su alcance. Los políticos ambiciosos sólo le leyeron apasionadamente porque hallaban en él la confirmación de los pretextos que su ambición les había hecho descubrir naturalmente. El solo instinto no hace otra cosa que aplicar con harta facilidad estas máximas. Mas según las épocas, tal instinto, que se convierte en ferocidad fácilmente —la nuestra sabe algo de esto—, es estorbado más o menos por la ley moral. Según la importancia que dan los tiempos y lugares a la ley moral, se dará un puesto mayor o menor a Maquiavelo. La época de Maquiavelo —como otras que le siguieron— con harta frecuencia no se inspiró en su mensaje, en sí nada original, sino porque se apartaron del Evangelio; y al Renacimiento, en su conjunto, le incumbe una grave responsabilidad en este debate. «Los medios empleados en política casi no han cambiado desde Maquiavelo... Pero cada cual finge creer que son costumbres del pasado y que un orden nuevo

---

(1) Según el notable estudio de Jacques Maritain, *La fin du Machiavélisme*, en *Nova et Vetera*, revista católica de la Suiza francesa; Friburgo, núm. abril-junio de 1942. Consúltese el libro vivo y matizado de Luis Gautier Vignal, *Machiavel*, París, 1929, que trae una abundante bibliografía.

regula las relaciones políticas de los pueblos, de suerte que Maquiavelo debe la mayor parte de su celebridad (1) a la candidez de una parte de la humanidad y a la hipocresía de la otra.»

Maquiavelo cayó gravemente enfermo algunas semanas después de la espantosa tragedia del Saco de Roma, en el que el Papado —como veremos— conoció un nuevo asalto de los vándalos. Por conveniencia de familia o porque la angustia cristiana sacudió a este impío en el umbral del sepulcro, se confesó dos días antes de su muerte, ocurrida el 22 de junio de 1527.

La época en que vivió Maquiavelo —los treinta últimos años del siglo XV y los casi treinta primeros del XVI— marca el apogeo del Renacimiento. ¿Acaso no es todo creación y movimiento? Asistimos a la formación de los grandes Estados modernos, al establecimiento de un nuevo equilibrio europeo, a las primeras guerras de Italia, cuyas consecuencias, en el terreno de la política y de la civilización, son inmensas. El descubrimiento de América, la nueva ruta de las Indias son los hechos que trastornarán todas las relaciones económicas del mundo, así como la extensión al Nuevo Mundo de la civilización occidental y el rápido desarrollo de la imprenta, de una importancia incalculable en el terreno del espíritu, al difundir una nueva cultura por Europa. La Reforma provocará corrientes tumultuosas de ideas y opiniones. Y en el campo de las artes —letra muerta, por otra parte, para el escéptico florentino— todo es maravilloso en este medio siglo. De él podemos decir que no hubo en el mundo época más fecunda que el siglo de Miguel Ángel, Vinci y Rafael.

LEÓN X: 1513-1521

A Julio II, el terrible Papa de la guerra, sucedió el 11 de marzo de 1513 el joven Cardenal Juan de Médicis, hijo de Lorenzo el Magnífico, que aún no había cumplido los treinta y ocho años; tomó el nombre de *León X*. Por confesión de varios contemporáneos, el Cardenal Schiner representó un eminente papel en esta elección, pues le tenía por adversario del Rey de Francia. Revestido de la púrpura a los trece años, agregado al Sacro Colegio a los diecisiete tras haber hecho estudios de Teología, León X era tan amable y pacífico como Julio II había sido rudo y violento. Educado entre brillantes humanistas, el nuevo Pontífice, «Médicis hasta la medula», era un mecenas generoso y refinado, de suprema elegancia en sus modales, un político flexible y conciliador, pero carecía de la energía de carácter y de la seriedad de espíritu de su predecesor. Favorecería a los sabios y artistas y, «más como un dulce cordero que como un león», se apresuró a anunciar su intención de restablecer la paz en la Cristiandad. A los suizos, a quienes había confirmado la alianza concertada por Julio II, escribía que «ya se había derramado demasiada sangre cristiana». Pero el Papa humanista faltaría a la reforma «en la cabeza y en los

(1) Gautier Vignal, o. c., pág. 10.

miembros»; en el cuarto año de su Pontificado el mundo oirá súbitamente tronar la voz de Lutero.

El fin del Concilio de Letrán, la continuación de la guerra en Italia y la celebración de un concordato con Francisco I, vencedor de Marignano, fueron los grandes acontecimientos de su Pontificado.

El maravilloso retrato que Rafael ha dejado de León X, y que contribuyó tal vez a dar a esta época el nombre de «siglo de León X», revela un hombre de estatura por encima de la mediana, de anchas espaldas, corpulento, pero más bien abotargado que realmente fuerte. Tenía la cabeza gruesa y maciza, ojos desorbitados de miope, pero ese rostro no hermoso le iluminaba la inteligencia y revelaba la dulzura, bondad y dignidad serena de un Soberano consciente de su grandeza. Su salud vacilante no alteraba su buen humor, pero ayuda a explicar la lentitud, circunspección y amor a sus comodidades, que constituyen un rasgo saliente de su carácter.

Su educación aristocrática había hecho de él un hombre de mundo, enamorado de la belleza, y le había conferido una elegancia de tono y estilo, un gusto muy certero, que nadie discutió jamás. Dignamente y con piedad cumplía los deberes religiosos de su insigne cargo, y debemos rechazar como sin fundamento las censuras que se le han hecho de que era un incrédulo. En cuanto a sus costumbres, gozó como Cardenal y Papa de una reputación intachable. Su caridad era inagotable; no hubo miseria que no remediase generosamente.

Pero este contemporáneo de Maquiavelo no era solamente hijo de su siglo por amor al arte y a la belleza, por su gusto del mecenazgo, que le hacía gastar con despilfarro. Fue un político que se distinguía en ocultar a todos sus verdaderos propósitos y no vacilaba en seguir caminos tortuosos; hablando poco, riendo casi siempre, le gustaba disimular sus íntimos pensamientos. Por liberalidad natural tanto como para satisfacer sus más nobles gustos por la música y por la poesía, para entregarse a sus placeres favoritos como la caza, así como para realizar sus proyectos políticos, favorecer a sus parientes y amigos, arrojó a manos llenas el dinero que a su predecesor le costó tanto amontonar. Se dijo de él, en vida, que había devorado las rentas de tres Pontificados: el de su predecesor, el del suyo propio y el de quien le sucedería.

Todos saben lo que hizo de la Roma de los Médicis. Mecenas fastuoso y refinado, favoreció todas las empresas del arte y de las letras. No hay más que evocar los nombres de Bembo y Sadolet, de Vida y Sannazaro en las letras; de Rafael, Miguel Ángel, De Vinci y de tantos otros artistas inmortales que llevaron las artes plásticas a un grado de perfección no superado jamás. San Pedro, las estancias y logias de Rafael, la constante solicitud por embellecer una capital única en el mundo, su afán por los estudios, la Universidad romana y la Biblioteca Vaticana no podrían ser olvidadas nunca si se quiere emitir un juicio exacto de conjunto sobre este Pontificado.

Desde el 13 de mayo de 1513 León X, reanudando el programa de Julio II, creaba tres grandes comisiones en el concilio. A la primera se le había confiado el estudio de los medios para restablecer la paz entre los Estados; a la segunda, buscar los medios de abolir la Pragmática Sanción impuesta por el Rey de Francia en 1438; a la tercera, preparar un proyecto de reforma general. En el mes de diciembre el Papa, después de negociaciones diplomáticas, obtuvo la adhesión de Luis XII al concilio.

Las circunstancias hacían la labor de la primera comisión tan compleja como ingrata. El Rey de Francia deseaba recuperar el Milanesado, que los suizos habían devuelto a los Sforza. Ni su derrota en Novara —6 de junio de 1513— ni la invasión de Francia, que terminó, por lo demás, con las negociaciones de Dijon, en las que los suizos fueron engañados, no modificaron los planes de Luis XII; pretendía recuperar de grado o por fuerza el ducado de Milán, que los suizos no querían dejarle. La situación diplomática se complicaba para la Santa Sede: el Rey de Francia, por temor a los suizos, se acercaba a los españoles, luego a Inglaterra. León X, que no había eludido el peligro de una hegemonía española en Italia, sino para ver surgir la amenaza de una supremacía francesa, siguió negociando con todos, aunque concertando en el mes de diciembre de 1514 una alianza con los suizos. El advenimiento —1 de enero de 1515— de Francisco I no disminuyó la tirantez. El joven Rey trató de que los confederados renunciasen, mediante costosas indemnizaciones, a proteger el Milanesado. Mas la guerra no se aplazaba y desembocó en Marignano los días 13 y 14 de septiembre de 1515. La derrota de los suizos, tan gloriosa como una victoria, pero decisiva, devolvió el Milanesado al Rey de Francia. León X —como veremos— supo entonces volverse hábilmente hacia el vencedor; la consecuencia de su mudanza sería el concordado de 1516, que abolió la Pragmática Sanción.

En cuanto a la obra de reforma «decretada por los Obispos que salían muy bien parados», casi fue un completo fracaso (1). Prelados, frailes y legistas se oponían a ella por todos los medios. En Francia, el poeta satírico Pierre Gringore, se burlaba en *Las locas empresas* de los pretendidos reformadores «santurrones, beatos, e hipócritas» —se diría que habla Rabelais—, mientras en Roma el venerable Gil de Viterbo proclamaba que «es posible restaurar instituciones humanas con la santidad, pero no restaurar la santidad con instituciones humanas».

EL CONCORDATO DE 1516

Cuando León X conoció los resultados de la batalla de Marignano, quedó sobrecogido de espanto. El Embajador de Venecia —a la sazón la República de San Marcos era aliada de Francia— le tranquilizó. El cronista veneciano Sanuto refiere la siguiente anécdota, en la que se revela esa agudeza italiana

(1) Mourret, *Histoire de l'Église*, ya citada, t. V, pág. 236.

que sabe decirlo todo a medias palabras: «Nos echaremos en los brazos del Rey cristianísimo y le pediremos misericordia», dijo León X. «Santísimo Padre —respondió el Embajador—, no habrá peligro ni para vos ni para la Santa Sede: el Rey es hijo de la Iglesia.»

Efectivamente, no tardaría en concertarse la paz en Bolonia. La Curia había comprendido que la continuación de la lucha presentaba, por el momento al menos, pocas probabilidades de éxito. El Cardenal Schiner, desautorizado por el Papa, se quejó en vano de la mudanza pontificia, que paralizaba su acción. Por su parte, el vencedor temía que una coalición del Emperador con el Rey de Inglaterra y los suizos le privase de los tan caros resultados de su victoria. Pero los orígenes del concordato son más complejos y remotos a la vez. La teoría medieval de la injerencia directa del Papa en las Iglesias nacionales, como las teorías conciliares de que ya tratamos, habían sido abandonadas. La idea de un compromiso entre las opuestas doctrinas surgió del espíritu conciliador de León X, del flexible realismo de Francisco I y, sobre todo, del genio político de un gran jurisconsulto: el Canciller Duprat. Este rudo auvernés, cabeza enérgica, disciplinada y bien repleta de ideas autoritarias; el hombre que, exceptuado Richelieu, ejerció la más profunda influencia en los destinos de la antigua Francia, sería el alma de las negociaciones de Bolonia.

El Papa fue temblando, mas seducido por las nobles maneras de un Rey de veinte años, afable, elegante, cultivado y aureolado del prestigio de la victoria. El Papa y el Rey compusieron el destino de Italia. La independencia de la Santa Sede parecía asegurada. Los esfuerzos de Alejandro VI, de Julio II y, primordialmente, de León X no habían sido inútiles: el Estado pontificio en adelante era una fuerza capaz en una época en la que acababa de difuminarse la noción de Cristiandad; y se asentará el equilibrio europeo de hacer respetar la independencia de la Sede Apostólica, sin por ello dominar la Italia central.

El Rey, necesitado de la alianza del Papa para su política italiana, consintió en abolir la Pragmática Sanción. Fue —como hemos visto— un acto unilateral de la autoridad real que se arrogaba el derecho de disponer por su propia y única voluntad en todo el ámbito del reino de los bienes de la Iglesia y del nombramiento para los beneficios. Era también la negación de los derechos de la Santa Sede en materia temporal, y reconocía la superioridad de los concilios ecuménicos sobre el Papa. Francisco I se preocupaba poco por mantener en vigor la Pragmática Sanción con tal de conservar las ventajas materiales. En compensación, el Papa le hizo ciertas concesiones contenidas en una bula del 18 de agosto de 1516. A esta bula se añadió una real orden del 13 de mayo de 1517, que la promulgaba en Francia como ley de Estado. El conjunto de ambos documentos constituye el concordato de 1516, verdadero tratado entre ambas potencias, ley eclesiástica y ley estatal. El Rey hizo caso omiso de la oposición del Parlamento de París, instancia judicial superior.

La hegemonía común del Papa y del Rey sobre la Iglesia de Francia estaba ya sellada; se perpetuaría hasta la Revolución francesa.

El concordato establecía el nombramiento de los Obispos por el Rey y la institución canónica de los mismos por el Papa, así como respecto a los Abades de los monasterios y a los Superiores conventuales. El Rey presentaba al Papa un candidato, que cumpliría las condiciones canónicas ordinarias, es decir, haber hecho estudios teológicos normales. El acta confería al Rey enormes poderes: el derecho de presentación le garantizaba, de hecho, la colación de obispados y abadías. Fue el origen de un nuevo abuso que tomó considerable incremento en el siglo XVIII, y que consistía en otorgar los principales beneficios por el favor, la consideración del nacimiento o la influencia de las protecciones. Y con todo, el espíritu del concordato había sido el de la realeza, apoyada en los legistas —burgueses—, que tendía al hundimiento de la alta aristocracia. Aún subsistía la nociva institución de la *encomienda.* Por ella se entendía el hecho de confiar un beneficio *regular* (abadía, priorato) a un clérigo *secular* en lugar de dársela a un fraile de la misma Orden.

Así, en esta *institución,* sometida como estaba en adelante la Iglesia de Francia, la realeza perpetuaba los abusos de que se aprovechaba. Mas al intentar poco después las corrientes revolucionarias minar los mismos fundamentos del edificio católico, éstas se emplearon contra un Estado satisfecho del modo como funcionaba en él la *institución* religiosa, satisfecho del reparto que había hecho con Roma. Asimismo esas corrientes se emplearon contra una Iglesia que el concordato conectaba con su Jefe natural, el Papa, único calificado para instituir Obispos. Por tanto, las concesiones que Roma había consentido en 1516 ayudaron indirectamente a mantener a Francia en la unidad católica. «Convenir en la unidad es estar en la unidad: eso era —incluso en las horas más febriles de la crisis galicana— lo que siempre había deseado Francia.» ¡Evento de transcendencia enorme para el futuro de la Iglesia y de la civilización europea! Cuarenta años antes del concordato de Bolonia, Sixto IV, en un mensaje de 1478 al clero de Francia, había ensalzado «a los Reyes de Francia, conservadores y protectores, particulares y especiales, de la fe católica, de la Santa Iglesia Romana y de los Sumos Pontífices..., que tan bien merecieron y obtuvieron el título de Reyes cristianísimos y el imperio en su reino». Los Reyes de Francia, pese a sus debilidades, no lo olvidarían nunca. Incluso cuando recurrieron al galicanismo eclesiástico en apoyo de su galicanismo político, sabrían recordar que su primer deber era ser ortodoxos. El galicanismo no buscará su norma en la ruptura ni su ley fuera de la unidad (1).

Por el concordato de Bolonia el galicanismo episcopal de Constanza y Basilea había sido abatido en beneficio del galicanismo real y de la monarquía pontificia, a la vez. La nación francesa, que revelaba su fuerte personalidad y se encarnaba en la persona del Rey, rechazaba toda jurisdicción extraña;

(1) Según *L'Histoire de la Nation française,* t. VI (*Histoire religieuse,* por Jorge Goyau), París, 1922. Véase también el tomo IX (*Histoire diplomatique,* por Renato Pinon).

el Poder absoluto de los Reyes tiene como corolario la independencia galicana frente a la Santa Sede. Ante las naciones divididas, en una Europa en la que reinaba cada vez más la política de equilibrio, el Papado no cesaba de afirmar la unidad esencial de la Cristiandad. Pero se sintió durante mucho tiempo impotente para superar la corriente de los individualismos nacionales; fracasará una nueva tentativa de Cruzada. Para resistir a los absolutismos monárquicos e individualismos nacionales que triunfarán en Europa, el Papado entraría por el camino en que sus relaciones con las potencias serán, sobre todo, negociaciones diplomáticas. La obra de reforma, a menudo esbozada, siempre se aplazaría hasta el día en que la tormenta obligase a restaurar el edificio.

El concordato de Bolonia, que duró hasta la Revolución francesa, es una gran fecha. La *paz perpetua* celebrada el mismo año en Friburgo entre Francisco I y los suizos el 29 de noviembre de 1516 es otra. En cierto modo los dos actos se completan al concurrir ambos a la grandeza de Francia. El concordato hace al Rey Cristianísimo amo de la Iglesia de Francia y refuerza su autoridad. La paz reforzada con una alianza con los suizos le abre esa gran cantera de hombres y le garantiza que ninguna dominación amenazadora se establecerá en los Alpes. Suiza, que ingresó como Estado en la neutralidad después de Marignano, se convierte en una de las piezas esenciales del juego de la diplomacia francesa.

ELECCIÓN DE CARLOS V PARA EL IMPERIO

El deseo de afianzar los intereses dinásticos de los Médicis impulsó a León X a las luchas que tuvieron como teatro el ducado de Urbino, arrebatado al sobrino de Julio II, Francisco María della Rovere, y entregado a un sobrino de León X, Lorenzo de Médicis; las tropas suizas del Papa se distinguieron en esta campaña de 1516-1517. El asunto, en sí de importancia secundaria, comprometió, sin embargo, las relaciones entre la Santa Sede y el Rey de Francia. Una alianza, por cuya celebración el Cardenal Schiner había trabajado en firme, se concertó en Londres entre el Rey de Inglaterra, Enrique VIII, y el Emperador; quedaba abierta para el Papa y para el Rey de España. Bajo las apariencias de una cruzada contra los turcos, que acababan de apoderarse de Egipto, en realidad estaba dirigida contra Francisco I (octubre de 1516).

La elección para el Imperio, de la que se preocupaban desde hacía algún tiempo en las cortes europeas, revestía una importancia muy diferente. El Rey de Francia intrigaba para obtener la Corona imperial. Ser Emperador hubiera sido para él la consagración del poderío que reviviría los recuerdos de la unidad romana continuada por la unidad cristiana. ¿Qué no podría hacer un Rey de Francia, dueño de la Italia del Norte, aliado de Venecia, si llegase a ser Emperador? La autoridad imperial en poder de los alemanes,

¿no significaba para Francia la invasión germánica, contra la cual se ponía en guardia la monarquía francesa?

Los suizos, pese a su alianza con Francia, declararon que se consideraban miembros de la «nación alemana» y del «cuerpo germánico» y pidieron se eligiese al Emperador en la nación alemana y no en la nación *welsche* (extranjera). En tanto Zwinglio conjuraba a los confederados para que siguiesen una política neutral, Schiner se esforzaba porque se eligiese a Carlos de Austria, Rey de España, nieto de Maximiliano.

El Papa, requerido por los suizos en favor de Carlos, respondió en un principio que no pretendía en modo alguno lesionar los derechos de la nación alemana, pero que apoyaría la candidatura de Francisco I, pues no ofrecía peligro para la Santa Sede. Si acabó adhiriéndose a la candidatura de Carlos es porque la necesidad le obligó a ello; estaba afectado por la impopularidad de la dominación francesa en el Milanesado y contaba con apoyarse en Carlos para conjurar la tormenta que Lutero acababa de desencadenar sobre Alemania. Ya conocemos los resultados de la célebre campaña electoral. El 28 de junio de 1519 fue elegido Carlos; el Imperio de Carlos V —las Españas, Alemanias y América—, que por sí solo constituía una formidable coalición, un Imperio mundial, había nacido. El sentimiento nacional alemán, el oro de los Fugger o Fúcar, banqueros de Carlos V, y la amenaza de los lansquenetes de Franz de Sickingen sobre los electores inclinaron la balanza en favor del Habsburgo. La lucha por el equilibrio entre las Casas de Francia y Austria era inevitable; duraría cuarenta años. Pero en el momento en que se desencadenaba ya había comenzado la gran prueba para la Iglesia.

CAPÍTULO XXVI

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA

LA REFORMA

La verdadera Historia se realiza en el mundo del espíritu; sólo aquí se libran los conflictos importantes y se ganan las victorias decisivas.

El medievo había terminado con los deseos ardientes de la Cristiandad, que pedía la reforma de la Iglesia «en la cabeza y en los miembros», y ya vimos en otra parte de esta obra cómo desde el siglo XIV, por lo menos, tanto los amigos como los enemigos de la Iglesia habían manifestado con frecuencia el deseo de una reforma. Unas veces hubo quejas, otras oposición tenaz y violenta; otras veces, profecías en las que se mezclaba con terribles acusaciones el deseo de poseer por fin un *Papa angélico.* Los Concilios de Constanza y de Basilea habían discutido largo y tendido sobre la reforma de la Iglesia. Pero como los debates se habían centrado sobre la reforma de la cabeza de la Iglesia, habían derivado hacia discusiones sobre la superioridad del Papa y del concilio, y la reforma, propiamente dicha, se dio de lado.

El resultado infructuoso de tales debates benefició, sobre todo, a los Príncipes, con los que el Papado se vio obligado a transigir. El deseo de la reforma, por poco tiempo además, se manifestó con menos altura, mas no por ello desapareció, y el Papado comprendía que le incumbía darle satisfacción. Se fijaron programas, se reunieron comisiones, se intentaron e incluso realizaron progresos sensibles, pero las más de las veces transitorios, en puntos particulares. Al llegar el Renacimiento, los Papas se entregaron a él por completo, abandonando la obra de renovación para aplicarse a la grandeza del Estado pontificio y hacer de Roma el foco más resplandeciente de la nueva civilización. Entonces, a principios del siglo XVI, surgieron hombres —Lutero, Zwinglio, Calvino—, quienes, tras haber denunciado, después de tantos otros, los males que padecía la Iglesia, la emprendieron, no contra esos abusos, sino contra su doctrina. Había nacido el protestantismo, que desembocó en una

nueva concepción de las relaciones entre Dios y el hombre y en la escisión de la Cristiandad.

La palabra *reforma*, en efecto, tiene un doble sentido histórico. Se empleaba desde la Edad Media para designar un trabajo constante y siempre necesario de la Iglesia sobre sí misma para eliminar los obstáculos internos, zanjar los abusos que obstaculizaban sus esfuerzos en ser fiel a su misión, al ideal establecido por Cristo, su fundador. Entendida así, tal palabra no designa un acontecimiento histórico determinado; la reforma es un acontecimiento permanente; una tendencia, una necesidad de mayor o menor consciencia, según las épocas y los ambientes. La causa de este fenómeno constante hay que buscarla en la misma naturaleza de la Iglesia, divina por sus orígenes y por su doctrina, pero humana en sus miembros y, por tanto, imperfecta; por lo mismo, capaz de defecciones y susceptible de reformas. Pero la palabra posee también otro sentido histórico, no menos preciso; entonces caracteriza un acontecimiento histórico determinado que podemos definir al menos por sus elementos esenciales y cuyas causas u orígenes pueden investigarse: la revolución religiosa de comienzos del siglo XVI, *el protestantismo.*

Si queremos investigar sus orígenes esenciales, nos parece debemos distinguir tres órdenes de hechos, con los que se pueden relacionar todos. Son: la decadencia de Roma, paralela al incremento del nacionalismo y del absolutismo en los Estados, que desembocó en una radical oposición contra el Papado; el desarrollo de la mística agustiniana, paralela a un desarrollo del naturismo, originario del Renacimiento, que desembocó en una mística de la salvación, la justificación por la sola fe; la decadencia de la escolástica, paralela al renacimiento de los estudios bíblicos y que facilitaba el recurso a la Biblia sola (1).

En la segunda mitad del mismo siglo, la Iglesia se recobra, por fin, y se pone a la cabeza de un movimiento de reconstrucción cuya amplitud y alcance fueron algo muy distinto de una simple reacción, y no fue una *contrarreforma*, sino una reforma católica. Había esperado demasiado tiempo antes de reformarse a sí misma, pero había comprendido el sentido de la saludable lección dada por el protestantismo. Se adaptó a los nuevos tiempos conservando intacto lo que consideraba como la fe, la doctrina, la unidad y autoridad tradicionales.

No entra en el ámbito de este libro indagar los orígenes de la revolución religiosa del siglo XVI. Nos limitaremos, sencillamente, a recordar los admitidos hoy por la mayoría de los historiadores, sean cuales fueren sus convicciones. Luego notaremos cuáles fueron la actitud y el papel del Papado frente al movimiento determinado por Lutero y los reformadores procedentes de él; y,

---

(1) Debemos limitarnos aquí a indicar dos artículos fundamentales que orientarán a los lectores deseosos de abordar este problema: Luciano Febvre, *Un problème mal posé: les origines de la Réforme française et le problème des causes générales de la Réforme*, en *Revue historique*, año 1929; L. Cristiani, *Les causes de la Réforme*, en *Revue historique de l'Église de France*, año 1935.

finalmente, la obra de reconstrucción católica, cuya manifestación más importante y decisiva fue el Concilio de Trento.

Una de las causas principales, en el orden político, fue la corriente nacionalista que se manifestó por doquier en Europa desde los siglos XIV y XV, cuando el Poder central se constituyó firmemente bajo la acción de los Príncipes. La idea nacional ejerció también su acción en el terreno religioso: la Iglesia, en cada país, adquirió un carácter nacional por voluntad de los gobiernos, que pretendían dominarla y someter a los clérigos, en lo posible, al derecho común. En la Edad Media, por el contrario, la Iglesia había sido una potencia internacional en el orden intelectual e incluso político, así como en el orden espiritual. Los Príncipes y Gobiernos, cada vez más recelosos de su autoridad, necesitaban más que nunca recursos para desarrollar la administración de sus Estados. La disminución del valor del dinero, el lujo y el deseo de bienestar intensificados por el Renacimiento los obligaba a buscar nuevos recursos.

La Iglesia, convertida igualmente en Estado, siguió esta corriente y tuvo que desarrollar por la fuerza de las cosas su fisco para afrontar nuevas tareas. Este desarrollo se oponía a los intereses de los Estados, puesto que cada año salían de diferentes países sumas considerables y tomaban el camino de Roma. El fisco, agravado en Aviñón y después, se convirtió en el objeto de las recriminaciones de todos contra la corte de Roma. Sus excesos, en verdad, no deben estimarse, para ser exactos, sino teniendo en cuenta las circunstancias.

El sistema era, desde luego, muy defectuoso, pero un paralelismo con los usos fiscales contemporáneos de los gobiernos civiles demuestra que el Papado no poseía el monopolio de tales procedimientos; estaba como encadenado a ciertos métodos fiscales. Este fisco, por otra parte, recaía más sobre el clero en general, sobre los cabildos, las iglesias particulares que sobre los fieles. Cuando colectores, banqueros y gobiernos habían detraído su parte, apenas si ingresaba la mitad del dinero en el erario pontificio. Pero la riqueza del clero tanto secular como regular, ¿no tentaría a gobiernos poco escrupulosos?

Mientras la Iglesia y, sobre todo, el Papado, se dejaba invadir por las preocupaciones del tiempo —el peor de los males—, acentuábase la desintegración de la jerarquía eclesiástica. Por doquier se comprueba un estado de insubordinación de los inferiores respecto a los superiores, provocado por los movimientos y ejemplos políticos y sociales. El fracaso del Papa en el conflicto con Felipe el Hermoso, el destierro de Aviñón, el Gran Cisma que había escandalizado a la Cristiandad, minado su unidad y oscurecido la doctrina del magisterio de la Iglesia, habían disminuido la autoridad y prestigio del Papado. La decadencia de las costumbres públicas y privadas, la descristianización de numerosos espíritus en la intelectualidad de la época del humanismo y del Renacimiento habían agravado más la oposición a la Iglesia, que estaba lejos de verse libre de los vicios de la sociedad.

El Papado, al percatarse de que decaía su poder entre las naciones, para resistir a la doble corriente del absolutismo y del nacionalismo, no consideró nada mejor que seguirla; se italianizó y centralizó su gobierno. Esta actitud

contribuyó mucho a arruinar su prestigio. Creció la animosidad contra Roma en las naciones y en los cleros nacionales, en especial en Alemania, país menos protegido contra los recaudadores pontificios. Los *gravamina nationis germanicae* (los agravios de la nación alemana), que datan de 1452, se repitieron con frecuencia en las Dietas del Imperio hasta la Reforma. Tampoco hay que exagerar su alcance nacional, pero revelan una disposición hostil hacia todo lo romano. En Inglaterra también se habían desatado los ánimos contra Roma. En Francia ya hemos observado que el concordato de 1516 había parado los choques y beneficiado, en definitiva, a la Iglesia y al Estado. La falta de afecto y el descontento, sin embargo, no habían llegado aún a la gran masa de los fieles en los comienzos del siglo XVI, a juzgar por las multitudes que acudieron al sepulcro de los Apóstoles en los jubileos de 1450 y 1500. Pero la escasa prontitud de los Papas en efectuar las reformas será explotada contra ellos; no es difícil alterar los sentimientos de afecto de las multitudes cuando están movidas por causas afectivas llamando su atención sobre los defectos de una institución. Este comportamiento y las costumbres de la Curia se prestaban a aumentar el descrédito y a disponer los ánimos a las críticas más virulentas. Se sufría demasiado por la diferencia entre lo que era el Papado y lo que debiera haber sido.

ALEMANIA EN LOS COMIENZOS DEL SIGLO XVI

«Al desistir prudentemente, a última hora —escribe Pastor—, de su oposición a la elección de Carlos V, León X salvó la autoridad de la Santa Sede de un sensible fracaso y esto, al parecer, sin haberse percatado bien de la transcendencia de su acto en relación con la profunda revolución religiosa que se preparaba en Alemania. Un motivo insignificante en sí dio origen, en poco tiempo, en todo el Imperio, a un huracán contra Roma que hizo temblar al Papado hasta en sus cimientos» (1).

Las causas generales de tal conflagración son conocidas; eran comunes a toda Europa. Pero hay que preguntarse por qué comenzó en Alemania, lo mismo que se puede preguntar, para tomar otros ejemplos de la conmoción general, por qué la revolución estalló en Francia en el siglo XVIII o por qué la revolución comunista se inició en Rusia.

El estado de la Iglesia de Alemania proporciona uno de los elementos de la explicación. El clero alemán estaba, por desgracia, muy imbuido de las costumbres del siglo. Los historiadores católicos más autorizados, tales como Jassen, en su gran obra sobre Alemania y la Reforma (2), no vacilan en trazar un cuadro muy sombrío. La riqueza del clero germano fue una fuente de

---

(1) Pastor, o. c., t. VII, pág. 228.

(2) Accesible a los lectores en una buena traducción francesa en ocho volúmenes, París, Plon, editor; Pastor, o. c., ha descrito igualmente esta triste situación.

corrupción para sus miembros, al mismo tiempo que le granjeaba la envidia y el odio de los laicos. Dicha riqueza fue la causa de imponer privaciones a la Iglesia por parte de la alta y de la pequeña nobleza. Cabildos catedralicios y obispados los tenían gentes de una casta que con harta frecuencia sólo veían en sus cargos una fuente de poder y de riqueza. Eran numerosas y justificadas las quejas procedentes de clérigos que cumplían fielmente sus deberes. Hay que recordar siempre que, sin duda, el mal hace más ruido que el bien, y eran muy numerosos quienes, tanto seculares como regulares, cumplían sin desfallecimientos las obligaciones de su estado. Pero no deja de ser verdad que las quejas más graves eran fundadas.

Mientras los Papas del siglo XIII habían combatido con energía el monopolio que los Príncipes y señores se arrogaban en la Iglesia alemana, en el siglo XV, por el contrario, este deplorable abuso no habían hecho más que alentarlo los Sumos Pontífices. Y es que la perversión general de las ideas y de las costumbres había afectado hasta el espíritu de la Curia romana. Cuando se inició la revolución religiosa, no sólo ocupaban los numerosos obispados los hijos de Príncipes, que no veían en los cargos más que una fuente de beneficios, sino que varios de ellos reunían en sus manos, con autorización del Papa, dos obispados y aun más. Tal era el caso de Alberto de Brandeburgo, Arzobispo de Maguncia, Arzobispo de Magdeburgo y administrador del obispado de Halberstadt, que desempeñará un papel tan nefasto en la Reforma alemana.

El bajo clero, en cambio, que se preocupaba por las almas, carecía de rentas fijas y tenía que contentarse con diezmos a veces ilusorios y un modesto pie de altar. En su pobreza se veía obligado a emplear medios poco dignos de su estado o a poner en práctica oficios que con harta frecuencia motivaban el desprecio del pueblo. Había exceso de clérigos del orden inferior; no todos poseían vocación y nivel intelectual suficientes, y sus costumbres dejaban mucho que desear. En las Órdenes religiosas, muchos conventos, cuyo número era exagerado, aún hacían grandes cosas. Mas también la decadencia había llegado hasta ellos: entre los tales se contaban, por ejemplo, los agustinos de la provincia de Sajonia, Orden en la que ingresó Lutero. Innúmeros de ellos se mostrarían dispuestos a abrazar prontamente una nueva doctrina que se adaptaba mejor que mejor a sus secretas inclinaciones. La aversión del mundo seglar al clero degenerado de todos los ambientes aumentó, convirtiéndose en otra facción en el gran movimiento del cisma. Ya en el siglo XV se reflejaba en muchos escritos un espíritu de amarga hostilidad contra el clero y contra la Iglesia.

A este mal humor, al que no era ajena la envidia, se sumó pronto gente, más numerosa cada vez, así como la falta de afecto y la oposición profundas contra el Papa y la corte romana. Semejante hostilidad no era obra única de los laicos, nobles o burgueses, sino también del mismo clero. Y éste era para Roma el más serio peligro, pues un clero descontento podía, llegada la crisis, arrastrar al cisma a un pueblo que aún era piadoso y creyente en su mayoría.

En la oposición alemana contra Roma habría que distinguir, naturalmente, varias corrientes y estadios, remontándonos —como hicimos en otro lugar— al gran cisma que ocasionó una grave perturbación de las conciencias y afectó profundamente a la autoridad del Papa. No obstante, las acusaciones de la nación alemana contra la Curia no afectaban ni a la fe ni a la esencia de la Iglesia, sino a los abusos. La división política facilitaba el intrusismo de la Curia en Alemania, mientras que el nacionalismo excitaba la hostilidad contra Roma. Se acusaba a los italianos de despreciar al pueblo alemán y de pensar sólo en explotarle; además, las herejías de los siglos XIV y XV habían fomentado el desapego tanto religioso como nacional.

La situación política de Alemania contribuyó en gran medida a la oposición contra Roma. Desde el siglo XIII se manifestaba la decadencia del Imperio, a cuyas expensas no cesaba de aumentar el poder de los Príncipes. El prolongado reinado de Federico III —1440-1493— había sido especialmente funesto para la autoridad y prestigio del Imperio. El sucesor, Maximiliano I —1493-1519—, «el último de los caballeros», hizo mucho por la grandeza de la Casa de Austria, pero no consiguió defender las prerrogativas imperiales contra las pretensiones de la alta nobleza». «¡Pobre nación alemana!», exclamaba.

La introducción del Derecho romano, desde el siglo XIII —romanización— comenzó a minar el viejo Derecho germánico, garantía de las libertades locales. Los Príncipes, tanto eclesiásticos como temporales, fueron los celosos propagadores de las doctrinas jurídicas que proclamaban que la voluntad del Rey es la ley suprema; sólo se reconocía al pueblo el derecho de obedecer y el de pagar los impuestos. La extensión del Poder del Príncipe no podía dejar de afectar al dominio espiritual. Mucho antes de que estallara la revolución religiosa, los legistas enseñaban —lo hemos puesto de relieve en este libro— que el Príncipe puede y debe reclamar el mando en la Iglesia y en la jurisdicción espiritual. Los señores pequeños imitaban, naturalmente, a los grandes en la medida en que éstos se lo permitían. La idea de apoderarse de los bienes de la Iglesia corría parejas con la de la jurisdicción espiritual usurpada a los Obispos. Las condiciones generales de la época, la disminución de la autoridad del Papa, así como el debilitamiento del Poper imperial, unidos al crecimiento del Poder de la alta nobleza, habían roto el equilibrio de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, en detrimento de la primera. ¿Cómo no habría de constituir un grave peligro para la unidad religiosa una Iglesia así estatificada?

Pero si los Príncipes, al aumentar su poderío, podían, llegado el caso, despojar fácilmente de sus bienes a la Iglesia, era de prever que la pequeña nobleza —los caballeros— y el pueblo, tan oprimido, se entregarían a todos los movimientos revolucionarios, ya se tratase de ir contra la Iglesia o contra el Estado. A los caballeros alemanes, sometidos por los Príncipes, arruinados por la evolución económica que había devaluado la propiedad territorial, los trabajaban gérmenes de rebelión. Esforzados, pero sin escrúpulos, esos nobles nece-

sitados y codiciosos siempre estaban dispuestos a apoderarse de los bienes mal protegidos.

Tocamos aquí las causas económicas de la revolución religiosa. La disminución del valor del dinero y, por tanto, el encarecimiento de la vida debidos al desarrollo de los negocios comerciales afectaron duramente a la pequeña nobleza. Las bruscas fluctuaciones de los salarios alcanzaron a los obreros, arruinados —como los campesinos— por la usura de los judíos, mientras el descubrimiento del Nuevo Mundo y la afluencia de metales preciosos, trasladando el movimiento comercial del Mediterráneo al Atlántico, trastornaban la economía mundial. La inestabilidad económica que resultaba de tales transformaciones era apta, como en cualquier otro momento histórico, para hacer de cualquier idea nueva un germen de anarquía. El genio y la malicia de los hombres desempeñan, probablemente, en las revoluciones un papel menor que la situación social; es un alivio para la conciencia cristiana pensar que la responsabilidad se reparte y se divide hasta el infinito.

A todas estas causas de peligro para la Iglesia se añadía otra de orden intelectual y de primordial importancia: el nuevo humanismo alemán. Introducido en Alemania —podemos afirmarlo— por un hombre genial, Nicolás de Cusa —cuyo nombre hemos traído repetidas veces a colación en esta obra—, el humanismo se diferenciaba profundamente, a principios del siglo XVI, del humanismo de los orígenes. En tanto los representantes del antiguo aún permanecían fieles al espíritu cristiano y veían sobre todo en la Antigüedad un instrumento de cultura superior, los jóvenes humanistas alardeaban de indiferencia e incluso de hostilidad hacia el cristianismo, y no escatimaban los sarcasmos para con la Iglesia. El Renacimiento alemán, aunque tenía los caracteres generales de la cultura nueva, poseía, además, sus caracteres particulares. Se preocupaba más por la cuestión religiosa; el conflicto entre la Iglesia y la Antigüedad sagrada y profana se revelaba con mayor fuerza.

Su verdadero fundador, su guía, aclamado por esta ardorosa juventud, era *Erasmo de Rotterdam:* 1467-1536. Gran sabio, erudito y crítico, de saber variopinto y diverso, pero de carácter mezquino, Erasmo, «el espectador puro» —como le denominó G. Duhamel—, ejerció una extraordinaria influencia comparable en extensión a la de Voltaire. Nunca rompió con la Iglesia; había ingresado en los agustinos de Stein para luego llevar una vida nómada y agitada a través de Europa. Pero con sus continuos ataques contra la escolástica degenerada y contra toda escolástica, con sus sarcasmos espirituales, contribuyó más que ningún otro a minar la autoridad eclesiástica y la misma fe entre sus numerosos discípulos. Este sacerdote que no celebraba misa, este cristiano que predicaba la austeridad primitiva del cristianismo pero semejaba vivir como un pagano de la Antigüedad y tenía en poco la santidad cristiana, desacreditó a la Iglesia y a la tradición. Tras haber animado a Lutero, rompería luego con él; su responsabilidad en la aparición de la nueva doctrina no por ello deja de ser muy grave. Conrado Mutian, que le calificó de *divino;* Ulrico de Hütten, tan espléndidamente dotado, pero de costumbres disolutas; y,



Martín Lutero (1483-1536), reformador religioso de Alemania. Retrato de Lucas Cranach (1472-1553). Galería de los Oficios. Florencia



Ulrico Zwinglio (1484-1531), reformador suizo. Retrato de Juan Asper (1499-1571). Biblioteca Central. Zurich

tantos otros, no se detendrán ante los escrúpulos del autor del *Elogio de la locura.*

La lucha del humanista Reuchlin contra los teólogos de Colonia sobre la cuestión de saber si se podrían autorizar los libros judíos, dio impulso a la guerra. Reuchlin no quería mal a la Iglesia y Roma no se percataba de la gravedad de esta intentona. Las *Cartas de los hombres oscuros* de Hütten y Croto Rubiano, injurioso libelo contra la autoridad eclesiástica, demostraron pronto el verdadero aspecto del conflicto. La querella de los hebraizantes, que el Papa zanjó demasiado tardíamente, sólo fue el preludio de una batalla que provocaría la escisión definitiva de la Cristiandad.

EL PAPADO Y LOS COMIENZOS DE LA PREDICACIÓN DE LUTERO

La disputa a propósito de las indulgencias, que a lo sumo fue motivo ocasional de la rebelión de Lutero contra la Iglesia, obligaría al Papa a tomar posición en el formidable debate que acababa de iniciarse en Alemania. En efecto, todas las ideas que constituirían la misma esencia del protestantismo fermentaban en ciertos espíritus, pero también todas las fuerzas sociales parecían dispuestas a desencadenarse en una furiosa refriega.

En 1514, al necesitar León X más subsidios para la construcción de San Pedro de Roma, iniciada por Julio II, promulgó una nueva concesión de indulgencias. Como condición para lucrarlas, el Sumo Pontífice había establecido la confesión y la comunión, el ayuno el día anterior a la confesión, la visita a siete iglesias o a siete altares y una contribución para terminar las obras de San Pedro proporcional a la fortuna de cada uno. La publicación de la bula pontificia se había confiado al Arzobispo de Maguncia, Alberto de Brandeburgo, para las provincias eclesiásticas de Maguncia y Brandeburgo. Encargó de la predicación de la indulgencia al dominico Juan Tetzel, renombrado orador popular, a quien la historia imparcial ha purificado de las calumnias de sus enemigos. Pero es exacto que muchos predicadores, y el mismo Tetzel por su manera de ofrecer, de halagar y de poner precio a las indulgencias, provocaron en muchos lugares verdaderos escándalos contra los que se levantaron al punto voces eclesiásticas.

Lo peor de todo fue el lamentable comercio consentido por el Papa en favor de Alberto de Brandeburgo. Abrumado por sus deudas con los Fúcar o Fugger, grandes banqueros de Augsburgo, obtuvo de León X que la mitad de las sumas recogidas se emplearían en pagar a sus acreedores. Este «vergonzoso comercio», en expresión del historiador católico alemán Janssen, levantó una gran indignación contra Roma y disminuyó entre los fieles el respeto debido a la verdadera penitencia. Era un nuevo resultado del fisco pontificio. La Santa Sede imponía abrumadores impuestos a las iglesias con ocasión de las elecciones episcopales. En Maguncia el joven Alberto de Brandeburgo prometió que de ser electo se encargaría de pagar esta contribución —el derecho

del palio— y había pedido prestada la suma necesaria a los Fúcar. A los funcionarios de la Curia romana se les ocurrió la aciaga idea de proponer al Papa compensar a los banqueros con el producto de las indulgencias; León X cometió el error de escuchar tales propuestas en vez de rechazarlas, como debía haber hecho.

En 1517 oyó hablar Lutero de las predicaciones de Tetzel, y tomó posiciones con todo el ardor de su apasionada elocuencia contra la doctrina de las indulgencias.

LUTERO

A Lutero, nacido en 1483, hijo de un minero, de estirpe campesina —de Eisleben, Sajonia—, le había destinado su padre a la carrera jurista. Frecuentaba la Universidad de Erfurt desde 1501, cuando en 1505, espantado ante la idea de la muerte, que estuvo a punto de fulminarle durante una tempestad, renunció a los estudios jurídicos y tomó el hábito en el monasterio de los agustinos de Erfurt. Era de esos hombres que en todos los países y en todas las épocas se sienten agitados hasta los entresijos del alma por los problemas religiosos, más fáciles de sentir que definibles. De su infancia dolorosa el fraile impresionable y tembloroso guardó un sombrío pesimismo. ¿Fue alguna vez feliz?

Lutero es, sin discusión, una de las más vigorosas personalidades de la Historia. El papel del personaje histórico es ser una especie de fermento, de levadura que no sólo contribuye por sus hechos a precipitar la evolución, sino que a veces aparece también como si desempeñase un papel decisivo en ciertos momentos. No por eso deja de ser verdad que, sacado de su tiempo, de su medio, de las múltiples contingencias que le permiten representar su papel, el personaje histórico sería poca cosa. Los biógrafos de los *héroes* —como los llama Carlyle— suponen con harta frecuencia demasiadas intenciones en sus actos y excesiva unidad en los hombres. Las causas profundas que les permiten actuar no estriban, por consiguiente, tanto en su personalidad cuanto en la misma evolución histórica. En este sentido es en el que un historiador del luteranismo, Denifle, ha podido escribir: «No fue Lutero quien hizo los tiempos nuevos, sino los tiempos nuevos los que hicieron a Lutero.»

El fraile sajón que encendió el montón de materias combustibles amontonadas desde hacía cuatro siglos, no hizo sino adentrarse por el camino abierto antes de él por Wyclef y Juan Hus. Su teología continúa la teología disidente del siglo XIV. No está influido por el espíritu del Renacimiento. Su doctrina de la justificación por la fe se emparenta con el misticismo. Si, como los humanistas, aunque por motivos diferentes a los suyos, condena el ascetismo, se sitúa en abierta oposición ante ellos sacrificando a la fe el libre albedrío y la razón. El patriotismo alemán, el odio a Roma, la esperanza confusa de una regeneración del Imperio animaron a la masa de los partidarios, procedentes de todas



Éste es el frontispicio de la «Bula contra los errores de Martín Lutero y de sus partidarios», publicada el 3 de enero de 1521 por el Papa León X y que declaraba su excomunión. (Grabado en madera por un grabador alemán del siglo XVI)

las clases sociales, e hicieron del luteranismo una rebelión contra el Papado por lo menos tanto como una insurrección del sentimiento religioso.

Igual que tantos otros, Lutero no halló la tranquilidad de conciencia en la vida ascética. Ordenado sacerdote en 1507, se sintió satisfecho al ser designado por el Superior General de su Orden, Staupitz, al año siguiente, Profesor de filosofía en la Universidad de Wittemberg, inaugurada seis años antes. Doctor en Teología en 1512, ya en 1516 se había enfrentado radicalmente con la Iglesia mediante sus opiniones relativas a la concupiscencia, al pecado original, al libre albedrío, a la gracia y a la justificación.

En sus escritos se adivina asimismo sin dificultad entre líneas la lucha incesante de un hombre de sensualidad indomable, conflicto que desembocó finalmente en la desalentadora comprobación de que no se puede resistir a la concupiscencia. Desde el pecado original el hombre —según él— ya no tiene libre albedrío; es inútil la lucha contra el mal, hay que abandonarse absolutamente a la misericordia de Dios y a la gracia de Cristo. Al poner en duda la libertad y la responsabilidad humanas, desprecia e insulta a la razón en los asuntos religiosos y se entrega, con la heroica confianza del hombre del pueblo, a la voz de su corazón tumultuoso. Cree haber hallado un motivo —o una excusa— en las palabras de San Agustín sobre la oposición del espíritu y de la carne, que deforma y falsea a capricho de su orgullo.

En 1517, en sus sermones de Cuaresma, siguiendo el hilo de su pensamiento, se rebeló contra las indulgencias, y el 31 de octubre clavó en la puerta del castillo de Wittemberg sus ochenta y cinco tesis sobre aquéllas. Fue inútil que Tetzel replicase con ciento seis antítesis; la doctrina luterana se difundió rápidamente por toda Alemania. Lutero, envalentonado con el apoyo de los humanistas, satisfecho a más no poder de asestar un golpe mortal a la tradición cristiana, se atreverá en lo sucesivo a resistir a los dos supremos Poderes de la Cristiandad: el Papa y el Emperador. Su alma ardiente, su temperamento voluntarista y fogoso, aguijoneados por la contradicción, le llevarían a extremismos. El luteranismo se convirtió en el confluente de todos los movimientos religiosos, políticos y sociales que trabajaban el Imperio.

Los primeros rumores de la agitación religiosa surgida en Alemania llegaron a León X a principios del año 1518. La ruptura con Roma situaba al Papa, desde 1517, ante deberes completamente nuevos. «No podríamos afirmar —escribe Pastor— que León X los comprendiese. No se resolvió del todo a reconocer la necesidad de las reformas eclesiásticas, pero en esta coyuntura tan grave, como en tantas otras cosas, siguió siendo el diletante espiritual, y se quedó en la superficie. No se podía lograr detener el movimiento antipapista en Alemania sino con reformas decisivas. El Médicis se negó a verlo. De espíritu frívolo y alegre, siguió entregándose con despreocupación a placeres muy mundanos cuando la terrible tempestad ya había estallado para apartar de la Sede Romana a un tercio de Europa» (1).

(1) Pastor, o. c., t. VIII, pág. 295.

El Sumo Pontífice sólo tomó tardíamente las medidas exigidas por la situación. El 3 de febrero de 1518 dio órdenes a Gabriel della Volta, Vicario general de los agustinos, para que lograse de Lutero por la vía disciplinaria de su Orden que cesara en sus ataques contra las doctrinas tradicionales.

En una memoria del 30 de mayo, Lutero, bajo fórmulas diferentes, se negó a toda retractación. El 5 de agosto del mismo año, el Emperador Maximiliano indicó al Papa el grave peligro de la situación desde el punto de vista político y social, prometiéndole el apoyo de la autoridad imperial si la Santa Sede lo juzgaba conveniente. Lutero no dejó por ello de proseguir su ofensiva, y el 21 de agosto escribía a Spalatino, uno de sus discípulos: «Sólo me queda por afirmar en mi alma y en mi conciencia que todo lo que enseño y atacan sé que lo he recibido de Dios y lo afirmo como tal.» Dos días después, mediante un breve del 23 de agosto, el Sumo Pontífice encargó al Cardenal Cayetano, en misión ante la Dieta imperial de Augsburgo, para que indujese al fraile a retractarse. Sería perdonado si se presentaba al legado pontificio y abjuraba de sus errores. De otro modo Cayetano tendría derecho a lanzar contra él las penas de herejía y de excomunión y demandar el apoyo del brazo secular. La elección de Cayetano, maestro general de los dominicos, teólogo y diplomático renombrado, conocido por su prudencia, era un indicio de que el Papa se dejaba llevar del espíritu más pacífico. El ilustre legado hizo saber a Lutero que le acogería fraternalmente.

Las disposiciones del innovador fueron las que se podían esperar de un hombre que desde ese mismo año afirmaba no querer someterse al Papa ni a la Iglesia sino en el caso de que abrazasen su propia doctrina. El 8 de octubre llegaba a Augsburgo, donde su orgullo se exaltó a la vista de las ovaciones de que fue objeto: «Por toda la ciudad circula mi nombre; todo el mundo quiere ver al Eróstrato de tan gran incendio... Prefiero morir antes que retractarme de lo que he dicho» (1). Las conferencias se celebraron los días 12, 13 y 14 de octubre de 1518. Lutero rehusó retractarse a menos de ser convencido, y abandonó Augsburgo sin despedirse, apelando «del Papa mal informado al Papa mejor informado». El 9 de noviembre, León X había enviado a Cayetano una constitución dogmática sobre las indulgencias, en la que no se hacía alusión a Lutero; el Cardenal legado la mandó imprimir, difundiéndola días más tarde. Pero Lutero se había adelantado por otras partes, y el número de sus secuaces aumentó, especialmente entre los jóvenes. «Mi pluma —escribía— intentará cosas mayores que nunca.»

Su confianza en el futuro provenía del apoyo hallado en Federico, Príncipe elector de Sajonia, quien se opuso a que Cayetano condujese a Lutero a Roma e incluso a arrojarle de sus Estados. León X comprendió que la situación empeoraba. Encargó a un nuevo negociador para que lograse la re-

---

(1) Sabido es que Eróstrato fue un efesio oscuro quien, para inmortalizar su nombre, incendió el templo de Diana en Éfeso, en el año 356 a. de C. Esta comparación en la pluma de Lutero, ¿no revela, acaso, un rasgo de su carácter?

tractación del fraile de Wittemberg. Al no cesar de rechazar Lutero à Cayetano como tomista y dominico, hostil a los agustinos, el Papa escogió esta vez a uno de sus camareros, un humanista sajón, Miltitz. La idea del Papa era buena y demuestra su paciencia y sentido político. Pero la elección del negociador no era afortunada; Miltitz no era en el fondo más que un escéptico frívolo. Haciendo recaer la responsabilidad sobre Cayetano y sobre Tetzel, se obligaba a obtener del Papa una palabra de paz. Es muy probable que Miltitz y Lutero, «creyendo tal vez que se engañaban recíprocamente, se hayan puesto de acuerdo para engañar al Sumo Pontífice y presentarle como acto de sumisión una promesa llena de equívocos» (1). Mucha gente pensaba que, para salir del atolladero, había que organizar un debate público. Fueron las conferencias de Leipzig —junio-julio de 1519—, entre el fraile sajón y el teólogo Juan Eck, Profesor de la Universidad de Ingolstadt. Lutero, obligado por la dialéctica cerrada de su adversario, se marchó antes de terminar los debates.

Mas en esta Alemania trabajada por movimientos políticos y sociales, por esa oposición entre el germanismo y el romanismo —que tanto explotaría el siglo XIX con detrimento de la civilización—, el luteranismo que atizaban los humanistas se había convertido en el confluente de todas las corrientes de rebeldía. Mientras el caballero bandido Franz de Sickingen, perteneciente a esa clase de nobles indigentes que vivían de rapiñas, ofrecía sus servicios al fraile en quebrantamiento de destierro, éste lanzaba su llamamiento *A la nobleza cristiana del país de Alemania,* verdadera declaración de guerra al Papado. Escrito durante el verano de 1520, apareció en octubre. Desde ese momento era un hecho consumado la alianza de todos los partidos revolucionarios de Alemania.

Desde el 15 de junio de 1520 León X, tras largas y maduras deliberaciones, había condenado a Lutero por la bula *Exsurge Domine,* publicada el 21 de septiembre en Alemania por Juan Eck. Condenaba cuarenta y una tesis luteranas relativas al libre albedrío, al pecado original, a los sacramentos en general, a la fe, a la gracia, al pecado, a la contrición, a la confesión, a las buenas obras, a las indulgencias, al purgatorio, a la comunión, al primado pontificio, a la excomunión y a la autoridad de los concilios generales. La bula remataba diciendo que el Papa tenía fundamento desde ese instante para proceder contra Lutero como sospechoso en cuanto a la fe, y hereje por tanto. A pesar de ello, el Papa aún no quería pronunciar la excomunión. Aconsejado por los Cardenales, quería que prevaleciese la gracia sobre la justicia, recordando la misericordia de Dios, «que no desea la muerte del pecador, sino su conversión». En consecuencia Lutero era conjurado por la misericordia de Dios y por la sangre de Cristo para que no perturbase más la paz, la unidad y la verdad de la Iglesia por las que el mismo Salvador rogó insistentemente a su Padre; renunciase a sus errores y se retractase. Se le concedía un plazo

(1) Mourret, *Histoire de l'Église,* t. V, pág. 314.

de sesenta días; si durante dicho tiempo no se retractaba, se le impondría la pena de los herejes notorios y obstinados.

Por los breves del 17 y 18 de julio, confió el Papa la publicación y cumplimiento de la bula al bibliotecario pontificio Jerónimo Aleandro y al Profesor Juan Eck de Ingolstadt. La elección de Eck tampoco fue acertada; se le conocía como adversario encarnizado del innovador de Wittemberg, habiendo tomado considerable parte en la redacción de la bula *Exsurge Domine.* Tuvo mala acogida; los Príncipes estaban mal dispuestos; muchos Obispos contemporizaban, otros cumplieron de mala gana, las Universidades eran hostiles. Erfurt fue teatro de choques sangrientos; a Eck se le amenazó de muerte por los estudiantes de Wittemberg y de Leipzig, y estos últimos rompieron el documento pontificio. Ulrico de Hütten, agitador revolucionario de habilidad consumada, organizaba protesta tras protesta. Lutero, que se sabía protegido por el elector palatino, fingió en un principio, como Erasmo, no creer en la autenticidad de la bula, la señaló como maquinación de Eck y replicó con un libelo. El 4 de noviembre de 1520 escribía a su discípulo y amigo Spalatino: «Nunca, desde el principio del mundo, habló Satanás tan cínicamente como en esta bula. Es imposible salvarse sin combatirla.»

El 10 de diciembre de 1520, por fin, Lutero rodeado de estudiantes, quemaba solemnemente la bula con los libros de Derecho canónico y diversos escritos de sus adversarios en la plaza pública de Wittemberg. «Por haber contristado al Santo del Señor —afirma— así el fuego eterno te atormente y te devore.» El acto del 10 de diciembre de 1520 señala una fecha importante en la historia del protestantismo. Era la rebeldía abierta contra el Papa, Cabeza de la Iglesia, y el cronista bernés contemporáneo, de origen suabio, Valerio Anshelm, acogido a la nueva doctrina, tenía razón al escribir que Lutero, al quemar la bula papal, provocaba el más pavoroso incendio de que haya sido testigo la Historia. El plazo de los sesenta días había expirado el 27 de noviembre; el 3 de enero de 1521 se lanzó la excomunión contra Lutero y sus partidarios por la bula *Decet Romanum Pontificem.* Dos de ellos, los humanistas Spengler y Pirkheimer solicitaron la absolución del Papa; Hütten, por el contrario, impulsaba con todas sus fuerzas a la guerra de religión, conjurando a los «altivos alemanes... ¡a lanzarse a la guerra por la libertad! ¡Dios lo quiere!». Ya se pensaba en vengarse de Roma entregándola al saqueo.

El año 1521 aún sería testigo de otros acontecimientos importantes: la Dieta de Worms, la alianza de León X con el joven Emperador Carlos V y la muerte del Sumo Pontífice.

LA DIETA DE WORMS

El nuevo Jefe del Imperio tenía el deber de proteger la paz pública y la fe. Recibió con muchas consideraciones a Aleandro, enviado por el Papa como legado, se declaró dispuesto a dar su vida en defensa de la Iglesia y mandó

se diese cumplimiento a la bula quemando los libros heréticos. Tras su coronación, en Aquisgrán, convocó una Dieta imperial que se inauguró en Worms el 27 de enero de 1521.

La situación política no era menos inquietante que la situación religiosa. Los españoles estaban descontentos de la elección imperial que los arrastraría —tal era su temor— a guerras en beneficio de Alemania; el erario estaba agotado por los enormes gastos de la elección y Hütten se esforzaba por ganar al joven Soberano para las nuevas ideas. Al mismo tiempo, Federico de Sajonia empleaba todos los medios posibles para decidirle a recibir personalmente a Lutero en Worms y a condenarle sólo después de haberle oído. Carlos V consintió en ello en un principio. Sólo retiró su consentimiento cuando Aleandro le hizo observar que Lutero, condenado por el Papa, no podía ser absuelto en Worms por un tribunal inferior. El legado obtuvo a continuación, para todo el Imperio, un decreto de destierro contra Lutero y sus partidarios.

Mas en Worms la situación cambió en un sentido desfavorable para el Papa. Los Príncipes, más preocupados de política que de religión, impresionados por la creciente agitación antirromana, se sentían inclinados a la circunspección. Aleandro, asustado ante esas disposiciones de los Príncipes y de la opinión pública alemana, escribió al Papa que las nueve décimas partes de la gente eran favorables a Lutero y el resto opuesto a la Curia. Lutero exultaba; Roma no detendrá lo que se le viene encima —decía—; se avecina algo sorprendente. Los consejeros del Emperador le hacían ver que un asunto tan importante había de someterse a los Estados del Imperio.

Un gran discurso de Aleandro, el 13 de febrero, causó una profunda impresión, demostrando hasta qué punto se había apartado Lutero de la fe católica. Los debates, que duraron siete días, fueron de extrema violencia; en torno a la Dieta las bandas armadas de Franz de Sickingen sembraban un verdadero terror. Los Estados se negaron a votar el edicto imperial alegando que relegar a Lutero sería provocar una revolución formidable, si bien pidieron que se admitiese al fraile sajón a explicarse ante la Dieta. El Emperador aceptó y le otorgó un salvoconducto para presentarse.

El viaje de Lutero de Wittemberg a Worms fue triunfal. El 17 y el 18 de abril de 1521 compareció ante la asamblea presidida por Carlos V en persona. Turbado el primer día, el fraile rebelde, confiado en el apoyo de los caballeros bandidos de Sickingen y del pueblo amotinado en su favor, se rehízo el segundo día y se negó a retractarse. «No puedo someter mi fe ni a los Papas ni a los concilios, pues está claro como la luz del día que han caído en el error.» Y llevando las cosas al extremo exclamó: «Mi doctrina me ha sido revelada.» Fracasaron todos los intentos de reconciliación, y los partidarios de Lutero amenazaron abiertamente a la asamblea con una sedición general de los campesinos.

Entonces el Emperador se decidió a intimar a Lutero la orden de partir, protegiéndole con un salvoconducto durante veintiún días. El heresiarca dejó



Juan Calvino (1509-1564) propagó la Reforma por Ginebra y por Francia.
Retrato de la época. Biblioteca Universitaria. Ginebra

Worms el 26 de abril. El 25 de mayo, al expirar el plazo de protección, los Estados de la Dieta votaron un edicto que le desterraba del Imperio con sus adeptos; los Príncipes estaban obligados a apoderarse de su persona si contravenía al edicto. Pero el 4 de mayo, caballeros enmascarados se llevaron a Lutero, por orden de Federico, elector de Sajonia, su protector, y le pusieron en lugar seguro en la fortaleza de Wartburgo, cerca de Eisenach; la revolución religiosa, en adelante, seguiría su curso.

La actitud de Carlos V con la revolución religiosa en sus comienzos se la había inspirado su fe, sincera y profunda, y su manifiesto interés. Su Poder residía, ante todo, en España, a la que Colón diera el Nuevo Mundo y sus riquezas. Un Rey de España no podría transigir con la herejía. Y ¿cómo hubiese podido pensar en indisponerse con el Papado en el momento en que su alianza le era indispensable en Italia contra el Rey de Francia, su rival al Imperio? Lo cual no quería decir que el joven Emperador disimulase los abusos de la Iglesia. Suspiraba ardientemente por un concilio general, y las miras temporales del Papa encontrarían en él un decidido adversario. Si hubiese conocido el informe que Aleandro envió a Roma al día siguiente de la Dieta de Worms, hubiera comprendido mejor lo que el mismo legado deseaba: que la Curia se ocupase menos de poesía, de arte y de fiestas y más de Teología; que opusiese a la marea luterana a escritores dotados de tanta elocuencia persuasiva como sus adversarios.

«Si Alemania hubiera sido un Estado —escribe un gran historiador belga, Henri Pirenne—, los destinos de la Reforma se hubieran visto muy comprometidos bajo el gobierno de un Príncipe así dispuesto... La debilidad de su poder monárquico (el de Alemania) y el carácter retrógrado y particularista de sus instituciones fueron los que salvaron al luteranismo, o por lo menos le garantizaron esa rápida y fácil difusión comparada con las formidables luchas que el calvinismo tuvo que sostener desde su nacimiento (1) en Estados más avanzados y poderosos.»

ALIANZA DEL PAPA Y DEL EMPERADOR

Al mismo tiempo que promulgaba el decreto de destierro contra Lutero, Carlos V firmaba una alianza política con León X. El Pontífice —como se recordará— sólo se había decidido a adherirse a la elección de Carlos porque la necesidad le obligaba; con mayor razón temía la superioridad del Habsburgo. El Emperador y el Rey de Francia se disputaban el favor del Papa, cuya actitud era de una importancia decisiva para la próxima lucha que se ventilaría en Italia.

---

(1) Henri Pirenne, *Histoire de l'Europe des invasions au XVIe siècle*, París y Bruselas, 1936, pág. 442.

La elección del Papa casi no ofrecía dudas. El mantenimiento del equilibrio europeo, garantía de la independencia del Estado Pontificio y de Italia importaba mucho a León X. De esta preocupación resultó muy pronto el proyecto de una gran Liga antiimperial en la que tomarían parte Francia, Venecia, Inglaterra y los suizos. Al no manifestar Inglaterra ninguna disposición favorable a tal política, hubo que prescindir de ella. El Papa buscaba, naturalmente, la ocasión y los medios de ampliar el Estado y la Iglesia. La muerte de Lorenzo de Médicis le dio los ducados de Urbino y el de Pesaro; si León X pudiese también adquirir Ferrara, sería lo bastante fuerte para no depender de sus enemigos.

Pero ni Venecia ni Francia se preocupaban por ayudar al Papa a constituir un Estado lo bastante poderoso para dominar Italia central. Las negociaciones entre el Pontífice, Venecia y Francia terminaron, pues, en un fracaso. La pesada dominación francesa en el Milanesado infundía desconfianza a León X frente al Rey Cristianísimo, mientras los acontecimientos de Alemania le solidarizaban cada vez más con Carlos V. Las negociaciones entre Francia y el Papado carecieron, además, de sinceridad, pues ambas partes trataron alternativamente de engañarse. En cuanto a los suizos, aliados del Rey de Francia, con el que concertaron, excepto Zurich, una capitulación militar, se encontraban en una situación difícil. Francisco I terminó por conceder al Papa el derecho de alistar seis mil mercenarios suizos, que penetraron en Italia con autorización del Rey de Francia en la primavera de 1521.

Tras largas negociaciones, influidas por las graves noticias que llegaban de Alemania, se concertó una alianza el 8 de mayo de 1521 entre el Papa y el Emperador. Mientras los suizos, a tenor de la alianza francesa, se unían en el Milanesado al ejército de Lautrec, el Cardenal Schiner conducía hacia Italia algunos miles de compatriotas para el ejército imperial y pontificio. En esta ocasión fue cuando Zwinglio, alzándose con energía patética contra el servicio mercenario, exclamaba apuntando a Schiner y la Curia: «Tienen razón en llevar sombreros y mantos rojos, pues cuando se los sacuden caen ducados y coronas, pero si se los retuercen, corre la sangre de tu hijo, de tu hermano, de tu padre y de tu amigo.» Los cantones pudieron, afortunadamente, evitar una lucha fratricida. Los suizos de Lautrec abandonaron el campo; a mediados de noviembre el ejército imperial y el pontificio, que contaba con los contingentes de Schiner, recuperaban el Milanesado y en él reponían a un Sforza.

La alegría de León X fue muy grande e indescriptible el regocijo de los romanos; entre los suizos, que consideraban esta victoria como un desquite de Marignano, se convirtió en delirio. El Papa estaba en medio de ellos en Magliana cuando le llegó la nueva de la victoria, el 24 de noviembre. Cogió un resfriado mal cuidado, tan absorto estaba por la recepción grandiosa que se le deparó en Roma al día siguiente. Se sentía tan dichoso, que declaraba al Embajador imperial que se sentía más feliz por la conquista de Milán que por su elevación al Papado. «Esta manifestación del Médicis —escribe Pas-

tor— demuestra con tremenda claridad cuánto había avanzado la secularización de la más alta dignidad de la Cristiandad desde su inicio por Sixto IV» (1). La mañana del 1 de diciembre, primer domingo del Adviento, el mal se agravó; por la noche recibió la extremaunción, pero no pudo comulgar, dada su extrema debilidad. Varias veces besó el crucifijo e invocó el nombre de Jesús; luego perdió el conocimiento; la muerte sobrevino hacia medianoche. Sólo contaba cuarenta y seis años.

Las invectivas cayeron muy pronto sobre el difunto y sobre sus favoritos con tan poco respeto como se celebró su advenimiento. El Papa más fastuoso del Renacimiento tuvo una oración fúnebre insignificante y un sepulcro modesto, sustituido en 1542 por un monumento mediocre, sin inscripciones, indigno de un mecenas de Rafael.

El Pontificado que acababa de terminar había sido la fase más brillante del Renacimiento italiano. León X fue un mecenas refinado, un diletante fastuoso que se complugo exclusivamente con la compañía de artistas, poetas y músicos. La situación de la Cristiandad exigía otras cualidades del Jefe de la Iglesia; el hijo de Lorenzo el Magnífico faltó a la misión que los fieles esperaban de él. Los humanistas, en cambio, le habían reconocido por uno de los suyos. Paulo Giovio termina su biografía con estas palabras: «La alta virtud de León trajo la edad de oro a la raza humana... Ciencia, arte, bienestar en general y clara dulzura de la vida; en una palabra, todos los bienes se enterraron en el sepulcro con León X.» Dulzura de la vida... Todos los bienes... Hay otra cosa en el Evangelio que el Papado tiene por misión enseñar a las naciones. Pero no era cuenta de este Médicis, a quien ni la dirección de la guerra, ni el peligro turco, ni la tempestad luterana pudieron apartar de sus fiestas.

En la primavera de 1517 Juan Francisco Pico della Mirandola, sobrino del omnisciente humanista, había escrito a León X un discurso memorable sobre la decadencia de la Iglesia y los medios de remediarla: «Si tú, Pastor Supremo, que debes hacerlo antes que los otros..., te niegas a curar las enfermedades y llagas, temo que Aquél cuyo Vicario eres... venga a amputar y dispersar los miembros enfermos por la espada y por el fuego» (2). En la hora en que se extinguía León X los acontecimientos habían dado razón al biógrafo y defensor de Savonarola.

---

(1) Pastor, o. c., t. VII, pág. 390.
(2) En Schnürer, o. c., III, 547.

CAPÍTULO XXVII

EL SACO DE ROMA

ELECCIÓN DE ADRIANO VI

A la muerte de León X, la opinión pública se manifestó claramente en Roma en favor del Cardenal Julio de Médicis, Vicecanciller de la Iglesia, sobrino de León X, perteneciente, como Schiner y un grupo importante de Cardenales, al partido imperial. El conclave constaba de treinta y siete a treinta y nueve miembros. El grupo Médicis disponía de más de un tercio de los votos, lo que le permitía excluir a todo candidato no acepto a él, pero tampoco era lo bastante fuerte como para imponer su jefe. Los partidarios de Francia y una fracción de los imperiales, dirigida por Pompeo Colonna, no le querían. Procuró, pues, reunir la mayoría de los votos en favor de uno de sus amigos. La candidatura de Mateo Schiner, que formaba parte de la comisión de tres Cardenales encargada de la administración de la Iglesia durante la vacante de la Sede Pontificia, conoció un momento de favor. Obtuvo un número apreciable de votos, mas fue derrotada por la oposición del partido francés. Las operaciones electorales iniciadas el 27 de diciembre de 1521 sólo se terminaron el 9 de enero de 1522, después de once escrutinios. «Ya veo —dijo entonces el Cardenal de Médicis— que somos incapaces de elegir un Papa. He propuesto tres o cuatro candidatos y han sido rechazados. Por otra parte, por múltiples razones, no puedo aceptar los candidatos presentados por la otra parte. Procuremos uno, pues, que no esté presente, pero que sea Cardenal y buena persona.» Invitado a hacer una propuesta, designó un candidato que sabía grato al Emperador: «Escoged —dijo— al Cardenal de Tortosa, un hombre lleno de méritos, de sesenta y tres años y a quien todos tienen por santo.» El Cardenal Cayetano precipitó la decisión elogiando al candidato; Colonna se unió a él también. Fue inútil que Orsini exclamara: «Cabezas locas, ¿no veis que eso es la ruina de Francia?» El Cardenal de Tortosa fue elegido; tomó el nombre de *Adriano VI* y reinó menos de dos años.

La elección causó sorpresa a todos y estupor a los italianos; únicamente los imperiales y alemanes no cabían en sí de gozo. Realmente, era increíble que treinta y nueve Cardenales, casi todos italianos, ¡hubieran elegido a un extranjero! «Consideran una ignominia —escribía un notario romano— dar la Tiara a un extraño a la Curia y que hayan ido a buscarle a la bárbara España.» Mas los que estaban empeñados en el bien de la Iglesia no cabían en sí de gozo. «Sólo tu vida inmaculada —escribía el gran humanista español Juan Luis Vives— es la que te ha elevado a la más alta dignidad en la Tierra.»

El nuevo Papa, de una profunda ciencia y de alta dignidad moral, había nacido en 1459 en Utrecht. Como los holandeses de su tiempo cuando no pertenecían a la nobleza, no tenía apellido y se llamaba sencillamente Adriano Florisze (o Florensz, o también Floriszoon), es decir, «hijo de Florent». Antiguo alumno de los Frailes de la Vida Común en Zwollen y Deventer, en su patria hizo los estudios superiores en la Universidad de Lovaina, célebre por su Facultad de Teología, de la que fue luego Profesor, después Rector. A sus antiguos maestros debió su concepción seria de la vida, su alta idea del sacerdocio, su profundo respeto por las cosas santas y el amor al estudio de la Biblia y de los Santos Padres. El Emperador Maximiliano le hizo preceptor de su hijo, el futuro Carlos V, a quien inculcó los profundos sentimientos religiosos de los que nunca se desvió. Obispo de Utrecht, Cardenal de Tortosa, Adriano fue (1516-1517) el colaborador del Cardenal Cisneros, gran estadista español, hasta el advenimiento del Rey Carlos. En 1520, éste, ya Emperador, nombró al Cardenal de Tortosa su lugarteniente en España antes de partir para los Países Bajos y Alemania.

Al llegar el Papa de España a Roma, la Curia y el pueblo se percataron en seguida de que su manera de vivir y de concebir los deberes de su ministerio diferían por completo de la de sus predecesores. Era piadoso, sencillo y modesto, y casi no mostraba interés por la brillante civilización del Renacimiento. Cuando los romanos supieron que sólo veía en las obras maestras del arte antiguo vestigios del paganismo, le tuvieron por un bárbaro. Sus austeras costumbres, su espíritu de economía, la supresión de muchos cargos inútiles, su negativa a conceder beneficios a personas que no los necesitaban, el mero hecho de no ser italiano le granjearon la animosidad de una multitud de gente. Se escribieron y propalaron burlas más o menos espirituales sobre este flamenco, este alemán, este *bárbaro,* ridiculizado por su seriedad, que se tildaba de torpeza. Se desencadenó un verdadero odio cuando quiso proceder a la reforma de la Curia; no se le quiso reconocer ninguna cualidad, ni siquiera el desprecio a la muerte de que dio pruebas durante la peste de 1522 que desoló Roma, llevándose entre tantas víctimas al Cardenal Schiner.

En un discurso de tono grave pronunciado con ocasión de su primer consistorio en el mes de septiembre de 1522, declaró que sobre todo en dos cosas tenía empeño: la unión de los Príncipes cristianos para combatir a los turcos —cada vez más amenazadores— y la reforma de la Curia Romana. El mal —dijo— había llegado a tal extremo que, en expresión de San Bernardo, los

pecadores ni siquiera percibían ya el mal olor de su vida. El Embajador veneciano, Sanuto, refiere que el Papa empleó expresiones tan fuertes que sus oyentes quedaron aterrados. El cuadro y los reproches que expuso eran los que Savonarola había trazado un cuarto de siglo antes.

LA DIETA DE NUREMBERG

La misma voluntad de reforma le hizo decidir el envío del Nuncio Chieregati a la Dieta de Nuremberg convocada el 1 de septiembre de 1522. Sin dejar de exigir contra Lutero que se cumpliese su destierro del Imperio, el Nuncio reconoció públicamente que Dios había impuesto persecuciones a la Iglesia a causa de los pecados de sus sacerdotes y de sus prelados. «Sabemos —dijo— que incluso en la Santa Sede han ocurrido desde hace muchos años cosas innobles: abusos en materia religiosa, transgresiones de las leyes, y eso ha ido de mal en peor. No hay que extrañarse, pues, que la enfermedad se haya contagiado de la cabeza a los miembros, de los Papas a los prelados. Todos nosotros, prelados y sacerdotes, nos hemos apartado del camino de la ley» (1). El Nuncio prometió en nombre del Papa que la reforma comenzaría por la Curia Romana, fuente de esos males, que no se podrían curar de una vez. Tal franqueza era la prueba del valor y de la resolución del Papa.

Nadie quedó contento en Alemania. Lutero y su mejor auxiliar, Melanchton, así como sus amigos, colmaron al Sumo Pontífice de burlas y de groseras injurias, de las que el reformador tenía un repertorio inagotable. Erasmo, a quien Adriano VI se había dirigido como a su antiguo maestro, pidiéndole defendiese la causa de la Iglesia, prefirió, como siempre, el papel de espectador, y se hizo sordo al llamamiento del Jefe de la Iglesia.

Por consiguiente, la Dieta de Nuremberg tuvo escasas consecuencias. Si bien la mayoría de los Príncipes se oponían a Lutero, sus esfuerzos resultaron impotentes por culpa de sus consejeros, defensores de la causa de los rebeldes. Fue inútil que la Dieta decretase que los luteranos debían guardar silencio hasta la convocación de un concilio general, que el Evangelio se predicaría conforme a la interpretación de la Iglesia, que los frailes y eclesiásticos casados perderían sus libertades, privilegios y beneficios, que la autoridad civil protegería a la autoridad espiritual; no se observó ninguna de estas ordenanzas. El mismo Emperador no se atuvo estrictamente a las decisiones de la asamblea. El único resultado fue negativo: haber hecho fracasar el cumplimiento de las decisiones de Worms, llamando la atención sobre las célebres «acusaciones de la nación germánica».

La revolución religiosa seguía, pues, extendiendo su influencia, y Lutero, cuyo apogeo señaló el año 1522, abandonó Wartburg para dirigirse a Wittemberg. Todas las fuerzas revolucionarias religiosas, políticas y sociales le acla-

---

(1) Citado por Schnürer, III, 552.

maban como a su jefe. Pero pronto, superado y comprometido por sus propios discípulos, no tardaría en predicar la represión más implacable contra los anabaptistas y los campesinos; el aplastamiento de ambos dio por resultado, en definitiva, reforzar el Poder de los Príncipes. La fundación del ducado de Prusia, por Alberto de Brandeburgo, gran maestre apóstata de la Orden Teutónica (1525), fue el acontecimiento más preñado de consecuencias de este desquiciamiento radical de la vieja Alemania.

Los progresos de la nueva fe no eran menores en Suiza, donde Zwinglio, en Zurich, no había cesado de conquistar terreno desde 1519. El primer año que siguió a la elección de Adriano VI fue decisivo, aunque el Papa se esforzase por ganarse al reformador de Zurich. La posición de la Santa Sede frente a los cantones suizos era doblemente difícil a causa de la situación política general y de la actividad religiosa de Zwinglio. León X, que había tenido a los suizos como aliados, les adeudaba la enorme suma de 36.000 ducados por sueldos atrasados. Adriano VI tuvo muchas dificultades para reunir la parte correspondiente a los de Zurich. Les envió dinero en el mes de enero de 1523 y en abril envió como Nuncio a Suiza a Ennio Filonardi para atraer los cantones a la neutralidad y, en el caso de una invasión francesa de Italia, a una alianza. Filonardi era portador de una carta del Papa a Zwinglio, a quien se prometía recompensas si ayudaba al Nuncio. Pero Zwinglio, adversario decidido del servicio extranjero, era hostil a toda política de alianzas, y en ese mismo momento había consumado su ruptura con la Iglesia y ganado para su causa al Gobierno de Zurich. El 29 de enero de 1523, en efecto, el Concejo de la ciudad se había adherido a las sesenta y siete tesis zwinglianas, más radicales que el luteranismo, fundadoras de la nueva Iglesia. La situación se complicaba por el hecho de que el comandante de la guardia suiza pontificia, Gaspar Roeist, era hijo del burgomaestre de Zurich, Marcos Roeist. Éste murió al año siguiente, en 1524, y fue sustituido por otro de sus hijos, Diethelm, quien pronto se convirtió en el instrumento dócil de Zwinglio. Pero no parece que ni el comandante de la guardia, ni siquiera el Nuncio hayan comprendido exactamente la trascendencia de los acontecimientos ocurridos en Zurich. Tampoco faltaban cabezas en ese momento que se imaginasen poder evitar, a costa de alguna hábil fórmula, la escisión de la Cristiandad. Sus ojos tuvieron que abrirse en 1524 y en 1525, cuando fueron abolidos de Zurich los últimos vestigios del catolicismo.

ESFUERZOS DE ADRIANO VI POR LA PAZ

Con todo, el Papa no desperdiciaba ocasión para terminar con la guerra que enfrentaba a Francia con el Imperio y unir a las potencias cristianas contra el Islam. Éste fue, junto con la Reforma y el restablecimiento de la unidad en la Iglesia, el gran designio de su breve Pontificado. Desde los primeros

momentos Adriano VI se mostró decidido a no tomar partido por uno ni por otro beligerante, sino a que hicieran las paces, con el fin de dirigir las fuerzas cristianas contra los turcos.

Tras la toma de Belgrado (1521), el sultán Solimán se disponía a quitar Rodas a los caballeros de San Juan; lo consiguió tras duros combates, en el mes de diciembre de 1522. El mismo año —27 de abril— los franceses eran derrotados en La Bicoca, y se estrechó la alianza entre Carlos V y el Rey de Inglaterra, Enrique VIII. Si el Papa obtuvo algún éxito en la pacificación de los Estados de la Iglesia, sus esfuerzos en pro de una paz general fueron contrarrestados por la acción del Embajador imperial, Manuel, español imperioso y sin escrúpulos, que trataba de someter al Sumo Pontífice a su amo. El Cardenal Soderini se esforzaba, por el contrario, en atraer a Adriano a la causa francesa. Mas sus intrigas tuvieron un resultado contrario cuando se descubrió que preparaba un cisma con ayuda de Francisco I. Soderini fue detenido y el Papa se inclinó hacia un entendimiento con Carlos V; una carta de amenazas de Francisco I terminó por decidir al Jefe de la Iglesia a buscar un arreglo con el Emperador.

El 3 de agosto de 1523, una Liga unía al Papa, al Emperador, al Rey de Inglaterra, al Archiduque Fernando de Austria —hermano de Carlos V—, al Duque de Milán, a Florencia, Génova, Siena y Luca contra el Rey de Francia para impedirle invadir Lombardía. El 5 de agosto, en la fiesta de la Virgen de las Nieves, se promulgó solemnemente el nacimiento de la Liga en la basílica de Santa María la Mayor. El cansancio de la jornada bajo el ardiente sol del verano romano abatió al Papa, cuya salud ya era vacilante. Todavía celebró un consistorio a principios de septiembre; luego tuvo que acostarse abatido por la fiebre y la pena causada por la toma de Rodas y por el fracaso de sus tentativas en auxiliar a Hungría amenazada por los turcos. Después de haber recibido los últimos sacramentos con la mayor piedad, se extinguió el 14 de septiembre de 1523.

Desaparecía el último Papa no italiano. No había deseado el supremo honor al que la Providencia, en una hora trágica para la Iglesia, llamara y no le deslumbró el brillo de la Tiara. Por doquier no había más que amenazas de desastres, males inveterados o loca presunción; al Norte la herejía, al Este el peligro turco, la Cristiandad dividida por la guerra y la Curia aferrada a un nacionalismo altanero y despreocupada por la reforma. No le desanimó la abrumadora tarea y se entregó prontamente con todas sus fuerzas a todos sus deberes.

Fracasaron sus esfuerzos, y su breve Pontificado no le permitió reanudarlos. Los romanos se ensañaron con su cadáver; epigramas injuriosos, calumnias y mentiras, nada se olvidó para ridiculizar o mancillar al *bárbaro.* La Historia ha hecho justicia a su memoria, y un autor protestante es quien le ha descrito como «una de las más nobles figuras que se sentaron en el Trono de San Pedro; un hombre de la más pura voluntad, consagrado únicamente a



León X (1513-1521) corona el 21 de junio de 1519 en Aquisgrán al Emperador Carlos V de Alemania (1519-1558). Pintura de G. de Crayer, siglos XVI-XVII. Ayuntamiento de Gante. Sala del Trono



Juicio contra herejes de la Inquisición española. Pintura anónima del siglo XV.
Museo del Prado. Madrid



Juan Fisher (1463-1535), Obispo de Rochester, proclamado beato en 1935, condenado a muerte por Enrique VIII de Inglaterra (1491-1547) cuando se opuso al divorcio de su esposa Catalina (1531). Dibujo de Juan Holbein el Joven. Palacio de Windsor. Inglaterra



Paulo III (1534-1549) aprobando en 1540 la regla de los jesuitas. Pintura de Rubens, siglos XVI y XVII. Pommersfelden. Baviera

la prosperidad de la Iglesia» (1). Sus esfuerzos, pese a las apariencias, no habían sido inútiles. Había señalado el camino a seguir, movido los corazones, despertado las conciencias y dado la mejor lección: el ejemplo. Pero en Roma los espíritus aún estaban seducidos por el Renacimiento; sólo una terrible calamidad acabaría con el entusiasmo.

EL PONTIFICADO DE CLEMENTE VII: 1523-1534

Cuando los romanos aclamaron el 18 de noviembre de 1523 al nuevo Papa, que tomó el nombre de *Clemente VII*, no podían suponer que estaba tan cercana la catástrofe. El Cardenal Julio de Médicis, elegido por un conclave que duraba desde el 1 de octubre, era primo de León X. Sus preferencias eran para el Emperador. Sin embargo, no por ello dejó de ser elegido gracias al partido francés, tras haber prometido que mantendría la neutralidad entre Francisco I y Carlos V.

Era un hombre muy apuesto, de cuarenta y cinco años, amante de las letras y de las artes, pero sin la variada y poderosa inteligencia de León X. Aunque menos ligero, menos ávido de placeres, no por ello dejaba de ser un verdadero Médicis, un estadista del Renacimiento. Un diplomático imperial contaba a su amo: «Este Papa es el hombre más misterioso y más enigmático a quien yo haya hablado nunca.» Laborioso, justo, piadoso y caritativo, tenía el grave defecto de contemporizar exageradamente. Guicciordini pintó a Clemente VII como a una de esas naturalezas poco afortunadas en las que la reflexión no clarifica el pensamiento ni fortalece la voluntad, sino que hace brotar incesantemente nuevas dudas y nuevas reflexiones. Como, por añadidura, era tímido y pusilánime, pero astuto y misterioso, sus contemporáneos se llevaron a primera vista la mayor desilusión. Le vieron trabajar como secretario de León X; habían conocido su capacidad de trabajo, e incluso se le atribuyeron los mejores éxitos del Papa. Ahora que había subido las gradas del trono, defraudaba las esperanzas del partido imperial, que supusieron su entrega en cuerpo y bienes a Carlos V.

Clemente VII estaba obligado, en efecto, a trabajar ante todo por el restablecimiento de la paz europea, necesaria frente al peligro turco y a la revolución luterana, así como a garantizar la libertad de Italia y de la Santa Sede permaneciendo neutral entre Francia y el Imperio. Nadando entre ambos beligerantes, alardeaba de no someter su política ni a uno ni a otro. Por consiguiente, se opuso a convertir en Liga ofensiva la defensiva concertada por su predecesor, al mismo tiempo que esperaba separar a los suizos de Francisco I, a quien el Papa no quería reconocer como señor del Milanesado. Esta habilidad excesiva despertó la desconfianza de todos.

---

(1) Benrath, citado por Pastor, t. IX, pág. 174.

Un año después de su elección, en el mes de octubre de 1524, la entrada de los franceses en Milán decidió a Clemente VII a un acercamiento al Valois; se concertó una alianza en el mes de diciembre. Le indispuso con Carlos en el momento en que la guerra social estallaba en Alemania. El Emperador estaba tan furioso, que ya amenazó al Jefe de la Iglesia con palabras muy violentas: «Iré a vengarme a Italia... Hoy o mañana tal vez Martín Lutero me sea un hombre valioso.» El mismo año de 1524 el Papa sufría un fracaso en la Dieta de Nuremberg, donde el Nuncio Campegio intentó en vano urgir el cumplimiento del edicto de Worms y sugerir los medios de reformar al clero alemán.

Sin embargo, se habían reanudado las hostilidades entre imperiales y franceses. El 24 de febrero de 1525, Francisco I, vencido en *Pavía*, entregaba su espada a Lannoy, virrey de Nápoles, quien le llevaba prisionero a Madrid. Clemente VII permaneció «como muerto» ante las noticias del desastre que caía sobre el Rey Cristianísimo; en Roma los Colonnas empuñaron pronto las armas contra los Orsinis, amigos de Francia. El vencedor obligó al Papa a pagarle la enorme suma de 25.000 ducados para impedir a los imperiales entrar en la Ciudad Eterna, y concertar una alianza. Carlos V dominaba el juego; por otra parte los turcos amenazaban cada vez más, y la revolución social ensangrentaba Alemania. Clemente VII comprendió que debía tratar. El 1 de abril se concertaba una alianza ofensiva y defensiva entre el Papa y el Emperador, en cuya virtud se comprometían ambos a apoyar a Francisco Sforza como Duque de Milán y el Emperador a proteger los Estados de la Iglesia.

Seis semanas después los Príncipes aplastaban a los campesinos alemanes en Frankenhausen. Lutero tomó de nuevo la pluma para escribir su libelo «contra las bandas de campesinos saqueadores y asesinos», en el que exigía una represión implacable. Fue escuchado sobradamente, y el Poder de los Príncipes en la Iglesia como en el Estado no conoció límites; la creación del ducado de Prusia el mismo año fue la mejor prueba de ello.

Mas al cabo de unos meses las inverosímiles pretensiones de Carlos V en Italia, la captura de Milán, entre otras cosas, y sobre todo el tratado de Madrid del 14 de enero de 1526, impuesto por el Emperador a su real prisionero, empujaron de nuevo al Papa al campo francés. El tratado de Madrid —la más grave falta, probablemente, que pudo cometer el Emperador— imponía al vencido cesiones territoriales tan exorbitantes que era de presumir que Francisco I, recuperada la libertad, no las cumpliría nunca; Francia no podía consentir en ser una potencia de segundo orden.

Se había roto el equilibrio europeo; por eso la formación de una coalición antiimperialista ya no era sino una cuestión de tiempo. El 22 de mayo de 1526 la Santa Liga de Cognac unió a Clemente VII, a Francisco I, al Duque de Milán Francisco Sforza y a Venecia. Los italianos, oprimidos por la ocupación española, creyeron llegada la hora de la liberación. En cambio los españoles se encolerizaron al conocer la actitud del Papa; en Roma los Colonnas explo-

taron en seguida el descontento del pueblo contra los impuestos recogidos para la guerra.

Las operaciones militares de los aliados comenzaron durante el verano; se asistía a un verdadero cambio de la situación: el Papa, el Rey de Francia, Venecia y los suizos aliados de Francia laborarían de consuno para restablecer a un Sforza en Milán. La lentitud de los aliados, la adversidad de opiniones entre los jefes beneficiaron a los imperiales y pronto llegaron malas noticias al Vaticano. A las de Italia se añadieron las del aplastamiento de los húngaros por los turcos en Mohacz —29 de agosto— y de la toma de Budapest días más tarde. Francisco I buscó desde ese momento la alianza del Sultán para hacer fracasar al Emperador en el Este europeo. Tres años después dio sus frutos: Viena fue sitiada por los turcos y el peligro obligó a Carlos V a firmar con Francia la paz de Cambrai en 1529, que sin restablecer por completo la situación de Francia, al menos obligó al Emperador a renunciar a Borgoña.

El espanto causado en el Vaticano por estas noticias no se había disipado aún cuando Clemente VII supo la marcha sobre Roma de los Colonnas, auxiliares de sus enemigos. El 20 de septiembre de 1526 entraron en ella con varios miles de hombres a los gritos de: «¡Imperio, Colonna, libertad!» El Papa esperaba tan poco esta traición, que había licenciado por motivos de economía a toda la guarnición de su capital, excepto quinientos hombres. Fueron profanadas y saqueadas las iglesias y un rico botín cayó en manos de los veteranos; fue como un primer ensayo del Saco de Roma. El Papa había escapado en último momento de las manos de sus enemigos huyendo por un subterráneo al castillo de Santángelo. Se publicó un monitorio el 26 de septiembre contra todos los que habían participado en esta expedición sacrílega; se mejoraron las fortificaciones, y las fuerzas de la guarnición, obtenidas de las tropas que operaban en Lombardía, se aumentaron en 7.000 hombres. Mientras las tropas pontificias lograban éxitos contra los Colonnas en la campiña romana, los aliados permanecían inactivos en Italia septentrional. Se regocijaron en la Curia de la victoria contra los Colonnas en el instante mismo en que el Emperador se disponía a asestar un golpe decisivo.

SACO DE ROMA: 6 DE MAYO DE 1527

Clemente VII se revelaba decididamente tan mediocre hombre de guerra como se había mostrado débil político. En tanto el ejército imperial era mandado por el Condestable de Borbón, traidor a su Rey Francisco I, el de la Liga estaba a las órdenes del Duque de Urbino, General de las tropas venecianas. El único jefe en quien los soldados confiaban era Juan de las Bandas Negras, un Médicis, primo de León X, veterano sin piedad, pero de valor a toda prueba, a quien se había confiado, junto con el Condotiero Guido Rangone, el mando de las tropas pontificias. Pero el Duque de Urbino retrasaba mucho la guerra, tal vez por orden secreta de Venecia, y Rangone detestaba

a Juan de Médicis, quien murió a fines del año 1526 a consecuencia de una herida. Los testigos más perspicaces de esta larga campaña, entrecortada por una lentitud calculada o fortuita y por acciones locales, son Maquiavelo, a quien Florencia envió como observador al campo de la Liga, y el historiador Guicciardini, nombrado por el Papa Lugarteniente General en los Estados y en el ejército. El autor de *El príncipe* nota, con razón, que si el dinero faltaba en ambos campos, «no hay opinión tan errónea como creer que el dinero es el nervio de la guerra» (1).

No habían podido mantener el Milanesado, otras ciudades habían sucumbido, Roma ya conoció los horrores del pillaje, mientras Clemente VII aún se ilusionaba con la esperanza de desembarazarse de los imperiales comprándolos. Pero Maquiavelo y cuantos razonaban se daban cuenta de que el Papa no sabía qué hacer y que se precipitaba hacia su ruina.

A Carlos V le llegó entonces una inestimable ayuda. Jorge de Frundsberg, gran jefe de los lansquenetes, habiendo hipotecado sus castillos del Tirol y sus bienes, trajo al Emperador un excelente ejército de más de diez mil hombres reclutados entre los jóvenes luteranos. Estos alemanes no se alistaban únicamente con la idea de enriquecerse en Italia, sino que se sentían movidos por la esperanza de arrasar el país católico por excelencia. Ya los animaba el odio místico y político a la vez, que alimentaría durante dos siglos las guerras de religión, asolando extensas regiones de Europa. «Sería conveniente —declaraba Frundsberg— que el Papa, autor de la guerra, el mayor enemigo del Emperador, fuese castigado y ahorcado, y que lo hiciese yo con mis propias manos.» A fines de 1526 vino a caer en el territorio de Brescia y pronto amenazó a los pontificios que cubrían Parma y Plasencia; el Duque de Ferrara se pasó al Emperador.

La situación del Papa se hizo tan precaria, que en las deliberaciones de los Cardenales se propusieron tres caminos: defensa, huida o armisticio. El primero se consideró imposible; el segundo, ignominioso; se siguió el tercero. El General de los Frailes Menores, Quiñones, fue enviado como Embajador a Lannoy, Virrey de Nápoles, que se mostró duro en las negociaciones. Efectivamente, Carlos V estaba decidido de ahora en adelante a expulsar a Clemente VII de Roma con ayuda de los Colonnas, si no cedía, y agitar los Estados de la Iglesia. Los imperiales estaban decididos a ir hasta el final de sus exigencias; los Colonnas los secundarían lo mejor que pudiesen, esperando la hora propicia de vengarse del Papa Médicis.

En el mes de febrero de 1527 el ejército del Condestable de Borbón se puso en contacto con el de Frundsberg; más de veinte mil hombres se pusieron en movimiento hacia Roma. En el mismo momento el Capitán de la Guardia Suiza Pontificia, Gaspar Roeist, que había recibido de Zurich, donde reinaba Zwinglio, la orden de regresar con sus compatriotas, estimó

---

(1) Sobre estos acontecimientos véase Pastor, o. c., t. IX; Gautier Vignal, *Machiavel* (ya citado), y Castella, *La Garde fidèle du Saint-Père.*

opuesto al honor dejar en esta hora trágica al Sumo Pontífice; por consiguiente, la Guardia permaneció en su puesto.

En Roma se sucedieron durante los dos meses siguientes, uno tras otro, el temor y la esperanza; los preparativos bélicos sucedían a las negociaciones de paz. Se concertó un armisticio el 15 de marzo; se licenciaron muchos miles de hombres y el país pagó sesenta mil ducados a los imperiales para rescate de rehenes. Luego, como los soldados de Borbón no percibían su soldada desde hacía meses, Lannoy prometió a su jefe, en nombre del Papa, que les entregaría ciento cincuenta mil ducados. Frundsberg, que había intentado en vano aplacar a sus lansquenetes, se desplomó de pronto, mientras los arengaba, fulminado por la apoplejía. Más de un contemporáneo vio en ello la mano de Dios que castigaba al vejador del Vicario de Cristo.

Ante la noticia de estas convenciones, Clemente VII se creyó salvado y licenció el resto de sus tropas, excepto la Guardia Suiza. Sin embargo, descartó nuevas peticiones de dinero de Borbón, que reclamaba ahora trescientos mil ducados, suma imposible de reunir en el acto; el Condestable, que ambicionaba el gobierno general de Italia, había prometido a sus hombres «que los haría ricos a todos». Este ejército famélico ya no obedecía a sus jefes y sólo esperaba la hora del pillaje.

Sonaría. El 25 de abril, al acercarse el enemigo a Roma, el Papa se eximía definitivamente de las obligaciones del armisticio; pidió ayuda a sus aliados y alistó precipitadamente tropas, de las que buena parte eran de dudosa especie. La vanguardia imperial se hallaba el 4 de mayo en Monte Mario; el Papa quiso evadirse; se le garantizó de forma insensata la victoria. No obstante, la Ciudad Eterna vivía jornadas apocalípticas. La peste y el hambre diezmaban a sus habitantes; el 20 de abril, víspera de Pascua, un predicador fanático, Brandano, que profetizaba desde hacía dos años la ruina de la ciudad, vociferaba ante el castillo de Santángelo: «¡Roma, haz penitencia! ¡Harán contigo como con Sodoma y Gomorra!» A las puertas de la capital, veinte mil hombres —alemanes, españoles, italianos, infantes y jinetes— amenazaban la orilla derecha del Tíber donde se hallaban la ciudad leonina, el Vaticano, el castillo de Santángelo y el suburbio del Trastévere. El 5 de mayo, en el cuartel general del Condestable, el Consejo de guerra decidió dar el asalto al día siguiente; los mercenarios, barruntando la pitanza, lanzaron gritos de alegría.

El 6 de mayo, muy de mañana, se desencadenó el ataque por tres lados a la vez. Dos asaltos fracasaron; el tercero, dirigido por Borbón en persona, forzó un paso mal fortificado, pero el Condestable murió. Se entabló un encarnizado combate por doquier, y al cabo de doce horas el valor tuvo que ceder ante el número. La Guardia Suiza resistió hasta el último hombre; *cadunt gloriose Helvetii* (caen gloriosamente los suizos) —escribe un testigo, el concienzudo Juan Cave de Orleáns, modesto escribano de la cancillería apostólica—. De los ciento ochenta y nueve hombres de la Guardia, la mayoría cayó ante San Pedro o fue muerta en las mismas gradas del altar mayor:

ad gradus altaris et in ipsis penetralibus sacrae aedis. Sólo cuarenta y dos salvaron la vida. Fueron los que en el último momento, al mando del Comandante Hércules Goeldli, de Zurich, acompañaron al Padre Santo desde el Vaticano al castillo de Santángelo. El Comandante Gaspar Roeist, herido, había sido trasladado a su aposento en el cuartel de la Guardia; allí fue descubierto y muerto por españoles. Los suizos habían salvado el honor muriendo por su juramento. Dos siglos y medio más tarde otros suizos darían el mismo ejemplo: 6 de mayo de 1527-10 de agosto de 1792, díptico de púrpura (1).

Vencida la resistencia, españoles y lansquenetes se esparcieron por la Ciudad Eterna como un torrente devastador, y durante ocho días no se escatimó ningún tormento ni ninguna ignominia: *nullum pene genus tormentorum remansit inexpertum* —continúa el mismo testigo francés—. ¿Cuántos muertos hubo? ¿Doce mil, quizá? ¿El botín, veinte millones de ducados, si nos atenemos a la estimación del mismo Papa? «Todos éramos ricos», escribe el lansquenete Schertlin de Burtenbach. El pobre latín del escriba adquiere un aire de grandeza trágica; uno piensa en el *Dies irae.* Era el fin de un mundo: *solvet saeclum in favilla.*

Un mes después, el castillo de Santángelo tuvo que rendirse y el infortunado Clemente VII se vio obligado a aceptar todas las condiciones del vencedor: entregar el castillo de Santángelo, las ciudades de Ostia, Cività Vecchia, Cività Castellana, Plasencia, Parma y Módena; pagar cuatrocientos mil ducados y entregar rehenes; al mismo Papa se le trató como prisionero y su infortunio parecía excesivo a los mismos ojos de algunos de los que le habían precipitado en él.

En Roma la orgía de los vencedores se prolongaba y los destruía a ellos mismos; lansquenetes, españoles e italianos se robaban entre sí; la peste y el hambre diezmaban a todos. «Se bebe fuerte, se hacen locuras y se acaba muriendo», observaba el alemán Schwegler, y el español Villa: «Tenemos derecho a creer que todo esto no ha sucedido por casualidad, sino por un castigo de Dios.» En el castillo de Santángelo, Benvenuto Cellini, el orfebre genial, fundía las Tiaras pontificias —con excepción de la Tiara de Julio II, una maravilla— para pagar la indemnización de guerra. Estos recursos sólo proporcionaron una exigua parte de los 400.000 ducados; Clemente VII tuvo que pedir préstamos en condiciones exorbitantes a banqueros genoveses y catalanes, hipotecar la ciudad de Benevento, parte de las rentas eclesiásticas del reino de Nápoles y cantidad de objetos preciosos.

Sin embargo, la situación política evolucionaba en detrimento de Carlos V. El Rey de Inglaterra, Enrique VIII, se había acercado a Francisco I y ambos Soberanos buscaban el medio de librar al Papa. Las miras de Enrique VIII, por lo demás, no eran desinteresadas. Temía que la cautividad del

(1) Se ha erigido un monumento en 1927 a los héroes del 6 de mayo de 1527 en el patio de honor de los suizos en el Vaticano.

Pontífice fuese una rémora para la disolución de su matrimonio con Catalina de Aragón, tía del Emperador. El Cardenal Wolsey, Embajador de Enrique, tenía también miras personales: al servir a su Rey pensaba en la Tiara.

En cuanto al Emperador, estaba muy contrariado por los excesos de sus tropas y protestó ante los Príncipes cristianos contra esas crueldades de las que se le hacía responsable. Entre sus íntimos incluso se manifestaba la oposición contra una política que le había convertido en el carcelero del Papa. Otros, en cambio, le urgían para que emprendiese la reforma de la Iglesia sin preocuparse por la Santa Sede, a fin de mantener a ésta en un estado tan débil que el Emperador pudiese disponer de ella a su antojo. Estas diversas influencias le impidieron decidirse durante mucho tiempo. Fue en el mes de noviembre de 1527 cuando se decidió, a instancias del Rey de Inglaterra, y por temor a ver a los ejércitos franceses libertar al Papa, a devolver la libertad al Sumo Pontífice. A principios de diciembre Clemente VII se refugió en Orvieto y permaneció allí hasta que las tropas imperiales evacuaron Roma tras el pago de la indemnización de guerra. La noche del 6 de octubre de 1528, finalmente, bajo la lluvia, regresaba sin pompa a la capital devastada de la Cristiandad. «Sólo nos queda la esperanza —escribía al Emperador— de poder curar las numerosas heridas de Italia y de la Cristiandad por los medios que nos ofreces, y de levantar poco a poco esta ciudad, con nuestra presencia y la de la Curia, pues, amadísimo hijo, sólo tenemos ante la vista un cadáver destrozado y nada puede calmar nuestro dolor, nada puede levantar a esta desgraciada ciudad y a la Iglesia sino la esperanza de la paz, de la tranquilidad, que depende únicamente de ti.»

Frente al Papa despojado, enfermo y humillado, con tristes preocupaciones, además, por el asunto todavía pendiente del divorcio de Enrique VIII, el Emperador era el dueño de la situación. Por su parte, procuraba ganarse al Papa dándole la esperanza del apoyo imperial para restaurar a los Médicis en Florencia. Por último se firmó la paz el 29 de junio de 1529 en Barcelona entre plenipotenciarios imperiales y pontificios; las altas partes contratantes concertaron al mismo tiempo una alianza contra turcos e infieles. En suma, las condiciones favorables que Carlos había otorgado a Clemente VII demostraban que la situación del Papado, pese a sus derrotas, era todavía muy favorable en el Mundo. Los intereses del Emperador en toda Europa, el peligro turco, su esquilmada Hacienda, la incertidumbre sobre el resultado de la guerra en Italia, la esperanza de que la reconciliación con el Papa asestaría un golpe mortal a la Liga explican la magnanimidad del vencedor. Semanas más tarde, el 5 de agosto, se firmaba la paz en Cambrai entre Carlos V y Francisco I; era muy desfavorable para Francia, pues sólo se salvaba su integridad territorial, ya que Carlos renunciaba a Borgoña. En el mes de noviembre el Papa y el Emperador se entrevistaban solemnemente en Bolonia, sellaban su reconciliación, y en dicha ciudad, el 24 de febrero de 1530, Clemente VII coronaba a Carlos V.

EL EMPERADOR Y LA PAZ RELIGIOSA

Los acontecimientos que llenaron los seis primeros años del Pontificado de Clemente VII tuvieron una contrapartida decisiva sobre los progresos del luteranismo en Alemania. El Emperador exigía la convocatoria de un concilio, pero pretendía deliberase bajo su influencia. El Papa, que sentía demasiado las exigencias de su aliado, no pudo resolverse a ello y terminó por oponerse, debido a las circunstancias, a la reunión de semejante asamblea. Carlos V no dejaba por ello de estar resuelto a luchar contra el luteranismo. Por eso, una vez concertada la paz con la Santa Sede, e iniciadas las negociaciones con Francia, convocó la Dieta imperial en Espira. Presidida por su hermano, el Rey Fernando, se inauguró el mes de marzo de 1529. En ella se decidió sustancialmente que se toleraría el luteranismo allí donde se hubiese establecido ya, pero no se le permitiría establecerse en otros lugares. Aunque Melanchton hubo declarado que estas disposiciones favorecían más a la nueva doctrina que las de 1526, cinco Príncipes y catorce ciudades elevaron el 19 de abril sus protestas y, por tal motivo, recibieron el nombre de *protestantes.* Se había consumado el cisma de la nación alemana.

Melanchton y el mismo Lutero estaban descontentos del cariz que tomaban los acontecimientos, porque a los zwinglianos los equiparaban con los luteranos. Sabido es que Lutero desde hacía mucho tiempo disputaba con Zwinglio acerca del dogma de la presencia real, que negaba el reformador de Zurich. La conferencia de Marburgo, en el otoño de 1529, no logró ponerlos de acuerdo, y Felipe de Hesse, que se pasó al zwinglianismo, se aliaba con los suizos y soñaba con formar un Imperio evangélico que sería apoyado por Francia, Venecia y los turcos.

Mientras no se llegaba a un acuerdo en Espira, los turcos —como ya vimos— conquistaban Hungría y sitiaban Viena. Carlos V, victorioso en Italia, convocó una vez más a los Estados alemanes a una Dieta, en *Augsburgo;* se inauguraría el 8 de abril de 1530. La carta convocatoria, en la que se había eliminado cuanto pudiera herir a los protestantes, llamaba la atención de los alemanes sobre el peligro turco y sobre la necesidad de la paz. Pero Felipe de Hesse y sus aliados preparaban la guerra contra el Emperador, dando por descontada la ayuda de Francia, Venecia y del Sultán. Al llegar a Augsburgo, Carlos V quería deliberar, en primer término, sobre la campaña a emprender contra los turcos y, en segundo, sobre los medios de restablecer la paz religiosa. Mas sus adversarios no deseaban discutir el primer aspecto sino después de haber obtenido garantías para su fe; se invirtió, pues, el orden del día. Se presentó entonces al Emperador un escrito en el que los puntos controvertidos estaban hábilmente encubiertos, el cual fue considerado más tarde como una profesión de fe; fue la *Confesión de Augsburgo.* El Emperador y los



El antipapa Clemente VII (1523-1534) recibe a Carlos V de Francia en Aviñón.
Miniatura de las *Crónicas de Froissart,* siglo xv. Biblioteca Nacional. París

Estados católicos deseosos de paz se esforzaron por continuar las negociaciones, cuando Felipe de Hesse abandonó la Dieta. Al haber fracasado la tentativa de conciliación, el Emperador y los Estados católicos concertaron una alianza defensiva; los acontecimientos demostrarían pronto que no era inútil la precaución.

Al año siguiente, en efecto, el 27 de febrero de 1531, las ciudades y los Príncipes protestantes concertaron la *Liga de Esmalcalda;* Francia, Inglaterra, Dinamarca, los mismos Duques de Baviera, envidiosos de la Casa de Austria, prometieron su apoyo a la Liga para «defender la libertad alemana» contra el Emperador. Al recrudecerse el peligro turco, Carlos V se determinó a convocar una nueva Dieta, que se inauguró el mes de abril de 1532 en *Ratisbona.* Los Estados prometieron su cooperación, pero los de Esmalcalda sólo a condición de que la paz se restableciese en Alemania. Reducido a la impotencia, el Emperador aceptó, por tanto, la *Paz religiosa de Nuremberg* —22 de junio de 1532—, que únicamente era un armisticio; se mantendría la paz entre católicos y luteranos hasta el próximo concilio. Sólo fue aparente y de corta duración, y no impidió restaurar al Duque Ulrico de Wurtemberg, que impuso la nueva fe a sus Estados, ni fundar el *Reino de Sión* por los anabaptistas de Munster, ni la expansión del protestantismo por nuevas regiones europeas.

CLEMENTE VII, LOS SOBERANOS Y EL CONCILIO

Los asuntos de Alemania y la cuestión, siempre debatida, del concilio general que restablecería la unidad de la fe, habían preocupado al Papa desde su advenimiento mucho más de lo que sus adversarios o enemigos se negaban a admitir. Mas no siempre fue informado exactamente, ni mucho menos, sobre la situación religiosa del Imperio. Y las pretensiones de Carlos V, por sincera que fuese su fe, no facilitaban la tarea de la Santa Sede. A estos factores se añadía otro: el recuerdo de las luchas conciliares del siglo anterior, que no mostraba a la Curia propicia a una reunión ecuménica. La política italiana de Carlos V, su rivalidad con Francisco I, el peligro turco eran también los más a propósito para impedirlo, o al menos para retrasar la convocatoria; las miras de Clemente VII, como Médicis, le inclinaban a veces a equilibrar los intereses de la Iglesia con los de su casa. Su carácter, finalmente, contemporizador, vacilante y retorcido a la vez, no facilitaban ni las negociaciones sinceras ni las resoluciones rápidas.

La acogida dispensada en Alemania al Nuncio Campegio, a principios del Pontificado, no había sido alentadora. Campegio, personalmente, no era favorable a la idea de un concilio. En cambio Carlos V insistía para que se celebrase en Trento, que pasaba por una ciudad alemana, aunque fuese italiana, y para demostrar su celo católico prohibía convocar un concilio nacional

alemán en Espira. En cuanto a la Curia, estaba a la sazón tan mal informada sobre los acontecimientos de Alemania, que se felicitó a los Príncipes tras su sangrienta victoria sobre los campesinos. Luego el conflicto entre el Papa y el Emperador había suspendido todas las negociaciones durante varios años.

Se habían reanudado en Barcelona y Bolonia —1529-1530—, en las que Carlos obtuvo la promesa de un concilio general, proponiéndose restablecer antes la paz religiosa en la Dieta de Augsburgo. Campegio era más bien de la opinión de urgir el cumplimiento del edicto de Worms. El concilio le parecía inútil a causa —decía— de la obstinación de los luteranos, que, a su juicio, sólo hablaban de concilio para ganar tiempo. El Papa, irresoluto como de costumbre, a quien el Emperador pedía dinero para luchar contra los infieles, no cesaba de dar largas, pero al cabo terminó por someter la cuestión a un consistorio secreto en noviembre de 1530. Se declaró favorable a la reunión ecuménica bajo diversas condiciones, entre otras: que únicamente los que tenían derecho, conforme a los cánones de la Iglesia, podrían votar decisiones, y que los luteranos se adhiriesen al concilio expresamente, enviando sus plenipotenciarios con los poderes necesarios, lo cual facilitaría, al parecer, su retorno a la Iglesia (1).

Ahora le tocaba a Carlos V vacilar. Fernando, su hermano, le sugería reunir un concilio al que asistirían todos los Príncipes cristianos, y que se pidiese parecer a Francisco I. Éste exigía el consentimiento de todos los Príncipes, equivalente, poco más o menos, a condenarle al fracaso; el Papa se declaraba decidido a convocarle si el Rey de Francia estaba de acuerdo, y la reunión se aplazó una vez más; pero en noviembre de 1531 un consistorio decidía que el Papa fuese el único árbitro de la convocatoria y que escogiera el sitio. Por ese tiempo los esfuerzos de Clemente VII para socorrer a los húngaros se estrellaban contra la oposición de los Príncipes luteranos, así como de los Reyes de Francia e Inglaterra, que sólo pensaban en asestar un golpe de muerte al poderío imperial.

Para apreciar exactamente la situación, no debemos nunca perder de vista las dificultades que se derivaban de las relaciones entre el Papa y el Emperador, la abrumadora supremacía imperial en Italia y el despertar del sentimiento nacional italiano violentamente irritado contra los españoles. La diplomacia francesa, más flexible y hábil, apuntaba a un objetivo más concreto: el matrimonio de la sobrina del Papa, Catalina de Médicis, con Enrique, Duque de Orleáns, segundo hijo de Francisco I. Logró sus fines, pese a los esfuerzos de Carlos V, quien hubiera deseado que Catalina se casara con el Duque de Milán. Una entrevista de Francisco I y de Clemente VII en Niza —28 de octubre de 1533— terminó con el matrimonio proyectado entre Orleáns y Médicis. El Papa habría querido poner como requisito previo la reconciliación entre los Habsburgos y los Valois, pero cedió una vez más a las

(1) Pastor, o. c., t. X, págs. 96-97.

instancias del Rey Cristianísimo. Entretanto, una nueva entrevista del Papa con el Emperador, en Bolonia, determinó las condiciones en que debería convocarse el concilio; una vez más las exigencias de los Príncipes alemanes dieron al traste con todo.

EL CISMA INGLÉS

Clemente VII había regresado algún tiempo antes a su capital, cuando el cisma amenazador desde hacía mucho tiempo entre Roma e Inglaterra se tornó hecho consumado.

La ruptura de Inglaterra con la Santa Sede fue la consecuencia remota de las herejías del siglo XIV —Wyclef, los lolardos— y de la filosofía antitomista de Occam. La causa próxima reside en los progresos del absolutismo real y en la ambición de Enrique VIII. Durante largo tiempo fue un cisma más que una herejía.

Esta separación se vio favorecida por el desarrollo eclesiástico y político del país, cuyas relaciones con Roma se habían debilitado mucho desde el siglo XIV. La diplomacia del clero con la Corona se multiplicó con el primer Tudor, Enrique VII, fundador de la monarquía absoluta. Cuando murió en 1509, el Parlamento se hizo acomodaticio, el clero y la nobleza habían aprendido a obedecer y la riqueza de la Iglesia era tal, que podía ser una tentación para un Soberano harto ambicioso.

Enrique VIII, hijo y sucesor de Enrique VII, era de temperamento autoritario y de carácter caprichoso y despótico. El absolutismo que soñaba no hallaba otro obstáculo definitivo que el clero con sus inmensas riquezas, sus asambleas particulares y su jurisdicción independiente. Su proyecto —por propia confesión de un historiador inglés, el pastor Green— era «reducir el clero a no ser sino un cuerpo de funcionarios totalmente sometidos a la autoridad real, y para quienes la voluntad del Soberano sería la única ley; sus decisiones, la regla de su fe». El joven y brillante Soberano, tan entregado a los placeres mundanos como asiduo a los oficios religiosos, deseaba disponer de la autoridad espiritual. Tomaba en serio su título de *Defensor de la fe*, que León X le había otorgado en 1521 con motivo de la publicación de su libro *Assertio septem sacramentorum,* donde el Rey había tomado la defensa de la doctrina católica contra Lutero. El Cardenal Fisher, que sería más tarde una de sus víctimas, colaboró en obra tan perfectamente ortodoxa.

La ocasión de la ruptura con Roma no fue un asunto tan honorable para el Rey de Inglaterra. En 1509, el mismo año de su advenimiento, se había casado con la viuda de su hermano mayor, Arturo, su cuñada Catalina de Aragón, tía de Carlos V; Arturo, de constitución débil y muy joven, sólo fue su marido de nombre. Por razón del parentesco entre Catalina y Enrique el matrimonio se celebró con dispensa de afinidad, otorgada por Julio II. Dieciocho años después, a Enrique VIII le asaltaron los escrúpulos sobre la validez de la dispensa, y pidió a Clemente VII que declarase nulo su matri-

monio. De hecho, el Rey se había enamorado de una dama de compañía de la Reina, Ana Bolena, y quería quedar libre para desposarse con ella. A la pasión se añadían cálculos políticos. Enrique VIII perdía la esperanza de asegurar la sucesión con un heredero varón. Carlos V, al rechazar la mano de la Princesa María, ofrecida por Enrique, y dejando en libertad a Francisco I, prisionero en Pavía, acababa de echar por tierra los sueños ambiciosos del Rey de Inglaterra, quien esperaba conquistar la Corona de Francia con ayuda del Emperador.

El Papa no podía acceder a los deseos del Rey. El Cardenal Wolsey, en cambio, el primero que sugirió la idea del divorcio, confiaba en que la causa se juzgaría en Inglaterra y se la confiarían a él en su calidad de Canciller del reino. Este inglés, tan aferrado a sus propios intereses como a los de su país, no vacilaba en hacer doble juego entre Francisco I y Carlos V para obtener la Tiara; el divorcio de su Rey le parecía exigido por la razón de Estado, y esto sólo bastaba para justificarle a sus ojos. Catalina de Aragón, mujer superior, de una profunda y variada cultura intelectual, apeló con tranquila dignidad a la jurisdicción del Padre Santo.

El asunto estuvo pendiente de solución durante seis años. El Papa, siempre vacilante y contemporizador —procuraba tener miramientos con todos y evitar lo peor—, no podía ignorar que dos pérfidos consejeros —Cranmer, futuro Arzobispo de Canterbury, y Tomás Cromwell, afecto al servicio de Wolsey— se convertían en instrumentos de la pasión, de la política y del orgullo del Rey. Y triunfaron. Desde el 11 de febrero de 1531, una declaración del clero, aterrorizado por las amenazas de Cromwell, reconocía que el Rey era el jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra y le estaba confiada «la cura de almas». Un año después la Cámara de los Lores y la Cámara de los Comunes reconocían a Enrique VIII como legislador supremo de la Iglesia de Inglaterra.

Se había consumado, pues, el cisma de hecho y de derecho, cuando el 23 de marzo de 1533 Clemente VII declaró válido el primer matrimonio del Rey y le excomulgó, así como a Ana Bolena y a Cranmer. Dos meses más tarde, el 23 de mayo, en virtud de un poder concedido por el Rey, Cranmer proclamó, por el contrario, la nulidad de aquél. No tardaría la persecución contra los impugnadores; Fisher y Tomás Moro morirían en 1535; desde 1534 el *Acta de supremacía* había proclamado al Rey «único y supremo jefe en la Tierra de la Iglesia de Inglaterra», y se le reconocía la jurisdicción espiritual. Después de su divorcio Enrique VIII se casó cinco veces más: Ana, madre de la futura reina Isabel, fue decapitada al cabo de dos años; una murió poco después de nacer un hijo, que fue Eduardo VI; otra fue repudiada por ser fea; otra más terminó en el cadalso; a la última le amenazaba la misma suerte cuando murió el Rey en 1547.

Entretanto la revolución religiosa seguía su curso. La Corona y la nobleza se habían enriquecido con los enormes despojos de las Órdenes religiosas, mas ya se había agravado la situación de las clases populares: el

pauperismo, durante siglos plaga de Inglaterra, data de la destrucción de los monasterios. Como en Alemania y en los Estados escandinavos, la reforma protestante en Inglaterra había sido una traslación, en grande, de la propiedad, y un aumento del Poder de los Soberanos, que se habían beneficiado del absolutismo.

El Pontificado de Clemente VII estuvo ensombrecido también por la extensión del protestantismo a los Países Bajos, a los países escandinavos y a Suiza. No obstante, los suizos fueron más afortunados que los suecos en su resistencia a la nueva doctrina. Si el movimiento desencadenado en Zurich por Zwinglio se había propagado, en gran parte, de la Suiza alemana, a los cinco cantones de la Suiza central, Friburgo y Valais habían permanecido fieles a la fe católica. Pero Clemente VII, mal informado sobre los asuntos religiosos de Suiza, no supo prestar a los cantones católicos la asistencia necesaria. Demasiado confiado en el Nuncio Filonardi, no comprendió, por ejemplo, la importancia de la controversia religiosa de Baden (1526), e invitó incluso a Zurich, donde Zwinglio era el amo, a enviar diputados a Roma para discutir asuntos religiosos. Cuando Zwinglio provocó la guerra civil, el Papa se limitó a prometer socorros y a decidir a los Príncipes católicos a una intervención militar; el Emperador, ocupado en Alemania, no hizo nada. Después de la batalla de Cappel, el 11 de octubre de 1531, en la que Zwinglio fue muerto —lo que alegró a Lutero—, el Papa esperaba que tal éxito bastaría para terminar con el cisma.

La actitud de Francisco I, que, situándose desde el punto de vista político, se aliaba con los protestantes alemanes, no facilitaba la tarea del Sumo Pontífice. Por lo menos tuvo la gran satisfacción de ver que el reino de Francia permanecía fiel a la fe católica. La masa de la población estaba firmemente adherida a ella y no había hostilidad profunda entre el pueblo y el clero, como en muchas ciudades alemanas. En cuanto al Rey, católico bastante tibio, y suficientemente bien dispuesto al principio con los innovadores, tenía interés en que se prolongase la situación ventajosa que le proporcionó el concordato celebrado en 1515 con la Santa Sede.

FIN DEL PONTIFICADO DE CLEMENTE VII

Cuando el Papa volvió de Marsella a Roma —diciembre de 1533—, nadie hubiera podido sospechar que los días del Pontífice, de cincuenta y cinco años de edad, tocaban a su fin. Su actitud en los asuntos alemanes demostró que aún no había comprendido la gravedad de la situación. Los informes del Nuncio Vergerio revelaban, con todo, que no cesaba de empeorar. Pedía con insistencia se secundasen los esfuerzos de los escritores que defendían la causa católica, como Eck en Baviera, Cochlaüs en Sajonia, Nausea en el país renano, Faber en los Estados hereditarios austriacos. Pero en Roma se alegaba la penuria del Tesoro para mostrarse muy cicateros. Tampoco comprendieron

que había que ayudar al Rey Fernando contra el landgrave de Hesse, apoyado por Francia, la cual desencadenaba la guerra para restablecer en el trono a Ulrico, Duque protestante de Wurtemberg. Clemente VII, engañado por Francisco I, negó todo apoyo, con gran indignación de los Príncipes católicos alemanes.

En este interregno, en el mes de junio de 1534, cayó enfermo el Papa y la afección que le aquejaba —probablemente un cáncer de estómago— hizo rápidos progresos; el 25 de septiembre, tras haber pasado un largo mes entre la vida y la muerte, dejaba de sufrir. Hasta en su delirio, el Pontífice se preocupaba de la mala conducta de sus sobrinos, Hipólito y Alejandro de Médicis, y uno de sus últimos breves, dirigido a Carlos V, en el que le invitaba a velar por la Iglesia e Italia, contenía recomendaciones a sus parientes. Los restos mortales de Clemente VII, primero inhumados en San Pedro, fueron trasladados más tarde a Santa María supra Minerva. A la derecha del coro, frente al monumento a León X, se erigió su sepulcro de mármol blanco, obra de Baccio Bandibelli, que se parece hasta el punto de confundirse con el de su primo.

Los contemporáneos e historiadores han sido severos con Clemente VII; Ranke le calificó del «más nefasto de todos los Papas». Pastor, aunque con más matices, no es más indulgente. Sin embargo, reconoce que «si queremos ser justos, hemos de tener en cuenta que Clemente VII tuvo que reparar en varias ocasiones las faltas de sus predecesores, que con frecuencia fue víctima de las circunstancias que no había provocado» (1). Pagó de modo terrible las faltas de sus predecesores; la que Alejandro VI, en primer lugar, había cometido dejando penetrar en Nápoles a los españoles, sus compatriotas. Vettori, contemporáneo de varios Papas del Renacimiento, ha escrito con razón: «Clemente VII no era cruel, ni orgulloso, ni simoniaco, ni avaro, ni extravagante, sino sobrio, sencillo, piadoso, celoso en el cumplimiento de sus deberes religiosos. Pese a ello, en su Pontificado Roma conoció las mayores desgracias, y los otros Papas, llenos de vicios, vivieron y murieron gloriosamente a los ojos del siglo.»

Si el segundo Papa Médicis tiene a su favor numerosas circunstancias atenuantes, es verdad que la falta de vigor en el pensamiento, de energía en la iniciativa y de valor en las resoluciones viciaron toda su política. Como Médicis, poseía sus cualidades: penetración, gusto por las cosas intelectuales y artísticas. Pero también los defectos: inestabilidad en el juicio y egoísmo de familia. Inquieto, con razón, por los progresos de Lutero, no por ello dejó de debilitar la resistencia a la herejía al convertirse en el centro de la coalición contra Carlos V. Como italiano, antepuso con frecuencia los intereses de su patria y de su casa a los del Imperio.

Se le ha reprochado no haber apoyado los esfuerzos de los Príncipes católicos alemanes. El reproche es fundado, mas no debemos olvidar que el

---

(1) Pastor, o. c., t. X, pág. 242.

Emperador y los Príncipes que defendían su fe se sirvieron admirablemente de los argumentos religiosos para defender sus intereses políticos. El peor defecto de Clemente VII fue su continua vacilación, lo que le obligaba a una política pendular, desconcertante incluso para sus aliados, ruinosa para la Iglesia. Con Enrique VIII el Papa se obstinó en buscar una transacción imposible, cuando los acontecimientos hubieran podido tomar giro diferente de haber revelado a los ingleses los documentos comprometedores que presentaban a su Rey bajo su verdadero aspecto. En el asunto del concilio, del que se hablaba siempre sin reunirle nunca, la actitud pontificia se explicó por el temor que sobrevivía a la experiencias del siglo precedente y por la conducta de los Soberanos, pues todos tenían la idea de servirse de la asamblea ecuménica para sus fines.

No se podría olvidar, en cambio, el constante apoyo que Clemente VII dio a las misiones. «Mientras la Iglesia —escribe con razón un escritor citado a menudo— cosechaba en el Viejo Mundo pérdidas y más pérdidas, ganaba miles de almas en los países recientemente descubiertos allende el Océano. Allá sólo se oían reproches e invectivas; aquí sólo recogía de los labios de los nuevos cristianos, sacados por ella de la noche del paganismo, bendiciones y gratitud por el apoyo que les prestaba contra la crueldad de los conquistadores» (1). Desde 1524 dio un vigoroso impulso a las misiones de dominicos y franciscanos en las colonias españolas y portuguesas. Al mismo tiempo invitaba a los rusos a reconocer el primado romano, pero la situación real del mundo eslavo escapaba a la Curia. Fue más afortunado con los armenios y maronitas, cuya unión con la Santa Sede estrechó. Una embajada del Rey de Etiopía prestó juramento de obediencia al Papa en ocasión de su segunda entrevista con el Emperador en Bolonia.

Por último, Clemente VII estimuló el movimiento de reforma en sus comienzos, que se manifestaba en Italia por la renovación de la vida espiritual y el renacimiento moral. Incluso antes de que el Saco de Roma hubiese obligado a Roma y a la Cristiandad a un examen de conciencia saludable, Dios había suscitado hombres cuya venida justificaban las palabras de Cristo: «Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.» La *Compañía* u *Oratorio del Amor Divino*, fundado en 1517 por cristianos piadosos y modestos, quería restaurar la santidad interior por medios más sencillos que la Iglesia ofrece a los fieles: frecuentar los sacramentos y las buenas obras. Y al Cardenal Julio de Médicis, el futuro Clemente VII, a quien se debe en 1519 la fundación de la *Confraternidad de la Caridad* para socorrer a los pobres vergonzantes, rescatar a los prisioneros y dar sepultura a los necesitados. Los miembros del Oratorio del Amor Divino no eran numerosos —de cincuenta a sesenta—, pero eran gentes de cultura, piedad y conducta ejemplares. Giuliano Dati, sacerdote de la iglesia de los Santos Silvestre y Dorotea, Cayetano de Thiène, Juan Pedro Caraffa —el futuro Papa Paulo IV—, Luis Lip-

---

(1) Pastor, o. c., t. X, pág. 269.

pomano, Juan Mateo Giberti, el principal consejero de Clemente VII, Obispo de Verona desde 1524; humanistas como Sadolet, secretario de la correspondencia de León X, Manetti y Crispoldi, y el estadista veneciano Gaspar Contarini, sus fundadores, habían tomado por patrono a San Jerónimo y aspiraban a crear un movimiento general de civilización compenetrado con el antiguo ideal de la Iglesia, capaz de fusionar en unión armoniosa a todas las clases de la sociedad.

La reforma católica, tal como la ponía por obra Giberti en su diócesis, o según la concebía Caraffa para Venecia, se dirigía a las masas profundas de la clase media y del pueblo. Se vinculaba a esa corriente religiosa evocada en este libro que, incluso en las horas más sombrías de Italia, nunca cesó de ser viva. Las calamidades que afectaron a la patria del Dante, tierra de belleza que vio florecer tantos movimientos religiosos, produjeron una impresión profunda. El Saco de Roma la precipitó en el abismo de la desgracia, y los jinetes del Apocalipsis —la guerra, el hambre y la muerte—, pintados por Alberto Durero, la habían desolado por todas partes. «No sólo se perdió la ciudad sino todo el mundo», escribía Erasmo a Sadolet. Mas poco antes de la toma de Roma, un religioso comunicaba a su amigo: «Ahora Cristo es más temido y reverenciado en Roma que antes. Los orgullosos se humillan, los buenos alaban a Dios, los malos no tienen esperanza... El Papa nos pide a nosotros, pobres, todos los días, el sufragio de nuestras oraciones.» Era un *teatino*, fraile de esta Orden, fundada en 1521 por Cayetano de Thiène y Pedro Caraffa, que toma su nombre de Chieti (antigua Theata) donde Caraffa era Obispo, y que fue como un guía del clero; hasta se ha dicho que era un «seminario de Obispos».

Otra Orden distinta, resultado de una vigorosa reforma franciscana, fue la de los *capuchinos*, fundada por Mateo de Bascio, hijo de las montañas de Umbria, donde se mantenía vivo el espíritu místico y popular de San Francisco. Clemente VII, por consejo de Caraffa, había tomado la defensa de esos *reformados* antes de mostrarles, aunque por poco tiempo, un rigor injustificado. Su papel en la predicación popular sería enorme, y los convertiría en preciosos auxiliares de la restauración de la fe. Y también durante los últimos días del Pontificado de Clemente VII, el día de la Asunción del año 1534, fue cuando *Ignacio de Loyola*, en la colina de Montmartre, en París, comunicaba a un grupito de amigos animados del mismo celo que él, el plan de formar un ejército espiritual, cuyo jefe sería el mismo Jesús. Había nacido la *Compañía de Jesús*, luego el más fuerte auxiliar del Papado.

Había terminado el Saco de Roma, pues no sólo a la tragedia del 6 de mayo de 1527 se puede aplicar el término, sino al siglo de los Borgia, de los Rovere y de los Médicis, a la toma de posesión de la Santa Sede por el Renacimiento, al olvido de la obra de reforma por el Papado. Quedaba cerrado este período, tan grande por otra parte bajo el aspecto de la civilización temporal. La Iglesia estaba en camino de recuperarse, y una vez más hallaría en sí misma el poder de regenerarse. Los Papas, por absorbidos que estuviesen por las

preocupaciones de una política exterior, llena de dificultades, suscitadas a veces por los mismos soberanos católicos, se consagrarían en adelante a esta gran obra. El Concilio Ecuménico de Trento devolvería muy pronto el vigor y brillo al magisterio infalible del Vicario de Cristo. El clero secular, como las Órdenes religiosas, antiguas y modernas, y los fieles participarán en este movimiento general de regeneración.

Todos habían comprendido que no se trataba de romper con la tradición medieval, sino de llevar a cabo una renovación necesaria permaneciendo fieles a los inmutables principios que hicieron, a través de los siglos, la grandeza de la Iglesia. Una nación se pondría a la cabeza, en el siglo XVI, de la civilización occidental: España, en la que se encarnaban los valores que constituían la fuerza del antiguo idealismo cristiano. Y la Iglesia, uniendo en una síntesis magnífica la santidad y el nuevo humanismo, despojado del espíritu pagano, podría entonces, sin desistir ya de la vigilancia, entonar el *Laetare Jerusalem.*

ÍNDICE DE LÁMINAS

Páginas

ÍNDICE DE MATERIAS

Páginas

Páginas

Páginas